LIBRO dot.com

LA ESTAMPIDA

ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Los vientos otoñales hacía largo tiempo que habían mecido la hierba en el valle de las tierras altas v el aliento del Norte matizó los árboles que bordeaban el ondulante cauce del río, los purpúreos y dorados tonos llameaban, magníficos, a la luz del sol matinal.

Los pájaros y los animales de aquella abierta tierra del Norte, impulsados por el instinto, emprendían el camino del Sur. El graznido de los patos silvestres resonaba en aquellas soledades v pasaban con frecuencia las rápidas bandadas de aquellos heraldos del invierno, cuyas siluetas se recortaban, claras y precisas, sobre el azul del cielo.

En un elevadísimo picacho de la montañosa muralla occidental de aquel valle estaba posada un águila, vigilando desde su solitario mirador. Sus telescópicos ojos alcanzaban grandes distancias. Abajo, en la interminable vertiente y en el dilatado valle, movíase una negra masa que se encaminaba con la lentitud del caracol hacia el Sur. Lo llenaba el valle en toda su amplitud y extensión hasta perderse en la vaga y violácea lejanía. Su parte más compacta cubría el centro del valle, desde donde partían como anchos y extendidos brazos de ríos que fuesen estrechándose hacia sus fuentes, situadas en lo alto de 1as montañas.

Aquí y allí, destacándose de aquel negro fondo, brillaban algunos fajos de hierba gris, sembrada de oro. Pero aquellas oscuras corrientes, al avanzar, extendíanse sobre ellas y las ocultaban, aunque luego, y en distintos puntos, aparecían nuevos claros en el terreno.

Tales cambios se realizaban lentísimamente, aunque el movimiento era continuo.

Aquella negra masa la integraban seres vivos. El águila contemplaba a la sazón infinidad de leguas de terreno cubierto de búfalos había millares v hasta millones de ellas. Aquella peluda manada no tenía fin. Dominaba las vertientes y los hondos valles y llegaba' Basta gran distancia en las extensiones situadas más allá.

La vista del águila era un, simple órgano defensivo incapaz de apreciar la sublime belleza de la tierra y de sus miríadas de seres. Sin embargo, el ave, con. sus agudos ojos, observaba desde su solitario risco el vacío ilimitado, con su movible alfombra negra, el ancha espacio del cielo por el.' que corría un viento frío y penetrante... Aquel valle, de muchas leguas, estaba ocupado por la herencia viva de un millón de años. La escena era primitiva, grandiosa y hablaba, con gran elocuencia del pasado. El futuro se extendía a lo lejos, extraño, desconocido, como las confusas distancias que se vislumbraban en el horizonte. En aquella hora era un verdadero goce la vida al aire libre alumbrada por el glorioso sol que !brillaba sobre la tierra. La paz y la soledad acompañaban al ;águila en su puesto de vigía.

Sin embargo, en toda la extensión del valle parecía estar suspendida, cual' manto invisible, una inmensa tristeza. ¿Sería acaso el espíritu de la estación, que moría resistiéndose a afrontar el rigor de la nieve y del hielo? El hecho era que el otoño se prolongaba como si la Naturaleza estuviese absorta, contemplando algún misterio, algún problema o alguna grave equivocación. La vida suave, dulce, estaba ahora escondida en algún lugar ignorado, quizás al amparo de las' violáceas sombras de la lejanía, hacia el Sur. La mañana era brillante, dorada. En la serenidad del ambiente había algo más que la melancólica languidez del otoño. Era como si un ser poderoso estuviese allí, invisible e infinito, envolviéndolo todo, pero conservando su secreto.

De pronto el águila se hundió en el abismo y fué descendiendo hasta que, por fin, desplegó sus alas y empezó a deslizarse lenta y majestuosamente, describiendo círculos sobre una herbosa faja de terreno rodeada de búfalos. Casi en el centro de aquel lugar, en la vanguardia del enorme rebaño, se libraba entonces una enconada lucha entre el monarca de aquellos cornúpetas y su último rival, para alcanzar la supremacía entre ellos.

Pardo, sucio, el enorme y peludo jefe no era un hermoso animad, pero !sí merecía en cambio el calificativo de magnífico. Su corpulencia duplicaba, quizá, la de un buey v era tan alto como un caballo. Su maciza cabeza cubierta de sucio y revuelto pelo, que 'contenía multitud de cuerpos extraños, estaba inclinada en actitud de acometer, mostrando los separados, recios, cortos y curvos cuernos. Los ojos, animados por extraño fuego, brillaban bajo los lanosos mechones de pelo mientras' se arqueaba su cuerpo, quedando enhiesta y rígida su corta y peluda cola. De la caverna de su pecho surgió un sordo y ronco gruñido ante el descaro incomprensible de aquel joven macho que se atrevía a enfrentarse con él. Había luchado muchas veces en 'su larga vida y durante tantos años imperó sobre sus compañeros que llegó, incluso, a olvidar su juventud, cuando él, como el rival que ahora tenía ante sí, venció al' rey de los búfalos de aquel tiempo. Ahora veíase obligado a luchar de nuevo obedeciendo a la ley de la supervivencia de los más aptos.

El cornúpeta que desafió al rey era también un animal magnífico. A su vez inclinaba la enorme testuz, y 'con golpes cortos y prodigiosos escarbaba el suelo, lanzando al aire algunos terrones cubiertos de hierba. Su pelaje era pardo gris, sedoso y no tenía el aspecto lanoso y decadente del monarca. Su revuelto pelo surgía abundante de la cabeza, la espalda y las rodillas. En sus costados hinchábanse los grandes y poderosos músculos, mientras pateando se movía en torno de su enemigo dispuesto a atacar. Aquel búfalo tenía el aspecto de ser la suma y compendio del vigor y del espíritu animal. El grito con que contestó al rugido del monarca resonó claro y enérgico, cual si fuese un clarinazo. Su voz poseía algo que había perdido ya el anciano guerrero, pues tenía belleza y juventud.

Los búfalos que rodeaban a los dos machos no parecían preocuparse gran cosa ante la inminente lucha. La esperaban porque, de vez en cuando, levantaban las sucias y despeinadas cabezas que tenían inclinadas sobre la hierba y, por un momento, contemplaban al rey y a su celoso contrincante. Pero luego volvían a pacer tranquilamente. Era, sin embargo, muy significativo que el círculo no se estrechase, sino que más bien parecía ensanchare de un modo gradual.

El viejo monarca no esperó a que su enemigo iniciase el combate, sino que atacó. Su acometida fué increíblemente rápida para un animal tan pesado como él v el impulso de su enorme cuerpo fué tremendo, yendo a chocar, en un salto, contra la inclinada testuz del joven macho. El topetazo, produjo un ruido apagado. El cornúpeta se tambaleó al recibir aquel choque y todo su cuerpo se estremeció. Luego se vio levantado, dio media vuelta y cayó pesadamente sobre el lomo.

A causa de la enorme fuerza que empleó en el ataque, el viejo monarca cayó de rodillas y perdió la ventaja que podía haber alcanzado. Jadeaba de rabia.

Con la mayor agilidad el joven búfalo rodó sobre sí mismo y se puso en pie sin haber recibido el menor daño. La Naturaleza le había dotado de una enorme resistencia. Más rápido que un caballo, y tan veloz como un gato, arrojó toda su corpulencia sobre su antagonista chocando contra él con un impulso no inferior al que inauguró la lucha. Pero el viejo guerreo lo recibió cual' si hubiera sido un enorme roble profundamente arraigado en la tierra.

Chocaban violentamente sus testuces y se corneaban con la crueldad propia de la Naturaleza, empeñados en inferirse mutuamente una cornada mortal.

Pero debajo de la- espesa capa de lana el grosor de la piel era superior a dos centímetros y medio, v estaba dotada de resistencia mayor que la del cuero' curtido va. Aquellos dos machos habían sido creados para la lucha. Poseían una extraordinaria capacidad pulmonar y sus hocicos permitían el paso de grandes cantidades de aire. Su resistencia era tan notable como su propia estructura física.

Envueltos por una nube de polvo, iban de un lado a otro, removiendo la tierra, empujando a uno v otro lado a los búfalos que pacían, de modo que en su lucha recorrieron una distancia relativamente considerable. El choque de sus cuernos v los topetazos

disminuían poco a paco en vigor y en sonoridad, indicando con ello que cada vez disminuían la rapidez y la fuerza de sus acometidas. Pero no ocurría lo mismo con su valor v ferocidad. Aquélla era una lucha a muerte o, por lo menos, había de resultar de ella una victoria definitiva. A veces el viento disipaba la nube de .polvo, v entonces los dos machos aparecían menos vigorosos en la acción, pero todavía impulsados por una gran fiereza.

El anciano monarca hallábase ya cerca del fin de su última lucha. Había terminado su carrera. Desgarrado, cubierto de polvo y ensangrentado, retrocedía ya ante las acometidas de su enemigo. Sus pulmones, como grandes fuelles, despedían algunos resoplidos equivalentes a la declaración de su derrota. Era evidente que no podía resistir a su incansable y joven contrincante. Su edad le obligaba a perecer. Vióse reducido a caer de rodillas, quedando casi derribado. Recobrándose resistió una vez más, con gran agotamiento, aquella enorme y acometedora cabeza negra y luego tuvo precisión de sentarse sobre sus patas traseras. De nuevo escapó par milagro al siguiente ataque. Había llegado el momento de la derrota. Estaba vencido. Entonces el instinto vital sustituyó al de la supremacía. Retrocediendo paso a paso, se alejaba sin dejar de dar la cara al joven conquistador que no cesaba de mugir. A intervalos vióse libre de la amenaza de aquella cabeza siempre dispuesta a arrojarse contra él y durante los últimos momentos de la lucha retrocedió hasta llegar junto a los búfalos rezagados de la manada, abandonando así el campo a su vencedor. El anciano monarca ingresaba de nuevo en las finas; acababa de aparecer un nuevo jefe en la manada.

El águila emprendió otra vez el vuelo hacia su solitario risco, para posarse en él, sujetándose con las garras, y de nuevo avizoró el valle con sus cristalinos ajos.

Hacia la parte delantera de aquella masa negra de búfalos un remolino hizo ascender una columna de polvo. Tenía una forma semejante a la de una chimenea amarilla y se extendía en el aire mientras, al mismo tiempo, recorría el valle. Aquello, o algo tan natural como aquello, pareció causar cierta agitación en las filas de búfalos que iban a la vanguardia. Inmediatamente los guías echaron a correr en dirección al Sur. El movimiento y el rápido golpear de sus pezuñas se transmitió por toda la manada con la velocidad de una corriente. Luego, de un modo mágico y maravilloso, la inmensa masa se movió cual si estuviera dominada por un solo espíritu. El golpeteo de las pezuñas aumentó de tal modo que pareció un rugido. El polvo se levantó a gran altura dirigiéndose hacia atrás, cual si fuese una nube baja de amarillento humo que cubriera la enorme extensión de muchos acres y millas ocupados por la enorme v negra manada. Ésta pareció convertirse en un mar de movimiento rápido y acelerado.

De pronto una gran nube de polvo envolvió a los millares de búfalos que corrían cual si los ocultase una oscura cortina. El volumen del sonido había crecido desde el golpeteo rítmico que marcaba el paso de la manada, hasta convertirse en un rugido poderoso y ensordecedor. Tan sólo las capas altas del aire, revueltas por la tormenta y atravesadas por el rayo, podrían producir un trueno como el que a la sazón surgía de la tierra estremecida. Pero aquél era un trueno continuo, largo y retumbante. El movimiento de los Trúfalos al unísono parecía una ola de la marea, y el ruido que producían era semejante a un alud. La tierra temblaba bajo aquel rebaño en estampida.

El águila seguía inmóvil en lo alto de su risco, indiferente al retumbante caos que había a sus pies. La nube de polvo que cubría el valle estaba ya muy baja. Pasó algún tiempo. A la mitad del su camino hacia el cenit apareció el sol. Luego, gradualmente, disminuyó el temblor de la tierra y el ruido de las pezuñas, para morir por fin a lo lejos. Había pasado ya la manada. En su alto el águila dormitaba, y el valle quedó limpio de polvo al' cesar el movimiento. La soledad y el silencio reinaban por completo en el solemne sosiego del mediodía.

Era la primavera de una era muy posterior a la época en que el águila solitaria nudo observar fa estampida del rebaño de búfalos.

Una región elevada y abundante en praderas descendía, ondulante, desde las Montañas Rocosas, cubiertas de nieve, para extenderse en el inmenso espacio de la región oriental. Sobre la hierba blanquecina o descolorida había aparecido ya un débil tono verdoso. El! cálido sol reanudó su tarea de vestir de nuevo la tierra. Una bandada de patos silvestres, que se habían retrasado en la peregrinación anual, emprendió al vuelo su rápida excursión hacia el Norte. En las altiplanicies pacían los alces, y, en las concavidades montañosas donde surgían las fuentes murmuradoras, los gamos, envueltos en el azulado color de la nieve fundida, mordisqueaban los tiernos brotes de la hierba.

Al pie de las altiplanicies, en la llanura, varios rebaños de búfalos salpicaban las fajas de hierba, alternando la monotonía de aquella dilatada extensión gris. Ocupaban muchas leguas y cada vez su masa era más oscura a causa del aumento de los búfalos, hasta que, por fin, adquiría un intenso tono negro que podía confundirse con la niebla de la lejanía.

Un río describía su sinuoso camino a través de las, llanuras y, en una de sus curvas, poblada de árboles, un campamento indio mostraba sus blancas -tiendas y las rojas mantas, y surgían perezosamente algunas columnas de humo azul.

Ocultos en los matorrales que había a lo largo del río, unos hombres de piel roja, semidesnudos, acechaban la llegada de los búfalos cuando fuesen a beber. Aquellos cazadores no necesitaban ir en busca de las piezas, sino que les bastaba esperar y escoger la carne y la piel que mejor les conviniese para satisfacer sus sencillas necesidades. Por otra parte no mataban más animales de los que podían utilizar.

A lo largo de la orilla del río y a toda la distancia como podía alcanzar la vista, los peludos monstruos descendieron en grupo para beber. Machos, hembras y ternerillos acudieron en interminable procesión. En algunos lugares en donde la orilla era empinada, los sedientos búfalos que iban detrás empujaban a las filas que tenían delante obligándoles a penetrar en el agua, en donde se originó gran confusión y hubo numerosos chapoteos. Los pardos terneros, demasiado jóvenes todavía para cambiar de pelaje y adquirir el gris pardo de sus madres, mugían vigorosamente al verse obligados a penetrar en el río.

Cerca del campamento de los indios, donde los árboles y las matas crecían a lo largo de la orilla, los búfalos daban muestras de mayor prudencia. Ellos. preferían los espacios libres. Pero llegaron rezagados y los mejores de entre éstos fueron víctimas de las mortíferas flechas de los hombres rojos. Un macho joven, cubierto de abundante y brillante pelo pardo, de aspecto soberbio en su ya próxima madurez, pasó al alcance del jefe de aquel grupo de cazadores. El hombre abandonó su escondrijo; era un indio flaco, moreno, alto, vigorosamente constituído, cuyo rostro tenía una expresión profunda y unos ojos que parecían atravesar su presa. Curvó un arco que pocos indios habrían sido capaces de manejar y llevó la cuerda hacia atrás, hasta que la punta de pedernal de la flecha tocó su mano izquierda. Salió silbando y fué a herir al búfalo por entre las paletillas, hundiéndose en su cuerpo, hasta la mitad de su extensión. El animal lió un gruñido, pero no hizo ningún movimiento violento. Retrocedió del mismo modo que había avanzado, aunque cada vez más despacio. El jefe 'lo siguió más allá del límite del bosque. Los restantes búfalos, al llegar, vieron al indio y al compañero herido, pero se limitaron a cambiar de dirección. El animal se detuvo, lió un profundo suspiro, cayó de rodillas y por fin rodó de costado.

En seguimiento de los cazadores aparecieron las squaws provistas de sus rudos instrumentos de pedernal y hueso, para desollar el .búfalo y cortar la carne para llevarla al campamento.

El jefe finé a reposar a la sombra de un árbol, sobre la piel de su búfalo, entregándose a los pensamientos y a los ensueños propios de un guerrero. Más allá de la nevada montaña vivían sus enemigos, hombres rojos como él, pertenecientes a una tribu odiada. Y, aparte de aquel recuerdo, no tenía ninguna otra preocupación. Sus rojos dioses eran incapaces de predecirle el porvenir. El rostro pálido, destinado a empujarle a él y a su gente hacia las

fortalezas de las áridas montañas, era aún desconocido e insospechado. En su mente serena y altanera no existía siquiera la menor idea de que pudieran desaparecer los búfalos durante toda la vida de sus descendientes. Aquellos animales eran tan numerosos como los granos de arena del lecho de los' ríos. Siempre lo fueron y seguirían siéndolo. Y, precisamente, existían los búfalos para proporcionar alimento, abrigo y cobijo al hombre rojo.

El jefe reposaba en el campamento, mientras vigilaba el trabajo de los castores en la orilla del río, tan mansos y tan pacíficos como los mismos búfalos. Como estos últimos animales, el hombre y su tribu eran felices y se bastaban a sí mismos. Solamente las luchas que, a largos intervalos, empeñaban con otras tribus, lograban alterar la serenidad de sus vidas. Hacia el Norte o hacia el Sur, siempre podían hallar los interminables rebaños. Aquel jefe adoraba al sol, amaba a su pueblo y a la tierra selvática y solitaria que creía poseer; y si en su tribu hubiese quien se atreviera a mentir o robar, o diese muestras de cobardía, o alguna squaw que quebrantase la ley, la muerte seria su castigo.

Un rezagado grupo de blancos viajaba penosamente a través de las grandes llanuras, algunos siglos antes de que aquella maravillosa y llana pradera llegara a dividirse entre los estados occidentales de América.

Aquellos viajeros blancos eran unos exploradores españoles, bajo el mando del intrépido Coronado. El grupo era bastante numeroso. Muchos de ellos montaban corceles árabes de la más pura sangre, de los que descendió luego, el mustang del Oeste. Pero otros iban a pie, vestidos de un modo raro v cubiertos de armaduras impropias para tan largo viaje. Además, llevaban amas extrañas armas.

Duros, indomables y resistentes, aquellos primeros hombres blancos que penetraron en las grandes llanuras, desérticas del Sur y del Oeste, registraron en la historia una parte de sus maravillosas aventuras, sus terribles experiencias y las extrañas cosas que vieron.

Recorrieron muchos centenares de leguas, según dice su historiador Castañeda, a través de enormes llanuras de arena, desnudas, tan desprovistas de árboles v piedras, que se veían obligados a amontonar el estiércol, a fin de reconocer, al regreso, el camino que siguieron a la ida. En aquel viaje perdieron numerosos hombres y caballos.

En todo su camino, a través de aquellas grandes llanuras de hierba y de arena, los españoles encontraron rebaños de bueyes jorobados, en tanto número corro las ovejas en España. En cambio, no vieron a ningún pastor que cuidase de aquellas gibosas cabezas de ganado. Los fatigados y extraviados viajeros estaban casi muertos de hambre y, gracias a loas búfalos, encontraron la comida que tanto necesitaban. La carne les devolvió el vigor v el ánimo para salvar los obstáculos que nadie, a excepción de los cruzados, habría podido vencer. A veces, en aquel extraño país caían grandes diluvios y c espesas granizadas, de piedras tan grandes corno naranjas y, como es natural, tales tormentas lo rompían v destrozaban todo. Castañeda escribió en sus memorias

«Aquellos bueyes son de la corpulencia y del color de nuestros toros... Tienen un. gran montón de pelo, que parece lana, cubriéndoles la cerviz v el cuarto delantera más aún que el posterior. A lo largo del espinazo se observa una verdadera crin de caballo, grande abundancia de pelo en extremo largo desde las rodillas hasta el suelo. También tienen grandes mechones que cuelgan de la parte delantera de su cabeza, y cualquiera diría que llevan barba, a causa de la gran cantidad de pelo que cuelga de sus barbillas y de sus cuellos. Loe machos tienen una cola muy larga, con un mechón en el extremo, de modo que en ciertas cosas se parecen al león, y en otras, al camello. Acometen con los cuernos y corren mucho; alcanzan y dan muerte al caballo cuando están encolerizados. Los caballos huyen de ellos, ya sea a causa de su cuerpo deforme o porque no hayan visto antes a ninguno de ellos. Finalmente puede decirse que es un animal tan malo y feroz como feo de cuerpo.»

Gracias a su indomable espíritu, Castañeda y Coronado fueron los primeros hombres blancos que contempla-ron los búfalos americanos.

II

Durante toda su infancia. antes v en el transcurso de los agitados años de la Rebelión, Tomás Doan cedió lentamente a la llamada que atrajo a tantos jóvenes aventureros v exploradores al Sudoeste.

Su hogar no fué feliz, pero mientras vivió su madre y no se casaron sus hermanos, permaneció en él, recibiendo la educación posible en la pequeña escuela de aquel pueblecillo de Kansas, trabajando además de firme en la granja. Cuando Kansas se negó a separarse del Sur, al principio de la Rebelión, el padre de Tomás, que pertenecía al bando rebelde, se unió a la famosa banda de guerrilleros de Quantrill. Las hermanas de Tomas simpatizaban con el 'Sur. Pero él' y su madre demostraron claramente su inclinación hacia el Norte. Así, pues, la familia estaba dividida ideológicamente. Por fin las muchachas se casaron y abandonaron la casa. La madre de Tomás no sobrevivió largo tiempo a su marido, a quien pegaron un tiro en una de las expediciones de Quantrill.

Tomás resistió la tristeza y la amargura de su juventud, pero éstas' dejaron en su alma huellas de su paso. Su lealtad hacia su madre le apartó del salvajismo de aquellos tiempos y la pobreza de ambos le obligó a trabajar sin descanso. Después de la guerra anduvo errante de un lado a otro, aunque siempre alejándose hacia la región inexplorada. Corría por sus venas la sangre del explorador y mentalmente había fijado ya su futuro. Quería ser granjero, labrador y ganadero, porque todo aquello le gustaba. Sin embargo, siempre tenía el deseo de ver da frontera, de hundirse en la vida selvática, mientras, cazando, iba en busca de aquella tierra maravillosa que había de hacerle feliz. Tomás Doan tenía el espíritu aventurero que ardía en los corazones de millares de hombres y que fué la causa principal de que el Oeste se abriese a la civilización.

Mas no cedió a aquella llamada hasta el otoño del año 1874. El verano anterior fué muy notable en el suroeste. Aun en los años de carestía y de miseria aquél se hizo memorable, y las historias que llegaban a sus oídos, desde la frontera, hicieron estremecer su corazón.

Una horda de cazadores de búfalos, atraídos por la vida selvática y por el desarrollo del mercado de las pieles de búfalo, habían invadido las tierras habitadas por los indios, para perseguir los grandes rebaños. De esto resultó una guerra india. Los Cheyennes, Kiowas, Araphoes y Comanches habían emprendido el camino de la guerra. Mil guerreros' de tales tribus llevaron a cabo el sitio memorable de un pequeño grupo de cazadores de búfalos y su escolta de soldados, pero después de repetidos e insistentes ataques, fueron rechazados. La historia de aquel hecho le pareció interesantísima a Tomás Doan. Especialmente le sedujo la caza de los búfalos. Hasta entonces no había cazado ninguno y mi siquiera los había visto. Pero los relatos que eyera durante su infancia se fijaron de tal modo en su mente, que no habían de borrarse nunca.

Cada primavera encontraba a Tomás Doan cerca del puesto de aprovisionamiento, en donde un ejército de cazadores de búfalos se preparaba para salir hacia el Sur.

El ambiente de aquel fuerte fronterizo, punto de partida de las expediciones, era una cosa nueva para Tomás y le impresionaba profundamente. Allí revivía su afición juvenil por las historias de los países desérticos. Se hallaba en el umbral de la frontera. Grandes carros de transporte, algunos de ellos tirados por seis caballos y cargados

jóvenes estaban herrando un caballo, y, a la sombra de un álamo, vió a dos individuos sentados en un colchón arrollado.

Cuando Tomás entró en la alameda, uno de aquellos hombres se puso en pie exhibiendo su elevada estatura y su cuerpo vigoroso v proporcionado. Parecía haber pasado ya la madurez de la vida, pero estaba bien conservado; tenía un rostro jovial barbado y unos ojos azules y francos, que se fijaron, curiosos, en Tomás. El otro individuo tenía unas facciones muy notables, pronunciadas, duras y severas, e impasibles como si fuesen de piedra. En sus morenas mejillas había profundas arrugas que también rodeaban sus ojillos. Éstos eran de un gris claro y parecían atravesar cuantas cosas contemplaban.

Tomás tuvo la impresión de que aquél era un- verdadero hombre de las llanuras. El gigante parecía poseer una fuerza tremenda. Y, rápido en exteriorizar su simpatía o antipatía, Tomás no perdió tiempo en declararse.

-Me llamo Tomás' Doan -dijo- y deseo trabajo en algún equipo de cazadores' de .búfalos.

-Me alegro mucho de conocerle. Me llamo Clark Hudnall y le presento a mi amigo Jude Pilehuck -replicó el gigante.

Los dos hombres tendieron la mano a Tomás demostrándole el interés habitual en aquellos tiempos y lugares. La mirada de Hudnall examinaba con franqueza el aspecto fornido y el rostro imberbe de Tomás. En cambio, Pilchuck lo sometía a un atento escrutinio mientras se esforzaba en recordar.

-¿Doan? ¿Acaso era su padre Bill Doan, que perteneció a la partida de Quantrill? -preguntó.

-Sí, señor... En efecto -replicó Tomás, algo desconcertado por aquella pregunta inesperada.

-Conocí a su padre. Y es preciso confesar que le hace usted honor, aunque no es tan moreno como él. Era un jinete muy resistente y un magnífico tirador... Usted sería un nifio todavía cuando él murió...

-Tenía quince años -contestó Tomás aprovechando la vacilación de su interlocutor.

-¿Tenía usted las mismas, ideas políticas que su padre? -preguntó Hudnall con curiosidad.

-No. Yo era partidario del Norte - contestó Tomás.

-Bueno. Hay, que confesar que aquellos tiempos eran

bastante difíciles - suspiró Hudnall, cual si recordase sus propias penalidades. Luego, con cierto apresuramiento e interés, añadió- El caso es que necesitamos un hombre y el aspecto de usted me gusta. ¿Es usted aficionado al vitro?

-No.

-¿Está usted solo?

-Sí.

-¿Ha cazado búfalos alguna vez?

-No.

-¿Es usted buen tirador?

-Siempre he sido una buena escopeta.

-¿Cuál es el propósito que le guía al querer ingresar en un grupo de cazadores de búfalos?

Tomás vaciló un momento antes de contestar y, luego, con la mayor franqueza, dijo la verdad acerca de sus complicados deseos y aspiraciones.

Hudnall se echó -a reír v le gustó tanto aquella respuesta, que llegó a apoyar su bondadosa mano en el rostro del muchacho.

-¡Me alegro mucho de que me haya dicho eso, joven! - exclamó -. En el fondo de las razones que tengo para exponer tanto en esta caza de búfalos está mi necesidad de ganar dinero en poco tiempo y el hecho de que ya he adquirido un rancho. Por consiguiente los dos

nos parecemos bastante. ¡Sea usted' bienvenido a participar ele nuestra vida! ¡Venga esa mano!

Entonces Tomás sintió el poderoso apretón de una encallecida mano, que había conocido el arado y el hacha. Pilchuck, del mismo modo, ofreció la suya para estrechar la de Tomás y se expresó con la misma cordialidad que Hudnall.

-Me parece que es un buen trato para ambas partes - dijo-. Los hombres leales y honrados son escasos. Yo conozco muy bien la caza de búfalos. Es una ocupación muy dura. Y si el despellejar los animales no es más pesado que sacar carbón de una mina, en tal caso habrá que creer que perdí el tiempo cuando fuí cazador de carne en la U. P. y en Santa Fe.

Hudnall llamó a los dos jóvenes que estaban ocupados en herrar el caballo. Al aparecer vióse que ambos contaban menos de treinta años y que eran rechonchos, pero allí terminaba su parecido.

-Burn, da la mano a Tomás Doan-.dijo Hludnall con acento cordial-. á' tú, también, Stronghurl... Doan está resuelto a venir con nosotros.

Ambos jóvenes acogieron a Tomás con la cordialidad, el buen deseo y la curiosidad naturales de un acontecimiento de tanta importancia para ellos. Era evidente, a juzgar por su parecido, que Burn era hijo de Hudnall. Stronghaurl temía una fisonomía tan notable como su nombre, y el caso era que aquellos dos muchachos se completaban muy bien.

-Mira, Burn, llevarás a Doan a tu carro -dijo, Hudnall.-. Así queda completo nuestro equipo y mañana mismo podremos emprender el viaje para Panhandle... ¡A ver, muchachas! -añadió volviéndose a los carros-, salid para saludar a mi nuevo empleado.

«Mujer, éste es Tomás Doan -continuó diciendo Hudnall al presentárselo luego a la esposa de Burn. El joven reconoció en ella a la muchacha que viera en el carro. La última en salir fue una joven de unos dieciocho años, más o menos, hermana de Burn y, sin duda alguna, el orgullo de Hudnall. Era corpulenta, de rostro agradable y tenía unos ojos de expresión burlona, que en el acta examinaron y juzgaron a Toi

Asi, casi antes de poder darse cuenta de su buena fortuna, Tomás vióse establecido entre personan de su propia clase, por quienes sintió viva v súbita simpatía. Además Hudnall tenía los mismos deseos que espoleaban al joven; y el! hecho de que Pilchuck, el viejo cazador de búfalos, les acompañara hacia Texas, acababa de hacer ideal su. nuevo empleo. Cierto era que Tomás un había mencionado sueldo ni partciipación alguna, pero dijose que podía confiar a ojos cerrados en Hudnall.

-¿Dónde está su equipaje? - preguntó Burn -. Qué equipo posee usted?

-Dejé el equipaje + en la estación -empezó Tomás -. No tengo equipa todavía. Todo se reduce, sencillamente, a un saco ele ropa y una maleta.

-¿De modo que no dispone de caballo ni de armas? ¿Tiene usted dinero?-continuó Burn con alegra interés.

-Poseo doscientos dólares.

-Muy bien. En cuanto haya terminado de herrar el caballo, iré al pueblo con usted.

-Oye, hijo - exclamó Hudnall -. Creo que sería mu

cho mejor que Tomás encargase a Pilchuck la compra del caballo, del rifle y de todo lo demás que necesite.

-¡Hum¡ - exclamó la señora Hudnall -. Como conozco a los hombres, sé que siempre tienen ustedes algo que decir acerca de caballos y de armas de fuego.

-Señor Doan, ¿me permitirá usted que le ayude a escoger ese caballo? -pregurntó maliciosamente la hermana de Burn.

-Con mucho gusto -contestó Tomás echándose a reír a su vez -. Desde luego, me será muy preciosa su ayuda... siempre y cuando pueda adquirir un caballo susceptible de ser montado.

Las mujeres volvieron a sus tareas, en tanto que Hudnall salía con Pilchuck en dirección al pueblo. Abandonado a sus propias distracciones, Tomás fué a unirse con Burn v con Stronghurl, a quienes les costaba bastante herrar al caballo, porque era un animal algo rebelde.

-¿Quiere usted hacer el favor, Doan, de traer aquí ese bayo? -preguntó Burn mientras señalaba el extremo opuesto de la alameda, en donde brillaban entre los árboles los blancos toldos de algunos carros.

Tomás se apresuró a tomar un ronzal y echó a andar, a la sombra de los árboles, agradablemente preocupado por ideas en extremo satisifactorias. Llegó adonde estaba el bayo, que, en aquellos, momentos, comía en la mano de una joven. Tomás vió y oyó a otras personas que se hallaban muy cerca, pero no se fijó gran cosa en ellas. Preocupalo por el caballo, no dirigió una segunda mirada a la joven, hasta que ésta empezó a hablar.

-Por dos veces he cogido hoy su caballo -dijo.

-Muy agradecido. Pero no es mío-replicó Tomás mientras ponía el ronzal al ;bruto mirando a la joven. Los ojos de ésta se fijaron en los de él. Eran grandes, negros como la noche y resplandecían en el rostro, casi tan moreno como el de los indios. Su cabello era castaño y parecía estar dotado de brillo o de luz propios.

Los ojos de Tomás imitaron inconscientemente los de ella, es decir, se quedaron mirándola fijamente de un modo casi maquinal, cruzándose entre los dos tina mirada profunda y grave, de la que ninguno era responsable.

Luego él desvió la suya y se dedicó a sujetar el ronzal. Sin embargo, aún seguía viendo a la joven. Era ésta

de mediana estatura, y, sin ser gruesa ni corpulenta, daba la impresión de poseer una fuerza y una agilidad extraordinaria en una muchacha de su edad. Tenía muy pocos años. Su traje, tejido sin duda en su propia casa, estaba va muy desgastado por el uso.

-Es un caballo muy bonito - dijo acariciando el brillante hocico del animal.

-En efecto. Me gustaría mucho que el' caballo que he de comprar fuese como éste-replicó Tomás.

-¿Se dedica usted también a la caza del búfalo? -preguntó la joven con rapidez.

-Espero hacerlo.

-Oye, Milly -exclamó una voz gruñona -. No eres ninguna ladrona de caballos ni. debes tampoco tratar con desconocidos.

Tomás so volvió rápidamente y vió a un corpulento hombre que se acercaba desde el extremo del' campa-mento. Llevaba un delantal de cuero y en su mano, fuerte y musculosa, empuñaba un martillo. Era imposible que aquel rubio gigante pudiera ser el padre de la muchacha. Aun en aquel momento de sorpresa desagradable, Tomás se convenció de ello, muy satisfecho. Aquel hom-bre llevaba una amarilla y rala barba que no podía ocultar su rudeza y su brutalidad. Sus azules ojos eran brillan,es, de mirada dura.

-¡Dispénseme! -observó en tono seco-. Pero he venido a recoger el caballo del señor Hudnall.

Luego, volviéndose a la joven, le lió las gracias y observó que tenía loas ojos fijos en el suelo. Tomás se alejó con cierta brusquedad, llevando del ronzal al caballo.

No se le ocurrió siquiera que aquel incidente pudiese tener la menor importancia, si se exceptúa la leve irritación que le produjeron, las rudas palabras y el aspecto de aquel hombre. Sin embargo, aquello también lo olvidó y la vaga y agradable impresión causada por la joven, persistió hasta el momento en que el grave e interesantísimo asunto de escoger caballo y arma de fuego le obligaron a olvidar todo lo demás. Que Hudnall y sus hombres abandonasen el trabajo y que Pilchuck insistiera en ser el árbitro de aquellas selecciones, demostraba la enorme importancia que concedían al asunto. Hudnall, por su parte, sabía reconocer las cualidades y los defectos de los caballos, lo mismo que este último entendía de armas.

Se encaminaron, pues, al pueblo y recorrieron la polvorienta calle llena de abigarrada multitud, codeándose con indios, soldados, cazadores, exploradores, tronquistas, individuos que llevaban escrita la mala vida en sus flacos rostros y mujeres con ojos dignos de gavilanes. Pilchuck, al parecer, conocía a casi todo el mundo y pudo señalar a Tomás muchas celebridades de la frontera. Una de ellas el coronel Jones, famoso hombre de las llanuras, que no había de tardar en conquistar el apodo de «Buffalo Jones» y no como su contemporáneo Buffalo Bill, por dedicarse a la matanza de búfalos, sino por su empeño de proteger a los terneros, a fin de que formasen núcleo de un rebaño. Otro poseía el rostro más notable de cuantos Tomás había visto en su vida; era el de Wild Bill, quizás el más famoso de todos los hombres de la frontera un individuo de aspecto soberbio, de gigantesca estatura. Iba vestido de un modo nintoresco, andaba erguido como un indio y tenía un hermoso rostro, inconmovible, de mirada intensa, de expresión maravillosa, gracias al espíritu que le había hecho célebre. Tora se figuró no haber visto jamás unos ojos tan vigilantes y escrutadores como aquéllos. Pilchuck mencionó casualmente que, muy poco antes, Wild Bill luchó con doce hombres y los mató dentro de una cueva, en las llanuras. Bill recibió varios tiros que le causaron numerosas heridas, pero pudo curarse. Tomás estaba ya muy lejos de ser un bisoño y de asombrarse por cualquier cosa, pero, se quedó con la boca abierta al ver a aquellos tipos extraños y heroicos, cuyas hazañas le emocionaban. Y el verles cara a cara estimulaba y liberaba algo muy profundo en él.

El almacén adonde Pilchuck guió a Tomás y a sus compañeros estaba lleno de compradores, y, a excepción de que no se veían licores embotellados, tenía un aspecto muparecido al de un bar de la frontera. Se percibía el fuerte olor de las balas de tabaco y Tomás vió unos estantes llenos de montones v trenzas de tabaco en tan enorme cantidad, que no pudo dejar de manifestar su asombro a Hudnall.

-¡Caramba, tenga usted en cuenta que no podernos dejar de mascar tabaco! - replicó su digno compañero.

Un mostrador ocupado por una formidable colección de rifles y cuchillos pareció ser el objetivo de Pilchuck.

-Necesitamos un calibre cincuenta - dijo al empleado.

-No queda más que uno y no es muevo -replicó aquel individuo tomando un pesado rifle.

Era un Sharps, del calibre cincuenta. Pilchuck lo examinó y luego lo pasó a Tomás diciendo

-Desde luego los he visto mejores que éste, pero creo que podrá servirle algún tiempo... Ahora necesita usted una canana y todos los cartuchos que pueda llevar, sin contar con los cuchillos para cortar y despellejar las reses.

En cuanto estuvieron hechas las compras, Tomás se vió cargado con todo lo que realmente podía transportar. Hudnall encargó entonces los accesorios necesarios y, hecho estor, Pilchuck los llevó a todos calle abajo, hacia las afueras del pueblo, en donde liabía un, corral lleno de resabiados y coceadores caballos, sucios de polvo y de barro. Pilchuck y Hudnall emplearon, una buena hora en ponerse de acuerdo acerca del caballo que Tomás debía montar. Como durante toda su vida estuvo en granjas, Tomás era buen jinete, pero no domador de caballos salvajes. Por fin eligieron la cabalgadura, la silla, la brida, la manta y las espuelas, y en cuanto hubo pagado el importe de todas sus compras, Tomás echóse a reír al observar el escaso dinero que le, quedaba.

-Todas las cosas las suben de precio aunque no val-gan tanto -quejóse Pilchuck-. Pero no es posible elegir. Éste es un buen caballo, bastante joven, fuerte, de buena andadura, peno nunca ha visto un búfalo.

-Y esa ¿qué importa? -preguntó Tomás enfriándose repentinamente sin entusiasmo.

-Nada. Sencillamente que el' primer búfalo que vea decidirá su porvenir.

Tomás escuchó con gran recelo esta observación ambigua, tomando mentalmente muy buena nota de ella, para no olvidarla.

Una vez en posesión de las compras y del equipaje de Tomás, que recogieron en la estación, el grupo tenía va todo lo necesario y cuanto podían llevar consigo al eampamento. La tarde fue muy atareada para todos. Tomás se puso unas ordinarias y pesadas botas, aunque muy

apropiadas para la vida al aire libre. Tal cambio no se realizó sin notar en su espíritu una desviación indefinible. Disponíase a afrontar los peligros de la frontera, no podía contener su alegría por haber obedecido, al fin, a la llamada misteriosa. Probó su caballo, al que llamo, Dusty[1], porque, en aquellos momentos, sólo gracias a un baño habría podido quitarle todo el polvo que lo cubría. Dusty se portó bastante bien y consiguió la aprobación de todos a excepción de Pilchuck. Hudnall y su hija Sally se sintieron atraídos por aquel animal. Tomás vió que podría venderlo o cambarlo en cuanto quisiera, pero de momento se quedó satisfecho.

Pasó el resto de la tarde ayudando a Burn y a Hudnall a disponerlo y empaquetarlo todo en el enorme carro que babía de transportar su precioso equipo, y más adelante, va en la llanura, cargar con las pieles que esperaban obtener.

-He estado diciendo a mi padre que me gustaría encontrar y contratar a un muchacho - dijo Burn.

-¿Para qué. -.preguntó Tomás-. Ya podemos cuidar nosotros de este equipo.

-Ahora sí. Pero en cuanto nos encontremos entre los búfalos necesitaremos a alguien capaz ole gui ar el curo y de cuidar del campamento, mientras nosotros perseguimos, matamos y desollamos los blifalos.

Ya comprendo. Así, pues, se trata de establecer un campamento principal donde permanecerá su padre, y loas demás iremos formando parejas con carros v todo 10 necesario para recorrer la comarca.

-Me parece que ésta es la idea de Pilchuck. A juzgar por lo que he podido oír, habrá que moverse mucho en cuanto encontremos los rebaños de búfalos.

-Pues yo me figuraba que esa caza rro daría ni siquiera tiempo para acampar.

-Así. es. Sin embargo, pronto lo veremos -replicó Burn, malhumorado.

A la puesta dei sol, Tomás oyó las alegres llamadas de las mujeres que anunciaban la cena; y no se hallaba muy lejos de Burn cuando éste llegó a la mesa, la cual cousistía, en realidad, en una tela extendida sobre el suelo. Al parecer, todos estaban hambrientos. Hudnall llenó el plato de hojalata y su copa, luego se encaminó al carro y dejó su cena sobre el asiento. Era demasiado corpulento para sentarse en el suelo, con las piernas cruzadas, a estilo indio, pero en cambio su estatura le permitía ponerse en pie ante el asiento del carro, para comer con cierta comodidad. Pilchuck también tenía sus costumbres especiales. Dejó su ¡plato en el suelo y dobló la rodilla para Comer.

Todos estaban excitados, a excepción de Pilchuck, aunque aquello no les impidió satisfacer su hambre, originó más de una broma durante la comida. Tomás no se sentía solo a pesar de haberse alejado de la monotonía de las comunidades sedentarias con el propósito de realizar sus sueños de vivir en regiones deshabitadas, para luego poseer un hogar propio y gozar de cierta prosperidad.

Después de cenar regresó al pueblo v, aquella vez, quiso ir solo. No se atrevió a examinar fas razones que tenía para ello. Aquella tercera visita a la calle principal de fa población no satisfizo sus vagos deseos, cualesquiera que fuesen, y en breve volvió sus pasos en dirección al campamento.

[1] Dusty: polvoriento

Hacia el extremo de la calle los transeúntes eran va más escasos, por lo tanto, se les Observaba mejor. Pero Tomás no hizo caso de nadie hasta que oyó la voz de una joven. Sonaba a su espalda, v, en su tono, se advertía que estaba encolerizada. Al oír la voz de un hombre, demasiado queda para que pudiese entender sus palabras, Tomás se volvió rápidamente.

Vio que se acercaba una joven que llevaba un gran fardo, tras la cual, muy próximo, iba un hombre. De un vistazo pudo comprender Tomás que ella se esforzaba en huir de aquel individuo.

Se dirigió a su. encuentro y- reconoció a la joven con quien cambiara algunas palabras en el campamento inmediato al de Huduall.

-¿Acaso la molesta ese individuo?-preguntó.

-Me ha insultado - contestó ella.

Tomás se acercó rápidamente al hombre, exclamando al mismo tiempo

-¡Oiga usted!

Pero el sujeto se apresuró a huir con tal presteza, que, para cogerle, habría sido necesario echar a correr.

-¡Déjele usted! -dijo, ella profiriendo una leve carcajada de satisfacción.

-Este pueblo está lleno de rufianes. No debía haber salido sola - contestó Tomás.

-Ya lo sé. Ya me ha ocurrido otras veces. No estaba asustada... Aunque me alegro de haberle encontrado a usted.

-Va muy, cargada - observó él-. Permítame llevarle ese fardo.

-Muchas gracias, pero no me molesta - replicó ella. A pesar de ello, él' lo cogió y, al hacerlo, rozó la mano de la joven. La impresión que esto le produjo fué tan profunda que, por un momento, destruyó su naturalidad.

-¡Caramba! Pesa demasiado.., para una joven como usted -dijo con cierta torpeza.

-¡Oh, soy muy vigorosa! -replicó ella.

Entonces se encontraron de nuevo sus ajos, como cuando la conoció. Pero ahora sus miradas parecían muy diferentes. Ella desvió la suya a través del espacio libre hacia la alameda, en donde empezaban a brillar las hogueras a la luz del crepúsculo. Luego echó a andar y Tomás se situó a su lado. Deseaba hablar, pero sentíase incapaz de pensar o de decir cosa alguna. Aquel encuentro no era un incidente ordinario. Él mismo no lograba comprenderse. Deseaba preguntarle quién era, adónde iba y qué relación tenía con aquel rudo hombre que la llamó Milly. Sin embargo, no se sentía capaz de pronunciar una sola palabra, aunque hubiese molido hablar sin dificultad, de no estar tan preocupado por 'la incertidumbre y las vagas ideas que le dominaban.

Antes de llegar a la entrada de la alameda, la joven se detuvo y se quedó mirándole.

-Muchas gracias -dijo con voz suave- Ahora lo llevaré yo.

-No. Aún estamos muy lejos de su campamento.

-Por eso precisamente -replicó ella, sin atreverse a decir más- Conviene que no le vean conmigo -añadió-. Él..., mi padrastro, ya le oyó usted... No puedo decirle más...

A pesar de estas palabras, Tomás no le cedió el fardo de buena gana.

-Es muy posible que no vuelva a verla -exclamó al fin.

Ella no le contestó, pero al tomar el envoltorio levantó los ojos francos y claros, para contemplar su rostro. Tomás se sintió prendido por la mirada de la joven. Luego ella le lió las buenas noches y, volviéndose, desapareció en la oscuridad de la alameda.

Hasta que se hubo marchado no comprendió Tomás que aquel encuentro fortuito y, al parecer, tan natural por parte de ella, y afectuoso por la de él, pues no era unas que un incidente de viaje, en el que dos desconocidos cambiaban algunas palabras amables, resultaba, en realidad, el hecho más significativo de su vida y el que más ideas había de despertar en su mente. ¿Por qué no la detuvo un momento, a fin de pedirle el favor de verla

de nuevo? Sin embargo, aún podría encontrarse con ella al día siguiente. ¿Qué significaría la última mirada que le dirigieron sus grandes y negros ojos? La mente del joven revolvía muchas e inútiles preguntas. Halló un asiento en el extremo del la alameda y allí se entregó a sus reflexiones. La noche era oscura y fría, y en el cielo brillaban las estrellas. A su espalda oía el crepitar de la leña en las hogueras de los campamentos, las voces de los hombres y el ruido que producían los caballos al masticar el grano de su pienso.

Habíale ocurrido una cosa rara, pero ¿qué era? Los ojos de una joven, algunas palabras, el contacto de sus manos... ¿Era aquélla, la causa de su repentina melancolía de un momento y la inexplicable exaltación del siguiente, así como de su curiosidad con respecto a ella y de su empeño en analizar sus propios sentimientos? Mas, a pesar de todo no creyó que aquello fuese ninguna tontería. Tomás tenía ya veinticuatro años, pero aquellas sensaciones eran nuevas para él. Quizá la emoción y la esperanza de las cosas que le aguardaban en su mueva vida habían dado un significado especial a aquel incidente trivial. Sin embargo, él mismo ridiculizaba sus pensamientos. Y cada momento de reflexión tendía a hacerle notar una extraña v ensofadora locura inspirada por aquella joven.

III

Cuando Tomás despertó a la mañana siguiente al oír la alegre llamada de Burn Hudnall, observó que había dormido más de lo acostumbrado.

Abandonó su yacija de mantas, instalada debajo del carro, y una vez se hubo calzado las.botas, fue a lavarse la cara y las manos; luego se dispuso desayunar y a esperar los sucesos que pudiesen ocurrir durante aquel día memorable.

El sol había aparecido ya del todo sobre el horizonte. Las onduladas praderas del Oeste y del Sudoeste brillaban con tonos verdosos y dorados al recibir la esplendorosa luz de la mañana. A corta distancia pacían los caballos y el ganado. A lo lejos, y más abajo, se destacaban claramente algunos carros cubiertos; por un blanco toldo. Algunos de los cazadores de búfalos habían emprendido ya el camino. Tomás se quedó en pie un momento observando la escena y aspirando, a plenos pulmones el aire fresco y puro, diciéndose que cualesquiera que fuesen los acontecimientos que le esperaban más allá del violáceo horizonte, es decir, las aventuras, las penalidades y hasta la fortuna, estaba dispuesto a afrontarlos.

Durante el almuerzo recordó, de pronto, su encuentro con la joven Milly. En la plena luz del día se hallaba muy distinto que en la noche anterior. Sin embargo, sentíase penetrado de una extraña dulzura. Al mirar la alameda hacia el campamento en donde ocurrió su primer encuentro con la joven observó que habían desaparecido, y. con ellos se habría marchado Milly. Tomás sintió, de pronto, que su cerebro quedaba vacío de pensamientos y luego tuvo la sensación de haber perdido algo y hasta sintió cierto arrepentimiento. Después continuó comiendo ;bastante pensativo. Nada. había de resultar de aquel encuentro., Sin embargo, los individuos de la familia de la joven eran también cazadores de búfalos y, era muy fácil que en la región desierta, por la que iba a aventurarse en breve, pudiese verla. Era una esperanza muy vaga, aunque al confiar en ella se consolaba de que la joven se hubiera marchado.

Después ele almorzar, su curiosidad llevó sus pasos hacia el lugar en que estuvo aquel campamento. Desde allí pudo seguir las huellas de los carros que se dirigían al camino, en dirección suroeste, lo cual reanimó bastante sus esperanzas.

-Nuestros vecinos han salido muy temprano -observó deteniéndose ante Pilchuck y Hudnall, que se ocupaban en empaquetar algunas cosas.

-Mucho antes de la salida del, sol - replicó Hudnall-. ¿No los has oído, Jude?

-¡Caramba! Habrían; podido despertar a un muerto -gruñó Pilchuck -. Sin duda Randall Jett tenía sus motivos especiales para marcharse.

-¿Jett? Creo que era ese hombre de la barba amarilla, ¿verdad? Por cierto que no parecía muy amable. -En el pueblo oí hablar de Jett -continuó diciendo Pilchuck -. Y me parece haberle encontrado en otra parte, pero no puedo recordarlo. Es uno de esos cazadores acerca de quienes se tienen algunas dudas. Y al decir dudas, procuro no ser demasiado severo. Nadie sabe una palabra de él. El caso es que Jett regresó dos veces de Panhandle con millares de pieles. Ha hecho dinero.

-Pues eso es muy interesante -replicó Hudnall-. Sé que acaba de casarse. Mi esposa cruzó ayer algunas palabras con una mujer que, sin duda, es la señora Jett. Es de Missouri y tiene ya una hija mayor. Dijo que se había casado pocas semanas antes. A mi mujer le pareció que tanto ella como su hija no veían con buenos ojos este negocio de la caza de búfalos.

-Bueno. Cuando estemos en el Llano Estacado podrás conocer mejor las opiniones de la señora Jeta observó secamente Pilchuck.

Tomás escuchó atentamente este diálogo, que le interesaba en gran manera y lo registró en su memoria. Luego preguntó si todos los cazadores de búfalos seguían el mismo camino.

-¡Claro está! -replicó Pilchuck-. Tan sólo hay un camino bueno por espacio de cuatrocientos kilómetros. Luego cada cazador sigue la dirección que más le conviene.

-¿De modo que se diseminan por la llanura? - preguntó Tomás.

-Como es natural, procuran situarse en torno de los búfalos. Pero ese rebaña es casi tan grande como el Llano Estacado.

Tomás desconocía aquella parte de Texas, pero no por eso dejó de comprender su magnitud.

-¿Cuándo saldremos nosotros? -preguntó.

-Lo antes posible.

En menos de una hora la expedición de Hudnall, de la que formaban parte tres buenos carros, arrastrados por fuertes tiros, emprendió la marcha. Las mujeres iban con los conductores de los vehículos. Tomás quedó encargado de que los caballos de silla siguieran el camino de los carros. Ninguno de ellos deseaba aventurarse en aquella región salvaje y avanzaban a regañadientes. Sin embargo, después de algunos kilómetros de recorrido, tomaron el trote y no se apartaron del camino.

En breve, el pueblo, las alamedas y las columnas de humo, desaparecieron detrás de una loma, y alrededor de los viajeros no hubo más que una llanura interminable, de un gris verdoso, dividida por un blanco camino. No se veía ningún otro carro. Tomás encontró soportable el dominio de su caballo y creyó que lo resistiría muy bien en los largos trayectos. Aquella tierra solitaria le gustaba extraordinariamente. Los pájaros y los conejos se hacían notar por su escasez. La llanura aparecía continuar sus ondulaciones de un modo interminable; estaba enormemente solitaria, tenía un tono agrisado y se extendía en todas direcciones. El terreno era buenísimo y era indudable que algún día produciría excelentes cosechas.

El grupo Hudnall viajó sin parar hasta las cuatro de la tarde, después de haber recorrido cuarenta kilómetros. Al llegar a un olmedo, que desde lejos llamó la atención de Tomás, se ordenó hacer alto. Al joven le divirtió observar las cordiales disputas de Pilchuck y Hudnall. El primero, como todos los guías y exploradores, acostumbrados a la vida al aire libre, deseaba acampar en el primer lugar apropiado en que lo hubieran hecho otros. Hudnall, en cambio, solía buscar un sitio nuevo aro utilizado por nadie, algo alejado del camino y a la sombra de los olmos, que empezaban a cubrirse de hojas. Bajo el alto terraplén corría un arroyo de poca profundidad. Abun-daban allí las pájaros y los conejos y en la fangosa orilla se descubrían las huellas de los gatos y de los coyotes.

Librodot

Había entonces trabajo para todos y entre ellos reinaba cierta confusión. Evidentemente necesitaban un poco más de práctica de acampar, para que se hiciesen los preparativos necesarios con eficacia y orden.

-Yo he preparado, el trabajo para todos. ¡Ahora aprisa! -ordenó Hudnall.

Desengancharon los caballos y los soltaron para que pudiesen pacer y beber libremente. De las ruedas delanteras colgaron los arneses y las colleras. Tomás fué a buscar leña, encontrándola en abundancia, y en breve resonaron sus hachazos. Hudnall y su hijo sacaron de un carro el hornillo y la caja de cubiertos, así como la batería de cocina y todo lo necesario para disponer la comida. Limpiaron un espacio de terreno liso, encendieron el fuego, en el suelo y también en un hornillo, encargándose las mujeres de preparar la comida. Hudnall montó la tienda para sí mismo y su mujer. En el carro hicieron la cama de Sally. Pilchuck ayudó a Stronghurl a armar una tienda, al lado de su carro, pero él, por su parte, dispuso su propia yacija, compuesta de unas mantas sobre una tela impermeable a la sombra de los árboles. En cuanto a Tomás, desenrolló su cama bajo el carro de Burn.

Al anochecer cenaron. Los tonos dorados y rojizos del cielo occidental parecían mandar un reflejo sobre la sinuosa corriente de agua. Todos estaban hambrientos y hasta el mismo Pilchuck parecía gozar de la hora y del lugar. Si antes hubo algún recelo por parte de las mujeres, parecía haberse desvanecido por completo. La conversación fué alegre y esperanzada. Sally Hudnall no separaba los ojos de Tomás, pero al notar que sus insinuaciones pasaban inadvertidas, se las dedicó a Stronghurl.

Después de cenar, Tomás cortó v transportó leña para la hoguera de aquella noche y de la mañana siguiente. Hecho esto siguió el arroyo, para dirigirse adonde pacían los caballos. La hierba crecía abundante y fresca en las orillas y bastaba para dar una razonable seguridad de que las cabalgaduras no se alejarían durante la noche. Por eso Tomás decidió no trabar a Dusty.

A unos centenares de metros del campamento, el arroyo daba la vuelta en torno de un grupo de olmos bastante mayores y luego formaba un profundo estanque. Tomás fué hacía allá y, sentándose en un tronco caído, se entregó a sus reflexiones. Éstas parecían fluir y crecer cama la corriente, aunque sin razón que lo justificase.

Pero cuando se le ofreció el recuerdo de la joven Milly, va no pudo pensar en otra cosa. En la soledad de aquel bosquecillo parecía recordarla con mayor precisión y, después de pasar revista a los detalles relacionados con ella, llegó a la conclusión de que, con toda probabilidad, debía de ser desgraciada y hallarse en una situación desagradable «No puedo decirle más» había murmurado ella apresuradamente y en un tono de voz que ahora le parecía a Tomás indicar el temor v la vergüenza que sintiera. Medité acerca de aquello y al cabo de una hora, cuando la sombra empezaba a invadir el terreno bajo los árboles, se substrajo a su ensimismamiento v se encaminó hacia el campamento. Era muy roca probable que volviese a verla alguna vez. Y resignándose a ello v a la vaga tristeza que le ocasionaba aquel recuerdo, hizo un esfuerzo para no acordarse más.

En breve brilló a la luz crepuscular el resplandor de la hoguera que, vista desde lejos y mientras las negras sombras de los hombres cruzaban por delante, ofrecía un cuadro encantador. Tomás fué a formar parte del círculo de personas que rodeaban el fuego, sentadas, o en pie. El aire se había enfriado notablemente y el calor de la, fogata resultaba en extremo agradable.

-Ese maldito humo me sigue por todas partes - observó Sally Hudnall, mientras iba a sentarse al lado de Stronghurl.

-La madera de olmo no es buena para quemar -observó Pilchuck-. La de álamo, tampoco. El humo es muy acre e irrita los ojos.

-A muchos les gusta la leña de nogal -dijo Hudnall-. Pero, por mi parte, juro no comer nunca más un pastel de manzanas hecho con un fuego de esa leña.

-A no ser que vuelvas a Illinois - observó secamente su mujer.

-Cosa que no ocurrirá nunca, María -replicó él en tono decisivo.

Sus palabras, que recordaban el fracaso sufrido en Illinois, interrumpieron la conversación. Todos ellos' tenían lugares queridos que recordar. Los que se entregaban a la vida nómada tenían que sacrificar muchas cosas. Tomás contempló el círculo de tranquilos rostros, con mayor bondad y comprensión que antes. La caza del búfalo sería un incidente. Había dominado hasta entonces sus pensaimientos, pero en el fondo de ;su mente siempre persistía la idea de poseer un rancho, en el porvenir. Con aquella gente, el hogar y la granja eran cosas importantísimas. Tomás se preguntó si no irían a emprender una empresa mal aconsejada, y eso sin tener en cuenta el posible peligro.

Día tras día, el grupo Hudnall viajó por la pradera, algunas veces hacia el Oeste y luego al Sur, pero siempre con la dirección general del Sudoeste. Diariamente recorrían de veinticinco a cuarenta kilómetros, de acuerdo con el estado del camino y los lugares favorables para acampar. De vez en cuando encontraban algún equipo de transporte, compuesto de varios carros cargados de pieles de búfalo. Y así, los días se transformaron en semanas, hasta que Tomás perdió la cuenta de ellas.

En las grandes llanuras imperaba ya la primavera. Todo estaba verde y hermoso. La monotonía de la región era interrumpida por las corrientes de agua que describían sinuosos cursos al! alejarse por entre las orillas bordeadas de árboles, pero la ondulante línea de la nradera parecía ser la misma de siempre, cuando se contemplaba desde alguna distancia. En las claras mañanas se divisaba, en dirección al' Sur, una forma imprecisa y gris, que parecía anunciar la presencia de! tierras muy elevadas. Y lo que más al Norte fué una tierra abierta, desprovista de accidentes que la diferenciasen, ahora tomaba proporciones enormes y notables.

Una tarde, a la puesta del sol, cuando hicieron alto para acampar junto a un arroyo, Pilchuck renunció a su trabajo habitual y se alejó para escalar tina altiplanicie. Al llegar a lo alto echó pie a tierra y, con un anteojo, miró hacia el Sur. Más tarde, al regresar al! campamento, todos los ojos se fijaron en él.

-¿Has visto algo? -preguntó Hudnall con la mayor impaciencia.

Tomás sintióse emocionado al observar la mirada del explorador.

-¡Búfalos! -anunció Pilchuck.

Hubo un momento de silencio, pero las mujeres respondieron con mayor rapidez a tan buena noticia. Hudnall parecía ser muy ¡tardo en comprender. Burn Hud

nall arrojó al suelo un trozo de leño que tenía en la mano.

-¡Búfalos! -repitió.

Y la rápida mirada de alegría que dirigió a su padre demostró claramente la parte que tuvo en la iniciativa de aquel viaje.

-¿Cuántos? -preguntó Hudnall dando un largo paso hacia el explorador.

- No puedo decirlo todavía -contestó Pilchuck-. El rebaño se halla a una jornada de distancia, en dirección Sur.

Sally Hudnall interrumpió a su padre, cuando éste se disponía a hablar, exclamando

-¡Oh! ¡Cuánto deseo ver un rebaño de búfalos! ¿Hay muchos?

-Bastantes -replicó Pilchuck dirigiéndose una mirada de orgullo profesional-. Me parace que ese rebaño tendrá veinte kilómetros de largo y tres o cuatro de ancho.

Al oír aquello, Hudnall profirió un ru rugido estentóreo, que para los demás fué la señal de emitir otras tantas voces igualmente espontáneas, aunque no tan entusistas.

Al siguiente día la jornada, fué la más larga que Tomás había soportado en su vida. La polvorienta tierra y el calor del sol resultaban abrumadores a través de las millas interminables, teniendo ante ellos sólo una dilatada llanura de un verde agrisado, que daba falsas esperanzas a las miradas. Mas, por fin, a la puesta del sol, llegaron a una ;sinuosa faja

de follaje que señalaba el curso de una corriente. Parecía un punto de destino. Más allá de aquel curso de agua debía de apacentarse el enorme rebaño de búfalos. Una hora más de fatigoso viaje por la ondulante pradera, porque Pilchuck abandonó temprano el camino aquella mañana, llevó a los expedicionarios al fondo de un sendero, que era el más salvaje y atractivo de los campamentos que habían encontrado.

Aquella tarde, Tomás activó cuanto nudo sus deberes del campamento, y luego se encaramó a la cresta más alta, impulsado por el deseo de ver los búfalos. Cuando llegó a la cima, al mirar hacia el Oeste, se quedó pasmado.

El sol se- ponía entre un resplandor dorado que llenaba la ancha llanura extendida más abajo. A un kilómetro de distancia del lugar en que se hallaba, pudo ver un inmenso rebaño de animales enormes, peludos; de- aspecto salvaje y raro. Ni por un momento dudó de que fueran los !búfalos. Tomas sintió la más intensa emoción de su vida. ¡Qué espectáculo tan maravilloso!

-Aquello no -se parecía en nada a cuanto pudo imaginarse a través de los relatos que había oído. La escena era hermosa; los enormes y rezagados! machos parecían ser las piezas de caza más grandes de la tierra. Había allí millares de búfalos. Tomás se aprovechó alegremente de aquella oportunidad para gozar con la visión panorámica que le ofrecía. Comprendió que el rebaño daba la vuelta para desaparecer más allá del extremo opuesto de la cresta en que se hallaba. Contempló la escena durante largo rato v se dijo que jamas olvidaría su primera visión de un rebaño de búfalos.

Al regresar al campamento observó que no era el único que llegaba retrasado a cenar. Hudnall salió, a su vez, en compañía de Pilchuck. Burn regresaba entonces en compañía de su mujer y de su hermana, y las dos mujeres hablaban, muy excitadas, de lo que acababan de ver.

-¿Cuántos búfalos ha visto usted? -preguntó Hudnall a Tomás.

-¡Oh, no tengo idea! Quizá cinco mil, a pesar de ayo haber podido ver el extremo opuesto del rebaño -replicó Tomás.

-Pues nosotros hemos visto lo menos diez mil desde el otro lado del risco a que se encaramó usted -añadió Hudnall con voz emocionada.

Sus grandes ojos despedían chispas como si contemplaran visiones lejanas. Tomás comprendió que Hudnall no se había hecho cargo de la grandiosa belleza del espectáculo. Él sólo había visto millares de pieles que vender.

-Me parece haber oído tiros río abajo a unos cuatro kilómetros de distancia -dijo Pilchuck-. Hay otro grupo de cazadores por esa parte. Y podremos darnos por contentos si no encontrarnos por lo menos una docena.

-¿Acaso éste es el rebaño principal de que usted! hablaba? -preguntó Tomás.

-No, no es más que un pequeño grupo -contestó Pilchuck.

-Pero ¿se han vuelto ustedes locos con los búfalos?

- exclamó entonces la señora Hudnall-. La cena se está enfriando.

-Mañana por la noche, María, podrás freír un bistec; de búfalo para mí.

Después de cenar, Hudnall llamó a los hombres para conferenciar con ellos.

-Pilchuck y yo somos- socios, en este asunto -dijo-. Pagaremos treinta centavos por piel. Es decir, por animal desollado y por cada piel transportada y estirada en el campamento. Poco importa quien haya matado, al búfalo.

-Ese, precio es superior al que pagan los demás equipos -añadió Pilchuck

Stronghurl y Burn aceptaron aquella suma, y Tomás confesó francamente que la cantidad de treinta centavos por piel le parecía un precio muy alto.

-Bueno. Espere usted a despellejar su primer búfalo -dijo sonriente el explorador -. Entonces creerá, tal vez, que -treinta dólares son muy poco.

-Mi parte en el asunto queda ya fijada. Proporciono todo lo necesario y pago cada piel- dijo Hudnall-. Jude, aquí presente, dirigirá la caza.

-Poco hay que dirigir -dijo el aludido-. Estamos un poco más al sur de la comarca en que antes había cazado. Durante el pasado otoño vine aquí con algunos soldados y por eso conozco la región. Ese rebaño de búfalos no se aleja de las cercanías del río. Estoy persuadido de que encontraremos búfalos durante muchas millas. Todos pacen por ahí y no se moverán 'más que en caso de que los acosen demasiados cazadores. Un excelente modo de matarlos es ponerse al acecho en los lugares adonde van a beber. ¡Conviene apuntar detrás de la paletilla y seguir disparando hasta el que animal caiga. A veces hacen falta dos o tres balas, y cuando se trata de machos muy viejos, se necesitan hasta cinco. Cuando se caza en lugar abierto, es preciso correr como un diablo, perseguirlos y n.o dejar de disparar mientras se tengan cartuchos.

-Eso es fácil, y, sin duda alguna, resultará muy divertido -dijo Burn.

-Desde luego. Pero no olviden ustedes que también es peligroso. Procuren estar siempre fuera del alcance de esos bichos. El trabajo duro y pesado es el de despellejarlos y extender las pieles para sujetarlas con estaquillas. Seguramente les parecerá muy fatigoso ganarse así tres dólares por día, porque al final de la jornada estarán rendidos.

-¿Tres dólares? -replicó Burn desdeñosamente-. Espero ganarme cinco veces más.

Tomás tenía iguales aspiraciones, pero se abstuvo de demostrarlo. Pilchuck les contempló con expresión risuefia y misteriosa a la vez, y ello fué suficiente para contener su entusiasmo poco justificado.

-Finalmente, y esto es preciso tomarlo muy en serio -continuó diciendo Pilehuck en voz baja, para que las mujeres no pudieran oírle-, podríamos tropezar con los indios.

Tales palabras apagaron el entusiasmo general.

-El verano pasado fué bastante malo y el otoño todavía peor -continuó-. Ignoro cómo está ahora el asunto o lo que hacen los indios. Es probable que, gracias a un grupo de cazadores, o de soldados, podíamos enterarnos de algo. Mi creencia es que este afio habrá algunas luchas enconadas. Pero, desde luego, los pieles rojas no pueden hallarse en todas partes y esos búfalos son muy numerosos y cubren una considerable extensión de terreno. Es posible, por consiguiente, que tengamos suerte y no lleguemos a ver aun solo comanche. Pero será preciso tener los ojos muy abiertos, y si vemos u oímos a los indios, convendrá volver cuanto antes al campamento, y hacer guardia durante toda la noche.

-¿Sabes, Jude, que me sorprende mucho eso que acabas de decir? Hasta ahora jamás me habías dicho nada acerca de ello -exclamó Hudnall, sorprendido y preocupado a un tiempo.

-Es verdad. Pero no exagero, me limito a deciros lo que hay. Este verano habrá aquí muchos cazadores. Y lo cierto es que los soldados procurarán que las mujeres estén seguras en el' fuerte o en algún puesto de expedición bien defendido.

Tomás pensó entonces en Milly, en la joven de los negros ojos. Casi la había olvidado ya. ¿Cuánto tiempo transcurrió desde su encuentro? ¿Dónde estaría? Y se tranquilizó ante la seguridad dada por Pilehuck de que los soldados protegerían a todas las mujeres que formasen parte de los grupos de cazadores.

No se dijo una palabra más acerca de los indios. El interés de todos se concentró en la cacería que había de empezar al día siguiente. Tomás se sintió presa de la excitación general y quedóse hasta muy tarde al lado de la hoguera, escuchando la conversación y tomando, a veces, parte en ella. De pronto la animada discusión fué interrumpida por un aullido lastimero que resonó en lo alta de la cresta a donde subiera Tomás para ver a los búfalos. Era una especie de quejido profundo y prolongado como el ladrido de un perro al encontrar el rastro de los gamos, aunque infinitamente más salvaje.

-¿Qué es eso? -preguntó alguien.

-Un lobo -contestó Pilehuck-. No es un coyote, sino un verdadero rey de las llanuras. En derredor de los búfalos siempre hay gran cantidad de lobos.

Aquel aullido no se repitió entonces, pero más tarde, cuando Tomás se metía entre sus calientes mantas, volvió a hacerse oír, interrumpiendo de un modo raro el silencio reinante. Tomás se estremeciá ante aquel heraldo de la salvaje comarca.

Tomás fué el primero en levantarse a la mañana siguiente, de modo que sus hachazos, cuando fué a buscar leña, y el ruido de ésta al caer al suelo, en el centro del campamento, despertó a los demás. Stronghurl salió para ir en busca de los caballos; el cielo estaba ya alumbrado por la luz del día, y cuando estuvo preparado el almuerzo, el sol se hallaba ya a bastante altura.

Pilehuck, que regresaba de lo alto de la meseta, comunicó que los búfalos estaban a lo largo del río en toda la distancia que podía alcanzarse con la mirada. Hallábanse algo lejos, en la llanura, y todavía no habían ido a beber.

-Yo me encargaré de vigilar el campamento -dijo Hudnall haciendo un verdadero esfuerzo-. Hay mucho que hacer por aquí, además, alguien debe cuidar de las mujeres.

-Hará bien subiendo cada dos horas a -lo alta del risco, para dar un vistazo a los alrededores -replicó Pilchuck con acento indiferente, aunque no lo era tanto la mirada que dirigió a su compañero-. Le dejaré mi anteojo. Procure que no se le pase nada por alto.

Los hombres ensillaron los caballos y se pusieron las pesadas cartucheras. También llevaban los bolsillos llenos de cartuchos. Tomás tuvo la impresión de que, cargado como iba, pesaba por lo menos quinientos kilos. Habíase olvidado de comprar una funda de silla para el rifle, y, por consiguiente, vióso obligado a llevarlo en la mano, cosa bastante molesta, mientras iba a caballo.

Siguieron a Pilchuck río abajo y vadearon la corriente en una barra arenosa, sobre la cual los caballos habían de cruzar con rapidez para no hundirse.

-¿Cómo podremos pasar los carros por allí? -preguntó Burn Hudnall.

-Creo que no será posible -replicó Pilchuck-. No habrá más remedio que llevar las pieles a cuestas hasta el campamento. Como verá usted, la persecución y matanza de los búfalos no, requiere mucho tiempo. Luego es cuando empieza el verdadero trabajo. Tendremos que emplear el resto del día y hasta gran parte de la noche en desollar y transportar al. campamento las pieles, para clavarlas fuego.

Aquella orilla del río tenía más árboles y era más baja que la otra. Las huellas de los búfalos eran tan espesas como las del ganado en torno del abrevadero. Los jinetes se detuvieron en lo alto de la pendiente, donde empezaba la llanura. Más allá de la extensión cubierta de hierba, a cosa de dos o tres kilómetros, se divisaba una línea oscura, .semejante a un muro.

-¡Creo que ahí están nuestros búfalos! -dijo el explorador-. Ahora nos diseminaremos, para ponernos al acecho durante una o dos horas. Ocúltense ustedes en la maleza, detrás de algún terraplén o donde quieran, hasta que se acerque algún búfalo. Entonces disparen sin cesar sobre él hasta que caiga muerto. Si echa a correr, persíganlo y disparen montados a caballo. La caza no será larga, porque los búfalos huirán de ustedes.

Pilchuck apostó a Tomás en el lugar en que se hallaban y siguió río abajo, por el borde de la llanura, en compañía de los demás. Por fin se perdieron de vista. En aquella dirección, Tomás no podía ver a gran disitancia, a causa de la elevación del terreno. Hacia el suroeste, sin embargo, extendíase el rebaño hasta el punto de que era imposible distinguir los animales que se confundían en la lejanía.

-Y Pilchuck asegura que ese rebaño es pequeño -díjose Tomás mientras examinaba la enorme multitud de astados que llenaba la llanura.

Echó, pie a tierra y, sujetando su caballo, se situó en el lindero del bosque, observando, con el oído atento. El momento, era maravillosamente grato. Reconoció entonces el

sentimiento que siempre vivió en lo más profundo de su alma, o sea el amor por la aventura y la libertad y la pasión de buscarlas en aquellos lugares desconocidos. Hallábase entonces apostado, junto a los árboles de la orilla del río, en el Panhandle, de Texas, teniendo a la vista un rebaño de búfalos. También vió coyotes y otros animales grises más corpulentos. No tuvo duda de que serían lobos. Los gavilanes y los busardos atravesaban el azul del cielo. Por entre los árboles y cerca del río descubrió una manada de pavos silvestres. Luego, relacionándolo con el ambiente y sintiendo la magnificencia de la mañana, recordó el aviso del explorador acerca de los indios. Tomás díjose que debía cae estar preocupado y hasta asustado, pero no le ocurría nada de aquello. Aquel momento era uno de los más agradablemente plenos y misteriosos de su vida.

Los búfalos que tenían ante él no se aproximaban. Sin embargo, observó que hacia el Este se acercaban a las malezas inmediatas al río.

De pronto se sobresaltó al oír los disparos. ¡Bum! ¡ Bum..! Sus camaradas habían empezado la cacería.

-¿Qué haré? -se preguntó mirando río abajo y luego a la marcada. Ésta no ofrecía ningún cambio apreciable-. Me han dicho que me quedara aquí. Pero puesto que ellos han empezado a disparar, no creo que se acerque ningún búfalo.

Poco después oyó más cercano el disparo de un rifle que resonaba en lo alto de una loma.

-¡Ése es cae un calibre cincuenta! -exclamó en voz alta.

Muy lejos, quizás a tres kilómetros, oyó el disparo de un Sharps, apagado, pero muy claro, que resonaba en el tranquilo ambiente de la mañana. Oyó luego otro tiro y otro. Tomás empezaba a sentir cierta ansiedad. Era muy probable que sus compañeros persiguiesen a los búfalos y llegaran. cerca de donde él estaba. Después oyó un tiro que, al parecer, fué disparado entre el que sonó muy cerca y el otro más lejano. Era, pues, evidente que todos sus compañeros habían entrado en acción. Tomás se quedó inmóvil. Al contemplar el rebaño observó que se movía y el rumor sordo de muchas patas llegó a sus oídos. El polvo ocultaba parcialmente a los búfalos, los cuales parecían retroceder hacia la enorme extensión gris. De pronta Tomás oyó un continuo disparar de las armas de fuego y observó que se confundían los tiros de los rifles que tenía, respectivamente, a distancias variables del lugar en que se hallaba. Al escuchar le pareció que los disparos disminuían en intensidad, creyó que sus amigos, persiguiendo a los búfalos, iban alejándose cada vez más. Después de algún tiempo, ¡no oyó ninguna otra cosa, y al observar que también habían desaparecido los búfalos que tenía enfrente, casi ocultos por el polvo, sintió un profundo desencanto.

De pronto apareció un jinete en la altiplanicie que le había interceptado el espectáculo de la caza. Aquel blanco caballo era de Pilchuck. Tomás le viví agitar su sombrero y, creyendo que aquello sería una señal, montó a caballo y subió al galope hasta la meseta, a cuya cima llegó, aunque varios centenares de metros hacia la derecha. Allí nada le interceptaba la vista. Contempló la inmensa llanura ondulada, de un gris verdoso, envuelta en una nube de polvo. El rebaña de búfalos no estaba ya a la vista. Entonces continuó el camino para reunirse con Pilchuck.

-Ha tenido usted mala suerte -dijo el explorador-. Los búfalos se acercaban al río, pero más abajo.

-¿Ha matado usted alguno? - preguntó ansiosamente Tomás.

-Veintiuno -contestó Pilchuck-. Y cuando volvía encontré a Stronghurl maldiciendo porque no pudo matar más que cinco. En cuanto a Burn, ha quemado mucha pólvora, pero, según creo, sólo ha matado uno.

-¿De veras? -exclamó Tomás- ¡Caramba! Pues él estaba seguro de matarlos a docenas.

-En este momento debe de estar un poco más enterado -replicó Pilchuck-. Usted podría bajar ahora para ver cuántos logra despellejar. Yo iré al campamento a buscar un carro y veré si puedo hacerle atravesar el río.

El explorador se alejó y Tomás, llevando su caballo hacia el Este, descendió al trote Ja larga y gradual pendiente. Al inspeccionar la llanura vió un caballo que pacía y luego, tendido en el suelo, un cuerpo oscuro, peludo, que, sin duda, era un búfalo muerto. Espoleó su caballo

y rápidamente atravesó la distancia que los separaba, no tardando en ver a Burn ocupado en desollar al búfalo.

-¡Le felicito! -gritó Tomás acercándose al galope.

-¡Vaya trabajito el de desollar! -gritó Burn volviendo su enrojecido y sudoroso rostro hacia Tomás¡Cuidado! -exclamó.

Pero su aviso llegó demasiado tarde. El caballo de Tomás lanzó un furioso relincho, como si quisiera alejar de sí un olor nuevo y odioso, se encabritó y cayó con tanta violencia al suelo, que su jinete salió disparado por un lado y el rifle por otro.

El joven cayó sobre la hierba, y el golpe le dejó atontado por espacio de unos segundos. Luego sentóse, pudiendo comprobar que estaba ileso. La sorpresa, la victoria completa del caballo y la humillación de haber sido arrojado al suelo, despertaron su cólera.

-¿Está usted herido? - preguntó Burn con ansiedad, abandonando su trabajo.

-No. Pero sí loco de rabia - replicó Tomás.

Al oír tales palabras, Burn se echó hacia atrás y se revolcó por la hierba, riéndose a carcajadas, pero Tomás no le hizo ningún caso. Dusty huyó y a unos cien pasos se detuvo, con la cabeza ladeada y arrastrando la brida. Tomás le ordenó a gritos que se detuviese, pero Dusty continuó andando. En vista de ello, el jinete echó a correr y lo alcanzó.

-¡A fe mía que eres buen caballo! - exclamó Tomás jadeando, mientras volvía a montar- Ahora te voy a llevar otra vez allá, para obligarte a que pongas el hocico en contacto con el búfalo.

Dusty se portó con bastante docilidad y volvió al trote, hasta que estuvo cerca del búfalo. Tomás le espoleó, obligándole a avanzar, pero el animal se excitó en cuanto estuvo más cerca, si bien no demostró ninguna mala intención.

-¡No le obligue usted! -recomendó Burn-. Está asustado.

Pero Tomás, que aún se sentía irritado, proponíase obligar a Dusty a que se acercase al búfalo. Así lo hizo, pero, de pronto, el caballo bajó la cabeza y encabritándose pareció dispararse, en el aire, con increíble violencia. Volvió al suelo con las patas tiesas. El choque fué tan violento que Tomás salió disparado de la silla y cayó sobre el borrén. Desesperado, se agarró a la perilla, en tanto que Dusty volvía a encabritarse. Así perdió el asidero, cayó dando vueltas sobre la silla y se deslizó al suelo. Entonces Dusty cesó de saltar y empezó a retroceder, para- alejarse del cadáver del búfalo.

Tomás no se había causado ninguna contusión grave, pero estaba irritadísimo, en tanto sonaban las carcajadas de Burn Hudnall. El joven, sentado en el suelo, en el mismo lugar en que cayó y, contemplando el caballo, llegó a comprender gradualmente los sentimientos de éste. Entonces Burn se puso ene pie, y, cogiendo a Dusty, lo llevó lenta y cariñosamente hacia el búfalo, dirigiéndole palabras afectuosas, mientras lo acariciaba. Una vez junto al brífalo, la retuvo unos momentos.

-Ahora ya ha perdido el miedo - dijo.

Tomás se puso en pie, volvió al lado del caballo y- le lió unas palmadas.

-No has tenido reparo en derribarme -le dijo al mismo tiempo.

-Si yo estuviese en su lugar, Tomás, le llevaría varias veces de la brida basta el búfalo, para que se familiarice con él - le aconsejó Burn.

-Así lo haré -contestó Tomás mientras contemplaba el enorme cuerpo del animal muerto- ¡Caramba! ¡Vaya un macho grande! -exclamó.

-Parece un elefante, ¿verdad? Pilchuck me dijo que era muy grande. Es el úncc que he cazado y he de añadir que me ha costado bastantes tiros. Los búfalos iban corriendo y me pareció que no podría disparar contra ninguno de ellos. Finalmente tiré sobre éste, pero continuó corriendo hasta que le llené el cuerpo de plomo.

-¿Dónde están los que mató Pilchuck -preguntó Tomás deseando empezar a trabajar.

-El primero se halla a poca -distancia, hacia la iz- quierda. Vaya usted a desollarlo. Es un macho viejo como este. Y si logra despellejarlo en todo el día de hoy, yo me comprometo a comérmelo.

-He despellejado muchos novillos y toros -replicó Tomás-. No era ningún trabajo pesado. ¿Por qué habrá de serlo éste?

-Tenga usted en cuenta, amigo, que son búfalos y que tienen la piel de tres centímetros de grueso; más dura

que el cuero de los zapatos y, además, sólidamente pegada a la carne.

-Pues entonces debe de haber algún truco en este oficio - dijo Tomás montando en Du,sty-. ¡Caramba! Me olvidaba ya de mi rifle. ¿Quiere usted hacer cl favor de dármelo? Y ahora, Burn, le apuesto a usted que soy capaz de despellejar diez búfalos antes de oscurecer y de extender las pieles antes de acostarme.

-Acepto la apuesta -replicó Burn sonriendo-. Me gustaría poder presenciar su trabajo. Sería digno de verse. De todos modos, voy a acompañarle.

-Muy bien. ¡Ganaré la apuesta, no lo dude! -replicó Tomás, muy decidido

Y, espoleando a Dusty, se encaminó rápidamente hacia el búfalo más inmediato.

IV

Dusty mostró menas miedo ante cl segundo cadáver Era un búfalo tan grande como el que Burn estaba despellejando.

Aquella vez, sin embargo, Tomás no contó innecesarios riesgos con Dusty. Al llegar a quince metros del animal muerto, echó pie a tierra, llevó de la brida al asustado caballo hasta acercarlo al animal v luego le hizo dar varias vueltas para ponerlo, al fin, casi en contacto con el búfalo. Dusty se portó bastante bien, teniendo en cuenta lo que acababa de hacer; pero cuando su jinete lo dejó suelto, se alejó bastante v luego se puso a pacer.

Tomás no perdió tiempo en empezar a trabajar. Dejó el rifle al alcance de la mano y, quitándose la chaqueta, cogió los cuchillos de cortar y desollar que llevaba en la cintura. Estaba animado de gran decisión. Preveía un trabajo difícil y rudo, pero sentíase completamente capaz de llevarlo a cabo y de ganar la apuesta que hiciera a Burn. Aquel búfalo era un monstruo; contaba seguramente bastantes años v su pelaje debía medir treinta centímetros de longitud en !aparte delantera de sn cuerpo. Era casi negro.

Primero, Tomás trató de volver al animal, para ponerlo en situación más favorable para proceder al desuello. Sin embargo, observó que apenas podía moverlo y esto le sorprendió. Díjose que no había más remedio que empezar como pudiera y esperar alguna ayuda para poder mover el animal. Empuñó luego un cuchillo y procedió a seguir las instrucciones que le habían dado. Tuvo que intentarlo tres veces antes de poder atravesar la piel y cuando trató de cortarla observó que para ello se necesitaba bastante fuerza.

Había calculado que tendría que hacer uso de una gran energía para trabajar rápidamente, hasta que la práctica le adiestrase. Pero la que tuvo que emplear requirió la utilización de todas sus fuerzas. Después de cortar la piel tuvo que empezar a desollar y no tardó en explicarse la exclamación de disgusto de Burn. Sin embargo, no economizó sus esfuerzos y, a costa de grandes fatigas, pudo terminar su trabajo antes que Burn. No se habría atrevido a responder del mérito de su faena; pero el caso era que la piel estaba ya fuera. En cambio, no tenía ninguna duda de que estaba jadeante y cubierto de sudor, de tal modo, que el arar o el segar, trabajos que siempre se imaginó muy duros, resultaban insignificantes al lado de aquél.

-Ahora veremos en qué consistirá el estirado de las pieles -se dijo, respirando con fuerza mientras envainaba los cuchillos y recogía el rifle.

Y, montando a Dusty, se dirigió hacia el Este, en busca de otro búfalo.

No tardó en descubrirlo acercándose al galope, observó que era otro macho, aunque menor y más joven que los demás, de modo que se dedicó a su trabajo con renovado celo. Tendría que trabajar como un castor si quería ganar aquella apuesta. Hizo cuanto pudo para terminar de prisa y corriendo con el segundo búfalo y, hecho esto, partió en busca del tercero.

Mientras lo desollaba apareció Burn, que le felicitó cordialmente. Sus palabras fueron un acicate para Tomás. No podía ya hacer más de lo que hacía, mas era indudable que realizaría maravillas si continuaba al mismo paso. A medida que progresaba aprendía también. Pero tal ventaja vióse limitada porque sus cuchillos iban perdiendo el' filo. Por otra parte olvidó llevarse consigo su chaira.

Penosamente abandonaba un búfalo para emprenderla con otro. Murió la brisa y el sol subió al cenit derramando sus ardientes rayos sobre la llanura. Lo que más necesitaba era beber agua y con el transcurso de las horas iba aumentando su sed. Tenía la camisa tan empapada en sudor que habría podido retorcerla como un trapo mojado. El calor no le molestaba demasiado. Gradualmente su ropa fué empapandose de sudor, sangre, grasa v polvo. Aquello y los dolores crecientes de su cuerpo, especialmente las manos y los antebrazos, le fastidiaban bastante. No se fijaba siquiera en el transcurso del tiempo y, de vez en cuando, examinaba la llanura para ver si se acercaban sus camaradas. Había olvidado ya por completo a los indios. De vez en cuando veía a Burn y Stronghurl y observó que estaba con ellos Pilchuck, que guiaba el carro. En una ocasión, y desde lo alto de una loma, creyó ver otro carro algunos kilómetros más abajo, pero no estaba seguro de ello. Sin embargo, distinguió una mancha confusa v oscura hacia el Sur v se dijo que debía ser el rebaño de búfalos que se acercaba de nuevo al río.

Durante aquellas horas de intenso trabajo ocurrieron algunos incidentes que le habrían parecido en extremo interesantes si hubiese podido dedicarles su atención. Los buharros revoloteaban sobre su cabeza, cada vez más cerca, hasta que llegó a sentir el aire producido por sus alas. Un lobo gris y flaco se puso a tiro de su escopeta, pero Tomás no tenía tiempo para hacerle caso. Siguió trabajando y así fueron transcurriendo las horas.

Cuando ya, muy avanzada la tarde, hubo arrancado la piel que le aseguraba la victoria de su apuesta, sentíase enormemente satisfecho. Hallábase entonces a dos millas del carro que, según pudo apreciar, se acercaba a él. Tan sólo encontró otro búfalo y lo desolló mientras Pilchuck se acercaba.

-¡Caramba! ¡Es usted un ciclón de Kansas! -exclamó el explorador con sincera admiración-. En su primer día ha desollado diecisiete. ¡Le aseguro, Doan, que nunca he visto cosa semejante!

-Hice una apuesta con Burn -replicó Tomás mientras se secaba el sudor de su acalorado rostro.

-Pues si sigue usted de este modo, amigo, alcanzará el número uno en esta cacería -replicó Pilchuck en tono muy serio.

-¡Pues espere usted a que aprenda! -exclamó Tomás, entusiasmado por la lisonja y por las esperanzas que tales palabras despertaban en él.

-Me parece que voy a cortar la joroba de ese novillo -observó el explorador echando pie a tierra. Así tendremos bistecs de búfalo para cenar. ¿Qué le parece?

-Pues que yo sería capaz de comerme las pezuñas. Y ahora mismo, como no tengo saliva, no hago más que escupir lana -replicó Tomás.

-Ha olvidado usted traerse una cantimplora. Tenga en cuenta, amigo, que en este oficio jamás debe olvidarse nada - le aconsejó Pilchuck -. Ahora vuelva usted al campamento.

Pero Tomás tenía gran interés en averiguar de qué modo cortaría Pilchuck la deseada joroba del búfalo. Muchas veces había oído hablar de los sabrosos bistecs de aquella carne. El explorador introdujo su enorme cuchillo cerca de la unión del lomo y cortó hacia delante y a lo largo del lado inferior, hasta donde llegaban las costillas. Luego realizó una operación semejante en el lado superior. Hecho estó cortó los extremos y al fin sacó una tira de carne muy gruesa, de unos tres pies de largo.

-Creo que podríamos volver ahora al campamento -dijo, arrojando el trozo de carne sobre las pieles que llenaban el carro.

-¿Acaso vuelve el rebaño? -preguntó Tomás señalando desde su caballo.

-Sí. Esta noche vendrán a beber y los encontraremos mañana por la mañana. ¿No ha oído usted los rifles del cincuenta de los demás cazadores?

-¿De otros cazadores aparte de los nuestros? No. No los he oído.

-Río abajo hay otros dos grupos. Pero eso es una suerte para nosotros. Es muy probable que no tarden en presentarse otros muchos. Eso me complace, porque cuanto mayor sea nuestro número, más seguros estaremos y, por otra parte, los búfalos abundan.

Tomás regresó al campamento hacia la puesta del sol, que iluminaba las vertientes occidentales con tonos dorados y violáceos. La línea del horizonte estaba muy, lejana, confundiéndose con un elevado terreno, que, en aquel momento, parecía muy hermoso y desierto. Tomás se preguntó si sería el extremo oriental del gran Llano Estacado, que con tanta frecuencia había oído nombrar. Y a pesar de lo cansado que estaba por su violento trabajo, aún le quedaban ánimos para mirar, sentir y pensar. El futuro le parecía semejante a aquella línea del horizonte bordeada de oro.

Llegó al campamento antes de oscurecer v allí recibió los aplausos de los compañeros y también de las mujeres. Burra demostró la mayor generosidad en sus elogios, pero sumió a Tomás en la, mayor consternación al decirle

-De todos modos, espere usted a extender y clavar una piel.

-¡Dios mío! Había olvidado que aún queda algo por Hacer. Todavía no be ganado la apuesta - añadió desalentado.

Después de atender a su caballo, Tomás observó que apenas tenía la energía suficiente para ir a beber y tenderse, dando un gemido, al pie de un árbol. En su vida le dolió ni le ardió de tal modo su palpitante cuerpo. Sin embargo, una hora de descanso le proporcionó extraordinario alivio. Luego llegó la cena, que devoró como lobo hambriento, de tal manera, que todos pudieron recordar el incidente como algo extraordinario. Por su parte, si todos sus compañeros no hubiesen tenido tanta hambre como él, habría acabado por avergonzarse. Pilchuck en cambio, pareció quedar muy satisfecho de la rápida desaparición de los bistecs de búfalo.

-La carne no vale nada cuando es tan fresca -observó-. Pero si se cuelga y se deja reposar unos días, para freírla luego con grasa, no hay carne de vaca que pueda ponérsele por delante.

Antes de que acabase de oscurecer, Tomás vio que Pilchuck se dedicaba a extender v clavar una piel. Primero, el explorador la extendió muy plana y procedió a practicar aguieritos en torno de todo el borde. Luego, con el hacha v el cuchillo se dedicó a sacar punta

a unas varitas de unos treinta centímetros de largo. Tres de ésas las clavó a través del cuello de la niel, a suficiente profundidad para que resistieran bien. Luego se dirigió hacia la parte de la cola y estiró la piel cuanto pudo. Pilchuck mantuvo la piel estirada y, al mismo tiempo, clavó una estaquilla v luego otra, en aquel lado. Luego, empezó a estirar la piel por los lados, v así continuó, siguiendo el borde. En coniunto la operación no era larga y no parecía muy difícil.

Tomás hizo un ensayo con un vigor que habría podido perdonarle su torpeza. Como la operación ele despellejar los búfalos, aquélla era mucho más difícil de lo que parecía. El practicar los agujeros y afilar las estaquillas era fácil. Sin embargo, cuando llegó la ocasión de estirar la piel y de sujetarla por medio de las estaquillas, observó que era una faena engañadora y en extremo enojosa.

Sally Hudnall se ofreció a ayudar a Tomás, pero éste rechazó su oferta, dándole las gracias, explicándole que quería ganar una apuesta. La joven empezó a dar vueltas en torno suyo, observándole con la mayor curiosidad, cosa que a él no le gustaba en absoluto, pues era evidente que la muchacha se estaba riendo de él.

-Por qué le parece esto tan divertido? -preguntó algo molesto.

-Porque no parece sino que vaya usted a dedicarse a jugar como los muchachos, con una pala y una estaquilla - replicó riéndose.

Tomás se vió obligado a reír el chiste, pero luego, con la mayor habilidad, volvió la burla contra ella, haciendo una seca e indiferente observación con respecto a Stronghurl. Ella se sonrojó y le dejó solo entregado a vencer las dificultades de su trabajo.

Ningún contorsionista ha llevado a cabo mayores maravillas que Tomás, extendiendo su cuerpo, mientras estiraba las pieles. Ni nadie habría acallado con más fuerza de voluntad las protestas, que habrían parecido poco apropiadas, juzgándolas con benevolencia, a oídos de las mujeres. Sin embargo, sus esfuerzos se vieron coronados con la recompensa del triunfo. A medianoche había terminado su trabajo y, derrengado por completo, se arrastró hasta su yacija, en donde sus ojos parecieron quedar pegados con cola.

A la mañana siguiente se apresuró a contestar a la llamada de Pilchuck, pero su cuerpo fué incapaz de obedecerle. Se arrastró, abandonando sus mantas, como si estuviera paralítico o cojo. Pero, haciendo funcionar lentamente sus músculos, desapareció el envaramiento que sentía y calentó su sangre hasta el ,punto de creerse capaz de empezar el día de un modo aparentemente útil.

De nuevo, según la expresión de Pilchuck, cada uno de ellos pudo gozar de las oportunidades que se presentaran. Tomás se alegró por dos razones la primera, al ver que podía andar fácilmente, y la segunda, porque deseaba encontrarse por vez primera con un búfalo.

Hudnall alteró algo los planes de Tomás, ordenándole que aquel día se quedase al cuidado del campamento, en tanto que él salía con los demás. Sin embargo, modificó esta orden diciendo que, si algún búfalo se aventuraba por las inmediaciones del campamento, Tomás podría perseguirlo.

A la salida del sol, terminado el almuerzo, Pilchuck sacó la pesada caja de municiones de que cada cazador se había provisto, y dijo a Tomás que podía ayudarle un poco y aprender mientras tanto. Su cinturón contenía más de treinta cartuchos vacíos, que era preciso volver a cargar.

-Desde luego, debía haber hecho esto anoche -explicó a Hudnall, que estaba impaciente por salir-. Sin embargo, vosotros podéis marchar hacia el río, ya os alcanzaré.

Los tres cazadores salieron muy satisfechos v Pilchuck fué en busca de sus herramientas para cargar los cartuchos. Tomás aprendió muy pronto a utilizar el molde de las baquetas, el conformador, el lubricante, el pistón, el extractor de la baqueta y el papel para los tacos.

-Me parece que ya está todo listo - afirmó el explorador-. Haga el favor de guardar esas herramientas. ¡Y vigile bien! No es que la cosa me preocupe mucho, pero me gustaría saber si han venido indios a cazar por aquí. Utilizando mi anteojo, miré desde la altiplanicie, y si ve algún búfalo en el lado opuesto del río, puede ir a pegarle un tiro, sin descuidar, por eso, la vigilancia del campamento.

Dicho esto, Pilchuck montó a caballo v se alejó al trote a través de los árboles. Tomás se dedicó cómodamente a las pocas tareas que le habían encomendado. Le complacía poder evitar loas vigilantes ojos de Sally, porque ésta parecía observarle con cierta desaprobación. En cuanto hubo terminado sus quehaceres en el campamento, Tomás empuñó el anteojo y subió a la meseta. Al parecer, había más búfalos a la vista 'que el día anterior y, poco más o menos, en la misma latitud. El joven examinó la comarca que le rodeaba, la sinuosa llanura verde gris, las pequeñas altiplanicies y la cuenca del serpenteante río, bordeado de árboles. Algunos kilómetros más abajo de la corriente surgía una columna de humo, señalando, sin duda alguna, otro campamento. A lo lejos, hacia el Sur v al Oeste, veíase una extraña elevación de la tierra. Claramente definida por el anteojo, parecía ser un declive de dimensiones tan grandes como el horizonte, gris, estéril, cruzado por cañones y sobresaliendo fragoso y salvaje por encima de las llanuras.

Hasta una hora bastante avanzada de la mañana, la atenta mirada de Tomás no pudo observar que se acercase al campamento ningún búfalo. Luego se emocionó al ver un número de machos que pacían en dirección al río frente al campamento. Descendiendo apresuradamente desde la eminencia en donde hiciera esta observación, empuñó su rifle y cogió algunos cartuchos. Luego cruzó el río y subió la pendiente orilla, llena de matorrales, a alguna distancia hacia el Oeste, del puesto que ocupara el día anterior. Creyó que los machos podían descender por un cauce seco que iba a parar a la cuenca del río. Tardó algún tiempo en llegar al punto deseado o sea al límite del bosque y casi de la hondonada, y cuando miró, al abrigo de los últimos árboles, sintió tal excitación que se dejó caer de rodillas.

En la llanura, y a menos de cien metros de distancia, vio pacer a nueve búfalos machos, cuyo jefe parecía ser mayor que el más grande de los que desollara el día anterior. No habían olfateado a Tomás v avanzaban, paciendo, hasta él, aunque algo ala derecha, de modo que, sin duda, se dirigían al cauce seco.

Anhelante y tembloroso, Tomás los observó con la mayor fijeza. Olvidó que empuñaba un «calibre cincuenta» y, en la alegría del momento, no reparó en ello hasta que, desde el lado inferior del río, llegó a sus oídos el apagado estampido de algunos tiros. ¡Le sorprendió mucho observar que los búfalos machos no hicieron caso de ellos. Entonces decidió aprovechar la ocasión, aunque esperando una oportunidad favorable para tumbar al mayor de aquellos animales. Éstos se aproximaban tan despacio, que tuvo que dominar el -temblar de sus músculos, aunque no pudo contener la excitación que le embargaba.

Varios machos se agrunaron a la orilla del cauce seco, y cuando pasaban a cincuenta metros de Tomás, los otros empezaron el descenso, sin prisa, en tanto que su enorme jefe avanzaba despacio, a retaguardia. Los primeros se metieron por entre los árboles, alejándose del joven. A éste le costaba trabajo refrenar su impaciencia. Entonces un macho empezó a visar la maleza, haciendo gran ruido, como si fuese un elefante. Tomás le observó con un inte

rés extraordinario, que tan sólo cedía a su deseo ardiente de matar. Aquel macho pisaba loas espesos matorrales v pronto comprendió el joven perfectamente que el animal se rascaba su lanoso cuerpo, arrancándose el pelo caído y procurando desenredar el restante. Caíasele a grandes mechones y quedaba prendido en las ramitas rotas de los árboles. Era evidente que el viejo macho sabía muy bien a dónde iba cuando se encaminó a aquel matorral de almeces.

De pronto, Tomás se quedó electrizado al percibir el resoplido de un búfalo que se hallaba a corta distancia. Volvióse y vio a su espalda, más abajo, a menos de cuarenta metros, a los restantes machos que nenetraban entre los árboles. Pudo oír claramente el rechinamiento

de sus dientes. Eran verdaderos monstruos. De un modo instintivo, Tomás busco un árbol donde encaramarse, o un lugar apropiado para echar a correr en cuanto hubiese disparado. ¿Y si corrían tras él, persiguiéndole? Apenas tendría tiempo de volver a cargar, y aunque pudiese hacerlo, ¿de qué le serviría?

Entonces el macho viejo hizo oscilar su enorme cabezota frente al lugar en que se hallaba Tomás, cuyos ojos le, ofrecían una aumentada visión del animal. Éste parecía tener una cabeza anchísima y los ojos eran tan prominentes que, sin duda, podía ver lo mismo hacia delante nue hacia atrás. Arrastraba por el suelo su larga barba y Tomás apenas nudo ver las puntas de los cuernos, que estaban rodeados de espesa lana. E incluso el joven oyó el' resoplido del enorme animal.

En aquel momento le pareció horrible tener que matar aquella magnífica v terrible bestia, pero no pudo resistir el palpitante y febril deseo que dominaba su sangre. Apoyando el pesado rifle en una rama, apuntó detrás del enorme y peludo morrillo y, con los músculos contraídos v agitada respiración, hizo fuego.

El viejo Sharps rugió cual si fuese un cañón. En el acto se percibieron crujidos en las ramitas de las matas v pateo de pezuñas que sonaron a la derecha de la nube de humo. Los demás búfalos habían echado a correr. Tomás divisó vagamente sus anchos lomos nardos al atravesar la maleza, v descender por la pendiente que conducía al río. Volvió a cargar con temblorosas manos v, mirando por debajo del flotante humo, buscó, temoroso, al búfalo contra el cual disparara; al principio sólo vió la herbosa pendiente del cauce seco, luego, más allá, observó un enorme cuerpo pardo que parecía inerte.

El impulso juvenil que sintió Tomás dominó sus restantes tentaciones. De un salo abandonó el abrigo de los árboles, gritando como un indio, y descendió la suave pendiente, entusiasmado y orgulloso, aunque no tan enajenado como para olvidar un posible peligro. Pero, no tenía nada que temer, porque el monarca de la llanura daba entonces su último suspiro.

Aquel día Pilchuck regresó hacia las doce, en el momento que Tomás extendía la piel de su primer búfalo.

-¿Lo ha cazado usted? -exclamó, contemplando satisfecho la enorme y peluda piel -. ¿El primero? Es un ejemplar magnífico. Desde luego, no los hay mayores que éste.

Tomás tuvo que referir su hazaña, pero quedó bastante descontento de sí mismo al oír la observación del explorador de que debía haber matado varios más.

-¿Cómo ha regresado usted tan temprano? -preguntó Tomás al ver que Pilchuck echaba pie a tierra.

-Porque me he quedado sin cartuchos-contestó él con cierto laconismo.

-¿Tan pronto? -exclamó Tomás, asombrado-. Debe de haber encontrado muchos búfalos.

-Confieso que abundaban esta mañana -dijo secamente el interpelado-. En cierto momento me vi rodeado de ellos y tuve que disparar numerosos tiros para abrirme paso.

¡Caramba! Y ¿cuántos ha matado?

-Veintiuno. Cuando los contemos esta noche, estopersuadido de que consideraremos que el día ha sido bueno. Burn se ha portado mejor que ayer... Ahora quiero tomar un bocado y un trago. El calor y el polvo resultan muy molestos. Luego engancharé el carro y- saldré en busca de las pieles. Pero ahora que me acuerdo, antes tengo que hacer una corsa y usted podrá ayudarme.

Pilchuck ordenó a Tomás que fuese en busca de un hacha y le siguiera. Y, en efecto, el joven se dirigió al bosque, tras el explorador.

-Haga el favor de cortar cuatro postes recios, de unos tres metros, y llévelos al campamento - dijo Pilchuck.

Tomás cumplió esta orden y, al volver al campamento, vio que Pilchuck le había precedido, llevando otros cuatro palos provistos de horquillas en uno de sus extremos. Hincó estos últimos en el suelo, con las horquillas en alto, y luego puso encima los que trajo Tomás, formando un cuadrado armazón.

-Extenderemos una piel entre los palos, de modo que forme una bolsa y en ella salaremos las jorobas de los búfalos.

Pilchuck fué en busca de un tiro de caballos y lo enganchó al carro grande.

-Bueno, muchacho - dijo a Tomás -. No tengo ganas de trabajar, pero, de todos modos, conviene empezar. Seguramente mataremos más de los que podamos desollar.

Se alejó del campamento, descendiendo por la pendiente v atravesó el río por un baio. Los caballos iban al trote, chapoteando en el agua. Pilchuick hizo restallar el látigo y profirió un potente grito. Cualquier detención en aquel lugar equivalía a que las ruedas del carro se hundiesen en la arena. Los caballos, el hombre y el carro quedaron mojados de pies a cabeza. Desde el lado opuesto, Pilchuck miró hacia atrás.

-¡Esto es muy bonito en un día como hoy! -gritó entusiasmado.

Poco después de alejarse, Tomás oyó relinchar varias veces a -lino de los caballos que se hallaban río arriba. Aquello le obligó a hacer un reconocimiento y pudo obseivar la presencia de un carro que se acercaba por el límite del bosque. Era un vehículo abierto ocupado por un hombre que lo guiaba. Otro individuo seguía a caballo llevando otras dos monturas.

-Más cazadores -opinó, mientras se dirigía hacia ellos-. Realmente, no sé lo que debo hacer en este caso.

Cuando el carrero descubrió a Tomás, que se acercaba rifle en mano, detuvo de repente sus caballos.

-Soy Dunn, del equipo que se dedica a la caza de búfalos -anunció con cierta alarma presurosa, cual si le hubiesen preguntado su identidad o su ocupación. Era un hombre de escasa estatura, ancho de hombros. Llevaba patillas muy pobladas y la parte visible de su rostro era rojiza.

-Yo soy Tomás Doan, del equipo de Hudnall -repli-có cl joven -. Acampamos ahí abajo.

-¿Clark Hudnall? Es una circunstancia afortunada -exclamó aquel hombre-. Conozco muy bien a Hudnall. En Independence, durante el otoño anterior, hablamos de salir juntos. Pero como él no estaba preparado todavía, yo salí antes.

Tomás le ofreció su mano, y, en aquel momento, el jinete que seguía al carro se adelantó a él. Era un hombre joven y grueso, de alegre expresión. Llevaba un traje muy notable por lo poco apropiado que resultaba para la vida ruda y penosa de las llanuras. Su viejo sombrero de alas caídas era demasiado pequeño para su enorme cabeza, y uno de sus mechones de color de estopa asomaba por la agujereada copa.

-¡Ory, tiende la mano a Tomás Doan, del equipo de Hudnall! -dijo Dunn-. Mi sobrino Ory Tacks.

-Me alegro mucho de conocerle, señor Doan -replicó Tacks con el mayor aplomo.

-¿Cómo está usted? Lo mismo le digo -dijo a su vez Tomás en tono alegre, mientras escrutaba el rostro del recién llegado.

Dunn interrumpió su escrutinio.

-¿Está Iludnall en el campamento?

-No. Ha ido a cazar búfalos, pero estoy convencido de que se alegrará mucho si esperan ustedes su regreso. Seguramente volverá hacia la pues-ta del sol.

-¡Vaya si le esperaremos! Deseo enormemente hablar con alguien conocido - replicó Dunn -. Haga el favor de guiarnos, Doan. Mis caballos están sedientos.

Cuando los cazadores llegaron al campamento de Hudnall, Tomás les ayudó a desenganchar en un lugar apropiado y a desempaquetar los objetos necesarios para acampar. De pronto, Ory Tacks interrumpió de un modo tan repentino su trabajo que se le cayó un fardo sobre el pie.

-¡Caramba! -exclamó levantándolo para frotárselo con las manos mientras miraba embelesado hacia el campamento de Tomás -. ¿No se ve allí a una hermosa joven?

Tomás lió media vuelta y pudo ver el rostro de Sally Hudnall encuadrado en la blanca puerta del carro de su padre. Estaban demasiado lejos para distinguir con claridad la conducta de la joven., pero Tomás tuvo la im

presión de que Sally estaba ya coqueteando con Ory Tacks.

-¡Oh! - exclamó el joven esforzándose en no perder la seriedad-. Es, en efecto, una joven. La señorita Sally Hudnall. Pero no puedo ver que...

-¡Tío Jack! ¡Hay una muchacha en este campamento! -interrumpió Ory con el mayor asombro.

-Hay tres mujeres - dijo Tomáis.

-No sabe usted cuánto nos sorprende -replicó Dunn-. Nunca pude imaginarme siquiera que Hudnall trajese a sus mujeres al país de los búfalos. Quizá... Dígame, Doan. ¿Va con ustedes algún cazador de búfalos que conozca la frontera?

-Sí. Jude Pilchuck.

-¿Y él les aconsejó que les acompañasen las mujeres?

-Me parece que no tuvo voz ni voto en eso-replicó Tomás.

-¡Hum! ¿Cuánto tiempo hace que están acampados junto al río?

-Dos días.

-¿Han visto algún otro equipo?

-No. Pero Pilchuck dijo que había dos más, río abajo.

-¡Caramba! -exclamó Dunn acariciándose la barba con una ruda y poderosa -mano; parecía preocupadoSepa usted, Doan, que estamos en la región de los búfalos desde el otoño pasado. No nos ha ido muy bien, porque hemos tenido desgracia en nuestra caza de otoño, en los Brazos. Los indios Kiowa estaban algo inquietos. Durante el invierno cazamos búfalos en la frontera del territorio indio. Ignorábamos que, al hacerlo, desobedecíamos la ley. Los oficiales se apoderaron de nuestras pieles. Luego nos dedicamos a la caza durante la primavera, a corsa de setenta kilómetros al oeste de aquí, y tuvimos bastante buena suerte. Recogimos unas quinientas pieles, pero nos las robaron.

-¿De veras? -exclamó asombrado Tomás-. Y ¿quién ha sido capaz de robar pieles?

-¿Quién? -repitió Dunn mientras sus ajillos despedían fuego-. Lo ignoramos. Los soldados no lo saben. Ellos aseguran que los indios fueron los ladrones, pero yo, o, en cambio, estoy convencido de que fueron los blancos.

Tomás comprendió inmediatamente la importancia y la gravedad de aquella noticia. Las dificultades y los peligros de la caza de búfalos empezaban a tomar grandes proporciones.

-Convendría que informara usted a Hudnall y a Pilchuck de todo eso-dijo.

En aquel momento, Sally exclamó con voz extremadamente -dulce y agradable

-¡Tomás! ¡Oiga, Tomás! ¿No querrán comer algo sus amigos?

-En efecto, señorita. Muchas gracias-contestó Dunn hablando por su propia cuenta.

Ory Tacks parecía aturdido, ya por la esperanza de poder comer, o por la de hallarse muy en breve en presencia de tan hermosa señorita. Tomás notó que el joven dejó, inmediatamente, de ayudar a Dunn, para dedicarse al mejoramiento de su aspecto personal. Dunn y Tomás habíanse sentado va, antes de que Ory fuese a reunirse con ellos, pero, al hacerlo, se hizo evidente su creencia de que causaría una gran impresión.

-Señorita Hudnall, le presento a mi sobrino Ory Tacks -anunció Dunn can extraña formalidad.

-¿Qué nombre es ese? -preguntó Sally, incrédula, cual si no hubiese oído bien.

-Orville Tacks... A sus órdenes, señorita Hudnall -replicó elegantemente el joven-. Celebro mucho haber tenido ocasión de ser presentado a usted.

Sally lo examinó con aguda y recelosa mirada, y cuando pudo convencerse de que no se divertía a su costa, comprendió que le sería muy fácil la conquista de aquel muchacho. Tomás vió que aquello era lo que más le interesaba a Sally. Quizá más adelante pudiese la joven apreciar a aquel joven.

Tomás dejó muy pronto a loas recién llegados entregados a los quehaceres del campamento, y fué a dedicarse a los suyos, que, en su mayor parte, consistían en vigilar bien. A primeras horas de la tarde los disparos de los rifles dejaron de alterar el soñoliento silencio. Transcurrió el tiempo y cuando, a la puesta del sol, Tomás regresaba de dar una ojeada a la llanura, encontró ya en el campamento a Hudnall y a sus compañeros de caza. Pilchuck estaba también de vuelta, con una carga de cincuenta y seis pieles. Y, precisamente al oscurecer, llamó desde la orilla opuesta, diciendo que necesitaría algún auxilio para subir la empinada pendiente. Todas las manos fueron a empujar

y a tirar del carro, y apenas había terminado el incidente, cuando se oyó la alegre voz de la señora Hudnall que llamaba a todos para cenar.

Tomás observó v escuchó con atención mayor que de costumbre. Hudnall estaba radiante. Había sido un buen día de trabajo. Para un hombre de ,u tremenda- fuerza y resistencia, el trabajo penoso no resultaba desagradable ni molesto. Era como quien acaba de encontrar una mina de oro. Burn Hudnall parecía reflejar el espíritu de su padre. Pilchuck comió en silencio, cual si no le afectase nada su evidente entusiasmo. Stronghurl habría dado muestras de ser muy torpe para no advertir, gracias a las insinuaciones de Sally, que tenía un rival en Ory Tacks. Éste comía casi en la mano de la joven. Dunn parecía mohino y malhumorado. Era evidente que aún no había comunicado sus infortunios a Hudnall.

Después de cenar, los hombres emplearon casi dos ho- ras en extender las pieles. Todo el espacio disponible de la alameda quedó cubierto de ellas, aunque dejaron estrechos callejones entre una y otra. Antes de terminar este trabajo, las mujeres se acostaron. Y al amor de la hoguera, que Tomás cuidaba de alimentar, Dunn dió a Hudnall v a Pilchuck las mismas noticias que comunicara a Tomás, a excepción de que omitió todo comentario respecto a la presencia de las mujeres.

Con gran sorpresa de Tomás, Hudnall no hizo gran caso de la historia de Dunn. Al parecer no advertía en aquello ninguna amenaza seria, y, como único comentario acerca de las pérdidas de su huésped, exclamó

-¡Mala suerte! Pero pronto podrá usted reponerse. Venga conmigo. Cuantos más seamos, más reiremos y mayor será nuestra fuerza.

-?,Y las provisiones ?-preguntó Dunn.

-Tenemos más de las necesarias para dos meses. Antes de terminarlas habremos expedido ya bastantes pieles.

-Perfectamente, Clark. No tenga inconveniente en ingresar en su equipo, desde luego cazando por mi cuenta y pagando mi parte -replicó Dunn lentamente, como si aquella proposición fuese muy aventurada-. Mas espero que usted no tendrá inconveniente en oír lo que debo decirle acerca de sus mujeres.

-Hable usted con toda libertad de eso o de cualquier asunto.

-¿Quiere usted hacer regresar a sus mujeres o llevarlas al Fuerte Elliott P - preguntó Dunn bruscamente. -No me propongo hacer nada de eso, Dunn - replicó Hudnall con cierta sequedad.

-Bueno. Si aparecen los soldados, ellos lo harán por usted-replicó Dunn con el mismo acento-. Comprendo que este asunto le incumbe por entero y- no debe usted creer que quiero meterme en camisa de once varas. Pero las mujeres no deben formar parte de una expedición de caza, como la del verano próximo. Hablando claro, debo manifestarle mi opinión de que el señor Pilchuck, aquí presente, debía haberle avisado, aconsejándole que dejase a las mujeres en el establecimiento.

-Ya se lo dije a Hudnall, pero él no quiso hacerme caso-declaró el explorador.

-¡No pronunciaste una sola palabra respecto a eso! -gritó Hudnall, muy enojado.

Siguió entonces una acalorada disputa, resultando de ella, según la opinión de Tomás, que Pilchuck no había comunicado todo lo que sabía.

Bueno. Pues si es así, debo replicar que eso me importa poco-exclamó al fin Hudnall -. Quise que me acompañasen mi mujer y Sally. Y si yo había de venir aquí, ellas también debían acompañarme. Es cierto que nos dedicaremos a cazar búfalos durante una temporada, para hacer dinero, pero, en realidad, lo que cazamos es una granja.

-¡Escúcheme, Hudnall! -dijo Dunn seriamente-. No crea que trato de dirigir su equipo. Después de lo que va usted a oír, no tendré nada más que decir... He pasado seis meses cazando búfalos y por lo tanto, sé de lo que hablo. El rebaño principal está hacia el Sur, junto al Río Rojo, a lo largo del límite del Llano Estacado. Usted se figurará, tal vez, que el rebaño que hay aquí es grande, pero en realidad sólo se compone de un pequeño grupo de rezagados. Junto al Río Rojo hay, por lo menos, mil veces más búfalos que aquí. Allí es donde se hallan la mayor parte de cazadores y donde los comanches y los Kiowas siguen el camino de la guerra. Algunos cazadores aseguran que ese rebaño principal llegará aquí, hacia la primavera o, mejor dicho, en mayo. Pero yo le aseguro que ese gran rebaño no llegará nunca tan al Norte. Si usted quiere coger pieles numerosas y ganar mucho dinero, no tiene más remedio que ir hacia el Río Rojo.

-¡Pues, si es preciso, lo haremos! -exclamó Hudnall.

-A mí me parece que siguiendo aquí y mientras el rebaño no se mueva de las orillas del agua, podremos cazar bastante bien-exclamó Pilchuck interviniendo-. Hay que tener en cuenta que casi somos los únicos cazadores que los perseguimos.

-Eso es verdad -observó Dunn-. Por mi parte me alegraré de continuar con ustedes aquí. Pero en cuanto nos dirijamos a la región del Llano Estacado, convendrá prevenirse contra tiempos bastante duros. Estoy persuadido de que este verano se desatará el mismo infierno a lo largo del Río Rojo.

En los días, que transcurrieron muy de prisa, después que Dunn entrara a formar parte del equipo de Hudnall, Tomás se convirtió rápidamente en un experto cazador y desollador de búfalos. No podía jactarse aún de ser muy buen tirador con los pesados Sharps, pero con su habilidad ecuestre y su audacia compensaba ampliamente este defecto. Un hombre valiente no necesita ser gran tirador. Pero sobre todo, como desollador, Tomás aventajó a todos los hombres del equipo de Hudnall. En otros tiempos fué un hábil descascarador de trigo y también un buen herrero. Sus manos eran grandes y vigorosas y, estas cualidades, combinadas con su habilidad, le convirtieron muy pronto en un notable desollador.

El equipo de Hudnall siguió a otros, aunque sin alcanzarlos nunca, a lo largo de la corriente y en dirección Sur, tras el rebaño de .búfalos. Ni Dunn ni Pilchuck sabían de cierto si aquel riachuelo iba a desembocar al Río Rojo, pero cuando los días se convirtieron en semanas, inclinabase cada vez más a creerlo así. De no engaitarse, era evidente que la suerte les acompañaba. Lentamente el rebaño fué retrocediendo, al ser perseguido, algunos kilómetros hacia el Sur, y, al día siguiente, se apacentaba al oeste del río. Pero una mañana, el rebaño no apareció. Pilchuck recorrió cincuenta kilómetros al Sur, sin éxito. Era de opinión, y Dunn estuvo conforme con él, que los búfalos se habían dirigido, al fin, hacia el Río Rojo.

Por consiguiente aquella noche decidieron abandonar de momento la caza y dirigirse al Sur, en busca- del rebaño principal.

Tomás hizo inventario de sus hazañas y quedó satisfechísimo. ¡Cuán rápidamente le pareció que aumentaban las pequeñas cantidades, hasta convertirse en otras muv importantes!

En conjunto, había cazado durante veinticuatro días y tenía en su haber trescientos sesenta búfalos. Pero esto no era todo. A él le pagaban por despellejar y había desollado cuatrocientos ochenta y dos búfalos, o sea un promedio de veinte diarios. Hudnall le debía, pues, ciento cuarenta y cuatro dólares y sesenta centavos. Tomás había trabajado en otros tiempos en una granja, contento v satisfecho del sueldo, a razón de veinte dólares al mes. Aquella riqueza le parecía verdaderamente increíble. Estaba deslumbrado. Suponiendo que llegase a cazar v a despellejar búfalos durante un año entero... Sólo la idea le maravillaba. Además, la vida del campamento, la inmensa v desierta llanura, el montar a caballo y la emoción de la caza... Todo aquello había influido en él de un modo insensible, hasta el punto de que, antes de darse cuenta, se había transformado por completo.

V

Apenas había bastante luz. diurna para distinguir los objetos, cuando Milly Fayre asomó la cabeza desde el carro, esperando, contra toda toda esperanza, que podría despedirse con un ademán del joven Tomás Doan. Conocía su nombre y los de todos loas que componían el grupo Hudna~ll. Por alguna razón que ella ignoraba, su padrastro sentía gran curiosidad por los demás equipos, aunque evitaba todo contacto con ellos.

Mas, al parecer, nadie se movía en el campamento de Hudnall. La escasa luz de la grisácea aurora se tragó muy pronto la alameda de árboles y las praderas. Milly iba tendida en el fondo del carro. Comprendía que el sueño no volvería a cerrar sus párpados. Los traqueteos del vehículo, los crujidos de las ruedas, y el chip-clop de los cascos de los caballos, no sólo le impedían dormir, sino que le daban la seguridad de que el temido viaje por la pradera había empezado, ya.

Aquella expedición sólo tenía una perspectiva agradable, y era la esperanza, ligerísima en el mejor de los casos, de volver a ver, en alguna parte, al guapo joven de elevarla estatura que le habló con tanta bondad y la miró largamente con sus pensativos ojos.

No debe creerse que deseara algo más que verle. Aquello sólo ya le parecía bastante. Su padrastro no le permitiría que trabase ninguna amistad ni conocimiento con ningún cazador de búfalos. Las cinco semanas que llevaba viviendo con su padrastro le habían enseñado muchas cosas, y le temía. La noche pasada, la frase insultante que le dirigió ante Tomás Doan, despertó en Milly su sentimiento de rebeldía. Atreviase a imaginar un tiempo más feliz cuando, un año después, alcanzase su mayoría de edad, cosa que le traería la libertad.

El encuentro con Tomás Doan, en la noche anterior, fué bastante para cambiar a Milly Fayre, en las doce horas siguientes. La mirada del joven le causó una profunda impresión y aun rodeada de la protectora oscuridad, aquel recuerdo teñía de carmín su rostro. Luego se repetía sus palabras, llenas de temor y de reproche «Es muy posible que no vuelva a verla», que bastaron, sin embargo, para despertar el corazón de Milly. Poco importaba la emoción que las hubiese inspirado. Mas no podía sentir ninguna duda acerca de aquel joven, que hablaba con tanta corrección y tenía unos ojos tan francos y leales. Estaba convencida de que le habló con sinceridad y quiso darle a entender que el no volver a verla le proporcionaría un pesar. Y ¿qué supondría para ella no verle nunca más? Érale imposible contestar esta

pregunta. Pero lo cierto era que el salo hecho de haberle visto una vez, bastó para aligerar sus pesadumbres.

Así, pues, en la mente de Milly Fayre había nacido un ensueño. Hasta entonces, en su vida le correspondió el trabajo duro y pesado de una -granja. Y, además de éste, tenía que hacer largos viajes, para ir y volver a la escuela. No recordaba a su padre, que fué uno de los desaparecidos en la guerra. Cuando ella contaba dieciséis años ocurrió la tragedia de que su madre se casara con Randall Jett y luego sólo vivió unos meses. Ella no tenía pariente alguno. Los muchachos y los hombres la habían molestado mucho con sus insinuaciones e importunidades, y la vida que se vió obligada a llevar no le proporcionó ninguna alegría. Sintió un gran alivio durante los meses en que su padrastro estuvo ausente cazando búfalos. Pero en marzo regresó con otra esposa, mujer ruda, de facciones duras, que, además, dió en tener celos injustificados de Milly. El padrastro vendió entonces la pequeña granja del Missonri y llevó a su esposa y a Milly hacia el Sur, entusiasmado con la esperanza de adquirir riquezas en la cacería de búfalos.

Desde el principio, Milly temió aquel viaje, pero no pudo oponerse a él. Estaba bajo la tutela de Randall Jett. Además, no tenía a donde ir; nada sabía, excepción hecha del trabajo corriente de las jóvenes criadas en una granja. Hasta entonces mostróse apática, muy dada a las tristes reflexiones con cierta tendencia hacia los pensamientos trágicos. Todos los días de aquel viaje hacia el Sur fueron semejantes, hasta que llegó uno en que su bondad para con un caballo la puso frente a frente de Tomás Doan. ¿Por qué le pareció distinto de los demás hombres? El encuentro fué realmente la noche anterior.

El carro siguió rodando por un camino desigual, y la iluminación repentina de la loma indicó que había salido el sol. Milly oyó el ruido de los arneses de los caballos. Uno de los carros, el que guiaba Jett, seguía inmediatamente detrás.

El movimiento y los ruidos propios del viaje le parecieron más soportables cuando reflexionó en la diferencia que un solo día causó en ella. Prefería seguir el camino de los cazadores, puesto que Tomás Doan era uno de ellos. Cada idea aumentaba algo vago y profundo que la contrariaba. En determinados momentos soñaba con el día anterior, con aquel incidente que motivó un encuentro casual que, de un modo tan raro, obligó a los dos jóvenes a quedarse con los ojos fijos uno en otro, y pensó en que, durante todo el día, había estado observando el campamento de Hudnall, deseando ver a aquel joven de elevada estatura; luego escuchó con la mayor atención las murmuraciones de Jett con sus hombres, referentes a los otros equipos, y evocó de nuevo la emoción que sintió al encontrarse otra vez con Tomás Doan. Y no fié precisamente el miedo a su padrastro lo que la obligó a huir de aquel franco joven de mirada leal. De repente la asediaron unas emociones desconocidas. El contacto de sus manos, su mirada, sus palabras... Milly volvió a sentir la emoción en

su corazón, se dilató otra vez su pecho, corrió con agitación la sangre por sus venas y fué nuevamente presa de unos pensamientos vagos, temerosos, fugacísimos.

Un momento después, Milly trataba de alejar aquellas ideas, dulces e insidiosas a un tiempo, para reflexionar en su presencia en aquel traquetearte carro, tratando también de imaginarse lo que le reservaría el destino. Su difícil situación sufrió una extraña variación, como si de pronto se agitase en su interior un espíritu nuevo. En aquellos momentos, lo que más la alegraba v complacía eran las muchas horas que podía entregarse- a sus pensamientos. Aquel carro entoldado era su casa, constituída por una sola habitación, y cuando se hallaba en el interior, con todas las aberturas cerradas, sentíase en la soledad que tanto necesitaba su alma. Jett nunca se oponía a que buscase la soledad de su vehículo; y ahora ella, con la intuición que acababa de nacer en su alma, comprendió que se debía a que su padrastro no quería que los otros hombres pudiesen verla siquiera. Sin embargo, él la miraba con sus azules ojazos de dura expresión. Los de Tomás Doan no se parecían en nada a ellos. Los recordaba llenos de una bondadosa y suplicante expresión.

Librodot

Aquella desviación de las conjeturas y los pensamientos tristes hacia una especie de sueño encantador era algo nuevo para Milly. Resistióse un poco, pero al fin se entregó por completo a tan dulces ilusiones. Allí podía encontrar la felicidad y se dijo que debía cultivar un medio tan fácil de olvidar su verdadera situación.

El carro de Milly seguía avanzando por el accidentado camino y cuando ella se decía que ya no podría resistir más el traqueteo y el encierro, se detuvo el vehículo.

Oyó la voz gruñona de Jett, el chirrido de los frenos del carro que iba detrás, el que se produjo al aflojar las hebillas de los arneses y luego el choque de algunos utensilios de cocina, al arrojarlos al suelo. Milly levantó ligeramente la lona de la parte posterior de carro v, tomando el maletín que contenía su espejo, el cepillo, el peine, el jabón, la toalla y otros objetos de tocador, abrió más v echó pie a tierra.

Habíanse detenido en las inmediaciones de un bosquecillo próximo a un. cauce seco. Como hacía mucho calor, Milly decidió ponerse su sombrero para resguardarse del sol, una vez se hubiese lavado y peinado.

-Buenos días, niña -exclamó una perezosa voz.

Era la de Catlee, el individuo que guiaba su carro; un sujeto moreno, de unos cuarenta años, de aspecto rudo, vestido con el traje propio de los tronquistas, v cuyo arrugado rostro parecía ser un registro de su vida violenta.

Sin embargo, Milly jamás se alejó de él instintivamente, como le sucedía con los otros.

-Buenos días, señor Catlee -contestó ella-. ¿Podría usted proporcionarme un poco de agua?

-¡Ya lo creo, señorita! Se la traigo en un vuelo -añadió, y, acercándose al cubo de una de las ruedas delanteras, buscó debajo del asiento, un recipiente, que sostuvo bajo un barrilito de agua sujeto con alambre a un lado del carro.

-¡Estamos en un campamento seco, Catlee! -advirtió una gruñosa voz que sonó a su espalda-; por consiguiente, hay que ahorrar ese precioso líquido.

-Ya lo ahorro, patrón -replicó, mientras sacaba una estaquilla del barril. Hizo un guiño a Milly y dejó correr el agua, hasta llenar el recipiente. Luego puso éste sobre una caja, a la sombra del carro-. Aquí la tiene usted, señorita.

Milly le dió las gracias v procedió cómodamente a hacer sus abluciones. Estaba ya persuadida de que una aguda mirada vigilaba todos sus movimientos y así no la sorprendió oír una áspera voz que exclamaba

-¡Aprisa, Milly! ¡Ven a ayudar aquí y no te molestes en ponerte guapa!

Milly se preocupó tan poco de mejorar su aspecto, que apenas se miró al espejo; y cuando Jett le recordó su belleza, como hacía siempre, casi deseó ser fea. Luego, para protegerse del sol, se puso el sombrero, que le servía para resguardar sus ojos del cálido resplandor y, al mismo tiempo, para ocultar parte de su rostro, y en seguida se volvió para ayudar a preparar la hoguera y la comida del campamento.

La señora Jett, o sea la madrastra de Milly, estaba arrodillada ante un barreño que contenía harina y agua, dispuesta a hacer una pasta de bizcocho. Al' parecer, no le molestaba el sol, porque iba con la cabeza descubierta, Era una mujer hermosa, todavía joven, morena, de rostro redondeado y facciones regulares; su expresión era huraña.

Jett empezó a dar paseos por el campamento, desde él carro a la fogata. Sus fuertes y rápidas manos parecían capaces de hacer dos cosas a un tiempo. También sus ojos, recelosos, brillaban con destellos azules y duros, mirando en todas direcciones. Aquel hombre andaba buscando impresiones desagradables en las personas que le rodeaban.

Todo el mundo trabajaba activamente, aunque no con la buena voluntad propia de los campamentos en que sus componentes se sentían felices y satisfechos al dedicarse a una empresa que prometía, aunque fuese peligrosa; allí todos parecían dominados por una

Librodot

voluntad imperiosa. Dispuesta la comida, todos los hombres tendieron sus platos v sus tazas para que les sirvieran su parte, cosa que hizo la señora Jett.

-¡Come, muchacha! -ordenó el padrastro.

Milly tenía apetito, aunque no mostró gran prisa en recibir su parte, y en cuanto se la hubieron dado, sentóse sobre un saco de grano. Mientras comía no dejaba de observar a la gente bajo el ancha ala de su sombrero.

¿Se imaginaba algún cambio sutil en aquellos hombres, ahora que había empezado ya el viaje en dirección a la comarca de los búfalos?

Follonsbee ya había estado allí antes con Jett, y sin duda gozaba de la confianza de éste, cama lo demostraban las frecuentes consultas que se hacían en voz baja, según pudo observar la joven. Era un hombre alto y flaco, de expresión maligna y rostro enrojecido por el abuso del alcohol y la vida a la intemperie; además, tenía unos ojos extraños que Milly evitaba mirar. Pruitt había ingresado poco tiempo atrás en la pequeña caravana. Era de escasa estatura, aunque muy sólido y vigoroso, y el rostro, de pronunciadas facciones, resultaba notable por el hecho de que su puntiaguda barba estaba al mismo nivel de la saliente frente, de modo que tenía un aspecto más repulsivo aún que el de Follonsbee. Tenía un carácter rebelde, y no perdía ninguna oportunidad para demostrarlo.

Aquellos hombres eran cazadores de búfalos y estaban dominados por la idea de las grandes sumas que podríais Jbtener con la venta de las pieles; a juzgar por lo poco que Milly pudo averiguar, todos ellos, excepto Catlee, participaban en partes iguales de los productos de la caza. Milly había oído varias discusiones acerca del particular, aunque todos se apresuraban a guardar silencio en cuanto ella se acercaba.

Milly sintió una gran curiosidad por su padrastro v sus hombres. Curiosidad que nació el día anterior, cuando su encuentro con Tomás Doan, y, algunas palabras cambiadas can la simpática señora Hudnall, además de las observaciones que pudo hacer acerca del campamento de Hudnall, le demostraron claramente que el equipo de Tett era distinto en absoluto al otro. Allí ro había buen humor, ni bondad, nadie pronunciaba palabras alegres ni reía, ni expresaba, confiado, sus esperanzas; Jett siempre fué muy desagradable para ella, aunque durante las últimas semanas había sido soportable. Aquel hombre cambió con la llegada de los demás v con el viaje hacia la desierta cornarca. Milly creyó adivinar en él algo siniestro.

Hablaban con muy poca frecuencia. Las comidas v la prisa impuesta por Jett no eran la sola causa de semejante taciturnidad. Catlee era el único que, a veces, hacía alguna observación, pero nadie daba muestras de haberla pida siguiera.

-¡Apresuraos todos! -ordenó Jett, gruñón, poniéndose en pie después de haber comido.

-¿,Se propone usted acampar esta noche en el vado de la Cruz? -preguntó Follonsbee.

-No. Allí nos limitaremos a coger alguna leña v seguiremos adelante -ordenó secamente Jett.

Los demás no hicieron ningún comentario v no tardaron en levantarse para ocuparse de nuevo en sus respectivas tareas. Engancharon los caballos mientras estaban corriendo aún el grano de sus morrales. Milly secó los platos y los utensilios que la señora Jett había fregado apresuradamente en silencio.

-Madre... Me gustaría mucho que ni usted ni vo tomásemos parte en esa cacería-se-atrevió a decir Milly al fin, sin otra razón que la de no prolongar el silencio.

-No soy tu madre -replicó secamente la mujer-. Llámame Jane si te da celos el nombre de señora Jett.

-¿Celos? ¿Por qué he de estar celosa de ese nombre? -preguntó Milly, sorprendidísima.

-No eres más pariente de Jett que vo misma - replicó la otra reflexionando al mismo tiempo que hablaba; no parecía tener una inteligencia viva -. Por mi parte tampoco me gusta

esta caza. Así se lo dije a Jett, pero él me contestó «Tanto si te gusta como no, me acompañarás». Por consiguiente, creo que harías bien ;guardando silencio.

No necesitaba Milly tal recomendación tratándose de u padrastro, mas, a partir de aquel momento, decidió tener muy abiertos ojos y oídos. El carácter autoritario de Jett podría ser la causa del descontento de su esposa v de la taciturnidad de sus hombres.

Cuando todo estuvo dispuesto para continuar el viaje, Milly preguntó a Jett si le permitía tomar asiento al lado del conductor.

-No -contestó Jett mientras iba a ocupar su propio asiento.

-Es que ya me duele la espalda. No puedo estar echada todo el día-contestó Milly.

-Jane, vete a ocupar el carro ele Catlec y deja que Milly venga conmigo.

-Muy bien -replicó la mujer mientras sus ojos centelleaban de un modo tan maligno, que fué una revelación para Milly-. ¡Ya veo que te gustaría eso, Rand Jett!

-¡Cállate! -replicó él, encolerizado.

-Te preocupa mucha que los hombres puedan contemplar a esa muchacha-continuó ella sin hacer ningún caso del enojo de su marido-. Si persistes en esa actitud, ¿cómo podrá casarse la chica?

Jett se quedó mirando a su mujer y rechinó los dientes.

-¡Ah, ya comprendo! -continuó la señora Jett sin bajar de tono su estriden+e voz -. Ya comprendo que, si tú puedes impedirlo, no llegará a casarse. ¡Ya hace tiempo que lo sospechaba!

-¿Quieres callarte de una vez-gritó Jett, furioso. Mientras tanto, la mujer fué a ocupar su asiento, como siempre, al lado de él. Jett dirigió los caballos hacia el camino, v como Pruitt v Follonsbee habían salido ya en su carro, Milly se nuedó sola con Catlee, que, al parecer, se divertía mucho y sentía gran simpatía por la joven.

-Suba usted aquí, señorita -dijo.

Milly vaciló, pero de pronto, las nuevas ideas que bullían en su mente la alejaron de su costumbre de obedecer v tomó asiento al lado del conductor.

-Quizá tendrá usted más calor aquí, al sol, pero a veces sopla la brisa; además, podrá contemplar el paisaje.

-¡Es mucho más bonito!

Catlee recogió su largo látigo, lo hizo restallar sobre los caballos, aunque sin tocarlos, y estos emprendieron un trote rápido. El camino descendía entonces y, ante ellos, extendíase la ondulante pradera, que parecía continuar sus oleadas hasta el horizonte.

-¿Llegaremos, acaso, hasta el territorio indio? -pre-guntó Milly al conductor.

-Ya estamos ahora en él, señorita -contestó el hombre- No sé exactamente cuándo, pero dentro de unos días cruzaremos la línea en dirección a Panhandle, de Texas.

-¿Están por allí los búfalos?

-No estoy muy seguro. Oí decir a Jett que el rebaño principal se dirigía al Norte, y, probablemente, iría al encuentro de los cazadores, que deben de estar cerca del Río Rojo.

-¿De modo que todos los cazadores van al mismo lugar

-Sin duda, y este sitio está determinado por el que ocupan los búfalos.

Milly no se atrevió a analizar la vaga esperanza que parecía inundar su pecho y se sorprendió al observar su deseo de hablar y aprender cosas.

-¿Desconoce usted esta región? -preguntó.

-Sí, señorita. Nunca estuve al Oeste de Missouri, antes de hacer este viaje. Me parece que tendremos que sufrir bastante. Anoche hablé con unos cazadores. Celebraban su llegada al pueblo y por eso no pude comprender gran cosa de su conversación. Sin duda dijeron que la cosa está bastante mal en el lugar a donde vamos, v me temo que no sea el más apropiado para una joven como usted.

-Lo mismo creo yo -dijo Milly.

Librodot

-Tengo entendido que Jett no es su verdadero padre - observó Catlee.

-Es mi padrastro -replicó Milly.

Y en pocas palabras refirió a Catlee toda su vida, desde ej momento en que su madre se casó con Jett,

-Comprendo. Eso lo explica todo -replicó Catlee en tono amable y bondadoso.

Pero en cambio, no quiso explicar el significado de sus palabras. Era como si la sencilla historia de la joven le hubiese impuesto silencio. Sin embargo, ella sintió, más que nunca, una gran simpatía por aquel hombre, llamándole mucho la atención el hecho de que se hubiese callado, quizá por temor de pronunciar una palabra comprometedora para el padrastro de la joven.

En adelante, Milly se abstuvo, en su conversación, de referirse a asuntos personales; durante toda la tarde habló a intervalos y luego observó el confuso horizonte, que siempre huía ante ellos.

A la puesta del sol la caravana de Jett descendía por una larga pendiente gradual, para terminar en una faja verdosa que señalaba el curso de una corriente. Catlee mostró a Milly dos campamentos. Recortándose sobre el bosque veíanse unos carros blancos; ardían algunas 'hogueras y el humo surgía muy espeso en ellas. El lugar resultaba agradable y abrigado. Jett atravesó la corriente, desenganchó los caballos y en unión de Follonsbee los llevaron a abrevar y llenaron de agua los barriles, en tanto que Pruitt v 'Catlee recogían leña, que ataron luego a la trasera de los vehículos.

Uno de los equipos que acampaban nuis abajo de aquel cruce salió a campo abierto para llamar a Jett, más impulsado por el deseo de saludarle amistosamente que por otra razón cualquiera. Jett no contestó. Sin perder tiempo enganchó los caballos para, emprender el camino. Siguió marchando hasta cerca del oscurecer, deteniéndose en una especie de hondonada, en donde la hierba parecía abundante.

-¿Por quó no acampó allí mi padrastro con los demás equipos? -preguntó Milly en el momento en que Catlee detenía los caballos.

-Porque no le gusta la compañía y, además, quiere recorrer cada día la mayor distancia posible-replicó el carrero.

Mientras Milly ayudaba a la señora Jett en las faenas del campamento, cayó la noche y reinó la oscuridad. Los covotes aullaban. Se levantó la brisa nocturna v, encajo-nándose en aquella hondonada, empezó a arrastrar las brillantes chispas de la hoguera. Continuaba reinando la misma taciturnidad en los viajeros. Tan pronto cenaron v se acabó el trabajo. Milly subióse al asiento de su carro y se acomodó en él. Encontrábase entonces a bastante distancia nara que pudieran oírla desde el campamento. El carro de Jett se hallaba contiguo al que ella ocupaba. Antes, el campamento se estableció siempre en un lugar abrigado, en alguna alameda o pradera inmediata a una boscosa colina. Pero aquel lugar hallábase en la pradera abierta en todas direcciones. El viento sonlaba a su alrededor y, con un poquito más de fuerza, habría empezado va a gemir. El cielo, cubierto en parte de nubes, dejaba ver muy pocas estrellas. Aquella solitaria pradera, triste v hostil, aumentaba las aprensiones de Milly. Se esforzó en no pensar en el futuro. Siempre estuvo resignada a llevar una vida gris e incolora, pero ahora se daba cuenta de que no le sería posible continuar siempre del mismo modo, aunque su situación no empeorase En cuanto a aquello no le cabía duda alguna. Alguien le dilo que en cuanto cumpliese dieciocho años estaría libre de toda tutela. Pero aun entonces ¿que haría? Trabajaba nara los Jett con tanto interés como habría podido hacerlo por otra persona cualoniera. Quizá tuviese la fortuna de hallar una situación agradable en alguna familia bondadosa, como la de los Hudnall. De pronto cruzó por su mente el recuerdo de Tomás Doan v luego pensó en el matrimonio. Al hacerlo se sonrojó. Y ocultó su rubor, temerosa de que, aun envuelta en las sombras de la noche, alguien pudiese verla y leer su.;

pensamientos. Eran inútiles todos sus esfuerzos para rechazarlos. Anhelaba la compañía v la amistad de mujeres bondadosas, gozar de no hogar v disfrutar de un verdadero cariño.

Estos pensamientos llegaron a ser una tortura para Milly, pero sólo mientras se esforzó en luchar con ellos. Había despertado ya y no podía desposeerse de sus sentimientos y esperanzas. Y cuando aquella noche al acostarse, sintió no sólo el deseo de rebelarse, sino que también notó en su espíritu unas fuerzas de origen desconocido, como nacidas de un modo mágica de aquellas nuevas ideas.

Pasaron los días, días que se arrastraban durante el interminable viaje por aquella pradera, que parecía ensancharse a cada paso, con la monotonía de las tareas del campamento y el alivio que proporcionaba el olvido del sueño.

Milly presenciaba siempre la salida y la puesta del sol; éstos eran los únicos incidentes del día en que hallaba algún placer. Había agotado ya la provisión de historias de Catlee y sus limitados conocimientos de la frontera. Era la única persona del equipo con quien ella quería y podía hablar. F ollonsbee era, sin duda, uno de esos hombres que odian a las mujeres. Pruitt se acercó dos veces a ella, en apariencia impulsado por la cordialidad, pero realmente animado por el deseo de ofenderla, mas ella se apresuró a pararle los pies. Los ojos de gavilán de la señora Jett nunca dejaban de tomar nota de todo movimiento de su marido hacia Milly, y, observándolo él, por fin, pareció resentirse y aumentó más todavía el mutismo y la tirantez. Sin embargo, en su mirada había algo que hacía temblar a Milly. A medida que transcurrían los días y quedaban atrás las millas, se hacía evidente el cambia de carácter de Jett. Ya no era el mismo que cuando se casó con la madre de Milly. En la pradera, rodeado por aquel ambiente rudo y violento, habíase hecho hosco y amenazador.

No pasaba un solo día sin que Jett se esforzara en alcanzar y en adelantar a un equipo en dos o más carros, que se dirigían hacia la región de la caza. Y se adelantaba a ellos en el camino, o los evitaba cuando los hallaba acampados. En cambio, si encontraba un carro lleno de pieles de búfalo, siempre le sobraba tiempo para detenerse y charlar.

Jett siguió adelante. Sus caballos de tiro eran jóvenes y vigorosos y como llevaba grano para darles buenos piensos, podía mantenerlos fuertes y ágiles, aunque los obligase a trabajar lo más posible. La pradera gris y sinuosa del territorio indio se convirtió en el desierto de verde más desigual y cubierto de crestas del Panhandle de Texas. Y así como diez días antes fué un caso extraordinario el cruzar una corriente de agua en una jornada de viaje, ahora trasponían varias al día. Sin embargo, no eran más que arroyos de poca profundidad. Los árboles que bordeaban aquellas corrientes crin verdes, hermosos, destacándose enormemente de las ondulaciones de las llanuras.

A Milly se le ocurrió la idea de que, en otras circunstancias más fáciles, habría experimentado gran alegría al recorrer aquellos parajes solitarios.

Una tarde, antes de la hora acostumbrada, Jett se alejó del camino y, siguiendo, por espacio de tres kilómetros, una corriente flanqueada de árboles, fué a acampar en una espesa alameda, en donde sus carros y sus tiendas no serían vistos con facilidad. Era evidente que aquella noche no se trataba de establecer el campamento habitual. Y si alguna vez Jett hubiese podido mostrar gran lentitud en sus movimientos, evidentemente debía de hacerlo en aquella ocasión. Después de ayudar a descargar los carros, dió órdenes a sus hombres y luego ensillando un caballo se alejó por el camino que corría bajo los árboles.

Oscurecía ya cuando volvió. Todo su aspecto mostraba una excitación extraordinaria, combinada con la mayor jactancia, de modo que Milly esperaba ya lo que anunció con su vozarrón

-¡Hay un rebaño de búfalos que abrevan por aquí Hemos llegado casi junto a los rezagados. Convendría continuar en este campamento y cazar mientras esperamos, para ver si el rebaño principal se dirige al Norte.

Librodot

Tal anuncio no causó ningún interés extraordinario en sus camaradas. Ninguno compartía la fuerte y contenida emoción de Jett. Después de cenar, pasó revista a la carga de los cartuchos, al filo de los cuchillos y examinó también los rifles de gran calibre.

-Yo me quedo con este viejo rifle de aguja -exclamó-. Muchos cazadores prefieren el calibre cincuenta.

-El caso es que el calibre cincuenta aventaja a todos los demás para tirar de cerca a los búfalos -contestó Follonsbee.

-Podríamos haber tenido que disparar contra otros blancos y a gran distancia..., por ejemplo, sobre los pieles rojas - comentó sardónicamente el jefe de la expedición.

La extraordinaria vitalidad de Jett y su enorme fuerza no podían contenerse en aquella ocasión. El fin del largo viaje le llenaba de ilusiones y le inclinaba, también, a beber. Milly sabía ya que Jett era un adorador de la botella. Pero bajo la influencia del alcohol, mostrábase menos duro y grosero y al mismo tiempo dejábase llevar por sus inclinaciones sentimentales latentes. Más de una vez a Milly le fué difícil evitarlo, pero comprendía, sin embargo, que no debía preocuparse mientras los celosos ojos de la señora Jett permanecieran vigilantes. Mas, por otra parte, convenía tener en cuenta que la presencia de ésa podía fallar alguna vez.

Y el temor de Milly fué justificado, porque poco después de habérsele ocurrido esta idea, Jett aprovechó una ocasión en que su mujer estaba dentro del carro o, por lo menos, no se dejaba ver por allí, para acercarse a Milly mientras la joven estaba sentada a la puerta del vehículo que ocupaba.

-Oye, Milly, voy a hacerme rico -dijo en voz baja y anhelante.

-¿Sí? Me alegro mucho -replicó ella retrocediendo un poco para separarse del acalorado rostro de aquel hombre.

-Mira, vamos a librarnos de la vieja-murmuró él, en tanto que sus ojos brillaban a la oscilante luz de las llamas con una expresión diabólica.

-¿Qué vieja?-balbuceó Milly. -Ya lo sabes. Mi mujer.

-¿La señora Jett? ¿Librarnos de ella...? ¿No comprendo.

-Pues eres tonta de remate -exclamó riéndose-. ¡Piénsalo bien!

-Buenas noches -replicó Milly con voz insegura, metiéndose apresuradamente en el carro y atando con temblorosos dedos la lona que cerraba la entrada.

La cabeza le daba vueltas. ¿Acaso Jett estaba, sencíllamente, borracho? Reflexionando acerca de aquel incidente, se esforzaba en convencerse de que Jett sólo quiso expresar su mal humor respecto a su mujer, pero, de pronto, le oyó pronunciar un nombre que hizo saltar su corazón.

-Sí. Hudnall, ya te lo he dicho -exclamó con la mayor claridad-. Su equipo anda por ahí, por esos bosques. He visto las huellas de sus carros y de sus caballos.

-Y ¿cómo sabe usted que se trata de Hudnall? -preguntó Follonsbee.

-¡Oh! Me interesa mucho saber distinguir las huellas

-replicó Jett de un modo significativo-. Hay otros dos equipos acampados más abajo. He visto caballos y humo.

-Pues, mire, Rand. Si yo mandase en este equipo, no quisiera cazar búfalos a poca distancia de Hudnall. -¿Por qué? -preguntó Jett.

-No debe guardarme mala voluntad. Sencillamente le he dicho lo que pienso. El socio de Hudnall es un hombre de las llanuras y...

-¡Oh! No me importa lo que pueda ser Pilchuck -replicó malhumorado Jett, terminando así la discusión.

VI

Jett había elegido aquel campamento abrigado y aislado, del mismo modo que obró antes, mientras se dirigía a la región de los búfalos, para dificultar el descubrimiento de su paradero. Cualquiera que buscase un campamento a lo largo del río lo hubiese encontrado, pero los equipos que viajaban por allí, no habrían podido sospechar siquiera su proximidad.

A la mañana siguiente hizo levantar a todo el mundo al amanecer; nunca fué tan manifiesto su carácter autoritario.

-Mira, Catlee, tu trabajo está con los caballos -dijo secamente-. Tráelos a este lado del río. El camino se halla en la orilla opuesta. Encontrarás la mejor hierba a lo largo de esta faja de árboles. Hoy, a una hora u otra, vendré a ayudarte a enganchar para ir a recoger las pieles.

A su esposa le dió una orden más significativa.

-Mira, Juana. No quiero ver ninguna hoguera encendida, sino cuando yo esté en el campamento con mis hombres. Tú y Milly procuraréis tener los ojos abiertos y si veis indios u otra persona cualquiera, meteos entre los matorrales y ocultaos.

Dicho esto se alejó, acompañado de Fallonsbee y Pruitt. Había empezado la caza.

Milly, a pesar de sn temor y de la posibilidad de que se presentaran los indios, se alegró al ver alejarse a los cazadores. A juzgar por lo que había oído, la caza de búfalos era muy penosa y en ella era preciso emplear todas las horas del día y la mitad de la noche. Había aceptado el mal humor y el trato casi hostil de su madrastra, hallando en ello algún alivio. Llevo a cabo rápida y perfectamente las tareas que le habían encomendado. Luego, provista de un libro y de su labor de costura, se alejó del campamento para guarecerse en los matorrales.

A fuerza de tiempo, se abrió camino, sin grandes dificultades y, por fin, llegó a un lugar muy hermoso, cubierto de hierba matizada de flores y situado a cierta altura sobre la corriente. Aquel sitio le gustó muchísimo. El campamento se hallaba al alcance de su voz., pero, por otra parte, estaba tan aislada cual si se hubiese alejado muchas millas; las matas se inclinaban hacia aquel rincón sombreado y fragante, y sobre su cabeza se extendían los gigantescos olmos. En aquel lugar se ensanchaba la corriente que formaba un remanso en un recodo, el único que vió durante el viaje. En la orilla opuesta descubrió una ancha faja de arena, donde el bosque parecía aclararse, y que conducía suavemente a la llanura. Milly pudo ver la brillante línea del cielo interceptada por los negros troncos de los árboles. El camino corría junto al límite del bosque, de modo que ella podía ver los viajeros que por allí transitasen. ¿Qué haría en el caso de reconocer el equipo de Hudnall? Esta sola idea la hizo temblar. Aunque tal vez aquella esperanza fué la que la indujo a situarse allí. Por lo demás podía estar algunas horas sola para pensar y soñar, o coser y leer y, además, por otra parte, podría ver cuanto se presentara sin que nadie fuese, a su vez, capaz de descubrirla a ella.

No tardó mucho en observar que en aquel lugar había muchas cosas que la distraerían de sus meditaciones o de su trabajo. De pronto se despertó en ella un sentimiento cuya existencia ignoraba. Siempre apeteció la soledad, pero la belleza de la Naturaleza, la dulzura de aquella escena campestre, la melodía de los pájaros, que ahora se le revelaba, nunca fueron cosas observadas por ella. Parecían poseer una armonía extraña que concordaba con la vaga y creciente emoción de su alma.

Por todo ello Milly no se dedicó a leer ni a coser. Los canarios silvestres, los gorriones y los mirlos, cantaban a su alrededor. En torno de las flores que salpicaban el suelo sonaba el melodioso zumbido de las abejas, oyendose también el leve rumor del agua al deslizarse por su cauce. Un martín-pescador voló rápidamente corriente abajo, resplandeciendo a la luz del

Librodot

sol. En el recodo del riachuelo, y sobre un banco de arena que sobresalía, veíase una garza inmóvil, como absorta mientras contemplaba el agua. El aire cálido y fragante flotaba soñoliento en torno de ella.

La paz y la armonía de aquella escena quedó, de pronto, destruída por los disparos que sonaban en la orilla opuesta. Milly miró hacia allá. Pasaban por la llanura y> se metían en el bosque unas formas lanosas y oscuras.

-¡Oh! ¡Búfalos! -exclamó.

Su corazón empezó a latir con violencia. Recogió el libro y la labor, disponiéndose a echar a correr, cuando recordó que se hallaba en la cumbre de una pendiente muy pronunciada y que, por lo tanto, no corría peligro alguno. Decidió, pues, no moverse, y, sentándose al amparo de una cortina de hierba y de flores, asomó la cabeza para mirar, con la respiración agitada v los ojos muy abiertos.

Por todas partes y a lo largo del horizonte de la arbolada orilla vió aquellas formas oscuras, pero no formando espesa manada, sino en grupos de dos o de tres animales. Más abajo aparecieron los búfalos más corpulentos, revolviendo la seca hojarasca que cubría el suelo y levantando nubes de polvo. A cien metros de distancia por debajo del lugar en que se hallaba Milly asomaron los primeros búfalos en el bosque, llegaron a la faja de arena y, cruzándola, fueron a beber. Luego, gradualmente, la línea de jorobas pardas salió de entre los árboles y se acercó cada vez más, hasta que Milly llegó a temer que se situara frente a ella. ¡Qué animales de aspecto tan salvaje! ¡Qué lanosos! ¡Parecen bueyes! Y si, al principio, sintió algún temor, ahora estaba ya francamente asustada. Sin embargo, no dejó de observar la majestad y el extraño aspecto de aquellas bestias. Hacían estremecer el bosque. Oyó sus chapoteos en el agua. Y, como el ganado, se alineaban a lo largo de la corriente, e inclinaban sus negras y lanosas cabezotas.

-Si alguno de ellos se acerca más, tendré que echar a correr -murmuró Milly para sí.

Mas, al parecer, no tenía ningún motivo para emprender la fuga. La fila de búfalos se detuvo a unos cincuenta metros más abajo del lugar en que se hallaba. Así consiguió la joven contener su pánico y, a medida que pasaba el tiempo, el miedo se fué atenuando. De pronto se tranquilizó del todo. Numerosos búfalos rompieron filas y se volvieron hacia el bosque, dejando abiertos espacios en los cuales era posible distinguir los pardos terneritos. Milly experimentó un gran placer. Durante todo el tiempo pasado en la granja sintió gran afecto por los terneros. Los que veía ahora eran mayores, de aspecto más salvaje, lanudos, de color más claro, pero, al revés de los terneros de la granja, no parecían carecer de vigor en las patas. Aquellos jóvenes animales eran fuertes y esbeltos. Algunos abandonaban a sus madres y se alejaban un poco por la arena deseosos de jugar, aunque de un modo que Milly no había observado jamás. Levantaban las patas delanteras y daban a sus cabezas un movimiento especial, para topar, aunque inclinándola ligeramente, demostrando con ello una gran agilidad y ninguna agresividad. Luego volvían apresuradamente al lado de sus madres. Sólo algunos de aquellos terneros bebieron agua de la corriente, pues, al parecer, no estaban sedientos, como los adultos. Poco a poco se aclararon las filas y, por fin, el último de los grandes machos se volvió hacia la pendiente. Los terneros, aunque poco deseosos de abandonar aquel encantador lugar, no se entretuvieron ni se quedaron atrás. Luego el rebaño subió despacio la pendiente y desapareció.

A Milly le parecía imposible haber visto los búfalos desde tan poca distancia. La realidad era muy distinta de lo que se imaginó. Eran animales enormes, pero no feos ni desagradables. Parecían tan mansos como el ganado doméstico. Seguramente, si no se les molestaba, no harían daño a nadie. De pronto, desde alguna distancia y más allá de la pendiente, resonó el estampido de un arma de gran calibre.

-¡Oh! ¡Jett y sus cazadores! -exclamó, comprendiendo rápidamente lo que ocurría-. Están matando a los pobres búfalos.

Hasta aquel momento la muerte de tales animales, mejor dicho, el significado de la caza no había cruzado por la mente de Milly. Oíanse repetidos disparos que le causaron una penosa sensación. Aquellos espléndidos animales morían a causa de sus pieles. Aquello le parecía algo indigno. ¿Qué sería de los pobres terneros? Entonces sintió un gran aborrecimiento por semejante cacería. Si se utilizara la carne, aunque fuese para regalarla a los hambrientos del mundo, podría ya disculparse la matanza, pero sólo se trataba de vender las pieles. ¡Del lucro!

-Tomás Doan es también un cazador de búfalos -se dijo-. ¡Oh, cuánto lo siento...! ¡Era un muchacho tan agradable y bondadoso...! Pero, en fin... ¡A mí qué me importa!

Para una mujer es asunto muy serio la vocación de un hombre. Milly recordó que uno de los motivos de los disgustos que hubo entre su madre y Jett fué el odio que éste demostró siempre por el trabajo de la granja. Sin duda la caza de los búfalos resultaba muy de su agrado, y aun era posible que no la considerase siquiera como trabajo.

El incidente de los búfalos había trastornado el apacible descanso que encontró Milly en aquel delicioso lugar. Incluso cuando el agua fangosa -de la corriente se aclaré) y desaparecieron las nubes de polvo de los bosques, v se renovó la melodía de los pájaros y de las abejas, Milly no pudo recobrar el curso feliz de sus sentimientos. La seguridad de que Tomás Doan era un cazador de búfalos había amargado sus risueñas ideas. La joven trató de leer y al ver que no le era posible, apeló a la costura, pues esta ocupación tenía la ventaja de entretenerla, haciendo algo útil. Durante una hora, o más, la molestaron los disparos de los rifles en la llanura. Aquellos tiros parecían alejarse por momentos hasta que, por fin, ya no los oyó.

Algún tiempo después y cuando de nuevo volvía a entregarse a sus sueños, oyó el crujir de los matorrales, frente y por debajo del lugar en que se hallaba. Miró en aquella dirección, donde el bosque era más denso y prestó oído, esperando y temiendo, a la vez, que aparecese algún búfalo. El ruido llegaba a sus oídos a intervalos regulares. Milly se puso muy nerviosa al notar que aquellos crujidos se aproximaban a un punto directamente situado frente a ella. Por allí un grupo de sauces seguía el curso de la orilla del riachuelo, impidiéndole ver qué ocurría.

Entonces ovó grandes resoplidos, como de un enorme animal. Sonaban como si aquella bestia jadeara o tosiera, o no pudiese respirar normalmente.

Otro crujido muy cercano heló la sangre en las venas de Milly. Pero tenía ya más valor que antes. Vió cómo se estremecían los sauces y que luego se abrían para vomitar la enorme v negra cabeza y la joroba de un búfalo. Milly se quedó inmóvil en el mismo lugar en que estaba acurrucada. Aquel animal tenía un aspecto salvaje, terrible. jadeaba. De su colgante lengua manaba una espuma sangunolenta. Movía la cabeza de un lado a otro y, al aproximarse más, Milly pudo observar que cojeaba. La pata delantera izquierda colgaba fracturada y empezó a oscilar de un lado a otro, cuando el búfalo se metió en el agua. También en la paletilla izquierda tenía una mancha de sangre.

Milly no podía aparvar la vista de aquel pobre animal. Lo contempló con una claridad que nunca pudo olvidar. Oyó el ruido del agua cuando bebía para apagar su extraordinaria sed. Bajo el hocico la lenta comente se teñía de rojo. Bebió durante largo rato y luego levantó la enorme cabeza. No descubrió ninguna amenaza a su alrededor. Parecía estar trastornado, extraviado. Milly observó que sus ojos giraban en las órbitas, mientras incli-naba la cabeza de un lado a otro. Se moría. La joven vió con horror cómo se tambaleaba entre los sauces y, lentamente, se desplomaba, fuera ya del alcance de sus miradas. Después prestó oído, hasta que ya no pudo oír el crujido de las ramitas de los arbustos.

Milly, entonces, relajó sus miembros y volvió a ocupar su asiento. Su horror se convirtió en un fuerte temblor, dejándola pene rada de extraordinaria aversión hacia aquella caza criminal.

Ascendió el sol por el cielo y el calor de aquel día de mayo hizo enmudecer los pájaros. Sin embargo las abejas continuaron emitiendo su soñoliento zumbido. Ningún otro búfalo vino a interrumpir la sobresaltados períodos de costura y de lectura de Milly, o los largos ratos que dedicó a sus sueños. Transcurrieron las horas. La joven va no ovó caballos ni hombres v sólo, cuando va terminaba la tarde, decidió regresar al campamento. El volver sobre sus pasos no era cosa fácil, pero, por fin, logró atravesar

un terreno cubierto de matorrales y llegar al espacio abierto. El campamento estaba desierto o, por lo menos, así parecía, a juzgar por la falta de movimiento. Milly observó que faltaba uno de los carros.

Algún tiempo después, mientras se ocupaba activamente en hacer más cómodo su propio alojamiento, oyó voces masculinas, ruido de cascos de caballos y los crujidos de unas ruedas. Con aquellos sonidos volvió a sentir la acostumbrada opresión. Jett no tardaría en llegar, huraño y hambriento; Milly se apresuró a terminar su trabajo y a salir de su carro.

No tardaron en llegar al campamento los hombres a pie, cubiertos de polvo v de sudor, fatigadísimos. Catlec llevaba el pesado fardo de cuatro rifles.

Jett miró al interior de sn propia tienda.

-¡Sal, perezosa! -exclamó con voz ruda, dirigiéndose evidentemente a su mujer-. ¡Tengo más hambre que uno de los lobos que nersiguen a los búfalos! -Y luego observó a Milly que, en aquel momento, encendía una hoguera -. ¡Muy bien, serías una buena esposa, Milly

-¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! -exclamó Follonsbee riendo sardónicamente mientras arrojaba al suelo el sombrero, los guantes y la chaqueta, y extendía los dedos de sus sucias manos-. No hay agua. Dadme un cubo. Si estuviese casado, no fallaría nunca el agua en el campamento.

-¡Mira, muchacho, has de tener en cuenta que no existe mujer en la tierra capaz de ir a buscar agua para ti! -exclamó Pruitt.

-Bueno, si Hank se cree capaz de enseñar a Juana para que vaya a buscar agua, puede hacerlo - replicó Jett.

Éstas bromas y tan alegre charla, a pesar de que se i desarrollaba casi como una disputa, sirvieron para cambiar algo el humor de Jett y de sus hombres. Catlee, sin embargo, no tomó _parte en ella. Era verdad que pertenecía al equipo de Jett, pero como carrero.

Apareció entonces la señora Jett entre ellos, y su llegada, quizás a causa de la observación de su marido, hizo que algunos contuvieran la risa.

-He oído lo que acabas de decir, Rand Jett - exclamó mirándole con torvos ojos-, pero ten entendido que no lograrás que sirva a ningún hombre, v mucho menos a un ladrón de pieles como Hank Follonsbee.

-¡Cierra el pico! -replicó Jett en tono brusco-. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Este último diálogo terminó con la fugaz alegría. Cuando Follonsbee fue en busca del agua, todos se lavaron y chapotearon en ella con el mayor gusto. Una vez terminada aquella agradable ocupación, demostraron claramente que no les quedaba tiempo para entretenerse en cosa alguna, porque todos fueron en busca de sus efectos y se dedicaron a cargar cartuchos y a afilar cuchillos.

-Tú, Catlee, limpiarás los rifles - ordenó Jett. Mientras estaban atareados de esta manera, empezaron a hablar de la cacería, de aquella media hora de disparar, que, en realidad, fué una diversión, y de las ocho horas de despellejar reses, lo cual era un verdadero v penoso trabajo. Milly escuchaba con el oído muy atento, esperando que se pronunciara alguna palabra relacionada con el equipo de Hudnall, pero malgastó en vano su atención.

-¡Venid a cenar! -llamó entonces la señora Jett.

-Y si no vamos en seguida, tirarás la cena, ¿no? -preguntó Jett levantándose a toda prisa.

Comieron apresurada y prodigiosamente, aunque en silencio; cada uno de ellos tomaba lo que mejor le parecía, sin preguntar a nadie. Jett fué el primero en dar por terminada la cena.

-¡Atracaos, muchachos! -decía a sus camaradas-, porque tenemos mucho que hacer. Vosotras, Jane y Milly, limpiad todo eso y luego acostaos. Nosotros nos iremos a extender las pieles bajo los árboles.

Milly permaneció despierta mucho rato aquella noche, mas no oyó regresar a los hombres. Al día siguiente se desayunaron precipitadamente, antes de salir el sol, y salieron sin entretenerse lo más mínimo. Milly nasó algunas horas muy tranquilas, en la sombreada orilla, en donde nadie turbaba la dulzura del ambiente y la música de los pájaros. Pasó otro día sin ver a los hombres de su equipo, a excepción de la mañana y de la noche. Jett y sus auxiliares se dedicaban a la agitada vida del cazador de búfalos.

Al cuarto día levantaron el campamento v descendieron treinta kilómetros a lo largo del río para detenerse en el único bosquecillo existente, que Milly divisó unas horas antes de llegar a él; comprendió que la soledad y la esterilidad de aquella comarca se acentuaba cada vez más. A la mañana siguiente oyó disparos hasta el mediodía. Agradecía mucho que la dejasen sola y las horas pasaban volando para ella. Siempre hallaba un lugar u otro, cerca del campamento, donde poder ocultarse. Pocas veces olvidaba Jett hacer alusión a ello. A medida que se alejaban hacia el Sur, la vigilancia de este último, así como su excitación, aumentaban de día en día. A juzgar por las conversaciones que oía en torno de la hoguera del campamento, Milly comprendió que crecía el número de los búfalos y de los cazadores. No obstante, Jett parecía haber establecido la regla de viajar un día y entregarse a la caza el siguiente. A medida que progresaba era más pesado el' trabajo. En aquella llanura interminable no había ningún camino ni pista, y a veces quedaban interrumpidas las extensiones llanas, haciendo necesario descargar y volver a cargar los carros. Mayo terminaba ya y empezaba el calor propio del mes de junio. La llanura era entonces una enorme extensión de tierra lisa, ligeramente ondulosa y cubierta de hierba, que oscilaba con suavidad al recibir el soplo de la brisa. Las corrientes de agua estaban marcadas por dos líneas de hierba de un verde más intenso y los árboles aparecían cubiertos por todas sus hojas. Hacia el Este de aquella corriente empezaban a aparecer los rebaños de búfalos; Jett los seguía. Sin embargo, cazaba en el lado occidental, donde, según Milly entendió, eran más numerosos los búfalos.

Por fin Jett viajó dos días enteros hacia el Sur y luego cruzo el riachuelo en dirección a su orilla occidental. Y, siguiéndola, vióse, al fin, detenido por un caudaloso río.

-¡Oíd, muchachos, aquí está el Rojo, o sea el lugar en que pasaremos este verano! -exclamó con sonora voz.

Para acampar eligió un lugar de difícil acceso y poco visible desde mayor elevación. Cubría las dos orillas del Río Rojo un frondosísimo bosque, y una vez allí ya no era posible ver ni el río ni la llanura. Jett pasó el resto de aquel día ocupado en organizar un campamento permanente. Follonsbee, a quien envió a hacer un reconocimiento, río, arriba, regresó a la puesta del sol.

-¡Me parece haber visto noventa kilómetros, cuadrados llenos de búfalos! -anunció con el mayor énfasis, sin echar pie a tierra y mirando a su jefe.

-¡Oh! Ya lo suponía-replicó Jett-. ¿Hasta dónde has ido?

-Más o menos, diez kilómetros río arriba v entonces me subí a un risco que dominaba el río. Desde allí podía ver una extensión considerable. Le aseguro que cl espectáculo que se ofreció a mis ojos llegó a dejarme atontado. Lo cierto es, Rand, que no pude ver el fin del rebaño de búfalos a pesar de que utilicé el anteojo.

-Hay un detalle muy importante que no me has dicho. ¿Cuántos equipos has descubierto? -preguntó Jett con alguna impaciencia.

Librodot

-Observé bastantes y, entre ellos, algunos que conviene evitar -contestó el otro arrastrando las palabras-. Al oeste del risco pude ver algunas columnas de humo a lo largo del río, en toda la distancia que pude abarcar con los ojos.

-¿Hay alguno de ellos cercano?

-Solamente dos entre nosotros y aquel risco-replicó Follonsbee -. Luego hay uno en la confluencia del arroyo y del río. Creo que también habrá otros equipos río abajo. En cuanto a los búfalos, están por todas partes.

-¡Ya lo creo! Éste es el rebaño principal. Ahora me gustaría saber si se dirigirán al Norte.

Así lo creo. Pero en tal caso, volverán.

-¿Te figuras que les cerrará el paso el grupo de cazadores- que está detrás de nosotros?

-Precisamente. No podríamos estar situados en mejor lugar. Ese enorme rebaño forma una especie de triángulo. Tiene el río al sur, el Llano Estacado a occidente y en el tercer lado hay varios millares de cazadores.

-Sí. Creo que tienes razón. Esta comarca es muy grande, pero en realidad constituye una trampa.

-Y ¿qué participación da usted en sus cálculos a los indios?-preguntó Follonsbee.

-Ninguna. Si son pocos, se reunirán los cazadores de búfalos y harán lo que no podrían llevar a cabo los mismos soldados..., es decir, perseguir a los malditos pieles rojas en su Llano Estacado y matarlos.

-De modo que, según parece, este verano hará calor, ¿verdad?

-Creo que sí. Eso significa el fin de los búfalos y, además, la paz con los indios, tanto si luchan como si no.

-Tenga usted en cuenta, Rand, que éste es el cazadero de 'los comanches, cheyennes, kiowas y arpahoes. El terreno y los búfalos les pertenecen.

-¡Un cuerno! -exclamó Jett con el mayor desprecio.

-Ya conozco bastante sus sentimientos -replicó Follonsbee con acento algo seco-. Como la pavor parte de los cazadores de búfalos, quisiera usted borrar a los pieles rojas ele la superficie de la tierra. A mí eso me parece muy mal. Con más gusto robaría a un blanco que a un piel roja... Y ahora voy a decirle mi opinión para que la tenga en cuenta en lo que vale. Tendremos que luchar.

Jett se quedó un momento silencioso, mientras paseaba de un lado a otro agitando un trocito de cuerda que llevaba en la mano.

-Si los indios tienen realmente propósitos de guerra, como hemos oído decir, ¿no te parece que esperarán a que los cazadores hayan reunido una buena provisión de pieles, antes de empezar la lucha? - preguntó astutamente.

-Me parece muy probable -confesó Follonsbee.

-Y cuando empiecen el ataque, supongo que nos enteraremos con tiempo más que suficiente-continuó diciendo Jett.

-Es posible que recibamos el aviso con oportunidad. No hay que olvidar que existen muchos cazadores hacia occidente y millones de búfalos por ahí, de modo que es difícil que nos sorprendan.

-Pues siendo así, ¿qué ternes? - gruñó Jett.

-Nada. Me he limitado a poner los puntos sobre las íes. Ahora estamos va de acuerdo en lo principal. Pero todavía convendrá hablar de otra cosa. Cuanto antes hagamos nuestra provisión, tanto mejor para nosotros. Jett expresó su conformidad' a tales palabras y, luego volvió a entregarse a sus tareas. Follonsbee echó pie a tierra y desensilló su caballo. Poco después, la señora Jett los llamó a cenar.

En aquel campamento permanente, Milly no pudo disponer de un carro para su vivienda particular, circuns

tancia que, momentáneamente, le desagradó mucho. El carro, cuya caja estaba a cierta altura sobre el suelo y cerrado por todos lados, le había proporcionado gran protección, si no comodidad. Jett quitó la armazón del toldo y la lona, y lo instaló todo en el suelo, a modo de tiendas, a poca distancia del' campamento principal. Milly examinó con cierta aprensión aquel traslado y el lugar en que Jett había instalado la tienda, muy distanciada de las restantes. Tal vez la señora Jett inspiró aquella innovación y, en caso de ser así, Milly comprendió que debía sentirse satisfecha. Pero lo cierto era que estaba recelosa de todos los actos llevados a cabo por el jefe del equipo.

Al penetrar en aquella tienda improvisada, Milly observó que no podía permanecer en pie, pero, por lo demás, significaba un perfeccionamiento. Podía cerrar muy bien ambas puertas, cosa imposible cuando el toldo estaba sobre el carro. Desenrolló su cama y la preparó. Luego desembaló y desplegó su ropa y la colgó debidamente en la parte trasera. Su maleta, que antes le pareció tan mal provista, ahora, durante aquel viaje por una comarca desierta, tomaba proporciones de ser algo precioso. Podía haber estado en peor situación, aunque esa idea nunca cruzara antes por su mente. Desprovista de jabón, de ropa blanca y de percal, de los útiles necesarios para coser, de espejo y de algunos libros y otras cosas semejantes, aquella vida de campamento en tan salvaje región habríale parecido algo formidable.

Al salir de nuevo de su tienda vió que aún era intensa la luz del día y que el' resplandor que dejó en el cielo el sol poniente se extendía con un maravilloso brillo en aquella parte del cielo. Milly miró a su alrededor. Parecía existir un verdadero bosque entre el campamento y el río. Jett y sus hombres hablaban en voz baja, con la mayor animación. Por un momento parecían haber olvidado los rifles, las herramientas y las municiones. La señora Jett estaba sentada, triste y huraña, a la puerta de su tienda. Milly necesitaba y deseaba el ejercicio y empezó a pasear en torno del campamento. Nadie le hizo el menor caso. En realidad podía asegurarse que desde que llegaron a la comarca de los búfalos, habíase convertido en un ser casi ignorado de los demás, cosa que ella agradecía en extremo al cielo.

Era evidente que va reinaba el verano en aquella parte

del norte de Texas. El ambiente era cálido, soñoliento. La joven encontró algunas flores tardías en un sombreado rincón. Bajo un terraplén surgía una fuente v cuando Milly pasó por su lado, se arrojaron al agua algunas ranas. También pudo oír el triste arrullo de las palomas torcaces.

Luego encontró un sendero, un atajo, sin duda, que acortaba la distancia hasta la llanura y lo siguió, no sin cierto recelo. No obstante, Jett no la llamó y, envalentonada por ello, siguió hacia delante. La pendiente era suave y estaba llena de gruesos árboles. El corazón de la joven. empezó a latir con violencia y se aceleró, también, su respiración. Sintió que, gracias a aquel ejercicio, se apresuraba la circulación de la sangre. Más allá de los negros troncos de los árboles vió en el cielo un resplandor que, a la vez, era dorado y rosa. Aquella primera extensión de la llanura no estaba muy lejos del campamento. Deseaba contemplar el gran rebaño de búfalos y con esta intención continuó siguiendo la línea de los árboles hasta que al fin se detuvo para mirar a lo lejos. Extendíase al Oeste una maravillosa llanura verde que, de un modo gradual, iba ascendiendo. No se divisaba allí ningún animal. Desvanecíanse ya los intensos resplandores subsiguientes a la puesta del sol. ¿Sería aquello una línea de nubes de un gris violáceo, o bien una cordillera de montañas?

El ruido de los cascos de un caballo, al trote, le causó un fuerte sobresalto. Volvióse rápidamente y pudo ver a un jinete a corta distancia, que había dado la vuelta a una curva de la selvática ladera.

Milly empezó a retroceder, en su deseo de ocultarse, pero va la había visto el jinete. Se acercó de prsa, mientras la joven se movía lentamente y, dirigiéndose a ella, profirió una exclamación de sorpresa; luego, de un salto, echó pie a tierra.

Al verlo en el suelo, gracias a lo cual pudo contemplar mejor su rostro, Milly experimentó un sobresalto extraordinario. ¿Sería aquel joven de elevada estatura la imagen de sus sueños? Volvió a mirar. Él dió un paso adelante. Su curtido rostro resplandecía. Y, por extraño que le pareciese, ella le reconoció. Los ojos del joven la miraban con intensidad, como si quisieran atravesarla y ella no pudo menos que reconocerlos al fin.

-¡Milly! -exclamó él con incredulidad. Y en el tono de su voz advertíase el mismo pasmo que en sus miradas.

-¡Oh! ¿Es usted? -replicó Milly fuera de sí, corriendo a su encuentro.

-¡Milly! ¡Vaya suerte! Ya había abandonado la esperanza de volver a verla -exclamó él esforzándose en coger las dos manos de la joven.

-¡Tomás... Doan! -exclamó ella, al comprenden- que no la engañaban sus ojos.

Sintió que su rostro se teñía de rubor y, avergonzada y asustada, aunque vibrando con una alegría que nada podía contener, retrocedió balbuciente. Los alegres ojos del joven sostenían su mirada, aunque ella se esforzaba por desviarla. ¿Había cambiado el aspecto de él? Estaba más flaco y más moreno.

-Sin duda soy Tomás Doan -replicó muy alegre¿Se acordaba usted de mí

-¿Que si me acordaba... de usted? -balbuceó Milly-. Yo...

Pero la interrumpió una fuerte llamada, que resonó en la herbosa pendiente que había más abajo. Era la voz de Jett que la llamaba para que regresara al campamento.

-¡Es Jett! - murmuró apresuradamente -. No conviene que le vea a usted.

-¡Vuélvase! Tiene usted tiempo suficiente. Está muy lejos todavía-replicó Doan.

-¡Oh, sí ...! Debo marcharme.

-¡Óigame...! Solamente un segundo-murmuró Doan siguéndola y cogiéndole la mano. Parecía estar muy excitado-. El campamento de Hudnall se halla a pocos kilómetros de distancia, río abajo. Ya sabe usted que estoy en él. Venga usted aquí esta noche, en cuanto salga la luna y charlaremos. No será muy tarde, ya que la luna sale pronto.

-¿Aquí... por la noche? -murmuró Milly con voz trémula, porque aquella idea la sobresaltaba.

-,Sí. En cuanto salga la luna. Prométamelo -rogó él.

- ¡Vendré!

-No tenga miedo alguno. Yo la esperaré... aquí... Ahora vuelva ál campamento. No se descubra usted misma.

Luego le dirigió una brillante e intensa mirada y se alejó sin ruido, procurando que su caballo anduviera sobre la hierba.

Milly dió media vuelta y echó a correr con tanta prisa que, en su excitación, estuvo a punto de extraviarse. El campamento se hallaba más lejos de lo que se figuraba y era preciso andar con cuidado por algunos puntos, dada la escasa luz del crepúsculo. Al parecer, Jett no había ido en su busca. Poco después se recobraba del cansancio originado por la carrera. A través de los árboles brillaba la hoguera de un campamento v esto habría bastado para guiarla, aunque hubiese perdido el camino. Se esforzó en contener la emoción y las ideas que despertó en ella su encuentro con Tomás Doan. Era preciso regresar cuanto antes al campamento, para acallar las sospechas o los temores de Jett con respecto a ella. Había oscurecido ya cuando llegó, y lo hizo con paso reposado; Jett y todos sus hombres estaban agrupados en torno de la hoguera.

-¿Dónde has estado? -preguntó gruñón.

-He ido a pasear bajo los árboles -contestó ella con la mayor naturalidad.

-Y ¿por qué no me has contestado?

-¿Se figura, acaso, que he de empezar a gritar cuando a usted le venga el capricho de hacerlo?

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! -exclamó riendo Follonsbee dando, al mismo tiempo, un golpe en las costillas de Pruitt.

-¡Bueno! -replicó Jett, satisfecho por aquella respuesta-. Sabe que en cuanto anochezca ha llegado ya la hora de acostarte. Jane puede continuar toda la noche en vela, si le gusta.

-¿Te parece que no necesito dormir?-preguntó su mujer con acento sarcástico.

-¡Valiente pájara estás hecha! -replicó Jett.

En tal situación, Milly encontró el auxilio que necesitaba. No quería, una hora después de cenar, parecer diferente de los demás. Por eso permaneció un momento fuera del alcance de la luz de la hoguera observando el campamento; luego, yendo a donde estaba el cubo de agua, bebió. Hecho lo cual se dirigió despacio hacia su tienda. ¡Qué afortunado le pareció entonces el hecho de que estuviese separada de las demás!

Entró en ella y se tendió en la yacija. De momento, la

violencia que tuvo que hacer para contener sus emociones continuó a causa de su misma intensidad. Mas, de pronto, desapareció. En la oscuridad de su tienda estaba segura y, por fin, olvidó por completo a Jett y a su equipo.

-¡Oh! ¿Qué ha sucedido? ¿Qué he hecho? ¿Qué voy a hacer? -murmuró para sí.

Todos sus recuerdos volvieron tumultuosos, fuertes y dulces a la vez, dejándola maravillada. Tuvo que hacer un esfuerzo para pensar de un modo coherente. Sin duda un bendito instinto la impulsó aquel día a alejarse del campamento. ¡Tomás Doan! ¡Lo había encontrado! En toda aquella inmensa soledad, la única persona que volvió a ver era, precisamente, la que deseaba. ¡Y ella le había hablado prometiéndole acudir a su encuentro en cuanto saliese la luna!

A pesar de la tremenda importancia de estos hechos, aún había algo más. ¿Qué? Con el pulso agitado, esforzóse en recordarlo todo, desde el momento en que oyera el caballo. ¡Cuán fuertes le parecieron las sensaciones de aquel encuentro! ¿Había sentido todas las que ahora recordaba? No, algunas de ellas, las más profundas, eran sencillamente, -el desarrollo de las que entonces no pudo siquiera observar. ¿Le sería posible llegar a comprender la suma del asombro, la alegría y la esperanza que experimentó al reconocer a Tomás Doan? ¿Qué pudo haber en su mente durante aquellos interminables días anteriores? Y era inútil que tratara de comprender la razón, pero lo cierto era que casi se había arrojado en sus brazos.

-¡Oh...! El caso es que no tengo tiempo de pensar -murmuró ocultando bajo las mantas su ruborizado rostro.

La noche, la oscuridad, el silencio y fa soledad ya no podían venir en auxilio de Milly, porque estaba sufriendo las emociones de un amor intenso que furtivamente se filtró en su ser durante las horas de vigilia e incluso en las que dedicaba al sueño, y luego, en un inesperado momento, cuando la casualidad puso de nuevo en su presencia a Tomás Doan, surgió de pronto, y la sorprendió traicionándola. Ahora ella lo sabía ya. Y estaba allí tendida, sufriendo, emocionada y, alternativamente, desgraciada y feliz. Fué aquélla una hora de prueba. Pero al fin pasó y siguió otra, en la que cambiaron sus pensamientos, pues ya sólo quería adquirir la certidumbre de su ardiente ensueño que había de conducirla al borde de una exquisita felicidad. Y, olvidándose de s misma, dedicó todos sus pensamientos a Tomás.

Lo vió con tal claridad como si estuviese contemplándolo a la luz del sol. Parecía más envejecido, más flaco, más grave y rudo cuando evocó su semblante. En sus facciones había algunos surcos que no tenía antes y una corta barba dorada como su cabello. Tenía el aspecto del hombre de la llanura dedicado a cazar búfalos, sucio de polvo y de sudor, como les ocurría a Jett y a sus hombres. Quizás eso explicase la rudeza de su aspecto y todos los cambios que había notado en él.

Solamente sus ojos y el tono de su voz parecían ser los mismos, y, al recordarlos, 1e invadió la conciencia de la alegría que él expresó al verla de nuevo. Sin duda fué tan feliz como ella misma. Aquello era indudable. Y sin pensar en lo que hacía, respondió con tanta

naturalidad como ella a aquel encuentro. Siempre la soledad y la falta de amigos han engendrado la terrible necesidad de amar. Y aquella vida dura, en los campos de los búfalos, en compañía de hombres rudos y de una mujer que la odiaba, sólo sirvieron para acrecentar su ansia de protección. Milly era ya capaz de comprenderlo y justificarse. Sin embargo, no le sirvió de gran cosa, porque lo ocurrido aquella tarde fué muy repentino.

Absorta en sus recién nacidas emociones, la joven no se dió cuenta del transcurso del tiempo. Pero cuando se alumbró levemente la sombra que había en el interior de su tienda, y sobre la lona se proyectaron las sombras de las hojas, que oscilaban a impulsos de la brisa, comprendió que había salido la luna. Escuchó temblando de pies a cabeza. En el campamento reinaba el mayor silencio. ¿Habíanse acostado todos ya? Solamente el zumbido de los insectos y el leve susurro de la brisa impedían que aquel silencio fuese absoluto. Se asomó para mirar. A través de los árboles observó una radiación plateada que le demostró que la luna había salido ya. Y mientras observaba, con creciente palpitación de su pecho, apareció el blanco disco, v de un modo imperceptible empezó a subir hasta que la mitad de la hermosa luna llena se apareció a sus ojos, cruzada por las negras ramas de los árboles.

-Ya es hora de irme - murmuró, sintiendo un escalofrío.

Comprendía el peligro a que estaba expuesta, pero no tenía ningún miedo. En el caso de que la descubriesen yendo al encuentro de su amado, con seguridad la castigarían severamente y hasta, quizá, la matarían, pero nadie ni nada sería capaz de impedirle acudir a la cita.

Cautelosamente se arrastró a gatas y se alejó de la tienda, amparándose en las sombras. Brillaba un tronco, convertido en brasa, en la hoguera del campamento. Divisó la pálida forma de las tiendas y su fino oído percibió el fuerte resoplido de uno de aquellos cansados hombres dormidos. Por fin se puso en pie y, procurando no hacer ruido, perdió de vista el campamento, a excepción de la hoguera. Luego describió un semicírculo en dirección al sendero que conducía a la ladera.

Desapareció, por fin, su temor de ser sorprendida, y sólo sintió intensa excitación. No sabía dónde podría hallar el sendero, pues sólo tenía una vaga idea de que empezaba, poco más o menos, en 1-a base de una pendiente que había a espaldas del campamento. ¡Qué grandes y negros eran los olmos! Las sombras parecían haberse intensificado. En determinados puntos mostrábanse algunas fajas blanqueadas por la luz de la luna. Un paso furtivo, cierto roce entre las ramas, la obligó a detenerse, cambiando el ritmo de su excitado pulso. Algún animal de suaves apsos se sumió en la oscuridad. Tranquilizada, al fin, avanzó despacio, yendo de un lado a otro, buscando atentamente el sendero. Recordó que la había llevado al pie de la fuente y no al campamento de Jett, y como aquélla se hallaba hacia el este, tomó dicha dirección. Por fin lo encontró y entonces su corazón latió más aprisa. Él estaría esperándola. ¿Qué le contestaría ella?

Mientras con rápidos pasos subía por el caminito, las sombras de los árboles eran cada vez menos densas. Por fin llegó a un lugar despejado, donde su propia sombra la precedía. Más allá, pasó por entre unas espesos árboles, donde halló mayor oscuridad, de modo que tuvo que avanzar lentamente para no extraviarse. Un paso imprudente hizo crujir una ramita y aquello la sobresaltó. ¡Qué solos y amenazadores parecían los bosques!

Milly llegó a un espacio llano, y, a poca distancia, vió el fin de los árboles que, a la sazón, se perfilaban claramente en negro sobre una ancha llanura iluminada por la luna. Ella anduvo más aprisa, ansiosa de llegar al lugar de la cita. Sus conjeturas eran vagas, y dulces sus temores. Los últimos pasos los atravesó corriendo.

Al penetrar en la zona iluminada por la luna, quedóse expectante, mirando a todos lados, comprendiendo la enorme importancia de aquel momento. Tomás era su único amigo. ¿Dónde estaba? ¿Acaso ella había llegado demasiado pronto? Si él no... De pronto una alta y oscura figura apareció en el lugar iluminado por la luna.

Librodot

-¡Milly! -pronunció una voz queda ansiosamente. Y, aproximándose a ella, el joven la obligó a guarecerse en la sombra.

El contenido deseo de Milly y la intensidad del propósito que la llevaron allí, sucumbieron, de pronto, para convertirse en debilidad. La presencia del joven, su voz y su contacto la transformaron de un modo incomprensible. Desesperada, trató de agarrarse a su resolucion de no conducirse como durante el encuentro de aquella tarde.

-Ya creía que no vendría usted -dijo él.

-¿Me he retrasado? - murmuró ella.

-Poco importa, puesto que está aquí-replicó cogiéndola en sus brazos.

-¡Oh...! ¡No haga usted eso! -rogó ella esforzándose por alejarse.

-¿Por qué? -preguntó él, extrañado.

Durante un corto silencio de tortura exquisita para Milly, ésta permaneció en pie, temblorosa, contra él. Tomás la cogió por la barbilla y le obligó a levantar la cabeza, para poder verle el rostro.

-¡Mírame, querida mía! -ordenó. Y, al mismo tiempo, le dio una leve sacudida -. ¿Acaso no comprendes mi propósito?

Milly sintió el temor de caer desplomada, porque se había desvanecido toda su fuerza v todo su ;valor. Sin embargo, vióse obligada a mirar al joven. A pesar de la sombra de los árboles, vió que resplandecían sus ojos.

-¿Cómo puedo saberlo... si nunca... me lo ha dicho? - murmuró con entrecortada voz.

-Te amo... Eso es la que quiero decirte -exclamó-. ¿Acaso era preciso decírtelo con palabras?

Él no habría podido comprender el influjo que ejercía

sobre la joven, pero el caso es que le arrebató su voluntad. Milly se tambaleó y apoyó la cabeza en su pecho.

-Oye, Milly, ¿no, te habré ofendido al hablarte así? -preguntó, inclinándose sobre ella.

-¿Cómo?

-¡Es que deseo que me quieras! -replicó con acento de temor y de ansiedad, aunque con voz agradablemente autoritaria.

-¿También quieres que te conteste con palabras? No-replicó él inclinándose y buscando sus labiosPero dímelo de las dos maneras.

Si el ardor del joven le hubiese dejado algún vigor, Milly habríase rendido a aquella violencia. Pero sólo pudo apoyarse en él y agarrarse a sus brazos con sus débiles manos, sintiendo una dolorosa felicidad. Por un momento, él la retuvo silenciosamente en sus brazos.

-¿Cómo te llamas? -preguntó de. pronto. -Mildred Fayre-pudo contestar ella. -¿Cuántos años tienes?

-Diecisiete... Pronto cumpliré dieciocho.

-¿Has amado a otro bombre antes que a mí?

-¡Oh, no!

-Y ahora, ¿me quieres? -preguntó inclinándose para besarle la mejilla.

-¿Acaso no lo ves?

-¿Querrás ser mi esposa? -preguntó él de pronto.

-¡Oh, sí! -murmuró ella.

-¿Cuándo?

-El mismo día en que llegue a mi mayoría de edad... si quieres casarte conmigo tan pronto.

-¿Que si quiero? No sabes cuánto te he echado de menos y cuán desgraciado he llegado a ser. Al principio la ausencia no era muy terrible, pero, poco a poco, sentí que se desarrollaba mi amor. Porque el caso es que te amé desde el momento en que te dije que quizá no volveríamos a vernos nunca. ¿Te acuerdas?

Librodot

-Sí, Tomás Doan; lo recuerdo perfectamente.

-¿De veras? Pues, entonces, tú también me amabas. ¿No es cierto? Dímelo para calmar mi curiosidad, aunque me parece demasiado agradable para que sea cierto. Dime desde cuándo me amas...

-Desde el momento en que te vi por vez primera, cuando yo estaba acariciando aquel caballo.

-¡Milly! -exclamó Tomás Doan.

No se resolvía a creer en tanta dicha y, como si quísiera convencerse de su buena fortuna, empezó a acari. ciar a la joven.

Más tarde, sentados, con la espalda apoyada en el tronco de uno de aquellos árboles y mientras él con su brazo rodeaba la cintura de la joven, ésta le refirió la historia de su vida. No insistió acerca de la pobreza y del duro trabajo de su infancia, ni tampoco en las esperanzas e ideales de sus días escolares, que no tardaron en desvanecerse, así como tampoco habló mucho en los últimos meses, que tan difíciles fueron de soportar.

-¡Pobrecilla! Seguramente hemos nacido el uno para el otro -replicó Doan.

Y, a su vez, empezó a referir su propia historia. Para él la vida también consistió en un duro y penoso trabajo, lleno de pérdidas e iluminado tan sólo por pequeñas felicidades. Era evidente que le disgustó tener que confesar que su padre fué un guerrillero que había combatido a las órdenes de Quantrill.

-Por mi parte siempre he sido granjero -terminó diciendo-. Y sin cesar he soñado en poseer un rancho. Ahora estoy en camino de poder adquirirlo. Ten en cuenta, Milly, que estoy ganando mucho dinero en este negocio de pieles de búfalo. Seré rico y, además, te tendré a ti.

Milly compartió su entusiasmo y no tuvo ánimo para manifestar su desaprobación por la matanza de los búfalos, ni habló, tampoco, del miedo que le inspiraba Jett. Por vez. primera, en su vida, era feliz.

Transcurrieron las horas de la noche y la luna alcanzó el cenit, grande, redonda, hermosa v plateada, inundando de luz la llanura. A cierra distancia los coyotes ladraban de un modo salvaje. Desde el lado inferior del río llegaba el profundo aullido de un lobo. Un buho emitía su quejido lamentable. Y todos aquellos ruidos, toda la belleza, aquel escenario, parecían formar parte de la transformada y dichosa vida de Milly.

-Bueno. Ahora tendrás que regresar a tu campamento -dijo por fin Doan.

-¿De veras? Quizá no podré volver a verte -mur-muró ella.

-¿De modo que quieres castigarme con mis propias palabras? -relicó él. sonriendo, obligándola a callar a fuerza de besos-. ¿Me prometes volver aquí, mañana por la noche, en cuanto se hayan dormido tus compañeros?

-Sí.

-Pues vámonos. Ya es tarde. Guíame y te seguiré, mientras no haya peligro de que me descubran.

En cuanto divisaron las manchas banquecinas de la tienda, Tomás se despidió de ella y, en silencio, volvió a hundirse en la sombra de la boscosa ladera. Milly se dirigió cautelosamente a su tienda, se introdujo en ella, llena de emociones y sin el menor deseo de dormir, para tenderse en la cama. Comprendía que, en agradecimiento por el cambio que había sufrido su mundo y la felicidad que experimentaba, estaba obligada a no perder nunca más el ánimo y a pronunciar de nuevo las oraciones de su infancia.

VII

Al amanecer, los canarios silvestres despertaron con sus cantos a Milly Fayre. Sin duda un grupo de ellos fué a posarse en el olmo que cobijaba su tienda. Ella prestó oído, figurándose percibir en aquellas dulces y trémulas notas un favorable augurio de su porvenir. Le pareció muy agradable despertar con aquella música y con tales pensamientos.

Un bostezo, casi un aullido que sonó hacia el campamento, demostró que uno de los hombres del equipo se despertaba en aquel instante. Algunos rayos de rosada luz penetraban por una de las rendijas de la tienda de Milly, como prueba definitiva de la aparición de un nuevo día. Ella sintió en su interior una ilimitada fuerza vital. Jamás había amanecido un día como aquél. Permaneció algún tiempo acostada después de oír los crujidos de la leña en la hoguera v los ruidos metálicos del fogón holandés y de las cacerolas en que se preparaba el desayuno. -¡Eh, Milly! ¡Estás volviéndote más perezosa que

una vieja! -exclamó Jett en alta voz, pero sin ninguna rudeza-. ¿Te has muerto acaso?

-Estoy más viva que nunca -replicó Milly regocijándose ante el doble significado de sus palabras. -¡Pues, entonces, sal! -añadió Jett.

Milly no se apresuró tanto como de costumbre; sentíase animada por una decidida valentía y hasta inspirada, para engañar a Jett. Sin embargo, debía fingir que se sometía a sus órdenes. Esperaba que el trabajo arduo

penoso de cazar y despellejar búfalos seguiría cada vez. más, obligando a Jett a permanecer poco tiempo en el campamento, y así nadie la molestaría con sus malas intenciones. Él estaba demasiado interesado en ganar dinero para dedicar tiempo a la bebida.

-Bueno, ya ha empezado el bombardeo -exclamó Follonsbee.

-Serán algunos madrugadores, que no saben aún lo que es la caza de -búfalos -replicó Jett -. La experiencia me ha demostrado que no conviene tirar mucha cada día. Sin embargo, comprendo que, en vista de que, los búfalos de este enorme rebaño andan de un lado a otro, oiremos tiros durante toda el día.

Habíanse marchado ya los hombres cuando Milly apareció en el campamento. Comió tan poco, que la señora Jett notó la falta de su habitual apetito.

-¿Estás enferma? -le preguntó con alguna solicitud.

-No sencillamente no tengo apetito -contestó Milly.

-Estás muy encarnada, corno si tuvieses fiebre -dijo la mujer, mientras sus brillantes ojos de atrevida expresión estudiaban el semblante de Milly. Más valdrá que te dé una dosis de paregórico.

-No, muchas gracias. Estoy muy bien -replicó la joven.

Mas a pesar de su tranquila seguridad, sentíase en extremo molesta al notar que sus mejillas estaban ardientes y rojas. Quizá resultaría difícil engañar a aquella mujer. Por otra parte, Milly adivinó que no era absoluta-mente imposible que la señora Jett se mostrase inclinada a favorecer a Tomás Doan. Sin embargo, no se atreví() a obedecer al impulso de confesarle lo que ocurría. Llevó a cabo sus tareas acostumbradas, aunque con mayor prisa y mejor que otros días, y luego se volvió a su tienda.

Entonces vióse ante la necesidad de pasar unas horas interminables. ¡Cuántas faltaban basta la salida de la luna! Parecían eternas c insoportables. No podía leer ni hacer ninguna labor ele mano, y permaneció sentada, con las manos quietas, entregada a sus pensamientos. Aquellas reflexiones, tal como se, sucedían, constituían, por sí mismas, la felicidad. Ahora sólo tenía algo que hacer durante una parte de la mañana v ele la noche; las restantes horas podía dedicarlas a esperar las secretas entrevistas coro Tomás Doan. Aquellas horas se convertirían en días v en semanas y hasta en meses, mientras le aguardase. Pero la soledad va no le resultaba temible, pues poseía un maravilloso secreto.

La mañana era tranquila y cálida, aunque no tanto como otros días, a causa de fa neblina que cubría a medias el cielo. Los pájaros se habían alejado y no se oía el mentor ruido

en las inmediaciones del campamento. Pero, desde la llanura superior v a través de la corriente que iba a desaguar en el Río Rojo, y en todas direcciones alrededor del campamento, oíanse los disparos de las arreas de fuego. Ninguno soltaba cerca v muchos se oían a gran distancia. Carecían de regularidad; sin embargo, había muy pocos intervalos de absoluto silencio. Por otra, parte, a veces una descarga cerrada entpezaba a lo lejos v se repetía, acercándose cada vez más, Basta que, ele nuevo, se retiraba para morir a lo lejos. Los disparos simultáneos sonaban sólo muy raras veces.

-Cada uno de esos tiros derribará, sin duda, a un pobre búfalo... muerto... o mal herido, como aquel que yo vi.

-¡Oh! -exclamó Milly con repugnancia, al pensar en aquello-. Me, dolería en el alma que Tomás Doan se enriqueciera matando búfalos... Pero, según me dijo él, no los mata... solamente se dedica a desollarlos.

Luego sus oídos parecieron llenarse de un sordo estruendo, como el retumbar de un trueno lejano. Al principio se figuró que había estallado una tormenta hacia el Llano Estacado, pero el trueno, si tal Hubiese sido, resultaba demasiado firme v continuo. Sorprendida, prestó la mayor atención v percibió un largo rumor, pero poco intenso. ¿,Qué podría ser? Ya una vez había oído el rumor de un terremoto, y, 'por un momento, temió que hubiese alguna misteriosa y desconocida fuerza en el subsuelo. Pero aquel' rumor que avanzaba, que llevaba a lo lejos el apacible vientecillo estival, solamente podían producirlo los búfalos.

-¡El rebaño en estampida! -exclamó Milly, llena de asombro y de miedo a la vez- Así lo llamaba Jett. Escuchó hasta que el fragor se alejó lentamente y fué disminuyendo hasta perderse a lo lejos. Sin embargo, continuaban los disparos y aquello extrañó a Milly.

Milly anduvo errante en torno del campamento, explorando algunos sitios en los bosques, y varias veces resistió el deseo de seguir el sendero que había de llevarla al borde de la llanura. Finalmente cedió a él, deteniéndose bajo las ramas de los últimos árboles y desde allí miró la inmensa y verde extensión. Estaba tan desierta como siempre. Las detonaciones de los rifles parecían sonar a la misma distancia que otras veces y de igual modo habría sido difícil señalar su situación. Milly deseó encaramarse a suficiente altura para poder examinar toda la comarca.

Cerca de ella, muy próximo a los altos olmos, había un árbol de una especie que no conocía, de ramas muy bajas. Milly comprendió que vería mucho mejor desde lo alto de un árbol. 'Se encaramó, pues, al más bajo y desde el pasó a un olmo, tratando de llegar a una alta horquilla difícil de alcanzar. En cuanto lo hubo conseguido, miró a su alrededor, quedándose asombrada y maravillada a un tiempo ante el panorama que se ofrecía a su vista.

Hacia el Oeste, la verde pradera subía por una pendiente gradual, en forma de abanico, que tendría muchos kilómetros de extensión y terminaba en la inmensidad de tierra desnuda, gris, que los cazadores llamaban el Llano Estacado. Éste era tan liso como una mesa.

En el centro de aquella enorme extensión de la verde llanura, por espacio de muchos kilómetros, veíanse numerosas fajas negras que se extendían al Norte v al Sur, a tanta distancia como podía alcanzar la mirada. Aunque desde donde se hallaba ella parecían estar inmóviles, Milly reconoció a los búfalos. Con toda seguridad no debían formar parte del rebaño del cual procedía el sordo rumor.

Muy lejos y hacia la izquierda, a lo largo del río, bordeado de brillante verde, aparecía una móvil cintura de búfalos que se dirigían hacia el Sudoeste para desaparecer tras una cortina de polvo. Volviendo el oído en aquella dirección y conteniendo el aliento, Milly volvió a percibir el' sordo fragor, a la sazón muy débil. Por allí se oían también numerosos disparos, y partiendo de aquella movible cintura se extendían hacia la llanura pequeños rebaños de centenares de búfalos, que se destacaban sobre el tono verde de la tierra.

Librodot

Milly vió unos búfalos que, a nado, trataban de alcanzar la orilla meridional del río. Hallábanse a varios kilómetros de distancia; sin embargo, los veía con la mayor claridad. Unos tras otros extendíanse como delgados puentes a través del río, hasta que, ya en tierra, se desvanecían en una cortina de polvo. Al este, Milly observó una selva que se había. formado en el lecho del río, espesa e impenetrable y por fin fijó los ojos en la llanura que había más allá, ennegrecida por los búfalos. También allí había algunas líneas de rezagados que se dirigían hacia el agua. La escena era grandiosa; la verde v ondulosa pradera parecía no tener fin. La cruzaban algunas corrientes muy separadas una de otra y el predominio de los búfalos le daba cierta solemnidad.

-¡Qué lástima que todos hayan de morir! -murmuró Milly.

En los disparos de los rifles creía oír el toque funeral de aquel número infinito de animales. En los duros y codiciosos rostros de Jett y de sus compañeros vió siempre la misma expresión cruel y avarienta. La Naturaleza, con sus animales salvajes, nada representaba para Jett. Él, por su parte, mataría todos los búfalos de la llanura que se pusieran a tiro de su rifle y obraría así aunque sólo fuese por una botella de ron.

Milly pensó que Dios quizás había creado los búfalos para proporcionar carne y pieles a los indios y a los blancos, pero, sin duda, no los condenó a desaparecer de la tierra por el afán de lucro de unos cuantos.

En el azul del cielo y hacia el oeste, Milly pudo contemplar, hasta que se le nublaron los ojos, el vuelo de unos busardos, enormes pajarracos, que tan pronto estaban altísimos como a ras de tierra, describiendo continuados círculos hasta el punto de que el espacio parecía estar lleno de ellos. ¡ Busardos ! Aves carniceras, devoradoras de carroña, buitres que se veían impulsados por sus costumbres naturales y por la necesidad, para la cual fueron creados, a hartarse cocí las grandes cantidades de carne abandonada por los cazadores. Algunas de aquellas extraordinarias aves de presa sc deslizaban volando sobre Milly y otras fueron a posarse en un árbol próximo. Su aspecto solemne y repulsivo inspiró a Milly el temor de aquello que se llamaba Naturaleza. ¿Serían necesarias?

La joven río pera meció macho rato en lo alto del árbol, y cuando quiso bajar, observó que el descenso no ora tan fácil corno la subida. Sin embargo, logró salvar el mayor obstáculo v, ere cuanto lo hubo conseguido, respiró con facilidad.

El ruido de cascos de caballos la obligó a interrumpir el descenso. Muy cerca debía de haber algunos jinetes. A cansa de la espesara del arbolado no pudo ver quiénes eran y dónde estaban. Abrazándose al tronco del árbol procuró conservar el equilibrio. Estaba aún a treinta pies del suelo, muy bien oculta entre el follaje, para quiero no mirase hacia arriba. Era natural suponer que aquellos jinetes fuesen cazadores de búfalos. Entonces ella los divisó de un modo vago a través de la red de las ramas. Procedían del norte. Evidentemente, habían llegado siguiendo el cursor del río. Con gran consternación de Milly, detuvieron sus caballos casi debajo de ella.

Eran soldados, por tanto, no debía temerles en manera alguna, aunque ¡lo le agradaba la idea de ser descubierta.

-Capitán -dijo uno-. A lo largo de este sendero hay una buena fuente. Me gustaría beber un trago de agria fresca. Uno de nosotros puede llevarse algunas can-timploras y llenarlas.

Desmontó ¡¡no de los seis soldados y, recogiendo las cantimploras de sois compañeros, se alejó.

-Conoce usted esta región del Río Bojo, Ellsworth? -preguntó otro soldado.

-Creo que sí, aunque en esta dirección no cauchocontestó el interpelado. Este país es estupendo, comparado con el Llano Estacado. Aquél lo conozco bastante.

-Bueno. A mí me parece que nos hallamos en una caecría de patos silvestres -dijo otro, que sin duda era un oficial.

Había desmontado, yendo a sentarse al pie de un árbol.

Librodot

Se quitó el sombrero y dejó al descubierto rea distinguido, enérgico y curtido rostro, cuyo bigote era ligeramente gris.

-Nunca podremos persuadir a estos cazadores de pieles de que vayan al fuerte para librarse de los ataques indios.

-Creo que no. Pero, en cambio, podremos convencerles de que manden a sus mujeres a un lugar seguro. Algunos de estos imbéciles llevan consigo a sus mujeres. Por mi parte, me gustaría ver unirse a tordos esos cazadores contra los indios.

-¿Por qué?

-Porque san gente muy aguerrida y Dios solamente sabe el número de ellos. Harían lo que nosotros, los soldados, no podemos hacer nunca, es decir destruir esa combinación de tribus de pieles rojas.

-Mejor será no decir una palabra de eso al alcance del oído del coronel - exclamó riendo el oficial.

-No me importa. Muchas veces lo he insinuado ya. Bien, sabe usted que realizo el servicio de explorador. Pero lo cierto es que esos cazadores se han metido en una aventura que hará derramar mucha sangre. Y eso conviene. Esta harte de Texas es un territorio muy rico. Es, por decirlo así, el picadero de los indios, v no lo abandonarán hasta que hayan desaparecido los búfalos. Entonees concertarán la paz. Abora, en cambio, están locos de furor. Tenderán emboscadas, atacarán, para biego refugiarse en esa morada del diablo (tire es conocida -por el Llano Estacado.

-Pues estoy seguro de que antes de que termine el verano veremos algo de eso.

-Quizá no. Pero, en, tal caso, se acordará usted de la campaña -dijo el otro con acento de mal humor. Entonces regresó el soldado cota las cantimploras, que fueron bien recibidas.

-Ahí abajo hay un campamento, mi capitán, dijo el soldado.

-Debe de ser un equipo de cazadores de búfalos.

-Si, mi capitán. Tres carros.

-¿Has preguntado a quién pertenece?

-No había nadie en él, mi capitán.

El oficial se puso en pie y, secándose el rostro, se acercó a su caballo.

-Oiga usted, EIlsworth, hemos pasado a lo largo de muchos campamentos de cazadores, todos establecidos a cielo abierto, o a lo largo del bosque. ¿Qué le parece a, usted un equipo acampado de manera que nadie pueda verle? Además, resultará difícil sacar de ahí los carros cargados.

-Los cazadores tienen manías, como los demás hombres -replicó el explorador-. Quizás ese individuo quiera protegerse lo más posible de las tempestades de polvo, o quiera alejarse de los caminos corrientes.

-Las órdenes del coronel nos obligan a buscar las huellas de los ladrones de pieles -dijo pensativo el oficial-. Cosa que me sorprende bastante. Hay centenares de tales equipos que viajan, cazan y despellejan junto a los búfalos. ¿Cómo demonios vamos a descubrir entre ellos a los ladrones?

-Usted no podría, mi capitán -replicó el explorador-. Eso lo descubrirán fácilmente los mismos cazadores. Como ya he dicho, constituyen un cuerpo de gente ruda de muy distintas condiciones. Andan por ahí proscritos, ex soldados, aventureros, criminales, gente inexperta, hombres de las llanuras y exploradores que buscan nuevas tierras, así como granjeros que van a cazar para hacer fortuna. Desde luego, una gran parte es gente honrada. Esta cacería se parece a la fiebre del oro del 49 y del 51, aunque en menor escala. En el verano y otoño pasados hubo ladrones de píeles que operaban en todo el Panhandle. Algunos de ellos fueron ahorcados. Este verano tendrán mayor botín y más fácil de conquistar, porque podrán excusarse con los ataques de los indios, de modo que nadie será capaz de descubrirlos si no los cogen con las manos en la masa.

-Pero ¿quiere usted insinuarme que esos ladrones procurarán extraviar a un equino entero, para matar a todos sus componentes, robar las pieles, incendiar el campamento y marcharse, dejando que se atribuya el crimen a los indios?

-¡Claro! -replicó Ellsworth-. Estoy persuadido de que muchos crímenes atribuidos a los indios han sido cometidos por los blancos.

-¿Le ha dicho usted eso al' coronel?

-Sí. Y le gustó la idea. Odia a los indios. Parece que una vez le dieron un balazo. Creo que preferiría tener criminales blancos en las llanuras antes que indios inofensivos.

-¡Hum! -exclamó el oficial.

Luego montó a caballo y condujo a sus soldados hacia el oeste y a lo largo del límite del bosque.

Milly esperó un buen rato antes de atreverse a bajar; v en cuanto llegó al suelo echó a correr, aunque aminoró el paso así que divisó el campamento. Metióse en su tienda para tenderse y, descansando, reflexionar. Tenía ya algo en que ocuparse. Aquella conversación entre el explorador y el oficial le lió lugar a hacer graves conjeturas. ¿Acaso su padrastro sería uno de aquellos ladrones de pieles? Este pensamiento la dejó helada. Sintió una profunda vergüenza, pero no desapareció la sospecha. Era evidente que Jett tenía algunas características muy raras, que, sin duda, sólo podían relacionarse con su poco sociable carácter, y la idea que expresó él mismo, de que no le gustaba que otros hombres fijaran sus ojos en ella. Milly recordó esta excusa, pero después de haber oído la conversación de los soldados, ya no le parecía lógica. Es decir, a no ser que Jett tuviese una razón .personal, unos celos extraordinarios. En alguna ocasión, la joven lo temió así, pero últimamente le pareció una exageración.

Y aunque esta idea fuese alarmante, habría preferido que, impulsado por ella, Jett evitara otros campamentos y equipos, en vez de que obrase así por ser un ladrón de pieles, o quizás algo peor. Su femenino instinto siempre la obligó a alejarse de Jett y ahora empezaba a comprender la causa. Debíale obediencia por ser su padrastro y, además, por proporcionarle los medios de vivir. Pero nada de lo que ella dijera o tratara de hacer creer a su mente indecisa era capaz de disipar aquella sospecha insidiosa. Jett era un hombre de conducta rara, había que convenir en ello. En lo sucesivo tendría el oído atento y vigilaría cuanto pudiese, utilizando toda su astucia para connvencerse de si hacía o no alguna injusticia a su padrastro.

Aquella noche, Milly creyó que la luna tardaba más de lo acostumbrado en salir. Mas, al fin, la vió resplandecer sobre el río, y poco después ascendió en el cielo, mostrándose a través del follaje.

Su salida furtiva del campamento fué, aquella noche, más peligrosa, porque Jett v sus hombres estaban más cerca, entregados al penoso trabajo de estirar y clavar las pieles. Habían encendido una buena hoguera en un espacio claro, que se hallaba a la izquierda del campamento. Milly podía verlos y oírlos, pues sus oscuras figuras cruzaban de un lado a otro ante las llamas y, además, hablaban casi sin cesar, con sus recias voces. Mientras la joven se alejaba bajo los árboles oyó los fuertes latidos de su corazón; estaba helada; sin embargo, a pesar del peligro de aquel momento, Jett la maltrataría en caso de sorprenderla, experimentaba gran entusiasmo por su atrevimiento y por la rebeldía que demostraba, burlando las órdenes de aquel hombre.

A mitad de camino encontró a su novio que, lentamente, descendía por el sendero. Él la llamó por su nombre, con voz queda, y la joven contestó del mismo modo, mientras le devolvía el besa.

TornJís la condujo a un herboso lugar al pie de un árbol sumido en la sombra. Allí permanecieron un rato, cogidos de la mano, como si fuesen muy felices y no temieran el futuro, pero, en realidad, no estaban tan sumidos en sus sueños que olvidasen todo lo demás.

Librodot

-Hoy no puedo quedarme contigo mucho rato -dijo Tomás-. Esta noche habré de pasar un par de horas extendiendo y clavando pieles. Pongárnonos de acuerdo para encontrarnos aquí mismo, cada tres noches, media hora después de anochecer.

-Muy bien -contestó Milly en voz baja-. Yo siempre me retiro a mi tienda al oscurecer. Sin embargo, algunas veces sería peligroso que me alejara en un determinado momento. Por consiguiente, si no me encuentras aquí, espérame por lo menos una hora.

Así convinieron sus encuentros y trataron de prever todos los riesgos posibles, luego empezaron a hablar del porvenir.

A pesar de que Tomás, con su carácter práctico, sólo pensaba en ella y se ocupaba tiernamente de su bienestar, Milly descubrió que estaba preocupado.

-¿Qué tienes, Tomás? -le preguntó.

-Dime. ¿Tienes afecto a tu padrastro? -preguntó él rápidamente.

--¿Jett? Le odio... Tal vez debiera avergonzarme de

fesártelo -murmuró Milly-. Jett me da miedo, pero antes aún le temía más que ahora. Está tan ocupado con la caza, que ni siquiera piensa en mí.

-Alguien se enterará de nuestras relaciones, o bien él mismo llegará a sorprendernos. ¿Qué ocurrirá entonces? -preguntó Tomás, muy triste.

-Sería terrible. No tenemos más remedio que impedir que se enteren.

-¿No podrías ir a vivir al campamento de Hudnall? Estoy seguro de que mi jefe te admitiría, y su esposa y su hija serían muy buenas para ti.

Milly reflexionó acerca de estas palabras. Desde luego, la proposición la seducía, mas no dejó de parecerle prematuro aceptar aquella oferta.

-Desde luego, podría ir, Tomás. Y me gustaría mucho. Pero, con toda seguridad, eso originaría algunos disgustos. Él podría obligarme a volver, porque soy todavía menor de edad'. Y luego me pegaría.

-¡En tal caso, yo lo mataría! -replicó Tomás, enfurecido.

-Él podría matarte a ti -murmuró Milly-. Y entonces ¿qué sería de mí? Moriría con el corazón destrozado. No. Vale más esperar un poco. Mientras él esté tan ocupado, poco tengo que temer. Además, todas las inujeres que forman parte de los equipos de los cazadores serán enviadas al fuerte.

-¿Dónde has oído hablar de eso? - preguntó Tomás, muy asombrado.

Milly le refirió que, por capricho, se había encaramado a un árbol y que luego, casualmente, unos soldados se detuvieron junto a él y repitió la conversación de aquellos hombres. Dio cuenta de los conceptos que habían expresado, resumiendo la substancia de lo que dijeron el oficial y el explorador.

-Bueno, yo ignoraba todo eso. Me gustaría saber como lo tomará Hudnall. Supongo, nifa, que no deberé descubrir dónde me he enterado de esa noticia, cosa que me gustaría mucho, Milly. Espero que los soldados se llavarán a las mujeres muy pronto al fuerte. Desde luego, yo no podría ir a visitarte, pero lo soportaría con gusto, sabiendo que no corres ningún peligro.

-A mí también me gustaría; además, te aseguro que si me hacen ir allá, no saldré hasta haber cumplido los dieciocho años.

-Creo que deberíamos casarnos el día de tu cumpleaños -dijo él.

-¿Sí? - preguntó ella ruborizándose.

-¿No lo dijiste tú misma? ¿Vas a volverte atrás?

El tono de reproche y ansiedad de Tomás resultaba en extremo agradable para ella, sin embargo, como hacía muy pocos días que ;gozaba ele nueva energía y de una decisión que antes desconocía, no acababa de resolverse a ceder a las exigencias de su prometido, a pesar de las tiernas súplicas de éste.

-¿Eso dice? Vamos a ver, Tomás ¿Dejarías de asesinar a esos pobres búfalos en mi obsequio, si yo te lo pidiese?

-¿Cómo? - exclamó asombrado.

-¿Te resolverías a abandonar la caza de búfalos, por mi amor?

-¿Abandonarla? ¡Sin duda alguna! -exclamó-. Pero supongo que no vas a pedirme eso.

-Pues quizá me sienta inclinada a hacerlo, querido Tomás.

-Debes tener en cuenta, niña mía, que los búfalos están ya condenados a muerte. Puedo enriquecerme tanto como otros. Ahora mismo estoy ganando mucho dinero. Y en el invierno próximo, Milly o, por lo menos, el año que viene, podré comprar un rancho, construir una casa, adquirir ganado... y todo eso para ti.

-Comprendo que es una tontería, Tomás. Pero no podrás entenderme. Por ahora no hablemos más de ello. -Muy bien. Solamente dime que no me olvidarás.

-¡Si supieras cuánto te necesito... y cuánto te quie-ro... no me dirías eso!

Cuando 'Milly se aproximaba cautelosamente al campamento observó que los hombres, una vez terminado su trabajo, se habían congregado en torno a la hoguera para comer y beber. La hora era muy avanzada. Milly se acurrucó sin hacer ruido en el carnino y se quedó allí, asustada e incapaz de alejar de su mente cl temor de un desastre. No podía hacer nada más que continuar inmó-vil hasta que ellos se acostaran. ¿Y si Jett salía a dar una vuelta en aquella dirección? Por suerte, ni él ni sus camaradas manifestaban el menor deseo de moverse.

-No... Todavía no. Esperaremos hasta que el equipo de Huggins tenga más pieles - declaró Jett en voz baja, pero autoritaria.

-Muy bien, jefe -replicó Follonsbee-. Pero mi opinión es que cuanto antes mejor.

-¡Que se vayan al demonio las pieles de búfalo! -dijo Pruitt bostezando-. Estoy casi muerto. Son cerca de las doce y luego nos hará usted levantar a la salida del sol. Tenga usted en cuenta, Jett, que todo mi cuerpo está dolorido. Y si yo hubiese sabido que nos haría usted trabajar tanto, con toda seguridad no habría ingresado en su equipo.

-Pero, hombre, ten en cuenta que cuanto más trabajemos, más pieles tendremos y menos peligro habrá...

-No hable usted tan alto -interrumpió Follonsbee.

-Pues yo no grito -replicó, malhumorado Pruitt-. Si quisiera, lo, liaría. Estoy pensando en abandonarles a ustedes.

Jett agitó su peludo puño ante el rostro de Pruitt, rojizo a la luz de la hoguera.

-Juraste continuar con nosotros y hasta te di dinero anticipado, ¿no es verdad? - preguntó Jett con expresión feroz.

-Es verdad. Pero estoy ya saldado y conviene que no lo olvide usted -replicó Pruitt-. Usted es quien, toma mal las cosas y, ademas, falta a la verdad.

-¡Oh, quizá me he dejado llevar por el mal humor! -admitió Jett-. Pero no quise referirme al dinero. Ya lo sé. Cobrarás lo que te corresponda. Pero no quiero oírte -hablar más de dejarnos, porque, de lo contrario, te, creeré un cobarde.

Por toda respuesta, Pruitt arrojó con violencia una ramita al fuego, haciendo volar las chispas, y luego se puso en pie dirigiendo una torva mirada a Jett. Dió media vuelta y, con-ademán fanfarrón, se dirigió a su tienda, sin pronunciar palabra.

-¡Mal negocio! -observó Follonsbee moviendo la cabeza con pesimismo-. No sabe usted tratar a lo, hombres, Rand. Sacaría usted' más partido de ellos si se mostrase más amable y paciente, y tratase ole cenvencerles de cine su opinión es la mejor.

-Sí, pero no puedo resistir a ese maldito rebelde -gruñó Jett.

-Es más difícil de manejar que Catlee -siguió diciendo Follonsbee-. Empieza ya a ver peligro en este sistema de cazar búfalos. Catlee no se ha enterado todavía. Es tan; inexperto

como, Huggins o todos esos que han venido aquí con el propósito de enriquecerse a costa de fas pieles. Ya sabe usted que siempre me preocuparon esos dos individuos y así se lo dije.

-No había más remedio que contratar a alguien. Ya habíamos perdido una semana - replicó Jett.

-Sí, pero hubiera preferido esperar más tiempo aún, hasta encontrar a los, hombres que nos convenían..

-Ahora ya es demasiado tarde. Sacaremos el mejor partido posible de la situación y yo me esforzaré en contener el genio.

--Bueno. Vámonos a dormir -replicó Follonsbee poniéndose en pie para dirigirse a su tienda.

Jett desparramó las brasas de la hoguera y le siguió, de modo que muy pronto quedó el campamento oscuro y desierto.

Milly continuó acurrucada al pie de un enorme olmo, hasta que tuvo la certeza de que Jett se había acostado y, luego, rápida y silenciosamente, atravesó el espacio que la separaba de su propia tienda. El interés que en ella despertó la conversación de sus compañeros le hizo olvidar el miedo que había sentido. En su opinión, era muy rara para unos cazadores honrados. Sin embargo, ella no podía hacer otra cosa que adivinar. Y mientras revolvía en -su mente los descubrimientos importantísimos que había hecho durante el día, sintióse invadida por el sueño.

Transcurrieron algunos días que a Milly le pareció que pasaban volando. Las horas de inactividad' diaria no eran muchas ni muy largas para aquellos ávidos cazadores de pieles. Ella observaba durante el día y prestaba oído por la noche, pero no acababa de adquirir la certeza que temía.

Sus encuentros con Tomás Doan continuaban regularmente cada tres noches y hasta entonces no habían tenido ningún tropiezo. En aquellas entrevistas, Milly parecía adquirir la plenitud de sentimientos de una mujer. Hablaban de su amor, de su casamiento y de sus planes para formar un hogar. Casi no tenían ningún otro tema

de conversación, excepto los búfalos y las idas y vertidas de Jett y de sus hombres. Milly experimentaba una sensación desagradable cuando Tomás, olvidando el amor de la joven por los animales, se jactaba de los búfalos que había matado y desollado. Una -vez, ella se manchó la mano de sangre al tocar por inadvertencia una de las botas del joven, y sintió tal repugnancia y desagrado, que no pudo menos de hablarle con cierta rudeza. Casi llegaron a reñir. Y en cuanto a la conducta de Jett, todas las observaciones de Milly y las investigaciones de Tomás, no pudieron revelarles cuál era su verdadera intención.

Pasaron rápidamente algunos días más, hasta que llegó el cálido julio y, con él, mayor cantidad de cazadores a lo largo de los bosques de la orilla del río y, lo que parecía increíble, más búfalos todavía.

-Están agrupándose para emprender una carrera loca cualquiera de estos días - dijo Jett con su vozarrón. Una noche, Milly se despertó al oír un ruido desacostumbrado. Los caballos, inquietos, relinchaban y piafaban en el campamento. 1,a joven se asomó al exterior. Vió un carro con dos tiros enganchados a él, parado más allá del círculo de luz que proyectaba la hoguera semiapagada. El corpachón de Jett ocupaba el asiento del conductor. Follonsbee, rifle en mano, se disponía a subir a su lado; Pruitt estaba aún en tierra y, al parecer, escu-chaba, muy interesado, lo que decía Jett en voz baja y vehemente Milly no pudo oír las palabras que se pronunciaban. jet[se alejó hacia la oscuridad del bosque. ¿Adónde se dirigiría a semejante hora de la noche? Milly sólo pudo conjeturar que iría en busca de una carga de pieles. Y se dijo que era muy posible que su padrastro hubiese llevado a cabo otros viajes semejantes, sin que ella lo supiera.

Al día siguiente observó la rarísima circunstancia de que Jett no había regresado aíro, Pruitt y Catlee proseguían la cana, como de costumbre, y no pronunciaron ninguna palabra

imprudente en presencia de Milly. A la puesta del sol y a la hora de cenar, Jett continuaba ausente. A la mañana siguiente, sin embargo, la joven se enteró de que había regresado por la noche y estaba durmiendo en su tienda. Ella volvió a meterse en la suya y permaneció allí hasta el mediodía, hora en que le vió

marchar. Aquella tarde la muchacha fue a pasear como de costumbre, sin objeto definido al parecer, para acercarse, por último, al lugar en. que Jett guardaba sus pieles. Le molestaba mucho, ir allí, a causa del olor desagradable v de las innumerables moscas que llenaban el espacio, así como por el desagradable aspecto de las pieles de los búfalos.

Aquel claro había sido limpiado por el lado correspondiente a la corriente y por todas partes había pieles de búfalo, centenares y centenares de ellas, algunas clavadas para que se secaran v otras apiladas en montones protegidos por algunas ramas de árbol que les daban sombra. A causa de su antigua repugnancia en visitar aquel lugar, Milly no podía tener la menor idea acerca de la cantidad de pieles existente, de modo que le fié imposible advertir si, de un modo repentino, aumentó considerablemente su número.

Al día siguiente Jett cargó dos carros de pieles y, llevándose a Catlee, que guiaba uno de ellos, salieron hacia una estación de expedición. Estuvieron ausentes cinco días, durante los cuales Milly gozó de una paz y de una tranquilidad que no había tenido desde que abandonó su casa. Vió dos veces a- Tomás v ambos aprovecharon lo mejor posible aquella oportunidad. Durante aquel período, la señora Jett se mostró casi amable. Follonsbee y Pruitt seguían trabajando como de costumbre.

En cuanto volvió Jett, su presencia, o algo relacionado con ella, pareció estimular a sus hombres a redoblar sus esfuerzos. Trabajaban sin descanso desde muy temprano hasta muy tarde. Tomás Doan había dicho a Milly que se hallaban en lo mejor de la estación de la caza de.búfalos. Pero la joven no necesitaba que se lo dijeran, porque bastante lo oía y lo veía.

No había una sola hora del día en que no resonara el fragor de los búfalos fugitivos. A uno v otro lado del río siempre se agitaba una parte del inmenso rebaño. El polvo se elevaba a grande altura y a veces llegaba a oscurecer el sol. Una brisa desfavorable que, por fortuna, soplaba pocas veces, difundió una hediondez que Milly no podía resitir. Durante el día resonaban los disparos al este, al norte, al sur y al oeste, cual si se estuviera librando una batalla. Los búfalos heridos cojeaban por el campo, can la lengua fuera, en busca de la maleza del río para ocultarase y morir. Por las noches, los ladridos de los coyotes impedían el sueño y los aullidos prolongados, profundos y salvajes de los lobos llenaban a Milly de pavor.

VIII

Un día de julio apareció un grupo de soldados en el campamento de Hudnall. El oficial que mandaba la fuerza echó pie a tierra; parecía ser un hombre de unos cuarenta años, esbelto, de severo, y bronceado rostro.

-¿Quién es el jefe de este equipo? -preguntó.

-Yo. Me llamo Clark Hudnall - dijo éste adelantándose.

-Me alegro de conocerle -replicó el oficial-. Soy el capitán Singleton, del Cuarto de Caballería, de guarnición en el Fuerte Ellliot. Éste es mi explorador Ellsworth. Tenemas orden de escoltar a los cazadores de búfalos hacia el fuerte o a cualquiera de los puestos de expedición. Los indios están dando algunos golpes de mano.

-Pero yo no deseo ir al fuerte -protestó Hudnall, muy resuelto.

-En tal caso, continuará usted aquí por su cuenta y riesgo -le avisó Singleton.

-Nunca esperamos otra cosa -replicó Hudnall, decidido-. Y puedo añadir que ustedes son los primeros militares! que vemos.

-¿Tiene usted alguna mujer en su compañía? -Sí, mi esposa, mi hija y mi nuera.

-¿Y no se le ha ocurrido pensar en lo imprudente que es traer mujeres a, esta región habitada por loas indios? -preguntó severamente el capitán Singleton.

-Hemos oído algunos rumores desagradables, capitán, pero no les hemos, concedido gran crédito, y puedo añadir que hasta ahora nadie nos ha molestado.

-Ha estado usted de suerte. ¿Conoce a Huggins?

-De nombre no -replicó Hudnall rebuscando en su memoria.

-Pues Huggins tenía su equipo a, algunas millas de aquí. Le acompañaban uno o dos auxiliares. Su campamento fué atacado e incendiado... Las pieles se las robaron. Y no quedó rastro de Huggins ni de sus auxiliares.

-¿Indios? - preguntó Hudnall rápidamente.

-Es muy probable. No pernos encontrado ningún rastro de Huggins o de su ayudante. Cabe en 'lo posible que hayan huido a reunirse con otro equipo o a algún puesto de expedición. Pero es dudoso. Hacia el oeste, y a, cosa de treinta kilómetros de distancia, una banda de comanches atacó a unos cazadores, y fué rechazada. De modo que si ustedes, los cazadores, no acampan juntos, es seguro que alguno perderá la vida.

-¡Lucharemos! -replicó Hudnall con resolución.

-Pero conviene, que sus mujeres se hallen en seguridad -insistió el oficial.

Hudnall llamó a su mujer y a su hija. Salieron de sus tiendas acompañadas por la esposa de Burra Hudnall. Era evidente- que habían, oído parte de la conversación, porque se presentaron con evidentes señales de estar muy asus-tadas.

-Les ruego señoras, que no se alarmen -dijo cortésmente el oficial-. Por ahora no hay ningún motivo para ello. Hemos venido para llevarlas a ustedes a un lugar donde estarán seguras, mientras los hombres se dedican a la caza. Aquí corren ustedes algún peligro. Cualquier ira pueden presentarse los indios, estando solas en el campamento.

A pesar de la cortesía y del tono tranquilizador de Singleton, las mujeres se alarmaron y, rodeando a Hudnall, empezaron a hablar, muy excitadas.

-Le ruego, capitán, que, usted y sus hombres descansen mi momento mientras decidimos este asunto - dijo Hudnall.

Pilchuck y Tomás Doan regresaban entonces de desollar búfalos v pudieron oír aquella conversación. Tomás vio con mucho, gusto a los soldados v quiso informar al capitán. Singleton de la existencia de dos mujeres en el campamento , de Jett.

-Oiga usted, Ellsworth -dijo Pilchuck al explorador-. Si el equipo de Huggins hubiera sido asesinado por los indios, los cadáveres no habrían desaparecido. Los comanches nunca se molestan enterrando u ocultando a los blancos que asesinan.

Ellsworth se inclinó hacia Pilchuck y le dijo:

- Yo tampoco creo que eso sea obra de los pieles rojas. Pilchuck profirió una exclamación sorda y sin duda, se disponía a trabar una interesante conversación con el oficial, cuando Hudnall le llamó a el Y a Tomás. Celebraron un breve consejo y se decidió que Stronghurl y Pilchuck, con los demás individuos que formaban el equipo y Dunn y Tacks, permanecerían en el campamento, en tanto que Hudnall, Burn Hudnall y Tomás, acompañados por las mujeres, se irían con los soldados. Hudnall no consideró necesario enviarlas al Fuerte Elliot; el puesto de expedición más cercano, Sprague, a tres días de distancia, sería un lugar bastante seguro y lejano. Hudnall se proponía aprovechar esta oportunidad para expedir las pieles, que ya tenía en gran número.

-Esto es muy conveniente - dijo satisfecho -, porque así no correré el peligro de perder las pieles y, adernás, pronto tendré necesidad de provisiones, especialmente de cartuchos.

Parecía no darse cuenta del objetor más importante, cono era el de poner a las mujeres en seguridad. Pero Hudnall no era hombre de la frontera. Poseía gran valor, aunque era bastante imprudente.

-Haremos loas preparativos necesarios y emprenderemos la marcha mañana por la mañana -informó a Singleton.

-Pues le alcanzaremos a usted, quizás antes de que llegue al camino militar -dijo el oficial.

-No conozco ese camino, Y si Pilchuck se queda aquí, podría extraviarme -replicó Hudnall, muy perplejo.

-El camino militar va desde el Fuerte Elliot al Fuerte Dodge. Lo hallará usted a cosa de treinta kilómetros, hacia el noroeste.

-Es imposible que no lo encuentre -añadió Pilchuck-. Además, allí abunda el agua.

Hudnall invitó al capitán Singleton y a sus soldados para que se quedaran a cenar; ellos aceptaron, con gran satis¡acción de Tomás Doan, que meditaba el mejor modo de comunicar al capitán Singleton lo que sabía del equipo de Jett.

Aquella tarde hubo mucho movimiento y agitación. en torno del campamento de Hudnall, y gran parte del trabajo general consistió en preparar una buena cena. Se guisó y comió mucho antes de ponerse el sol; luego, Tomás halló ocasión de nublar a solas con el oficial.

-Capitán, ¿podré cambiar unas palabras con usted... acerca de algo muy importante? - preguntó con franqueza, a pesar del leve embarazo que no pudo evitar.

-Sin duda alguna, joven. ¿Qué puedo hacer en su obsequio? -preguntó mirando fijamente a Tomás con sus agudos y grises ojos.

En cuanto se alejaron un poco, Tomás perdió la timidez v brevemente dijo quién era, lo que hacía en el equipo de Hudnall, y así llegó, por fin, al punto interesante.

-Ahora, capitán, voy a comunicarle algo confidencial - añadió con alguna vehemencia-. Se trata de una muchacha que forma parte del equipo de Jett, que es su padrastro. Están acampados al pie de un risco, en la embocadura del Arroyo Blanco, a algunas millas más abajo.

-¿El equipo de Jett? -murmuró el oficial-. Ya he oído ese nombre. Y sé también que oculta su campamento... en el bosque.

-Bien, el caso es... que yo tengo amores con esa joven, Milly Fayre; es decir, soy su prometido. Deseamos casarnos en cuanto ella cumpla dieciocho años. Y temo por ella..., porque Jett me preocupa más que los indios. Lo mismo le ocurre a Milly. El, sin duda, no verá con agrado la idea de mandar a sus mujeres al fuerte, o lejos de él. Tenga usted en cuenta que ese hombre está casado y que su mujer no tiene ningún parentesco con Milly. Las obliga a ocuparse en el trabajo del campamento. Ese hombre no piensa más que en cazar. Le acompañan un par de tunos de cuidado, llamados Follonsbee y Pruitt. Su equipo no es como el nuestro, capitán, y no se parece a ninguno de los que hay a lo largo del río. Honradamente vio puedo acusar a Jett de cosa alguna, a no ser de su brutalidad y de que persigue a Milly con vergonzosos propósitos. Eso me consta. Ella no quiere confesarlo, pero yo adivino fácilmente lo que piensa. Convendría llevarla al fuerte o a otro lugar cualquiera, donde vayan nuestras mujeres... Le ruego, capitán, que no deje de llevarla. Si. usted la interroga no, tardará en comprender lo que mejor le conviene.

-Y ¿por qué no nos acompaña usted hasta allá? -sugirió Singleton.

-Me gustaría mucho, pero creo que es mejor abstenerme -replicó Tomás-. Jett no sabe todavía una palabra de mí. Milly cree preferible que no se entere hasta que

ella sea libre. Podría perjudicarla. Y si alguna vez él se atreve o poner una mano sobre Milly, lo mataré.

-¿,El nombre de usted, me ha dicho que era...? - preguntó el' oficial.

-Tornás Doan.

-Muy bien, Tomás. Estoy dispuesto a apoyarles a ustedes. ¡Ahí va mi mano!

-¿De modo que irá usted a buscarla? -pregunte Tomás, muy satisfecho, mientras estrechaba la mano de aquel digno y honrado militar.

-Si continúa! allí...

-Estuve con ella anoche... Nos vemos secretamente. Sé que está allí.

-Pues, entonces, mañana volvení a 'verla, porque le alcanzaremos a usted en el camina -replicó el oficial sonriendo.

-Nunca podré agradecérselo a usted bastante -replicó Tomás, emocionado.

Y, en efecto, con el corazón agradecido, viví como Singleton y sus soldados se alejaban con sus acémilas hacia el río. Luego Tomás trabajó como nunca, y no sólo termino su tarea, sino que, además hizo parte de la de los otros. El equipo ele Hudnall se acostó tarde y se levantó temprano. Cuando el sol de julio resplandecía, sobre la pradera, los tres carros, muy cargados, emprendieron su viaje hacia el Noroeste. Tomás llevaba en su vehículo la carga de pieles, más' importante. Las mujeres ocupaban las asientos inmediatos a los de los conductores con Hudnall y su hijo.

El camino estaba tendido a lo largo de la parte alta de la pendiente y con suavidad descendía hasta el río para elevarse de nuevo al entrar en la llana pradera, en dirección al noroeste, hacia la más lejana escarpadura del Llano Estacado,que formaba un hito gris en el horizonte. Tormás siguió fácilmente las huellas de otros carros hasta que todas parecieron converger en un camino muy transitado... Por él se viajó durante bastantes horas. A Tomás iro lee ímiportaba'ai el calen,, las moscas ni el yo. Una y otra vez contaba las ganancias que le debía Hudnall, y la suma le daba vértigos. Eran centenares de dólares. Mas, por espléndido, que fuese aquello, se, convertía en alga insignificante' ante la fortuna, de' saber que Milly estaría segura, lejos de Jett y de las indios.

Hudnall ordenó bucen alto al mediodía, a la sombra ele unos árboles, junto a un riachuelo. Abrevaron loas' caballos y les dieron de comer. Los viajeros hicieron unzo frugal refacción. En cuato 'se reanudó el viaje, Tomás no pudo resistir el deseo de mirar hacia atrás, por el camino, con la esperanza de ver llegar a los soldados, y aunque, en realidad, no confiaba encontrarlos basta la hora de acampar aquella noche, no pudo contener su afán de mirar.

Durante toda la mañana bordearon el límite desigual del rebaño de búfalos. Hacía tiempo que 'dejaron atrás los disparos de, los cazadores. Luego, a primera hora de la tarde, encontraron un numeroso rebaño procedente del Norte. Las bestias no pacían, ni podía decirse tampoco que huyesen, pero su avance era regular v rápido. Hudnall dejó el camino con objeto de ver si podía rodear a los jefes, pero este movimiento tuvo por resultado que los tres carros se viesen rodeados por los búfalos que pasaban por ambos lados de 'los vehículos.

A Tomás, fe pareció que la situación era algo desagradable. El rebano no tendría más de una milla de ancho, pero hacia el Norte no se veía su fin. Detuviéronse los carros para dejar pasar el rebaño. Los búfalos abrían sus filas al divisar los vehículos y pasaban quizás a cincuenta metros de distancia de ellos, pero no parecían asustarse de su presencia. Levantaban tanto polvo que hacían muy incómoda aquella parada, y era tal el ruido que producían, que los hombres tenían que hablar a gritos para oírse unos a otras.

Tomás estaba contrariado porque Hudnall se había alejado del camino lo bastadte para', que los soldados no lo encontrasen, en caso de que llegaran en aquellos momentos. Peso a Hudnall no le importaba la pérdida de tiempo o los riesgos probables, en caso de que los búfalos se asustaran.

Con gran asombro de Tomás, Hudnall tomó entonces su rifle y, escogiendo a los animales que corrían alga separados del apretado rebaño, derribó a cuatro, de otros tantos tiros. En aquel lugar la manda se desvió un poco

las filas interiores se estrecharon más hacia el centro, pero na por eso huyeron' llenos de pánico. Entonces Burra Hudnall, para, que su padre no le llevase ninguna ventaja, derribó tres búfalos por su parte. El tiroteo sirvió solamente para ensanchar el círculo que dejaban libre los búfalos en torno de los carros. Luego aquellos intrépidos e infatigables cazadores procedieron a desollar los búfalos muertos, sin hacer ningún caso de las masas de sus compañeros que pasaban a poca distancia.

Tomás, obrando en desacuerdo con su costumbre, no se ofreció a ayudar, v cuando Hudnall le gritó algo ininteligible, agitó la mano en dirección al rebaño.

Transcurrieron dos horas antes de que éste dejara atrás los carros, y los Hudnall tuvieron que emplear otra en desollar los siete búfalos muertos. Las mujeres se quejaban del! calor del sol y de la obligada espera. Tomás permaneció gran parte de la última hora, en pie, sobre a enorme pila de pieles de su carro, observando el horizonte en dirección a los campamentos del Río Rojo.

-¡Oye, Tomás! Podríais haber ayudado un poco -dijo Hudnall mientras arrojaba a lo alto del carro las pieles todavía húmedas.

-He creído que era mejor vigilar -contestó él.

-Creo, padre, que Tomás tiene miedo de los indios, de quienes habló el oficial - observó Sally Hudnall con acento malicioso.

No olvidaba por completo la indiferencia que Tomáis demostró siempre por sus encantos.

-¿Miedo, Tomás? No puedo creerlo -replicó su padre con su acostumbrada cordialidad.

-Pues el caso es que no hace más que mirar hacia atrás constantemente -añadió Sally, más convencida todavía.

El tono de su voz, más que las palabras que acababa de pronunciar, fueron causa de que al joven se le ocurriese la idea -de que en cuanto los soldados apareciesen con Milly, la situación sería bastante comprometida. ¿Qué diría pana explicar sus relaciones con la muchacha? Un momento de reflexión le convenció de que no habría necesidad de explicar nada, ni tampoco de descubrir a los Hudnall sus amores con la joven. Sin embargo, Milly no estaba advertida; demostraría gran alegría al verle y al conocer a los Hudnall; era preciso no olvidar su juventud y su impulsivo carácter. ¿Cuál sería su comportamiento? Tomás díjose que no le importaba en absoluto lo que ella pudiera hacer o decir, pero, de todos modos, era evidente que estaba muy a punto de hallarse en una situación delicada.

Cuando Hudnall continuó la marcha en dirección al camino, Tomás dejó que el carro de Burn pasase al segundo lugar v él se quedó a retaguardia, desde donde podría mirar hacia atrás cuanto quisiera.

Pronto llegaron de nuevo a la pista y, a hora avanzada de la tarde, salieron al camino militar indicado por el capitán Singleton. Por él, los caballos podían avanzar casi siempre al trote. Tomás había cootorsionado tantas veces el cuello al volverse a mirar, que sufría ya de tortícolis, pero lo malo era que aquello no le había servido de nada. Los soldados no se presentaban y él empezó a preocuparse. Imaginó que Jett pudo tener noticias de su aproximación y trasladó a toda prisa el campamento. ¿Y si los comanches habían atacado el de Jett como hicieran con Huggins? Pensando así, el joven pasó una hora muy desagradable, mientras seguía el camino militar.

A la puesta del sol los carros de Hudnall empezaron a dirigirse a una depresión de la pradera, llena de hierba, por la que serpenteaba un riachuelo. Y cuando Hudnall, que iba delante, dió media vuelta para abandonar el camino, Tomás se vió obligado a concentrar su atención en el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

En la hierba pacían algunos caballos y sobre el fondo verde de los árboles se destacaba la blancura de algunas tiendas. Chisporroteaba una hoguera y en torno de ella vió a algunos

Librodot

hombres. ¡Soldados! El corazón de Tomás dio un salto. El capitán Singleton les había ganado la delantera, sin duda a causa de la parada impuesta por los búfalas.

Tomás hizo tomar el trote a sus caballos y muy pronto se reunió con Burn Hudnall, que entonces abandonaba el camino principal en dirección al campamento. Tomás le siguió de cerca, maldiciendo el hecho de que el carro de Burn le privara la vista. Una o dos veces pudo contemplar las tiendas y la fogata, mas, a pesar de la alteración con que lo hizo, no le fué posible descubrir ninguna mujer. Era evidente que, de haber estado allí, Milly se habría apresurado a salir al encuentro de los carros. Tomás abandonó la esperanza y la alegría para sumirse en la tristeza. Sin embargo, su esperanza no quería morir por entero. Continuó mirando y, hasta el momento en que se detuvo el carro de Burn, siguió impidiéndole contemplar por entero la escena. En ello basaba solamente su esperanza.

-Oye, Burn, y tú también, Tomás, no traigáis al campamento esas pieles malolientes - gritó Hudnall. Tomás hizo dar media vuelta a su tiro de caballos, para alejarse del campamento. Burra le imitó, interceptando la visión del joven. Pero aquello había de acabar antes o después. Cuando Tomás levantó los ojos, después de detener sus caballos, hallábase quizás a cincuenta metros de la hogaera del campamento. Vió unos soldados que llevaban uniformes azules, llenos de polvo, la corpulenta figura de Hudnall, sus tres mujeres y, además, a ,una joven vestida de gris que, muy excitada, agitaba la mano hacia él. Tomás se quedó mirando con los ojos muy abiertos. Pero no pudo distinguir la cara de aquella muchacha vestida de gris. Milly ! La reconoció aun antes de haber visto bien su rostro.

Con violenta emoción echó pie a tierra y empezó a an(lar. En aquel momento crítico, en que no sabía lo que debía esperar, esforzábase por contener su extraordinaria agitación. lnclinó la cabeza y, por fin, llegó al semicírculo que formaban todas aquellas personas. Las veía de un modo muy confuso, sin embargo, observó que le miraban con la mayor atención y curiosidad. De pronto se le apareció claramente la figura y el rostro de Milly. Estaba pálida. Sus brillantes ojos parecían mayores que antes, y tan negros como la noche. Una sonrisa maravillosa la transfiguraba. Tomás comprendió la necesidad de hacer un esfuerzo extraordinario, con objeto de saludar a Milly sin traicionar su secreto.

Pero ella no se proponía guardarlo. Así lo comprendió él y así lo vió, y tanta fue su consternación que se quedó paralizado.

-¡Oh, Tomás ! - exclamó radiante de alegría y corriendo a arrojarse en sus brazos.

Aquello era terrible, porque la joven olvidó a todo el mundo, excepto a él, que no podía hacer lo mismo. Milly le, besó casi antes de que él tuviese la suficiente presencia de ánimo para Hacerlo en primer lugar. Y con aquel beso, sus contenidas emociones juveniles fundiéronse en una alegría intensa. Luego, soltando a Milly, echó a andar a su lado y, rodeando su talle con el brazo, dirigió el rostro a aquel círculo de personas acombradas y sonrientes.

-Señora Hudnall, le presento a mi... a mi novia, Milly Fayre -dijo.

-¡Tomás! ¡Bendito Dios! -exclamó la bondadosa mujer-. ¿Tu novia...? Bueno, Milly Fayre, me alegro mucho de conocerla.

La besó con el mayor afecto y luego le presenté a Sally v a la señora Burn Hudnall. Tal presentación pareció suficiente a todos los demás.

Hudnall era el más asombrado ele la reunión, y parecía encantado.

-Bueno, Milly, el patrono de Tomás Doan se alegra mucho de conocerla -dijo estrechando su mano con la mayor formalidad-. Y ahora, ¿querrá usted decirme dóndo pudo ese bandido encontrar a una muchacha tan linda?

-Pues me conoció... por ahí - replicó Milly con tim;do acento.

-¡Ah! -exclamó Hudnall-. Ahora comprendo a dónde iba Tomás cuando se escapaba del campamento cada noche. Y por eso acababa de clavar las pieles ele búfalo al amanecer. A mí ya me extrañaba eso.

Librodot

Entre las risas y las' bromas de aquella buena gente, Tomás se mantuvo sereno cuanto le fué posible. Luego, observando la cordial acogida que habían dispensado a Milly, su adorada novia, la dejó con ellos y se apresuró a desenganchar el tiro que había guiado.

Burra Hudnall le siguió y, enormemente admirado, le dijo:

-¡Oiga usted, maldito desollador de búfalos! ¡Es una muchacha preciosa! Vaya, ¡qué suerte tienen los pillos! ¿No se ha fijado en la cara de Sally? Yo creo que usted le gusta bastante. ¡Ahora comprendo su reserva con las mujeres!

Al volver al campamento, Tomás fué al encuentro del capit,Jira Siugleton, que le recibió con una sonrisa y, un cordial apretón de manos.

-Bueno, muchacho. Aquí la he traído, pero sepa que la cosa no fué nada fácil. Es una chica muy linda y buena, de modo que tengo que felicitarle.

-¿Le fué difícil convencer a Jett? - preguntó Tomás con gran interés.

-Sí. Al principio me costó bastante. En un hombre muy rudo. Finalmente consintió en permitir que viniese al puesto de expedición hasta que se tranquilizaran los indios. En cambio, no quiso que su mujer se alejara y ella tampoco parecía desearlo. Por otra parte, me ha parecido me es una mujer muy capaz de defenderse.

-¡Oh! -exclamó Tomás.

-De todos modos, no se apure -replicó el oficial, interpretando acertadamente aquella exclamación de contenido entusiasmo del joven-. La amenaza de los indios durará bastante; no cesará de hacerse sentir mientras haya búfalos; hasta entonces no abandonarán el camino de la guerra y quizá continúen del mismo modo mientras sigan viviendo.

Al siguiente día, y hacia las doce, el equipo Hudnall, con su escolta, llegó al Puesto de Sprague, que estaba situado junto a un hermoso arroyo, unas millas más abajo del Fuerte Elliot. Allí dejaron al grupo y siguieron su camino.

Sprague era uno de los puestos de la frontera que había surgido en el espacio de una noche, como las setas. Consistía principalmente en un enorme edificio de un solo piso, hecho de troncos de árbol, que servía de almacén de artículos diversos destinados a los cazadores, así como de puesto de protección contra los posibles ataques de los indios. La corta calle estaba formada por cabañas, tiendas v chozas; junto al almacén había una enorme extensión de terreno cubierta de grandes montones de pieles de bú-falo. Había un salón de baile, varios saloons y un hotel restaurante; todo ello muy concurrido. Los equipos de cazadores que iban y venían, los encargados del transporte, que hacían lo mismo, en número considerable, justificaban la actividad de aquel puesto. El almacén era propiedad de Sprague y- constituía un centro general de aprovisionamiento para toda aquella parte norte de Texas.

Hudnall alquiló habitaciones para las mujeres, incluyendo a Milly. Aquel alojamiento les pareció lujosísimo, después de la temporada pasada al aire libre. Sally Hudnall había de compartir con Milly su dormitorio, que tenía el suelo y las paredes de tablas v el techo de lona; las otras mujeres de la familia Hudnall tenían dos habitaciones contiguas, -una de las cuales había de servir de cocina. Hudnall, en cuanto hubo comprado un fogón, algunos utensilios, provisiones y combustible, pudo establecer satisfactoriamente a sus mujeres y a sus compañeros.

Tomás no Habría podido esperar nada mejor, y se decía que siempre estaría en deuda con los Hudnall. La fortuna le había favorecido grandemente al unir su suerte a la de aquella buena gente.

Hudnall vendió sus pieles a Sprague, quien le pagó tres dólares por cada una de las mejores pieles de las hembras, dos dólares y medio por la de los machos y un dólar setenta y cinco centavos por las demás. Sus beneficios eran muy grandes, según confesó francamente, y por eso dijo a Tomás que le parecía muy justo pagarle un precio más elevado por el trabajo de desollar. En cuanto el joven hubo recibido el fajo de billetes que le correspondía, se quedó incapaz de pronunciar una sola palabra. En el almacén se compró alguna ropa, que necesitaba

Librodot

mucho, y calzado, un rifle nuevo y gran cantidad de cartuchos. No olvidó dejar algún dinero en poder de la señora Hudnall para que Milly pudiese atender a sus necesidades, en cuanto él se hubiese marchado. Pero no dijo una palabra a su prometida acerca del particular.

-Tomás -exclamó Hudniall, muy serio, en cuanto soltaron los caballos para que pacieran la grama que había alrededor de la población-. Nunca vi mejor tierra que ésta para un rancho. ¿No te parece? ¡Mira este terreno!

Tomás opinó lo mismo. Era una riquísima pradera cruzada por algunas corrientes de agua, bordeadas de árboles.

-No sabes lo que me gustaría meter un arado en esta tierra - añadió Hudnall cogiendo un puñado de hierba -. Vendrá día, Tomáis, que todo esto serán campos de trigo o de cebada, o pastos para el ganado. Y, si quieres seguir mi consejo, =muchacho, convendría ver lo que esta tierra es capaz de dar. En cuanto terminemos la caza, construiremos una cabaña y pasaremos el invierno aquí. De este modo, en la primavera próxima, ya sabremos a qué atenernos.

Observaron que el Puesto Sprague era el lugar más interesante de cuantos habían visitado y, además, extremadamente animado durante el día. El baile y el juego sólo tuvieron un atractivo momentáneo para Tomás. En cambio, lo que le atraía de veras era el almacén de Sprague. Allí pudo aprender muchas cosas.

Los búfalos que había al sur de los ríos Brazos v Pease habíanse vuelto, por fin, hacia el Norte, y no tardarían en reunirse con el rebaño principal, que se hallaba a lo largo del Río Rojo. Aquello indicaba que, prácticamente, todos los búfalos del Sudoeste se concentrarían entre el Río Rojo v el Llano Estacado, es decir, que formarían una masa innumerable e imponente. Se decía que los comanches se hallaban al sur de aquel rebaño v se encaminaban hacia el Río Rojo; los kiowas estaban« en el Llano Estacado, persiguiendo a los búfalos hacia el Este; los cheyennes y los arapahoes, cuyo cazadero había estado siempre hacia el norte de aquella latitud, dirigíanse hacia el Sur, a causa de que la emigración anual de los búfalos no se había producido aquel año. Y de eso tenían culpa los cazadores blancos. Era, pues, inevitable una guerra india.

Tomás oyó decir que el territorio indio estaba guardado por los jefes de policía de los Estados Unidos. Kansas había dictado leyes prohibiendo la matanza de búfalos; Colorado hizo lo mismo. Aquel verano vería a todos los cazadores de búfalos congregados en Texas. Aquello significaba que los grandes rebaños no podrían volver al Norte, al territorio indio., a Kansas y al Colorado. Los famosos cazaderos a lo largo de los ríos Platte y Republican estarían desiertos. Esto era muy lamentable, incluso para Tomás, que tanto entusiasmo sintiera por ganar dinero. Era un asunto muy serio y merecía que los legisladores de los estados promulgasen leves como aquéllas. Y, sin duda, Texas haría lo mismo.

Tomás llegó a esta conclusión antes de enterarse de que en aquellos momentos la legislatura de Texas estaba estudiando una ley para proteger a los búfalos de su Estado. Hasta entonces se había aplazado, a causa de las observaciones hechas por el general Phil Sheridan, que estaba estacionado en San Antonio, al mando de un departamento militar del Sudoeste. Sprague dió a Tomás un periódico y al mismo tiempo dijo:

-Sheridan fué a Austin y no tardó en convocar la reunión. Dijo a los senadores y a los diputados que no eran más que un grupo de viejas sentimentales. Que cometerían una equivocación muy grave protegiendo a los búfalos. Añadió que debían mandar dinero a los cazadores, en vez de impedirles cazar. Y, además, habría que darles medallas, en cuyo anverso hubiese un búfalo muerto y en el reverso el cadáver de un indio.

A Tomás le produjeron gran impresión estas observaciones, atribuidas al general Sheridan, y por esta causa se llevó el periódico para leer el siguiente párrafo a los Hudnall Esos cazadores de búfalos, durante el año pasado, han hecho bastante más, para acabar con el problema indio, que todo el ejército regular durante treinta años. Están destruyendo a los

Librodot

indios. Hay que rnandarles pólvora y plomo... Dejadles que maten y que desuellen y vendan, hasta que los búfalos queden exterminados. Entonces podremos cubrir las praderas de ganado domestico.»

-¡Magnífico! -exclamó Hudnall dando un fuerte puñetazo sobre la mesa -. Aunque no debe gustarles mucho a los indios semejante solución.

Tomás tuvo entonces una extraña idea. Él, como Hudnall, compadecía a los indios, pero no a los búfalos. Sin duda había en esto algún error. Cuando, más tarde, refirió a Milly lo que había oído v, especialmente la expresión de simpatía de Hudnall, la joven contestó

-De eso tiene la culpa el dinero, Tomaos. Los hombres no podéis verlo claro. Por ejemplo, ¿robaríais a los indios?

-¡De ninguna manera! -exclamó el joven, irguiendo la cabeza.

-Pues, en cambio, les robas su alimento - continuó diciendo ella con la mayor seguridad -. Les quitas la carne de la boca. Y no haces eso porque tengas hambre, sino para enriquecerte. ¡Oh, Tomás, eso me parece muy mal!

Él se quedó muy preocupado por vez primera. No podía reírse de aquello y tampoco encontró ningún argumento para defender su conducta.

-¡Mira, Tamás! -añadió la joven con voz dulce y grave-. Te advierto que te diré algo muy interesante acerca de la matanza de búfalos..... cuando vengas a verme el día en que cumpla dieciocho años.

Tomás no pudo hacer otra cosa que besarla, para contestar a aquellas palabras sutiles y maravillosas que, sin embargo, expresaban cuán rendida estaba ella a su voluntad,pero no pudo dejar de comprender, y se llevó consigo este convencimiento a la mañana siguiente, que Milly no se casaría con él, si, en cambio, no le prometía abandonar su profesión de cazador de búfalos.

IX

Mientras Tomas guiaba sus caballos siguiendo a los Hudnall hacia el Sudoeste, por el transitado camino militar, llevaba también consigo el recuerdo de su despedida de Milly. Y algo relacionado con sus palabras o miradas le amargaba la dulzura de la copa de su felicidad.

A pesar de lo temprano de la hora, Milly, como las demás mujeres del equipo Hudnall, se levantó para preparar el desayuno y despedir a los hombres. Y como Hudnall y Burn estaban bastante ocupados despidiéndose de sus esposas, de su hija y de su hermana, no tuvieron -tiempo para fijarse en la emoción de Milly al separarse de Tomás.

En el último momento, ella se acercó al joven y con sus temblorosas manos le agarró de la chaqueta. Luego levantó los ojos y le miró de un modo maravilloso y raro.

-Ten en cuenta, Tomás, que eres lo único que me queda en el mundo -dijo.

-Ya sabes que te pertenezco en cuerpo y alma, querida mía - replicó él .tiernamente.

-No debes estar ausente mucho tiempo.

-Volveré a la primera oportunidad -prometió Tomás.

-Sería mejor que no me dejaras -murmuró ella en voz muy baja.

-Aquí estás segura del todo, Milly -replicó él.

-Nunca estaré segura hasta el momento en que Jett no tenga derecho sobre mí.

-Pero no volverá a buscarte. El capitán Singleton y Sprague dicen que precisamente ha empezado la alarma producida por lOs indios.

-Mira, Tomás... Nunca estaré segura... hasta que sea tuya.

-¡Adorada...!

Pero se interrumpió, porque en aquel momento sonó la poderosa voz de Hudnall, que decía

-¡Bueno, a despedirse, jóvenes!

Y ellos no tuvieron tiempo más que para darse el postrer abrazo.

La última mirada que le dirigió Milly perduraría en el recuerdo de Tomás! ¡Qué hermosos también y ouánta era la expresión que les daba el amor! Su corazón se dilataba

de tal manera, que casi llegaba a dolerle. ¿Hacía bien en dejarla? Quizás hubiese encontrado alguna ocupación en casa de Sprague. Empezó a sentir cierto remordimiento. De no haber sido tan pobre, no se hubiera visto obligado a seguir cazando búfalos... Comprendió que al volver a cazar esos animales ya no era libre como antes, sino que soportaba el peso de una grave responsabilidad... Es decir, la felicidad y quizá la vida de una pobre muchacha, que estaba sola en el mundo.

En aquella cálida y brillante mañana de verano soplaba la suave brisa de la llanura, llena de melodías de pájaros. Pero Tomás no respondía como de costumbre a la alegría del ambiente. Pasó la mañana, y la calurosa tarde transcurrió también, antes de que pudiese recobrar, en parte, su antiguo humor. A ello le ayudó el sentido común. Eran mucho mayores que antes las probabilidades de encontrar a Milly sana y salva, a su regreso. Sin embargo, no podía olvidar los últimos momentos que pasaron juntos, cuando, bajo el impulso del miedo y de la pena, ella le dió a entender el verdadero carácter y las actividades de Jett y su propio fatalismo. Durante todo aquel día, Milly ocupó incesantemente sus pensamientos, y también después, cuando estuvo tendido en la cama, con los ojos fijos en el cielo azul oscuro, tachonado de estrellas.

Como, a la sazón, los carros estaban descargados, Hudnall realizó el regreso en dos días y medio al campamento del Río Rojo. La situación era allí la misma que antes de emprender el viaje. Pilchuck y sus tres auxiliares habían matado y despellejado trescientos veinte búfalos durante la ausencia de Hudnall. El jefe del equipo estaba encantado. Y a pesar de la hora avanzada de la tarde, quiso ir inmediatamente a matar búfalos.

-¡No tenga usted tanta prisa! -gruñó Pilchuck-. Necesitamos provisiones frescas y, además, noticias.

Era evidente que Pilchuck y sus compañeros no habían comido muy bien desde la marcha de las mujeres.

-¡Malditos pieles rajas! -exclamó dirigiéndose a Hudnall-. ¿Quién va a guisar ahora?

-Lo haremos por turno -replicó alegremente Hudnall.

-¡A fe que todos somos excelentes cocineros! -gruñó Pilchuck, malhumorado-. Por lo menos tendremos el consuelo de que no comeremos mucho tiempo.

-¿Por qué? -preguntó sorprendido Hudnall-. ¡Si precisamente he traído un carro cargado de provisiones!

-Pero antes, los comanches nos arrancarán el cuero cabelludo.

-¡Vete al diablo! -exclamó Hudnall, encolerizado-. ¡Ya estoy harto de los habitantes de las llanurasl Sois peores que los soldados. Ya me está cargando oír hablar siempre de los ataques de los indios. Hace dos meses que estamos aquí y no hemos visto un solo piel roja, salvaje o civilizado.

El explorador miró fijamente a Hudnall y sus ojos;, entreabiertos, lanzaron un azulado centelleo, frío y brillante como el acero.

-Precisamente los hombres como usted, que no saben comprender el Oeste ni quieren. escuchar a nadie, son los que perecen a manos de los indios - dijo con acento significativo.

Hudnall estuvo unos momentos malhumorado, pero se impuso, al fin, su alegre carácter y no tardó en disipar con algunas carcajadas el efecto producido por las agoreras palabras de Pilchuck. Al parecer, era incapaz de sentir miedo.

A la mañana siguiente, Tomás siguió a los individuos que componían el equipo Hudnall hasta el puesto de caza, a donde volvieron con renovada energía y extraordinaria decisión. Las recompensas concretas y elocuentes en forma de monedas de oro y de billetes de Banco, que les pagó Hudnall, espolearon su determinación, haciéndoles redoblar sus esfuerzos.

Tomás empezó mal aquel día. Precisamente cuando apuntaba al primer búfalo, recordó la mirada de reproche de Milly, y, de tal modo le tembló el pulso, que sólo consiguió dejar cojo al pobre animal. Éste fué a refugiarse entre el rebaño. Tomás estaba furioso consigo mismo por su torpeza que le hizo herir un búfalo para que el pobre animal muriese lentamente. Después dejó a un lado todo escrúpulo y se dedicó al peligroso cometido de matar búfalos para aprovechar sus pieles.

El día fué muy atareado, de tal manera, que siguieron trabajando aún después de anochecer. La cama pareció ser una bendición; estaban tan fatigados, que ni siquiera tuvieron tiempo de reflexionar, porque el sueño se apoderó de ellos de un modo rápido e irresistible.

Así entró Tomás Doan en la segunda fase de la cacería de búfalos.

El enorme rebaño anunciado por Pilchuck y que, al parecer, tenía varias millas de anchura, y de largo muchas más de lo que el explorador se atrevió a calcular, no llegó más al sur de las comarcas vecinas al Río Rojo.

Gradualmente el rebaño fué empujado hacia el Oeste, a lo largo del río, hacia el recodo del Norte, que cruzó y luego, acosado par los, cazadores que lo seguían, y ~tenido por el Oeste, por la estéril' meseta del Llano Estacado, se volvió hacia el Sur, paciendo y avanzando rápidamente para llegar, en diez días, a la frontera del hermoso Y ancho río Pease.

Allí empezó la horrible matanza. El equipo de Hudnall se alineó con los demás cazadores de búfalos,, muchos de los, cuales llevaban un año en aquella ocupación. Eran ya conocidos y estaban muy orgullosos de ello. En el campamento de Hudnall eran familiares los nombres de Raffert, Bill Stark, Nebraska Pete, Black y Starwell, Bickerdyke, Uncle Joe Horde, Old Man Spaun, Jack y Jim Blaise y otros más.

Tomás estaba con los ojos y los oídos muy abiertos, en su deseo de adquirir noticias del equipo de Jett, pero hasta entonces no logró averiguar siquiera el paradero. Había centenares de equipos; que llenaban durante muchas millas las orillas de los ríos, además de que no todas los búfalos formaban parte de aquel rebaño principal.

En un afluente del Pease, Pilchuck y Hudnall decidieron acampar de un modo permanente, hasta el otoño.

-En noviembre quiero tener cuatro mil pieles - exclamó Hudnall frotando sus enormes manos.

-Eso es fácil. Mañana le enseñaré a usted el modo de matar cien búfalos en tres horas.

-¿Cuándo mandaremos pieles a Sprague? -preguntó Tomás con alguna ansiedad.

Así, cada tuno de ellos expresaba las ideas que domina ban sus respectivas mentes.

Al día siguiente Pilchuck se excedió en su bravata con respecto al tiempo calculado, pues mató ciento dieciocho búfalos, lo cual era una verdadera hazaña. Pero como tenía un caballo rápido y muy bien enseñado, podía mostrarse atrevido y hábil. Perseguía a su víctima y la derribaba de un solo tiro.,

Cada día, Tomás Doan mataba menos búfalos. Él no se había dado cuenta hasta que le llamaron la atención. Luego, al examinar su registro, que llevaba con el mayor cuidado, se asombró y apesadumbró al reconocer que era cierto. Y cuando quiso esforzarse en compensar lo atrasado, sólo consiguió empeorar la cosa. Mostrábase indeciso, apuntaba mal y disparaba con miedo, de modo que solamente logró lisiar a muchos búfalos. Esto le disgustaba muchísimo. Lo cierto es que la joven habíale demostrado la crueldad y la codicia de su oficio y la conciencia le impedía ser un buen cazador.

Hudnall resolvió el difícil problema con gran contento del joven.

Librodot

-Mira, muchacho, Pilchuck asegura que has perdido el pulso -dijo el jefe-, pero, en cambio, eres el mejor desollador que él ha conocido. Pierdes el tiempo dedicándote a la caza. Ahora matamos todos los búfalos que podemos desollar, pero aún podríamos matar algunos más. Por lo menos, Pilchuck puede hacerlo. Así, pues, limítate a seguirnos y a desollar los animales caídos. Te pagaremos treinta y cinco centavos por cada piel.

-¡De acuerda! -exclamó alegremente el joven-. Ignoraba que ¡hubiese perdido el pulso, pero matar a esos pobres animales me resulta desagradable.

-Si he de ser sincero, ;también yo estoy cansadosuspiró Hudnall-. Me gustaría más arar la tierra.

Poca después dijo a Tomás que calculase lo más exactamente posible la cantidad de municiones disponibles. El joven obedeció y, después de un rato, comunicó que les quedaban trescientas cuarenta y seis libras de plomo de Saint-Louis, en lingotes de veinticinco libras; unos cinco mil pistones; cinco latas de pólvora Dupon, de veinticinco libras, y tres latas de seis libras cada una.

-Vamos a ver, Jude, ¿cuánto tiempo nos durará todo eso? -preguntó Hudnall a Pilchuck, que había oído el inventario que acababa de leer Tomás.

-Calculo que habrá bastante para agosto, septiembre y octubre..., a no ser que tengamos que luchar contra los indios -replicó el explorador.

-Bueno. ¿Otra vez? -exclamó burlonamente Hudnall-. Esa broma de los indios dura demasiado.

Dedicándose solamente a despellejar los búfalos, Tomás recobró el humor y trabajó tanto y tan bien, que sus jefes le hicieron objeto de sus alabanzas.

-¡Caramba! Si ese muchacho fuese piel roja, no tendría precio para arrancar cabelleras -declaró Pilchuck-. Es capaz de afilar los cuchillos para que corten como navajas de afeitar, y luego los maneja con un habilidad sin igual.

Si Tomás hubiese sido capaz de hallar alguna diversión, habría pasado muy buenos ratos en el campamento permanente. Estaba situado en un altozano poblado de árboles, muy hermoso, que dominaba los matorrales de las orillas de una corriente tributaria del río principal, que se deslizaba a poca distancia, y allí abundaba la caza. Entre la espesura había osos, jaguares, gatos monteses, y éstos en número tan crecido que resultaba imprudente ir sin rifle. También' las anchas fajas arboladas parecían estar llenas de pavos silvestres y de gamos. En la pradera pacían los antílopes, tan mansos como-,¡ fuesen cabezas de ganado; a retaguardia de los búfalos iban de un lado a otro, siempre fugitivos, numerosos y aulladores coyotes. Y las manadas de enormes¡ lobos grises, audaces y salvajes, hacían estragos entre los terneros de los búfalos.

La carne dei búfalo a veces se variaba, agradablemente, gracias a los venados y a los antílopes y, en algunas ocasianes, a los pavos silvestres. Pero cuando trataron de hacer figurar estos últimos en el menú, la prueba resultó desastrosa para Tomás. Éste, el día que le tocó ejercer de cocinero, mató varios pavos silvestres. Su carne era muy amarga, a causa de las bayas que tales animales solían comer y que abundaban mucho en la espesura. Pilchuck, que sufría entonces una indigestión, hizo algunas observaciones irónicas con respecto a las habilidades culinarias de Tomás; los otros manifestaron a gritos su aprobación. Por desgracia, aquel día Tomás no había guisado ninguna otra carne.

-,No hay duda de que eres un miembro muy valioso del equipo, pero tu habilidad culinaria es peor aún que tu puntería -le dijo al fin Hudnall-. Por consiguiente, no volverás a hacer de cocinero y el tiempo que empleas en eso, podrás dedicarlo a otra cosa cualquiera. No te ofendas, muchacho, pero la verdad es que no sabes guisar, y comprenderás que no podemos morirnos de hambre.

Cuando te dediques a la agricultura, serás feliz teniendo contigo a la linda Milly.

-¿Feliz? -exclamó Burn Hudnall que, según se sos- pechaba, sufría resignado la autoridad de su mujer-. No hay duda de que lo es ahora y no se da cuenta.

-Bueno. Todos nosotros podemos considerarnos felices, si se me permite la observación - dijo secamente el explorador-. Hace ya bastantes días que nos hallamos en una región hostil y, sin embargo, nadie nos ha molestado.

-¿Otra vez? -protestó Hudnall-. ¡Ya estoy cansada de oír hablar de indios!'

¿Soy el explorador die este equipo o sencillamente un individuo encargado de extender las pieles?I

-Sí. Eres el explorador, socio y todo lo que quieras -replicó Hudnall-. Nadie puede aventajarte en tus exploraciones referentes a los búfalos. Pero, en cambio, nunca me han preocupado tus observaciones respecto a los pieles rojas.

-Pues, mira, Hudnall, ten en cuenta que no te lo digo todo -replicó Pilchuck-. Ayer, a veinte kilómetros, río abajo, encontré un grupo de kiowas bravos, squaws y niños, con ponies de carga y narrias. No parecían muy amables. Hoy he visto a un grupo de comanches que atravesaba la pradera, y puedes creerme, porque sé muy bien cómo viajan los comanches.

-Bueno, Jude, ¿quieres asustarme acaso parca que en adelante siga cazando sin alejarme del campamento? - preguntó Hudnall.

-No discuto ni pretendo convencer a nadie -contestó el explorador-. Me limito a decir lo que sé. Por oonsiguiente, mi consejo es que se limite la caza a un radio de doce kilómetros. De este modo siempre habrá cazadores; a nuestra vista.

-Mira, Jude; tú, Burn y yo matamos ayer ciento noventa y ocho búfalas en un espacio de terreno no mayor del que ocupa una granja de veinte hectáreas, pero estaba a bastante distancia del campamento.

-Ya lo sé. Muchos cazadores prefieren cazar cerca de su campamento, porque evita trabajo, pero prescinden de ello cuando pueden matar mayor número de animales a mayor distancia.

-Pues yo mataré los míos, los despellejaré y traeré las pieles -replicó el jefe,

-Bueno -replicó resignado Pilchuck-. Ya veo que pierdo el tiempo en aconsejarte.

En su nuevo trabajo, Tomás llevó a cabo una innovación muy del agrado de Hudnall. Seguía a los cazadores con dos caballos y el carro y, gracias a esto, encontró un medio de desollar que facilitaba mucho el trabajo. Tomando una rama ahorquillada, el joven la ataba en el centro del eje posterior del carro, dejando arrastrar el extremo afilado. Luego ataba una cuerda al mismo eje, y el extremo opuesto, a la pata delantera de un búfalo muerto. Tomás desollaba el lado superior del animal y hacía avanzar los caballos, moviendo así el cadáver; la horquilla servía para impedir que el carro pudiese retroceder. Luego despellejaba la parte central y el tiro de caballos arrastraba entonces el cuerpo. Utilizando así la fuerza de los caballos, pudo arrancar una piel en la mitad del tiempo que antes necesitaba.

Con frecuencia los cazadores mataban un número de búfalos que excedía la. posibilidad de !que Tomás los arrastrase hasta el campamento. Pero con ayuda de todos, podían llevarse las pieles el mismo día en que mataban los animales. Pero si no podía transportarlas todas al campamento, las extendía en el suelo con la parte del pelo hacia arriba y las recogía al día siguiente. A Tomás le molestaba mucho despellejar un búfalo muerto el día anterior, porque - la hinchazón inevitable del cadáver dificultaba muchísimo la operación. Y, como todos los desolladores hábiles, Tomás se enorgullecía de realizar su trabajo sin agujerear las pieles.

A Tomás le gustaba mucho ver, a espaldas del campamento, una gran extensión de la pradera convertida en una especie de gigantesco tablero, gracias a las muchas pieles que siempre estaban estiradas, cubriendo cuadrados casi regulares. Cinco días después de haber sido extendidas, se volvían aquellas pieles durante veinticuatro horas con el pelo hacia arriba y luego, diariamente, se les daba vuelta, hasta que se hubiesen secado. Era preciso cubrirlas de una substancia venenosa, para evitar que las destruyesen determinados insectos. En cuanto

Librodot

las pieles estaban secas, se ponían una sobre otra y se formaban pilas lo más altas posible sin dificultar su manejo. Y para dar la necesaria solidez a aquellas pilas, se pasaban tiras de piel húmeda a través de los agujeros de las estaquillas de las pieles superior e inferior, v luego se tiraba de ellas hasta dejarlas muy tensas. Las pieles de los machos se amontonaban en un fardo, marcándolas convenientemente, y las demás se clasificaban según el sexo, la edad y la calidad. En resumen, aquella matanza de búfalos para obtener sus pieles era, según la opinión de todos los cazadores, el trabajo más, pesado del mundo.

Una mañana, un par de carreros que pertenecían al equipo de Black y Starwell, hicieron parar sus tiros de caballos en el campamento de Hudnall y repitieron un rumor que circulaba que, interesó en gran manera al jefe. Conducían entonces mil trescientas pieles al puesta de Sprague. El rumor, que empezó a correr pocos días antes entre algunos cazadores que se dirigían al Sur, consistía en que Path y Wright, de Dodge City, se disponía a mandar carros con objeto de comprar las pieles en los mismos campamentos. Eso proporcionaría a los cazadores grandes ventajas y provecho. Y se añadía que, aquella firma pagaría los precios corrientes y se encargaría, además, del transporte.

Aquellos locuaces carreros comunicaron otras noticias que habían de interesar mucho a Hudnall. Decíase que una firma de Kansas City, Loganstein and Co., uno de los mas importantes compradores del mercado, enviaba sus cueros a Europa, especialmente a Inglaterra, en donde se descubrió que los correajes militares eran mucho mejores y mas baratos cuando se utilizaban los cueros de búfalo. Y, naturalmente, se esperaba una próxima alza en los precios.

Todo aquello excitó mucho a Hudnall. Empezó a Pasear de un lado a otro, en extremo pensativo. Ordinariamente tomaba decisiones sin vacilar, pero era evidente que aquella noticia le preocupaba mucho. Por fin exclamó como si contestara a una pregunta

-Yo me quedaré trabajando en el campamento. Tomás y Stronghurl se encargarán de llevar a Sprague todas las pieles que tenemos. Así podrán ver a nuestras mujeres y nos traerán también la confirmación de estas noticias. Y ahora apresurémonos, para que podáis salir con los carros de Starwell.

El viaje al Puesto Sprague fué interminable. Duró ocho largos y calurosos días. Sin embargo, como cada hora y

cada minuto los pasos de los cansados caballos acercaban a Tomás al lugar donde estaba Milly, el joven lo soportó con alegría.

Después de recorrer cuarenta y cinco kilómetros el último día, Tomás y sus compañeros, que salieron del Río Pease, llegaron a Sprague a hora avanzada de la noche. Acamparon en las afueras del establecimiento, en donde se veían ya las tiendas y las carros de nuevos equipos. Por la mañana temprano, Tomás, y Stronghurl viéronse rodeados por algunos individuos que se proponían dedicarse a la caza de búfalos y tenían un interés extraordinaria en oír noticias procedentes de las regiones en que abundaban tales animales. Invariablemente la primera pregunta era «¿Forman, en realidad, los búfalos rebaños de millones de cabezas a lo largo de los ríos Rojo, Pease y Brazos? >>>>>>>< Y en segundo lugar «¿Siguen los indios el camino de la guerra?» Tomas contestó afirmativamente a las dos preguntas y luego hizo cuanto pudo para responder a las que le dirigieron otros muchos, especialmente los novatos. Y recordó cuando, a su vez, era tan ignorante e inexperto como ellos.

Después de acomodar los caballos, desayunó y, una vez hubo satisfecho la curiosidad de los recién llegados, Tomás viáse contrariado en su deseo de ir a ver a Milly. Stronghurl dijo que iría más tarde a ver a los Hudnall. Sin embargo, Tomás se fué, par fin, solo, pero en cuanta hubo recorrido la casi desierta calle de la población, comprendió que era aún demasiado temprano. Por otra parte, tampoco se fijaba en nada, pensando que en aquellos instantes se hallaba a muy poca distancia de Milly y que en breve podría verla.

Librodot

Temblábale la mano al llamar a la puerta de lona de la tienda de las señoras Hudnall. Oyó algunas voces y en. seguida cuando se abrió la puerta apareció la señora Hudnall, cuyo rostro expresaba cierta alarma y expectación.

- ¡Dios mío! - exclamó al mismo tiempo que se transformaba su rostro-. ¡Hijas mías, aquí tenemos a Tomás de regreso del campamento.

-¡Y vengo muy contento por cierto! -replicó él, haciendo esfuerzos para no besar a la señora Hudnall.

-¡Entra! -dijo ésta, muy alegre, haciéndole pasar a la cocina-. No hagas caso si ves a Sally desarreglada. Acaba de levantarse... En tu cara veo que todo va bien por allá y que mi marido está bien.

-Sin duda. Tiene muy buena salud, trabaja mucho y gana gran cantidad de dinero. Me ha entregado esta carta. También ha venido Stronghurl, que vendrá a verlas más tarde.

Sally Hudnall y la señora Burn Hudnall acogieron a Tomás con no menor alegría y las cartas que él les entregó fueron recibidas con jubilosas exclamaciones.

Tomás, lleno de ansiedad, miraba la puerta que acababa de atravesar Sally, figurándose y deseando ver a Milly, pero la joven no compareció.

-¿Dónde está Milly? -preguntó impulsado por su feliz vehemencia.

Tal pregunta sobresaltó a las mujeres que, al parecer, recordaron algo enojoso. Al advertirlo, él sintió que se detenían los latidos de su corazón.

-¿Milly? Pues, verás... Se ha marchado -exclamó la señora Hudnall.

-¿Que se ha marchado? -preguntó él, atontado por el golpe.

-,Ayer precisamente. Sin duda te habrás cruzado con ella en el camino del Sur.

-¿En el camino del Sur? ¡No, no! -exclamó Tomás, desesperado-. ¿Acaso se la llevó Jett?

-Sí. Llegó anteanoohe, pero nosotras no lo supimos hasta la mañana siguiente o sea ayer-siguió diciendo la señora Hudnall, que hablaba con apresuramiento-. Le acompañaban su esposa y dos hombres. Jett vendió tres mil cuatrocientas pieles de búfalos y luego bebió bastante... El caso... Bueno, nos lió un susto a la pobre Milly y a mí. ¡No sabes la pena que me dió!

-¡Oh! ¡Ya temía yo que vendría ese hombre! -exclamó Tomás, desolado-. Milly me rogó que no la abandonase... ¡Oh! ¿Por qué no le hice caso?

-Es muy raro que no hayas encontrado a Jett -replicó la señora Hudnall-. Salió ayer tarde con tres carros. Tomaron directamente el camino militar. Durante largo rato Milly nos saludó agitando su pañuelo. Estaba muy bonita vestida de hombre.

-¿Vestida ,de hombre? -exclamó Tomás, anonadado-. ¿Qué quiere usted decir?

Jett llegó aquí por la mariana - continuó diciendo la señora Hudnall-. Estaba ya sereno, pero era evidente que traía malas intenciones. Preguntó por Milly y le dijo:

que se preparase para irse con él aquella .misma tarde. Entonces no le aoompañaba su esposa, pero la encontramos luego en el almcén de Sprague. Nos pareció una mujer muy apropiada para Jett. En fin, la pobre Milly se quedó, al principio, asustada y anonadada. Todos pudimos observarlo. Ella no quería irse, pero, no tenía otro remedio porque él habría podido obligarla por fuerza. Sin embargo, Milly no lo dijo. Primero te escribió una carta, que te daré luego, y después empaquetó su ropa. Cuando Jett llegó, hacia las tres de la tarde, entregó a Milly unos pantalones de muchacho, una chaqueta y un sombrero. Dijo que debido a la agitación de los indios, los soldados del departamento militar habían ordenado que las mujeres se alejasen de las comarcas de los búfalos. Jett disfrazaba a sus mujeres con trajes masculinos. Milly tuvo que cortarse su hermoso cabello. Se lo cortó Sally. En fin, la pobrecilla se puso el traje masculino y se marchó con Jett. Se mostró muy valerosa. Nosotras temíamos que pudiera ocurrirle algo desagradable, aparte los indios. Y aún nos asustamos

más cuando anoche nos dijo Sprague que la señora Jett fué la esposa de un bandido llamado Harding, a quien mataron el verano pasado en Fuerte Dodge. Ésta es toda la historia.

¡!Dios mío! ¡Es más de lo que podía sospechar! -exclamó Tomás con voz ronca, sintiendo a la vez grandes temores por Milly y una cólera extraordinaria contra sí mismo -. ¿Qué puedo hacer? Quizá lograría alcanzar a Jett. ¿Y luego?

-Eso es, precisamente, lo que haría yo... Reunirme con ella-aconsejó la señora Hudnall -. Quizá de ese modo podrías separarla de Jett. Díselo a mi marido. Él hará algo... Mira, Tomás, aquí tienes la carta de Milly. Espero que te dirá cuánto te quiere, porque para la pobrecilla'tú eres todo lo que desea y quiere en este mundo. Cuando me la entregó lloraba a lágrima viva.

-Muchas gracias -contestó Tomás con emocionada voz tomando la carta y disponiéndose a marchar.

-Vuelve antes de irte -añadió la señora Hudnall-. Deseamos encargarte algunas cosillas y darte unas cartas.

-Oye, Tomás-exclamó Sally desde el umbral - Dile a Dave Stronghurl que si no viene en seguida, que no se moleste.

-Ya vendrá -replicó Tomás mientras tomaba apresuradamente el camino del campamento, en donde ció a Stronghurl el recado de Sally.

-¡Oh! Ya hay tiempo -exclamó Dave, sonriendo.

-No. Emprenderemos el regreso en cuanto hayamos vendido las pieles.

-¡Maldita sea... ! ¿Por qué tanta prisa, Tomás? Oye, pareces enfermo.

-En efecto. Temo haber perdido para siempre la felicidad -replicó Tomás, que inmediatamente contó a Dave la ocurrido.

Su camarada blasfemó con la mayor energía y q,uedóse pensativo.

-Oye, Tomás-dijo al fin-. Es posible que la cosa no sea tan desagradable como parece, aunque el caso es bastante malo. No sabes cuánto sentiría ver a esa pobre muchacha en poder de los indios.

-¿Indios? Quien me da miedo es Jett. Es un hombre malo, de pésimas intenciones... Me parece... que no tendré más remedio que, matarle.

Harás muy bien, si es como dices. Puedes contar con mi apoyo. Vamos a ver. Convendrá darnos prisa. Tú ocúpate en vender las pieles y en cumplir los encargos de Hudnall. Yo iré a ver a Sally.

Dicho esto, Stronghurl cuidó rápida y minuciosamente de su aspecto personal y luego se dirigió hacia el puesto. Una vez solo, Tomás se apresuró a romper el sobre de la carta de Milly. Estaba escrita con tinta y en un buen papel. El carácter de letra era regular y claro. Al joven le produjo extraordinaria impresión el ver por primera vez la escritura de Milly. -

«Puesto de Sprague, 19 de julio.

»Querido Tomás

»Ruego a Dios que recibas pronto esta carta... O, por lo menos, que la recibas. Jett ha venido a buscarme. Debo seguirle. No tengo otro recurso. Pero si tú o el señor Hudnall hubieseis estado aquí, me habría negado, exponiéndome a que Jett apelara a la violencia.

»Con toda seguridad me llevará a la comarca de los búfalos y tú estarás también por allí. Sé que me encontrarás.

»Ahora estoy muy asustada, tengo el corazón destrozado. Pero cobraré ánimo y me esforzaré en engañar a Jett para huir de él, a fin de salvarme. He comprado una pequeña arma de fuego que puedo ocultar, y en caso necesario haré uso de ella para rechazar cualquiera de sus ataques. Te amo. Eres cuanto tengo en este mundo. Con seguridad, Dios me protegerá.

»Por estas razones no debes apenarte demasiado, ni perder la esperanza. No cesen de buscarme. En cuanto pases por las inmediaciones de un campamento que no conozcas, busca un pañuelo rojo atado a un lugar visible. Será mío, » MILLY. »

Tomás permaneció sentado, contraídos los puños por la rabia. Aquella carta le daba, a la vez, esperanza y lo sumía en la desesperación. Sentía extraordinario remordimiento por haberla dejado sola, de modo que aquellos instantes fueron los más amargos de su vida. Pero al leer la carta de Milly sintió renacer el valor. Debía ser fiel a la valentía que ella le suponía; debía esperar lo mejor y no cesar nunca de buscarla, aun cuando comprendía que era muy difícil lograrlo.

Vendió das pieles de Hudnall a un precio superior al cobrado por éste en la primera expedición. Siprague no sólo confirmó los rumores que motivaron el viaje de Tomás, sino que, incluso, añadió algo de su propia cosecha. Aún no se había alcanzado el precio máximo de las, pieles. Además ofreció tanto por su parte, que Tomás se preguntó si Hudnall se resolvería, al fin, a vender a los compradores de Dodge City. El joven no dejó de advertir que existía una gran rivalidad entre las distintas firmas que compraban cueros, lo cual redundaba en beneficio de los cazadores.

-Voy a comunicarle otra cosa interesante -dijo Sprague-. Además de las pieles, los huesos de los búfalos darán muy buenas utilidades. Acabo de enterarme de que se ha vendido un enorme montón de huesos que estaban a lo largo de la línea del ferrocarril de Santa Fe, a razón de diez dólares la tonelada. Los utilizan como abono.

-¿De veras? -exclamó Tomás, sorprendido-. ¿Qué dirá Hudnall? Sin embargo, Sprague, no me parece cosa fácil transportar los huesos desde la comarca del Río Rojo en cantidad suficiente para que resulte un negocio.

Desde luego, comprendo que está muy bien. Pero nunca se sabe lo que puede ocurrir.

-Y ahora dígame. ¿Qué opina usted, sinceramente, de la agitación entre los indios? ¿Es casa seria?

-Mire, Doan -replicó Sprague con acento solemne-. Crea usted lo que digan los exploradores y los hombres de la llanura. Ellos lo saben. La mitad de Texas quedará cubierta por una multitud de granjeros que en la actualidad son cazadores de pieles. Ésos no conocen el Oeste y algunos perderán la vida. Es lo menos que se puede temed

-Y ¿qué sabe usted con respecto a los ladrones de cueros? -preguntó Tomás.

Muy poco. Ése no es mi negocio. Yo compro pieles a todo el mundo y no puedo permitirme el lujo de sospechar de los cazadores.

-¿Conocía usted a la joven Milly Fayre, que vivía con la señora Hudnall?

-¡Ya lo, creo! Me fué muy simpática. La señora Hudnall me dijo que Jett era su padrastro y que se disponía a llevársela vestida de chico. Yo le vendí a Jett esa ropa, aunque sin saber para qué la quería.

-Pues es mi prometida. La pobrecita odia a Jett y le teme.

-¡Hola! ¿Ésas tenemos? -exclamó aquel hombre del Oeste de marcadas. facciones, haciendo un rápido gesto de comprensión-. Pues mire usted, Doan, creo no equivocarme si le digo que lo ocurrido me da mala espina.

-A mí me parece terrible. ¿Podría usted decirme si Jett... es un mal cliente?

-Lo que pueda ser nada importa -replicó Sprague en voz baja-. Pero siga mi consejo. Procure encontrar a Jett y arranque a la muchacha de su poder... aunque tenga que matarlo. ¿Comprende?

Tomás había visto el mismo centelleo acerado que ahora resplandecía en los ojos de Sprague, en los de Pilchuck.

-Sí... Comprendo -replicó tragando saliva.

Una hora más tarde conducía su carro al trote de los caballos por el camino militar y Stronghurl pasaba grandes fatigas para no quedarse atrás.

Librodot

X

Levantándose temprano y prolongando la marcha hasta muy tarde, Tomás Doan, seguido por Stronghurl, continuó su camino hacia el Sur a través de la pradera, en dirección a los campos de los búfalos. Todos los días, al terminar la jornada, se esforzaba en adelantarse a la marcha de los equipos que le habían precedido. Así cada día tenía la ansiosa esperanza de encontrar a Jett, y la hora de la puesta del sol le proporcionaba una aguda y palpitante excitación. Sin embargo, todas sus pesquisas entre los campamentos que hallaba a su paso terminaban con un amargo desengaño.

Una cosa notable en aquel viaje era que, a medida que adquiría ventaja sobre los equipos, éstos aumentaban la velocidad de su marcha y se esforzaban en no perder de vista los carros de Tomás y de Stronghurl. El primero encontraba muy natural esta conducta, porque a la sazón se hallaban ya en territorio indio.

A primera hora del noveno día de aquel largo viaje, Tomás y Stronghurl vadearon el río Pease por un lugar bastante peligroso y penetraron en la zona de la matanza. No había ningún búfalo vivo a la vista y sólo pudieron divisar sus cadáveres, abandonados por los cazadores, que inficionaban el ambiente, convirtiendo la pradera en un horrible matadero. Pasaron junto a millares de montones de huesos y de carroña, pero a medida que avanzaban, disminuía el número de los primeros y aumentaba el de la segunda. Los coyotes, en manadas, como perros salvajes, luchaban a lo largo del camino, sin hacer ningún caso de los carros. 'Lo cierto es que algunos de ellos estaban tan ahítos de comida, que ni siquiera hubieran podido echar a correr. Los busardos eran tan numerosos como los cuervos en un campo de trigo de Kansas durante el mes de octubre, y también estaban hartísimos.

El rastro que dejaban los cazadores de pieles era algo capaz de dar náuseas al hambre más insensible, que creería hallarse ante una horrorosa hecatombe.

Tomás comprobó otra cosa que durante mucho tiempo le preocupó, pues había oído hablar de ella a los cazado-

res. Por cada búfalo muerto y despellejado, había otro lisiado que huía para morir al fin, de modo que cuando se encontraba, su piel era ya inútil por completo. En toda garganta, cauce seco o depresión de la línea principal que, en su camino, recorrían los cazadores y que muchas veces había frecuentado Tomás en su viaje o que por casualidad encontraba al acampar o al' detenerse al mediodía, había siempre un búfalo muerto sin despellejar. Suponiendo que él hubiese visto un centenar, ¿cuántos serían los millares que habría? Ésta era una formidable acusación que podía dirigirse a los cazadores.

Hacia las doce de aquel día pudo divisar algunas manadas de búfalos vivos que, más tarde, aumentaron en número, se ensancharon y empezaron a moverse. Tomás alcanzó a un carro arrastrado por cuatro caballos, y al situarse a su lado, dirigió su pregunta habitual.

-¿Quién? Jett? -exclamó el carrero -. No. No he oído tal nombre. ¿Y tú, Sam?

Su compañero no pudo recordar tampoco ningún nombre parecido.

-Hemos encontrado muchos equipos, pero jamás oímos tal nombre -añadió el primera,

Pero cuando Tomás les preguntó si habían visto un equipo formado por tres grandes carros, tres hombres, una mujer y un muchacho, 1e contestaron:

-Sí. Hemos encontrado un equipo así. ¿Su jefe no era el hombre de barba amarillenta?

-Precisamente. ¡Ése es Jett! -replicó Tomás, en extremo interesado.

-Pues esta mañana pasó junto a nosotros. Me acuerdo muy bien, porque el muchacho nos miró y agitó un pañuelo rojo. Pudimos notar que tenía los ojos muy negros grandes,

"¡Milly!" -pensó Tomás.

-Muchas gracias, amigos. Ése es, precisamente, el equipo que ando buscando.

Siguió adelante, exigiendo un gran esfuerzo a los fatigados caballos y se hizo el sordo a las preguntas que sus informadores le dirigieron acerca de los asuntos que les interesaban. La esperanza y la resolución aumentaban por momentos en Tomas, a medida que seguía adelante. Jett se apresuraba, sin duda, alguna, para llegar a los campos principales y no sería difícil encontrarle en caso de que

no consiguiera sorprenderle en el camino. La carta de Milly se hallaba en el :bolsillo del pecho de la camisa de franela de Tomás, y con frecuencia la oprimía' con su mano, como si de este modo quisiera contestar al llamamiento de la joven. Viajaba con tanta perseverancia y rapidez, que al fin se adelantó mucho a Stronghurl y a la serie de equipos que le seguían.

Algunas millas más lejos, con manadas de búfalos rezagados a cada lado, y el estampido continuo de los rifles que disparaban contra ellos, siguió su camino. Desde lo alto de la última cresta que dominaba el río, vio una cortina de polvo a lo lejos, en dirección Oeste. Allí, sin duda, se trabajaba de firme. Pero aquel lugar estaba a bastantes millas de distancia. El río formaba algunos meandros a través de la pradera y de una ancha faja de álamos y olmos, de un verde oscuro. En una hora llegó Tomás junto a ellos. Aún no había divisado el equipo formado por tres carros. Con atenta mirada examinó el polvoriento camino, para cerciorarse de que no torcían a ninguno de ambos lados huellas de carros.

Poco después se acercó a las zonas ocupadas por los campamentos y pronto pasa junto al primero, que era nuevo para él, pues estuvo ausente dos semanas de aquel lugar. A la sazón corría el mes de agosto.

El dolor de Tomás había disminuído mucho, y estaba persuadido de que Milly se hallaría en alguno de los campamentos establecidos a lo largo de aquel tributario' del río Pease.

Resonaban sin cesar las detonaciones de los calibres 50 y, aunque no con mayor intensidad que antes, eran, sin embargo, más numerosos, oyéndose a ambos lados del río. Tomás visitó un campamento después de otro; algunos los conocía ya, otros eran nuevas para él, pero en ninguna parte alegró sus miradas el espectáculo de un pañuelo rajo sujeto a una tienda o a un carro. Recorrió cauchos kilómetros a lo largo del río y pasó' junto a numerosos campamentos, sin resultado alguno. Los cazadores regresaban entonces de cazar y cuando el joven estuvo cerca del equipo de Hudnall, cesaba, va el tiroteo general. Entonces le era imposible visitar todos los campamentos. Además, algunos se hallaban a gran distancia del camino y otros habían sido instalados más abajo, entre las espesuras inmediatas al río. Divisó algunas huellas de carros que describían

media vuelta al abandonar el camino principal hacia el río. Pero no pudo hallar la menor señal del equipo de Jett. A pesar de que estaba bastante disgustado, no perdió el ánimo. Sin duda Jett se hallaría entre los cazadores que perseguían el rebaño principal.

Antes de la puesta del sol llegó al campamento de Hudnall.

-¡Aquí está Tomás! -gritó Burn, que fué el primero en verle.

Pero Hudnall se adelantó cara acudir a su encuentro y casi le abrazó a causa de su alegría y de su asombro.

-¿Tan pronto de vuelta? ¡Caramba! Debes de haber venido corriendo como un rayo- exclamó muy alegre. Hemos tenido una cacería magnífica. Bien es verdad que hemos trabajado mucho, pero ha sido como si hubiésemos encontrado urca veta de oro. ¿Qué te han dado por mis pieles?

-Cincuenta centavos más por cada una - replicó Tomás mostrando un enorme fajo de billetes-. ¡Es una lástima desprenderse de esto! Además aquí van algunas cartas. Traigo también periódicos, revistas y otras corsas en un cesto que hay debajo del asiento.

-¿Cómo están las mujeres? -preguntó Hudnall mientras palpaba los billetes de Banco.

-Perfectamente. No pueden estar mejor, pero mi... Milly se ha ido -contestó Tomás.

-¡Milly! ¿Quién es? ¡Ah, sí! Tu novia. Me había olvidado. Oye, Doan, estás muy flaco y pareces fatigado. Este viaje te ha cansado mucho, sin duda.

Hudnall demostró entonces la mayor bondad y solicitud por el joven,

-No. Son las preocupaciones. Ya se lo contaré. Dave se ha quedado atrás, al frente de una caravana entera de nuevos cazadores de pieles.

-Pues cuantos más seamos, más nos divertiremos. Hay sitio bastante y no se nota siquiera la disminución de búfalos -contestó Hudnall -. Pilchuck mató doscientos cincuenta y seis anteayer. Es el número mayor de los que ha matado en un día. Pero dice que mejorará su hazaña. Y ahora que recuerdo, Tomás, había olvidado decirte que te pagaremos el transporte de las hieles. ¿Te parece bien cinco dólares al día?

-Muy agradecido -replicó Tomás con acento de fatiga, sentándose a descansar-. Me parece que estoy agotado. Tenga usted en cuenta que durante todo el camino de regreso me esforcé en alcanzar a Jett, quien salió de Sprague un día antes que yo, llevándose a Milly.

-¡Demonio! -exclamó Hudnall, perdiendo repentinamente la alegría -. Hasta aquí han llegado rumores desagradables acerca del equipo de ese Jett. Es preciso que te esfuerces en llevarte a Milly.

-Hasta hoy no pude encontrar huellas de Jett-dijo Tomás-. Me precedía a poca distancia, aunque no pude ver sus carros. Debió de llegar al río hacia media tarde y sin duda está por ahí.

-Bueno. Ya lo encontraremos. No te preocupes. Esta región no es propia para las mujeres. Por fin me he convencido de ello, Tomás.

-¿Qué ha ocurrido desde que me marché? -preguntó el joven.

-Pues, mira, hijo, si diésemos crédito a iodo cuanto hemos oído, estaríamos ya camino de Sprague -declaró Hudnall-. Sin embargo, debe confesarse que algo hay de verdad en todo eso. Por mi parte he podido ver a algunos kiowas que murieron en las curvas que describe el río, a poca distancia de aquí. Asaltaron un campamento y cruzaban ya el río, huyendo, cuando algunos cazadores que había en la otra orilla los mataron a todos, hombres v caballos.

-Pues yo temo oír algo peor todavía-replicó lacónicamente Tomás.

-Bueno, ahora lávate v. descansa -aconsejó Hudnall-. Yo cuidaré de los caballos. Quizá convendrá retrasar un poco la cena. Estos días Pilchuck siempre se retrasa algo. Le gusta cazar a última hora de la tarde; además, no veo la menor señal de Stronghurl.

-Cuando yo llegué al río, Dave se hallaba a la vista -dijo Tomás -y como luego acorté la marcha, no puede andar lejos, a no ser que esté muy- cansado.

Más tarde, después de haberse bañado y afeitado, y una vez se hubo puesto ropa interior limpia, Tomás sintió un gran alivio corporal. Sin embargo, estaba muy preocupado y agitado por mil pensamientos desagradables.

Llegó Pilchuck después de ponerse el sol; apareció lleno de polvo, con la cara sucia de pólvora y el traje destrozado: su aspecto revelaba los excesivos esfuerzos

realizados que le hacían un gran cazador. Su fatigado caballo apenas podía reconocerse. El sudor, la espuma y el polvo habíanle cubierto con una capa espesa, amarillenta v seca, corno fango endurecido por el sol, en la parte delantera v el cuarto trasero.

-¿Cómo estás, Doan? - exclamó saludando a Tomás, ofreciéndole al mismo tiempo su vigorosa y dura mano-. Como encargado de transporte eres el número uno. Reconozco que tienes aspecto de fatiga. Te veo muy flaco. Pero yo también siento los efectos del cansancio.

-¿Ha tenido usted un buen día? - preguntó Tomás después de devolverle el saludo.

-¡Oh! No mucho. Maté catorce machos en las primeras horas, pero luego me vi rodeado por un rebaño y tuve que renunciar a seguir disparando. No deseo verme envuelto en una estampida de estos animales, porque entonces río podría referir mi historia. Aquel rebaño me obligó a recorrer más de treinta kilómetros a lo largo del Soapberry y, en cuanto pude librarme de él, me vi frente a un grupo ele kiowas de aspecto poco tranquilizador. Hallábanse

entre el lugar que yo ocupaba y el campamento. Tuve que andar un rato hacia aquí y ellos siguieron avanzando también por espacio de tres kilómetros, interceptándome el paso y, por fin, al darse cuenta de que estaba solo, empezaron a perseguirme.

,El explorador terminó así su narración y se dedicó a sus faenas. Por extraño que parezca, Tomás escuchó el relato de aquel incidente con una tranquilidad que le pareció el mejor indicio de! su convicción de que los tiempos que corrían eran ya heroicos, y peligrosos.

Un poco más tarde llegó al campamento Dave Stronghurl con los: caballos muy fatigados y, a su vez, cansadísinio, aunque locuaz y extremadamente alegre, dado s11 carácter. Tomás comprendió que Dave tenía alguna idea y esperó con interés los resultados. Hudnall le acogió con la misma cordialidad que a Tomás, le hizo iguales preguntas, le dio, idénticas noticias acerca de la cacería y de los sucesos del campamento, encargándose también de su tiro de caballos.

-¿Sabes algo de, Milly? - preguntó Dave mientras se quitaba la camisa-. ¡Demonio ! ¡Cómo corriste hoy por la pradera!

Tomás se alegró de comunicar a su camarada que, por

fin, había encontrado las huellas de Jett. Dave expresó su satisfacción con palabras no demasiado escogidas. Mientras se lavaba, Dunn y Ory Tacks llegaron con las ochenta y seis pieles que habían cogido aquel día, nada satisfechos, por cierto, del resultado. Dunn arrojó las pieles dobladas al suelo, a poca distancia del campamento, en tanto que Tacks desenganchaba el tiro de animales. Hudnall, rápido y hábil en el1 campamento como en otra parte cualquiera, preparó en poco tiempo una buena cena, ante la cual sentáronse los seis hombres, hambrientos como lobos y tan locuaces corno lo permitían sus bocas, llenas de comida.

Ory Tacks había pasado ya varias semanas cazando búfalos. Pero no había cambiado lo más mínimo, a excepción de que parecía algo más delgado. El trabajo y el peligro no consiguieron transformar su infantil expresión de alegría. Llevaba el mismo :sombrero muy encasquetado, con el ala inclinada a un lado y, como de costumbre, también uno de sus rojizos mechones de cabello salía por un agujero de la copa.

Ory dirigió numerosas preguntas a Tomás acerca de Sprague, sin duda con algún propósito definido, pero como Tomás estaba, a la vez, hambriento y preocupado, no se esforzó en satisfacer su curiosidad.

En vista de ello Ory, entre uno y otro bocado, dedicó su interés a Stronghurl, aunque entonces demostró la mayor vehemencia.

-Señor Strongthrow[2] - empezó diciendo, equivocándose, como siempre, al pronunciar el nombre de Dave.

-¿,Ha visto usted a mi ... a nuestra... a la señorita que está en Sprague?

-No. Siento comunicarle que -se ha marchado con Jett -replicó Dave.

-¿Que se ha marchado la señorita Sally? - exclamó Ory.

-No. Me refiero a la novia de Tomás, Milly Fayre -replicó Dave con seco acento.

-Pero ¿ha visto usted a la señorita Sally?

-Sí.

-Entonces, no dudo que le habrá entregado alguna carta para mí-insinuó Ory con asombrosa candidez.

-¿Cómo? -exclamó Dave soltando casi el bocado de bizcocho que se disponía a comer.

-¡Que usted tiene una carta de Sally para mí! -dijo Ory en tono afirmativo.

-¿Se ha figurado que soy un, ambulante de correos, que va con las cartas de un lado a otro?

-¿Ha tenido usted ocasión de verla varias veces? - preguntó Ory con la mayor cortesía.

-No. No la he visto mucho.

[2]Strongthrow, lo mismo que Stronghurl, significa lanzamiento o tiro vigoroso.

-¿Cuánto tiempo pasó con ella? Se lo pregunto porque, por poco que hubiese estado a su lado, ella le habría dado un mensaje para mí, seguramente.

-Apenas estuve media hora con ella, pero corno Tomás tenía mucha prisa por marcharse, Sally y yo estuvimos muy ocupados en preparar las cosas para casarnos -replicó Dave con fingida imperturbabilidad.

Esto tuvo por resultado dejar a Ory anonadado, sumido en el mayor silencio y extrañeza, como si no se diera cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Tomás tenía grandes deseos de echarse a reír, pero no hizo nada por descubrir el engaño. Hudnall levantó la vista y frunció el ceño.

-Mira, Dave, no debes gastarle esas bromas a Ory - dijo con severidad-. Tiene tanto derecho a Sally como tú. Por consiguiente, si ella le ha enviado una carta, haz el favor de entregársela en seguida.

Dave se puso colorado al oír tales palabras.

-No me ha entregado ninguna -replicó.

-¿Estás seguro? - añadió Hudnall con gran recelo-. No tengo mucha confianza en ti, Dave.

-Así parece. Pero no miento.

-Muy bien. Ahora te aconsejo que no vuelvas a bromear hablando de tu casamiento con Sally, con el único fin de molestar a Ory.

-Es una broma de mal gusto.

-Pues sepa usted, jefe, que no quise bromear a costa de Ory ni burlarme del mechón de cabellos que le sale por el boquete de su sombrero -replicó Dave.

-¿Cómo? -exclamó Hudnall. -Sally y yo nos hemos casado.

-Sí, señor. Encontramos en Sprague a un sacerdote que iba de viaje, y Sally y yo aprovechamos la ocasión para casarnos.

-¿Sin pedirme permiso a mí, a su padre?

-No estaba usted allí. Sally estaba conforme... v creímos que podríamos comunicárselo a usted más tarde. -¿Y no se lo dijiste a su madre?

-No. Yo sí quería, pero Sally me contestó que su madre no me creía digno de ser su yerno.

-¿De modo que huiste con mi niña y te casaste con ella? -rugió Hudnall, rabioso.

-¿Niña? Sally es una mujer hecha y derecha. Oiga usted, Hudnall, comprendo, su disgusto, pero me figuraba que tendría sentido común. Sally y yo nos habríamos casado al terminar la cacería. Yo necesitaba alguien que cuidase de mi dinero y lo guardara en caso de morirme por ahí. ¿Qué hay, pues, de malo en todo esto?,

-¡Que eres un pillastre! -exclamó Hudnall-. No me pediste permiso. ¡Eso es lo que hay! Y te advierto que tengo grandes deseos de darte una paliza.

que Stronghurl no se afectó demasiado al oír esta amenaza. -Pues si lo desea, ¡adelante! -replicó fríamente.

Era un --muchacho lento de ideas y de movimientos, imperturbable y frío.

Pilchuck se estremecía conteniendo la risa.; Ory Tacks deseaba vengarse. Burn Hudnall estaba, a la vez, consternado y divertido; el viejo Dunn contemplaba la escena muy asombrado y en cuanto a Tomás, tenía la impresión de que aquello terminaría en riña, aunque no acababa ¡de convencerse de que la cosa pasara a mayores.

-¿De modo que quieres recibir una paliza? - exclamó Hudnall con voz fuerte e irguiendo el cuerpo.

Su corpulencia era doble que la de Stronghurl y así no le habría sido nada difícil' acogotar al recién casado, a pesar de que también era robusto. Stronghurl se puso en pie lentamente, bastante preocupado, y, sin embargo, resignado y valiente.

-Confieso que puede usted pegarme, Hudnall - dijo -, y si eso ha de servirle de consuelo, puede empezar cuando guste. ¡Acabemos de una vez!

Hudnall pareció cambiar repentinamente de actitud, e inclinando hacia atrás su cabeza, cubierta de abundante cabello, prorrumpió en una carcajada estentórea. Eso, naturalmente, cambió por completo la situación. También Pilchuck dio rienda suelta a la risa y los demás, a excepción de Dave, le acompañaron en su manifestación de alegría. Hudnall fue el último en serenarse y luego mostró su fornida mano a Stronghurl,

-Mira, Dave. Es muy natural que me irritase la noticia, pero no puedes imaginarte cuán cómica me ha parecido la idea -de que tú y yo fuésemos a pelearnos por Sally. En fin, ¡Dios te bendiga! Me alegro por Sally y por ti, aunque no me hayas pedido el permiso. Os deseo prosperidades y larga vida,

La estolidez y de Stronghurl no era impermeable a aquella aprobación cordial e inesperada, y con su embarazo la decisión, demostró cuán conmovido estaba. Tampoco aceptó con la tranquilidad que se habría podido esperar de él, las felicitaciones de los demás individuos del equipo, a juzgar por la impresión que produjo el anuncio de su matrimonio. Ory Tacks, por su parte, se esforzó en demostrar franca y virilmente su amistad:

Y a causa de este incidente, de las noticias de Sprague, que fue preciso comunicar a Hudnall y a Pilchuck, v del relato que éstos hicieron a Tomás y a Dave de lo ocurrido en l a cacería, el equipo no terminó muy temprano de extender las pieles obtenidas aquel día y, por lo tanto, no se acostaron temprano.

A la mañana siguiente Hudnall ordenó que cada uno de ellos se apartase algo de su camino, vara visitar los nuevos campamentos y preguntar a los cazadores por el paradero de Bandall Jett.

-Corno comprenderás, Tomás -dijo -, no podemos interrumpir el trabajo, pero dedicaremos algún tiempo a este asunto. Yo conduciré el carro haciendo viajes de ida y vuelta, para que vosotros tengáis tiempo de explorar un poco las orillas del río. Tengo la impresión de que aro tardaremos en encontrar a Milly.

-Y luego ¿qué ocurrirá? -pregunto Tomás, profundamente impresionado ante la seguridad de aquel bondadoso hombre.

-Luego déjalo por mi cuenta -replicó secamente Pilchuck.

Tomás comprendió inmediatamente que el explorador tenía algún propósito que no había insinuado siquiera. Pero transcurrieron aquel día, el' siguiente y algunos más sin que encontrasen la menor huella del equipo de Jett. Alguno que otro de los que pertenecían al de Hudnall

había recorrido quince kilómetros a un lado y a otro siguiendo la orilla occidental del río, pero no pudieron hallar ningún campamento de tres carros.

-Jett sin duda ha atravesado el río - observó Pilchuck -. Hay por allí algunos equipos y bastantes búfalos para él.

-¿Qué haré yo? -preguntó Tomás, suplicante. -Pues mira, hijo, tú no puedes trabajar debidamente -replicó el explorador- Yo, en tu lugar, me tomaría dos días de permiso. Vete río abajo, por espacio de veinte millas, más o menos, cruza el río y regresa por la otra orilla. Y si as no obtienes ningún resultado sigue subiendo, cruza cuando estés a treinta kilómetro; río arriba, y regresa. Pregunta también por 'los indios, y procura tener los ojos abiertos,

Dusty, el caballo de silla de Tomás, lo montaron Burn Hudnall y Pilchuck durante la ausencia del joven; se había convertido en un rápido e incansable animal, solamente inferior a la mejor montura :de Pilchuck. A la mañana siguiente salió Tomás montado en Dusty, bien armado, con una pequeña cantidad de provisiones, una cantimplora llena de agua y un anteojo.

En menos de dos horas había transpuesto el límite de quince kilómetros .y se hallaba ya en una región desconocida, en donde abundaban los campamentos, y los búfalos eran, al

Librodot

parecer, tan numerosos como las abejas en torno de la colmena. Pero pocos eran los campamentos en que halló algún ocupante. A aquella hora todos los hombres de cada equipo tenían trabajo en la pradera, como demostraban los incesantes disparos. ¡Cuánto esforzó la vista Tomás para divisar el pañuelo rojo que Milly le prometió poner como señal en el lugar donde estuviese! ¡Y cuál era siempre su desencanto al no hallar una manca o algo que tuviese el anhelado color rojo!

Desde cada campamento, Tomás subía por la pendiente de la pradera, hasta encontrar el terreno liso y la multitud de búfalos envueltos en una nube de polvo. Así se puso en contacto con cazadores, desolladores y carreros, todos los cuales le dispensaron una acogida menos cordial de la que recibió de los cazadores de búfalos, antes de dirigirse al Norte. A Tomás le costaba bastante explicar su propósito. Aquellos hombres no querían perder un momento y era evidente también que en iodos loas campamentos del Sur se desconfiaba de los desconocidos, y nadie pudo o quiso dar alguna indicación referente al equipo de Jett.

-¿Anda usted buscando ladrones de pieles?-preguntó un viejo y canoso cazador.

-No. Busco a una muchacha a quien ha traído aquí un individuo llamado Jett.

-Lo siento. Nunca oí tal nombre. En cambio, si buscase ladrones de pieles, el asunto me interesaría enormemente -replicó el cazador.

-¿Por qué? -preguntó el joven, lleno de curiosidad.

-Pues porque me han robado mil cien pieles de mi campamento - replicó - y desde entonces no he sabido más de ellas.

-Eso es muy, desagradable. ¿Ocurren con frecuencia tales robos?

-¿Qué se yo?-replicó el hombre-. Los cazadores de búfalos ocupan un espacio de setenta kilómetros cuadrados y no cesan de ir de un lado a otro. Es imposible seguir la pista de nadie. Es como si todo el mundo estuviera loco. Por eso hay algunos sinvergüenzas que se enriquecen con el trabajo ajeno.

Pero, en general, Tomás encontró a muy pocos individuos dispuestos a perder el tiempo charlando, de modo que antes de terminar aquel día decidió no interrogar a nadie más, porque le molestaba mucho ser mirado con dureza, frialdad y desdén. No le quedaba más recurso que seguir registrando la comarca hasta encontrar a Jett o su campamento. Aquello era sumamente difícil; sin embargo, le impulsaba su deseo y su terror. Siguió adelante, hasta pasar la zona ocupada por los campamentos y dejó de oír los disparos de las escopetas del 50. Y aunque no se había alejado muchas millas, dejó atrás el extremo del rebaño de búfalos.

Estaba bastante avanzada la tarde; por consiguiente, Tomas no podía abrigar la confianza de llegar al campamento. Cruzó la corriente, que allí era poco profunda y tenía un lecho arenoso, sobre el cual se deslizaba el agua con gran rapidez. Con toda probabilidad se hallaba a muy pocos kilómetros el nacimiento del río, entre las rocas del Llano Estacado; la comarca estéril parecía mirar con hostilidad a la pradera.

Tomás tomó la precaución de examinar los alrededores de los sitios despejados, utilizando el anteojo. No vió más que búfalos, a poca distancia, lejos y, en general, en todas direcciones; aquellos animales parecían puntitos que :salpicaban el :suelo o formaban extensas fajas, aunque sólo eran los rezagados del inmenso rebaño que había al otro lado del río.

Una buena pista, en la que había huellas de caballos, seguía la orilla occidental del río, pasaba por la línea exterior del bosque y a veces atravesaba algunos de sus calveros. Pero Tomás no encontró ningún camino ni vio campamento, hombre o caballo alguno. La pradera era allí una hermosa llanura cubierta de hierba amarillenta, a causa del extremado calor del sol. Algunas manadas de antílopes pacían al alcance de su rifle y se mostraban tan mansos como el ganado de las granjas. Los gamos cruzaban ante él a través del bosque; los pavos silvestres, a centenares, observaban su aproximación, pero no intentaban huir siquiera; y en el polvo de la pista descubrió huellas de osos .y de jaguares.

Librodot

Aun después de ponerse el sol, Tomás siguió avanzando. Pero antes de oscurecer descubrió un espeso bosquecillo de árboles, en el cual decidió pasar la noche. Tras de fijarse en un lugar apropiado algo apartado del camino, desensilló a Dusty, lo llevó a beber al río y luego, lo ató a una estaca, con una cuerda bastante larga, en un lugar donde había abundante hierba.

El crepúsculo tendió sus sombras entre loas árboles, en tanto que Tomás comía un poco de carne y pan que tuvo la precaución de llevarse. No necesitaba encender fuego, porque el ambiente era caluroso; por otra parte, una hoguera habría podido llamar la atención. Extendió en el suelo las mantas que llevaba arrolladas en la silla, utilizó esta última como almohada :y después de dejar las armas al alcance de la mano, se tendió para dormir lo más cómodamente posible.

Aquélla fue la primera noche que pasó solo por completo en las praderas de Texas. El caso era nuevo, extraño y, sin embargo, agradable e inquietante a la vez. Su deseo de encontrar a Milly lo alejó de los campamentos de los cazadores llevándole a una desierta parte de la comarca en donde podía correr peligros considerables. Y, como es natural, sus recelos le hicieron doblemente susceptible a cuanto le rodeaba.

La oscuridad envolvió la espesura inmediata al río. Los insectos nocturnos habían empezado ya su incesante canción, en voces bajas, monótonas y quejumbrosas. Las ranas se unían al coro con su ruidoso y bronco croar. Mas, a pesar de aquellos sonidos, parecía reinar un silencio absoluto. La soledad era imponente. Tomás no podía acabar de creer que a lo largo de aquel río se estuviese llevando a cabo el exterminio de las reses más numerosas v magníficas de América entera; que muchas partidas de indios siguieran el camino de la guerra, y que los ladrones de pieles estuviesen cometiendo secretas depredaciones. En aquel lugar la noche era solitaria y triste e inspiraba a Tomás unos pensamientos que hasta entonces nunca le habían molestado.

Poco a poco su atención vióse atraída, a intervalos, por unos apagados y suaves pasos, al parecer muy cercanos, y por los crujidos de las ramitas de la espesura, así como por el chillido de los coatis. De pronto le sobresaltó un grito espantoso, parecido al de una mujer, aunque no tardó en reconocerlo como proferido por un jaguar. Varias veces oyó hablar de él a los cazadores en ,los campamentos. Gradualmente desapareció su nerviosidad, persuadido de que aquellos hijos de la salvaje comarca no habían de hacerle ningún daño; sólo debía temer a los seres hechos a su propia imagen y semejanza.

La noche, las estrellas, los insectos, loas furtivos habitantes de la espesura, la suave, soñolienta y profunda oscuridad de la noche estival, la soledad y la libertad' de aquella extensa región, todo ello ejercía su influencia en la mente de Tomás, gracias a lo cual' adquirió la confianza de que había algo mucho más fuerte que la maldad humana. Milly no podría estar perdida para él.

Por fin se durmió. Se despertó tarde, al oír los leves ruidos producidos por los pavos silvestres, al parecer tan inmediatos, que habría jurado posible arrojar su sombrero entre ellos. El sol apareció teñida de rojo por el horizonte oriental. Habíase despertado demasiado tarde. Fue abra de pocos momentos el tomar su frugal desayuno, arreglar v ensillar el caballo, v llenar la cantimplora. Luego volvió a seguir el camino, vigilante y cauteloso, para que so propio deseo no le extraviase.

Recorrió quince kilómetros hacia el Este, antes de que en sus oídos sonase el continuo estampido de los rifles de gran calibre. En la pradera pacían algunos pequeños rebaños de búfalos, pero loas cazadores no los molestaban siquiera. El tiroteo procedía del lado opuesto del río. Sin embargo, diez kilómetros más allá, Tomás llegó a la zona ocupada por los campamentos de aquella parte y desde allí volvió a oír los disparos de los cazadores.

Entre aquel punto y las rocas que había en la orilla del río, que reconoció corno mojones indicadores de la actual situación del campamento de Hudnall, halló y atravesó

varios campamentos de cazadores de búfalos. Vio numerosos carros, tiendas, los útiles para fabricar cartuchos, cajas llenas de cacharros de cocina, balas de pieles, espacios muy grandes cubiertos de pieles secándose, en fin, que el aspecto general de los campamentos era el mismo que el del lado opuesto del río.

Pero no encontró lo que buscaba. Cruzó el río v con el corazón apesadumbrado se dirigió hacia el campamento de Hudnall,

Había pasado gran parte de la tarde, mas era demasiado pronto para -que los cazadores hubiesen regresado, de modo que a Tomás no le extrañó que no se hallasen todavía en el campamento. Sin embargo, divisó a otros cazadores que hablaban con gran vehemencia.

Tomás obligó a su cansado caballo a tornar el trote y luego el galope tendido. Sin duda ocurría algo desagradable en el campamento de Hudnall. Lo presentía. Y sintió como si una garra helada le oprimiese el corazón. Tan pronto llegó al campamento se apresuró a desmontar de un salto.

Ory Tacks, que se hallaba más cerca de Doan, mientras éste avanzaba hacia el grupo, estaba llorando. Dunn habíase sentado junto a él y, al parecer, estaba trastornadísimo. Sostenía en sus brazos la cabeza de Burn Hudnall. Stronghurl v Pilchuck conversaban con un grupo de siete u ocho hombres, entre los cuales Tomás pudo reconocer a algunos cazadores de los campamentos inmediatos. Era muy significativo el hecho de que todos empuñasen sus rifles. Pero lo más impresionante era el rostro duro, frío y huraño de Pilchuck, con la boca herméticamente cerrada y los párpados entornados.

-¿Qué...? ¿Qué ha ocurrido? - exclamó Tomás, anhelante.

Burn Hudnall levantó el rostro, cuya expresión no podría olvidar jamás el joven.

-¡Mi padre ha sido asesinado por los indios!. -¡Dios mío, no es posible! - exclamó Tomás, desesperado.

-Sí... Fuí testigo del asesinato... Y pude escapar..., aunque estuve a punto de perecer también -dijo con acento terrible.

-¿Pero cómo? ¿Cuándo ha sido? ¿Dónde? -jadeó Tomás, sobresaltado y asustadísimo.

-Fue por un descuido de mi padre. ¡Oh! ¡Ojalá hubiese hecho caso a Pilchuck... ! Ocurrió hace cosa de dos horas. Yo estaba a diez kilómetros de aquí, hacia el Oeste, cuando vi a una partida de indios. Se dirigían hacia nosotros. Yo desollaba un búfalo y estaba oculto detrás de su cuerpo. Mi padre se hallaba a quinientos metros de distancia rodeando un grupo de búfalos contra los cuales tiraba rápidamente; por lo tanto, no podía ver otra cosa que aquellos animales. Grité con toda mi alma, pero fue inútil. Él no podía oírme. Monté rápidamente a caballo, decidido a acercarme a mi padre para salvarle, cuando vi que era demasiado tarde... Los indios se arrojaban sobre él con la rapidez del viento. Vi algunas nubecillas de humo y oí bastantes tiros. Mi padre cayó del caballo al suelo. Luego los indios le rodearon, disparando sus armas, gritando, y yendo de un lado a otro, como demonios desnudos y pintarrajeados... De pronto dejaron de galopar y en grupo se acercaron al lugar en que yacía. Algunos echaron pie a tierra. Otros :se acercaron al carro y al tiro de caballos. Me vieron v empezaron a perseguirme. Como te he dicho, tuve que alejarme al galope y ellos me persiguieron hasta casi llegar al campamento... Ahora, Tomás, ya sé lo que es oír el silbido de las balas.

-¿Y el pobre está ahí... en la pradera... muerto? - preguntó Doan.

-¡Muerto, sí, muerto! -replicó Burn con gran emoción-. ¿Quién se lo dirá a mi madre y a Sally?

-Pero... es preciso ir allá para ver... A fin de descubrir...

-Pilchuck se ha encargado de eso, Tomás -replicó el otro -. Dice que los indios eran comanches y que constituían una fuerza regular. Esperaremos hasta mañana por

la mañana para reunir algunos hombres y luego iremos a enterrar a mi padre.

Tomás estaba casi atontado. La catástrofe, tantas veces anunciada por Pilchuck y confirmada por Sprague, había caído al fin sobre ellos. El bondadoso, honrado y leal Hudnall había muerto a manos de los vengativos salvajes. ¡Era terrible! Ningún valor se concedía a los consejos v a los avisos, pero la realidad tenía un aspecto horrible, singularmente significativo.

-Aprovechémonos para cenar mientras haya luz-dijo Pilchuck acercándose-. Esta noche no necesitaremos ninguna hoguera. Comprendo que no hay peligro de ser atacados, pero mejor será hacer guardia y no correr riesgos innecesarios.

Fue preciso ocuparse, como de costumbre, en los trabajos del campamento; Tomás ayudó a Dunn y a Ory Tacks. Los demás cazadores se despidieron, muy decididos a montar guardia en sus campamentos respectivos, prometiendo volver a la :mañana siguiente.

-Starwell, mañana idearemos un plan después de enterrar a Hudnall- dijo el explorador.

-Sólo hay un plan posible -replicó el otro, que era un individuo del Oeste, flaco, moreno, de impresionante aspecto, a quien Tomás no se habría atrevido a incomodar-. Nosotros los cazadores de búfalos hemos de constituir un cuerpo armado para perseguir a los comanches.

-Me parece que tiene usted razón, Starwell -replicó Pilchuck-. Pero no hay .prisa. Tenga usted la seguridad de que los pieles rojas han hecho algo más que matar a Hudnall. Deben de haber realizado algún ataque, y Juego se dirigirán al Llano Estacado. Lo que indica que debemos organizarnos. Y si hay algún lugar maldito en la tierra es, con seguridad, el Llano Estacado.

La cena, sin la alegre presencia de Hudnall, debía ser una cosa lamentable. El hecho de que yaciese muerto, y seguramente mutilado, en plena pradera, era algo monstruoso pana Tomás. No podía tragar bocado. Anduvo de un lado a otro por el campamento, comprendiendo poco a poco algo que estaba más allá del horror de aquella calamidad : era la evolución gradual, desde el dolor hasta el propósito o definido. No había ninguna necesidad de preguntar a Pilchuck lo que pensaba. Aquel hombre de la llanura se aparecía a Tomás, enorme, fuerte e implacable.

Tomás hizo guardia con Stronghurl durante las primeras horas de la noche; entonces el largo y quejumbroso aullido del !lobo de las praderas parecía tener un nuevo significado. El salvaje Oeste empezaba a mostrar los dientes.

XI

Llegó la mañana; Pilchuck despertó temprano a todo el mundo. Cuando Tomás salió para acercarse a la hoguera del campamento, la aurora iba alumbrando el cielo, aun- que hacia el Este se oía retumbar el trueno.

-Sin duda se acerca la tempestad - dijo al explorador, que preparaba el desayuno.

-Quizás habrá temptestad, pero no de truenos y de rayos -replicó Pilchuck-. Ese ruido que se oye es nuevo para ti. Lo producen los rebañas de búfalos en estampida.

-¿De veras?

-Sí. Por esa nosotros, los que estamos acostumbrados a vivir en las llanuras, lo llamamos el rebaño atronador, pero los búfalas que huyen ahora no pertenecen al rebaño principal. Algo o alguien, probablemente los indios, han asustado a los búfalos al otro lado del río. Han estado corriendo hacia el Sur por espacio de una hora. Hay allí más búfalas de los que yo podía imaginarme.

-Sí. Había muchos kilómetros de terreno cubiertas por varios rebaños cuando yo iba río arriba-observó Tomás. Además huelo a humo. Te aseguro, Doan, que eso no me gusta nada. Si el rebaño principal emprende la fuga... ¡Dios mío, en tal caso me gustaría hallarme en la parte más elevada del Llano Estacado! Y me parece que allí es donde tendremos que ir.

-¿Se propone usted perseguir a las eomanches? -pre-guntó muy serio, -Creo que habrá necesidad de hacerlo si queremos seguir cazando en paz.

Burn Hudnall se presentó entonces con el rostro desencajado por el dolor; sin embargo, estaba sereno. Sentóse

a desayunar como de costumbre y luego llevó a cabo su trabajo habitual. Poco después aparecieron Starwell y sus compañeros, todos muy bien armados.

-Qué le parece a usted' de esa estampida a través del río, Jude? -preguntó en cuanto hubieron cruzado el saludo.

-No puedo saber con certeza lo que ocurre, pero no me gusta.

-Ayer y en pleno día oímos tirar contra los búfalos a lo larga del río -replicó Starwell -. Eran rifles de pequeño calibre y no creo que se tratase de unos cazadores que fueran a matar conejos para comer.

-Bueno, cuando volvamos de enterrar a Hudnall, veremos lo que ocurre-dijo, Pilchuck -. Supongo que entonces el campamento estará lleno de cazadores.

-Hardy recorrió anoche treinta kilómetros o más, río abajo, y volvió muy tarde. Luego dijo que esta mañana estarían representados aquí todos los equipos.

-Muy bien. Anoche dejamos atados los caballos y podremos ensillarlos en un abrir y cerrar de ojos.

Burn Hudnall guió a aquel grupo de jinetes hacia el Sudoeste en dirección al escenario de la tragedia del día anterior. La mañana era calurosa; levantábanse remolinos de polvo como columnas de amarillento humo; la pradera parecía solitaria y más dilatada y extensa que nunca; a ,eran distancia en dirección al Llano Estacado, veíase una línea confusa, formada por los búfalos. Más allá del río, la pradera estaba oscurecida por el polvo que tenía el aspecto de nubes que se levantan. No se escuchaba ya el estruendo producido por las pezuñas de los .búfalos.

Tomás Doan iba a caballo en unión de aouellos hombres silenciosos y sombríos. Notó su pulso agitado, en contraste con la opresión mental. No tardaría en hallarse en lo más reñido de los peligrosos acontecimientos que se preparaban.

Una media hora -más tarde, los caballos, al trote, llegaron a la vista de unos puntos negros que había en la pradera; Burn Hudnall se dirigió hacia ellos. Eran búfalos muertos y sin desollar. Entonces Burn se detuvo al lado del primer búfalo, que era un macho a medio desollar.

-Aquí estaba. yo cuando aparecieron los indios por encima, de esa cresta-dijo el joven con voz ronca-. Mi padre debe de estar tendido por ahí.

Y señaló a un punto donde se veían algunos búfalos muertos, negros, lanosos, diseminados por la verde llanura. Se dirigió a ellos, pero entonces Pilchuck le tomó la delantera. Sin duda su aguda mirada había descubierto ya el cadáver de Hudnall, porque cuando pasaba al lado de Burn, le dijo

-Creo que harías muy bien absteniéndote de contemplar el cadáver.

Bum no contestó, pero siguió avanzando como antes. Pilchuck iba precediendo a los demás; Starwell se reunió con él. Los jinetes se dispersaron un poco, algunos siguieron avanzando, en tanto que otros se dedicaban a pasear sus caballos. Entonces los jefes echaron pie a tierra.

-¡Retened a Burn! -gritó Pilchuck mientras su bronceado rostro quedaba iluminado por los rayos del sol. Mas, aunque algunos de los jinetes y últimamente Tomas quisieron impedir

a Burn que siguiera adelante, no consiguieron detenerle, de modo que no fué de los últimos en contemplar los restos de su padre.

-¡No hay duda de que esto es obra de los comanches! -declaró Pilchuck con voz incisiva.

El gigantesco cuerpo de .Hudnall yacía semidesnudo; su aspecto era grotesco y terrible a la vez. Había recibido numerosos balazos, como lo demostraban las heridas que se descubrían en sus miembros. Habíanle arrancada el cuero cabelludo, tenía el rostro lleno de cuchilladas y el vientre abierto. De esta última. herida salían varios puñados de hierba que habían introducido en ella.

Todos los cazadores contemplaron en silencio aquel espectáculo espantoso. De pronto, Burn Hudnall profirió un horrible grito.

-¡Lleváoslo! -ordenó Pilchuck. Y en cuanto varios cazadores hubieron alejado al pobre muchacho, el explorador añadió- ¡Es un espectáculo horrible para un bisoño, pero convendría que todos los que vienen a cazar búfalos pudiesen presenciarlo... ! Ahora, amigos, voy a vigilar a los comanches mientras ustedes se encargan de enterrar al pobre Hudnall. ¡Apresúrense!, porque no me extrañaría nada ver aparecer a esos demonios por encima de esos riscos.

Con picos y palas excavaron una profunda fosa y el cadáver de Hudnall, envuelto en una manta, fué depositado en el fondo. Luego llenaron de tierra la sepultura y la apisonaron cuanto les fué posible. Así, el cuerno del teme-rario, alegre y bondadoso Hudnall quedó enterrado en una tumba anónima, en la ventosa pradera.

Pilchuck encontró las huellas del carro y la Dista de los comanches, que llevaban en línea recta al Llano Estacado. -¡Bueno, Starwell! Es tal como nos lo figurábamos - dijo el explorador.

-Sin duda -replicó Starwell-. Robaron el carro, los caballos, las pieles, el rifle... ; en una palabra, todo cuanto tenía consigo el pobre Hudnall.

-Me parece que sabremos algo más de esta partida antes de terminar el día. Deben de ser unos cincuenta indios y ya sabe usted que tienen costumbre de ir muy aprisa y atacar más de un lugar a un tiempo.

-Pues yo, Jude, sospecho que no se habrían quedado con el carro si tuvieran intención de dar otro ataque - dijo, Starwell.

-Me parece que tiene usted razón. Bueno, volvámonos cuanto antes al campamento.

Más de treinta cazadores, que representaban a los equipos acampados alrededor del sitio que ocupaba el de Hudnall, estaban reunidos en el campamento cuando los jinetes regresaron de su triste misión. Todos parecían deseosos de averiguar lo ocurrido y muchos eran portadores también de noticias.

Un viejo cazador, de cabello blanco, exclamó vigorosamente

-¡Por Dios! ¡Dejemos en paz a loas búfalos por ahora y dediquémonos a cazar a los indios

Éste parecía ser el sentimiento dominante.

-Señores, antes de hablar de organizarnos, veamos lo que ocurre-dijo Pilehuck.

Al oír tales palabras los cazadores se agruparon a la sombra de los álamos, como los indios cuando celebran consejo. El explorador refiró brevemente las circunstancias referentes al asesinato de Hudnall y dijo que guardaba sus deducciones para más adelante. Luego interrogó por turno a los cazadores.

El campamento de Rathbone, situado a cincuenta kilómetros al oeste, junto a un arroyo que se alejaba del Llano Estacado, había sido incendiado por los comanches, que robaron los carros y los caballos, obligando a los hombres a huir para salvar la vida. Aquello había ocurrido dos días antes.

El campamento de unos cazadores cuyos nombres se desconocían fué atacado por los indios, probablemente de la misma partida, junto a la corriente principal del Pease. Los cazadores estaban ausentes, cazando búfalos. Hallaron los carros, las pieles, las tiendas y el campamento destruídos por completo, pues solamente les habían robarlo las municiones y los arneses. Aquellos hombres se encaminaron entonces a los principales campamentos.

Uno de los cazadores informó que rio abajo algunos jinetes, probablemente indios, habían incendiado la hierba de la pradera, en puntos separados unos de otros, originándose así la estampida de varios rebaños de búfalos.

Muchos de los representantes de los campamentos situados río arriba, tenían muy poco que comunicar, a excepción de que se advertía bastante intranquilidad en el rebaño principal de búfalos, eso aparte de que repitieron los hechos comunicados por Starwell referentes a los tiros que- tanto él como sus vecinos de los campamentos inmediatos habían oído el día anterior por la mañana.

Entonces un individuo larguirucho, desconocido de Pilchuck y sus amigos, exclamó

-Yo pienso dar más noticias acerca de ese particular. Me llamo Robert. Pertenezco al equipo Sol White, acampado en la orilla opuesta del río. Procedemos de Vacco y soínos uno de los pocos equipos del Sur. Esta mañana hubo una estampida de búfalos cerca de nosotros; a mí me enviaron a explorar los alrededores y crucé el río cosa de tres kilómetros más arriba de este lugar. Pero como no lo conocía, tomé un camino equivocado. Así llegué a un campamento tan escondido que no pude verlo, pero olfateé el humo y al fin descubrí el lugar en que algunas tiendas, carros y pieles habían estado ardiendo. Vi a dos hombres muertos, sin el cuero cabelludo, desnudos por completo. Les habían clavado unas ramas en el estómago... Por eso me vine para acá con objeto de encontrar a alguien.

-Señores, necesito ver ese campamento -declaró Pilchuck poniéndose en pie-. Convendría que algunos de ustedes se queden y que otros me acompañen. Starwell, le agradecería que viniese conmigo. Usted, Roberts, nos hará el favor de guiarnos.

Tomás prefirió quedarse en el campamento con los de más. Creía haber visto ya demasiado acerca de las fechorías diabólicas de los comanches. Tampoco Hudnall quiso ir. Ory Tacks por su parte, resolvió aprovechar la oportunidad y salió con el grupo de Pilchuck. Tomás procuró ocuparse en algunos trabajos para distraer sus tristes ideas, para no pensar en el trágico fin de Hudnall, ni en la amenaza del ataque de, los indios.

Pilchuck y sus compañeros estuvieron ausentes tanto tiempo, que los cazadores que se habían quedado en el campamento se marcharon hacia los suyos, prometiendo volver a la mañana siguiente. Entre aquellos hombres que no estaban acostumbrados a la vida salvaje del Oeste, empezaban a hacer presa la preocupación y la incertidumbre. Debían tener en cuenta sus propios campamentos y las pieles de búfalo recogidas. Pero, por lo que pudo averiguar Tomás, no existía una sola voz contraria a la necesidad de agruparse, a fin de protegerse contra los indios.

A media tarde el explorador y Roberts regresaron solos desde la orilla opuesta del río. Pildhuck estaba mojado y lleno de !barro, por haberse puesto en contacta con el fango inmediato a la corriente. Y en cuanto a su aspecto, suponiendo que hubiese sufrido algún cambio, era más frío y lúgubre que antes.

-Oye, Doan. Soy un hombre rudo, que no sé andar con rodeos. Por consiguiente, haz acopio de valor y escúchame - exclamó mientras sus miradas parecían atravesar al joven.

-¿Qué...? ¿Qué quiere usted decir? -preguntó Tomás con horrible pánico. Y anonadado y lleno de incertidumbre, no le fué posible hacer ningún esfuerzo mental.

-El campamento al que me ha llevado Roberts era de Jett. Pero yo creo que éste pudo alejarse con tu novia -le dijo Pilchuck.

Tomás se tambaleó como si la tierra se hundiese bajo sus pies; sus piernas perdieron las fuerzas y tuvo que sentarse en el tronco de un árbol,

-No lo tomes así -exclamó secamente Pilchuck-. Ya te he dicho que la muchacha pudo huir. Starwell creyó que los indios la habían raptado, pero yo creo que se equivoca.

-¡Jett! Milly! -fué todo lo que Tomás pudo decir.

-Reanímate. Ésta es una situación propia de hombres. Ya no eres ningún bisoño -añadió Pilchuck en tono cor-

dial -. Tú habías dicho algo acerca de que tu novia ataría un pañuelo rojo en un lugar visible para indicar su paradero. ¿Reconoces esto? ¡Mira!

Y le mostró un pañuelo rojo, manchado y ennegrecido. Con manos cuyo temblor no habría podido contener ni aun para salvar la vida. Tomás cogió el pañuelo.

-¡Es de Milly! -dijo en voz muy baja.

-Me lo figuré. Sin embargo, no necesitábamos esta prueba para convencernos de que se trata del campamento de Jett. Yo había podido ver antes su equipo. Los dos cadáveres que encontró Roberts pertenecían también al grupo de Jett. Reconocí al carrero, que cara un hombre diminuto, de cabello de color de arena. El otro era Follonsbee. En Sprague me enteré de su nombre.

Entonces Tomás pudo ya, con voz conmovedora, rogar a Pilchuck que se lo refiriese todo.

-Con seguridad hubo allí una confusión espantosa -replicó, el explorador sentándose mientras secábase el sudoroso rostro -. ¡Mírame las botas! A punto estuve de ahogarme. Bueno, el caso es que Jett estableció el campamento en un lugar que ni los¡ indios ni las cazadores de búfalos habrían podido hallar, a no ser casualmente, como, le ocurrió a Roberts. Sin duda cruzaron el ría por allí. Un accidente desgraciado... Debes de tener en cuenta, Doan, que ese Jett es un ladrón de pieles y tenía en su equipo a algunos hombres de mala reputación. Su campamento fué destruido por los mismos comanches que mataron a Hudnall, pero yo calculo que Jett debió de escapar en un carro ligero antes de la llegada de los indios. Follonsbee y el otro individuo murieron antes de la llegada de los pieles rojas. Los mataron con un rifle de aguja. Y estoy dispuesto a apostar cualquier cosa acerca de que los comanches no tienen esas armas. A pesar de todo les arrancaron el cuero cabelludo y los mutilaron, clavándoles luego unas ramas en el vientre. Starwell estuvo conforme conmigo en que aquellos hombres murieron un día o una noche antes de la llegada de los indios al campamento.

-¿De modo que... Jett... se había marchado ya?preguntó Tomás jadeando.

-Sin duda alguna. Vi las huellas del carro y también las de los mies de Milly en la arena, como si hubiese echado pie a tierra. Seguí las rodadas del vehículo a bastante distancia, y me convencí de que tomaron la dirección del Noroeste, alejándose del río, tendiendo a dejar al Este los campos de búfalos. También llevaba consigo unos caballos de silla, atados a la trasera del carro.

-¿En dónde encontró usted el pañuelo de Milly? - preguntó repentinamente Tomás.

-Estaba atado al cerco posterior del toldo de un carro. Una parte de él aparecía quemada. También había otras cosas, como una toalla y un delantal, con señales de haber sido usados.

-¡Oh! ¡No hay duda de que se trata de Milly! -exclamó Tomás, aterrado ante el espantoso significado que tenía su convicción.

-Por ahora sabemos eso. Lo demás no es fácil de averiguar -continuó Pilchuck-. Me duele decirte esto, Doan, porque... En fin, es algo inquietante... Encontré la huella de un cuerpo que fué perdiendo sangre, tal vez más de uno, que arrastraron hasta la orilla y luego arrojaron al río. Eso es lo que más me preocupa y me confunde. Allí el agua es bastante profunda y muy fuerte la corriente. Si hubiésemos tenido ganchos y un bote, nos habría sido posible dragar el río. Pero como no disponíamos de nada de eso, sólo nos queda el recurso de esperar. Después de algunos días los cadáveres salen a flote. Sospecho que el asesino de

Follonsbee y de su compañero es el que dejó la huella sangrienta que conduce al río. Pero no estoy seguro. Starwell piensa de distinto modo en algunos puntos, pero reconozco que su opinión es digna de ser tomada en cuenta. Por mi parte estoy seguro de dos cosas que hubo lucha, quizás un asesinato, y que alguien huyó con la joven. Luego llegaron los comanches, destruyeron el campamento, y arrancaron el cuero cabelludo a los cadáveres.

-Oiga, Pilchuck-dijo Roberts-. Se olvida usted de un punto muy interesante. Los indios salieron de allí siguiendo las huellas del carro.

-Sí. Había olvidado eso-replicó el explorador, desviando la mirada, para no encontrarse con la de Tomás-. Pero Jett les llevaba buena delantera y de seguir viajando toda la noche...

-Mas, al parecer, no sospechaba siquiera la llegada de los indios -interrumpió Tomás.

-No hay duda. De todos modos, Jett se esforzaba en huir de algo o de alguien. Sin duda tenía prisa en alejarse, y tardaría en acampar-continuó el explorador, que se empeñaba en agarrarse a aquella última esperanza. Tomás lo advirtió y tampoco le pasó por alto la lúgubre expresión del flaco rostro de Pilchuek. Por su parte era presa de la mayor desesperación. La joven se hallaba en poder de Jett o de los indios, y tan terrible le parecía una eventualidad cauro la otra.

Tomás fué en busca de su tienda, para ocultarse en ella y poder entregarse libremente al dolor y al desaliento. A la mañana siguiente los cazadores que rodearon la primera hoguera matinal oyeron, con el mayor interés, el leve y distante estruendo de los búfalos en estampida. Flotaba aquel ruido a través del río, desde el Sur, y por momentos crecía su intensidad.

-¡Ese maldito rebaño se vuelve atrás! -exclamó Pilchuck, algo inquieto-. Son capaces de cruzar el río y comunicar su pánico al rebaño principal.

Una hora más tarde, un cazador que se hallaba río abajo, llegó a su campamento para avisar que millares de búfalos atravesaban la corriente, cinco millas más abajo.

Pilchuck, al oírlo, levantó las manos.

-¡Ya me la figuraba! En fin, vamos a ver si aprovechamos esa contingencia. A causa de los ataques de los comanches y del pánico de los búfalos, hemos terminado ya la cacería del verano o, por lo menos, la posibilidad de obtener gran número de pieles.

Los recién llegados a aquella comarca no podían advertir lo que ocurría, como Pildhuck y los demás exploradores; por lo cual estaban divididas las opiniones en favor y en contra de una campaña activa para perseguir a los indios.

Muchos cazadores apostados a lo largo del Pease continuaron cazando búfalos, mostrando la mayor indiferencia por la llamada y los, avisos de los que sabían lo que convenía hacer.

La dificultad estaba en avisar a los equipos diseminados por el norte de Texas. En efecto, la organización de los cazadores de ¡búfalos, para guerrear contra los merodeadores, significaba un levantamiento general y un esfuerzo conjunto contra los comanches, kiowas, arapahoes y cheyennes. También había apaches en el Llano Estacado, los cuales, según las noticias recibidas, mostrábanse asi mismo levantiscos. Por consiguiente, los cazadores de búfalos no afiliados al movimiento bélico, o que acampaban en lugares aislados o desconocidos de los organizadores, corrían extraordinario peligro.

Las investigaciones demostraban que gran número de cazadores del este de Texas estaban entregados a la caza y no sostenían ninguna relación con los, grupos de personas experimentadas y endurecidas que iban siguiendo las huellas del rebaño principal. Se hizo un esfuerza para ponerse en contacto con aquellos cazadores del Este, a fin de celebrar una conferencia general en Double Fork, en una fecha determinada.

Asistieron a ella unos trescientos cazadores, incluyendo todos los exploradores y hombres prácticos en la vida de las llanuras y de la frontera que, a la sazón, se hallaban en la región de los búfalos. Búfalo Jones, que era ya famoso y que más tarde se dió a conocer como conservador de los búfalos, estaba también allí, y manifestaba su opinión de que era preciso

dar una buena paliza a los indios, así como de que la matanza de búfalos era una grave equivocación nacional.

Aseguraba Jones que el valor y el número de los búfalos americanos era desconocido para el mundo y que a los millones de reses que habitaban en las Grandes Llanuras, desde Manitoba al Río Grande, no se les concedía mayor aprecio que si hubieran sido marmotas. Su valor utilitario era desconocido y entonces resultaba ya demasiado tarde para comprenderlo.

Los indios conocían el valor de los búfalos, y si no lograban alejar a los cazadores blancos, era segura la muerte de aquellos pobres animales.

-Solamente los cazadores de búfalos pueden abrir el Sudoeste para el granjero y el ganadero -añadió Jones-. El ejército de las Estados Unidos no puede hacerlo... Pero es una lástima que deban desaparecer los búfalos, porque la Naturaleza no ha creado todavía un animal más perfecto que él.

Según la opinión de Jones, los búfalos eran una evolución propia de las Grandes Llanuras y estaban especialmente adaptados para sobrevivir y multiplicarse en su ambiente. Estimaba su número en diez millones. La cellisca de Montana o el tórrido siroco del Llano Estacado no eran ningún obstáculo para los búfalos. Su enorme y velluda cabeza había sido formada para afrontar las heladas rachas del invierno, las tormentas de arena y los cálidos huracanes del verano. Un búfalo siempre daba la cara al peligro, cualquiera que éste fuese.

Muchos de los reunidos hablaron en el consejo, pero nadie causó mayor impresión que Pilchuck.

-He pasado la vida en las llanuras, amigos míos. Y he luchado contra los indios a lo largo de la frontera de Montana. Durante mucho tiempo he sida testigo de que los cazadores - de búfalos se han visto obligados a luchar contra esas tribus del Sur o a abandonar la caza. Si' no acabamos con los búfalos, nunca habrá establecimientos agrícolas en el norte de Texas. Y ahora no tenemos más remedio que matar a los comanches y dar una paliza a los kiowas, cheyennes y arapahoes. Sé que también tendremos que vernos las caras con los apaches... Ahora los indios están diseminados por ahí, lo mismo que los cazadores de búfalos. No podemos organizar una expedición. Deberían existir varios cuerpos de numerosos hombres, bien equipados, que fuesen a combatir contra los indios que siguen el camino de la guerra. Nosotros, los cazadores que ocupamos la frontera del Río Pease, respondemos de esta sección. Un grupo de comanches ha dado varios golpes de mano por aquí y ahora se oculta en el Llano Estacado. Otros grupos armados deberían cuidar del distrito del Río Brazos y también del Río Rojo... Pero quiero hablaros, además, de otra asunto... Los campamentos y los equipos que estén dispuestos a mandar combatientes deberían agruparse para estar más cerca unos de otros. También debería quedarse una fuerza igual o mayor aún, a fin de poder defender los campamentos. Por fin espero que los cazadores bisoños tendrán suficiente sentido común para recogerse en esos puestos, aunque no quieran luchar contra los indios, porque muy pronto esta región estará convertida en un infierno. Se luchará terriblemente por los búfalos los indios, con objeto de conservarlos, y los blancos, para destruirlos. Será la guerra de los búfalos y me imagino que se batirá el cobre entre el Brazos y el' Fuerte Elliot. Allí es donde la acción será más empeñada. Deseo que cada uno de ustedes se halle en su puesto y esté dispuesto a acudir a la primera llamada, y todos los que no crean necesaria la lucha, pues quizá dudan de mis palabras; pueden ir a ver la infinita extensión de terreno cubierta por las pieles de búfalos puestas a secar, y preguntarse luego si los indios serán capaces de soportar eso.

El viejo explorador excitó a los cazadores en favor del armamento general contra las tribus indias. Luego Pilchuck v su contingente del Río Pease volvieron a sus propios campamentos después de cuatro días de viaje, decididos a tomar inmediatamente las armas contra los comanches.

Librodot

Visitaron todos los campamentos mientras se dirigían al Sur v solicitaron voluntarios, de modo que llegaron a Río Pease en compañía de veintisiete hombres dispuestos a seguir a Pilchuck hasta la muerte. Uno de ellos era un indio osage, amigo, llamado Garras de Oso; otro, un jinete que fué explorador al servicio del Ejército de los Estados Unidos y que, según se aseguraba, conocía todas las pistas y todos los pozos del árido Llano Estacado.

Pero Pilchuck, entusiasmado por su éxito al excitar a los cazadores del Norte, estaba destinado a fracasar en la parte inferior del Río Pease. Setenta y cinco de los, cien cazadores que prometieron tomar parte en la campaña, desistieron al fin, con gran disgusto de Pilchuck. Muchos de ellos volvieron a cazar búfalos, impulsados por el egoísmo o ciegos ante el peligro. Y, como es natural, aquello no sólo alteró el plan de Pilchuck, de empezar en breve la campaña, sino que, además, creó numerosas enemistades.

El campamento de Hudnall era el lugar de reunión de veinte o treinta equipos, muchos de los cuales habían abandonado al explorador. Por fin se celebro la conferencia de cazadores y en ella Pilchuck, en vista de que no conseguía persuadir a la mitad de aquellos hombres para que se agrupasen a su alrededor, los apostrofó violentamente.

-Pues bien, lo que tengo que decir es que ustedes se quedarán atrás para ganar dinero, en tanto que nosotros saldremos y lucharemos para protegerlos.

Uno de aquellos reacios individuos era un joven llamado Cosgrove, gran bebedor, que hablaba a gritos y con quien ya había chocado Tomás Doan por la misma causa.

Tomás se mostró fiel e incansable partidario de Pilchuck, tanto por lealtad a la causa como por deseo de vengarse de los comanches, a quienes culpaba de la muerte o el rapto de Milly Fayre. No se había podido hallar ninguna prueba auténtica de la salvación o de la muerte de Jett, pero algunos rumores que circularon y el hecho de que hubo bastantes campamentos destruídos hacia el Norte, y especialmente uno transitorio en el que había solamente un carro y algunos caballos, acabaron con las últimas esperanzas de Tomás.

El estado mental del joven no le inclinaba a la tolerancia, y menos aún al ver la codicia y el egoísmo que manifestaban algunos de los cazadores.

Cosgrove gritó más. que de costumbre al manifestar sus opiniones.

-¡Que se vayan al diablo los indios! -dijo-. Yo continuaré cazando ;búfalos. ¡Poco me importa quien vaya o deje de ir a esas persecuciones estúpidas!

-Tenga usted la seguridad de que no le echaremos de menos, Cosgrove -replicó Tomás.

-¿Qué quiere usted decir? -preguntó el otro, volviendo su enrojecido rostro a Tomás y mirándole con torvos ojos. Luego se acercó a él con aire fanfarrón, a pesar de la multitud que le rodeaba, compuesta de algunos individuos preocupados y muchos indiferentes.

-¡,Pues; quiero decir que no necesitamos a ningún individuo como usted! -replicó Tomás.

-¿Por qué no? ¿Acaso no me invitó Pilchuck?

-Sin duda. Invito a doscientos hombres, más o, menos, pero muchos,, como usted, tienen miedo de acompañarle.

-¿Cómo? -exclamó Cosgrove, ya airado.

-¡Pues que estaremos mejor yendo sin cobardes como usted ! -replicó Tomás.

--¡Es usted un embustero! -replicó Cosgrove, avanzanda en actitud amenazadora.

Tomás lo derribó de un puñetazo y cuando Cosgrove, maldiciente y rabioso, se puso de rodillas y empuñó el revolver, el grupo de curiosos se apartó a uno y otro lado. Todos obraron así a excepción de Pilchuck, que de un puntapié arrancó el revólver de la mano de Cosgrove y luego, de otro, mandó el arma lejos.

-¡Cuidado! -gritó severamente el explorador-. Podía usted haberse hecho daña sacando el revólver de este modo. ¡Le aconsejo que se calme!

-No hay cuidado por lo que a mí se refiere exclamó Tomás en, tono amenazador- ¡Devuélvale usted su revólver!

Librodot

Pilchuck dio media vuelta y vió a Tomás en pie, erguido, revólver en mano.

-¿Tú también? -exclamó en tono de censura y sorprendido al mismo tiempo-. ¡Guárdate esa arma y vuelve al campamento!

Así respondió finalmente Tomás Doan a la violencia que reinaba en la comarca.

Pero los resultados de aquel incidente fueron todavía peores, aunque no afectaron en manera alguna al joven. Uno de los lugartenientes de Pilchuck era un tejana conocido en la comarca con el nombre de Espadas Harkaway, individuo temible en una pelea. Estaba presente en el momento en que Tomás derribó al joven Cosgrove y más tarde se ofendió a causa de las palabras de un hombre llamado Hurd, que pertenecía al mismo equipo de Cosgrove.

Aquella noche llegaron al campamento de Hudnall rumores de que había habido una lucha, pero hasta el' siguiente día no se conocieron los detalles. Hurd denunció la campaña de Pilchuck y aquello originó una aguda réplica de Harkaway. En aquel momento algunos se interpusieron entre los dos hombres, pero luego volvieron a encontrarse en el campamento de Starwell. Hurd había bebido y Harkaway no tenía intención alguna de evitar la contienda. El primero volvió a suscitar el asunto de la campaña del explorador contra los indios en tono burlón. Harkaway contestó primero, insultando a los cazadores que abandonaban a Pilchuck y a los suyos para que sostuvieran solos la lucha, y luego manifestó su mayor desprecio por Hurd. Éste, según referían los testigos, disparó contra Harkaway, amparándose en otros hombres; entonces siguió una refriega general, en la que el tejano mató a Hurd y lisió a uno de sus amigos.

La historia de aquella pelea corrió de campamento en campamento, llegando la cuestión a un punto crítico, dividiendo a los cazadores en dos bandos. Sin embargo, la mayoría apoyaba a los que opinaban como Hurd y Cosgrove. Pilchuck disponía de más de cincuenta hombres para emprender la campaña y más o menos del mismo número para quedarse a proteger los campamentos y las pieles. Estos últimos deberían continuar cazando búfalos, pera sólo en algunos puntos limitados y próximos a los campamentos, y siempre al amparo de la vigilancia de los exploradores que recorrerían la pradera con los ojos, muy abiertos para impedir una sorpresa. Más de veinte equipos que, en conjunto, comprendían unos setenta y cinco hombres y que no se sintieron con valor suficiente para luchar contra los indios, o para continuar allí, abandonaron el distrito a fin de ir al Fuerte Elliot o al Puesto de Sprague, en espera de que se cálmase la agitación de los pieles rojas.

XII

El grupo de adictos a Pilchuck se componía de cincuenta y dos hombres, muchos de los cuales poseían o habían pedido prestados rifles Creedmoor Sharps del' 45 para usarlos en aquella expedición. Tales armas eran más seguras y de mayor alcance que las del 50. Cada uno de los expedicionarios llevaba, por lo menos, doscientos cartuchos cargados y, además, en la impedimenta las herramientas para fabricar cartuchos y balas. Los mejores carreros cuidaban de cuatro carretas de provisiones y de utensilios para acampar, grano para los caballos y material sanitario.

Aquella fuerza quedó dividida en tres compañías, una de veinte hombres, al mando de Pilchuck, dos de dieciséis, bajo 1'a jefatura de viejos cazadores de búfalos. Aquello se hizo para facilitar la operación de acampar y con objeto de estar dispuestos a dividirse en tres grupos combatientes.

Librodot

Tomás Doan formaba parte de la compañía de Pilchuck y le acompañaban Stronghurl, Burn Hudnall, Ory Tacks, Starwell, Espadas Harkaway, el indio llamado Garras de Oso, Roberts y otros a quienes Tomás no conocía. Por lo menos había ocho o diez cazadores, serios, muy acostumbrados a las cacerías en aquella región, y que hacían temible el grupo a que pertenecían.

Pilchuck, Garras de Oso, Starwell y Tomás formaban un cuerpo de vanguardia que marchaba a tres kilómetros al frente del cuerpo armado. Tanto el explorador como Starwell disponían de poderosos anteojos. La retaguardia consistía en tres hombres elegidos, al mando de Harkaway. El camino les llevaba en línea recta al Llano Estacado y recorrían unos veinticinco kilómetros por día. Por las noches se disponía una fuerte guardia.

Al cuarto día, la expedición llegó al muro oriental del Llano Estacada, que era una elevada escarpadura, casi cortada a pico. A veces quedaba dividida por algunas cañadas que se extendían al Norte y al Sur, hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Aquella súbita elevación de rocas y de tierra, que entonces tenían tan cerca, daba idea de la salvaje e inhóspita naturaleza del Llano Estacado.

Las rodadas del carro de Hudnall iban a parar a una profunda cañada, por cuyo fondo desigual circulaba una clara corriente de agua. Abundaba la hierba. Las fajas de tierra lisa estaban llenas de álamos. En aquel áspero terreno había numerosos animales de toda clase que huían al aproximarse los cazadores. Antes de las doce del día, un pequeño rebano de búfalos, sorprendido en un herboso prado, emprendió la fuga cañada arriba, borrando por completo las rodadas del carro que seguía Pilchuck y las que dejaron los; comanches.

Aquella huída de los' .búfalos, por otra parte, contribuyó a abrir paso para llevar los cuatro carros de provisiones al Llano Estacado. Gracias a los fugitivos animales se ahorraron muchos esfuerzos de hombres y de caballos.

Tomás Doan contemplaba fascinado aquella salvaje y extraña extensión que veía ante él, es decir, el Llano Estacado, que, a pesar de gozar de gran renombre, era muy poco conocido. Él se figuró encontrar una monótona llanura de arena gris. Indudablemente había arena, pero además aparecían otras muchas cosas dunas, riscos, quebradas, fisuras, fajas de hierba y grandes extensiones cubiertas de maleza. En opinión de Tomás, la tentativa de perseguir a los indios por aquella región constituía una arriesgadísima aventura y justificaba la opinión adversa de los cazadores que se quedaron atrás.

Sin embargo, el explorador mejicano los condujo en linea recta al lugar en que, poco antes, hubo un numeroso campamento de comanches. Habíanse marchado hacía algunos días porque sin duda recelaron la expedición que se organizaba contra ellos. Y de nuevo se divisaron las rodadas del carro de Hudnall.

Como ya estaba bastante avanzado el día acamparon en aquel lugar, procurando no diseminar los tres grupos de cazadores. Al oscurecer acabaron de cenar, ataron los caballos, formando un compacto grupo, establecieron las guardias y Pilchuck celebró consejo con sus dos exploradores y los más experimentados compañeros. Decidieron continuar en aquel campamento durante el siguiente día y enviar algunos destacamentos con los exploradores, a fin de dar con los comanches.

En torno de la hoguera del campamento, Tomás pudo aquella noche, acabar de conocer a Espadas Harkaway. Poseía un carácter único, reticente en extremo, que, sin embargo, no tenía inconveniente en hablar de Texas; de los búfalos y de los indios. Por dos veces había cruzado el Llano Estacado, desde su límite occidental, del río Pecas, hasta las fuentes del Brazos, en el Este.

El nombre de Llano Estacado- dijo el tejano - se debe a que en otro tiempo hubo aquí un camino español, desde Santa Fe a San Antonio, señalado por palos o estacas. Había sólo dos pistas en aquellos días, y estoy persuadido de que aun ahora no existen más. Solamente los indios conocen bien esta llanura, a la que acuden para ocultarse. El agua y la hierba

abundan en gran manera en algunos sitios y existen fajas de cien kilómetros tan secas y estériles como la superficie de un hueso. Yo creo que algunos de los peores sitios de Texas se hallan en este llano, como pronto podrá usted comprobar.

Harkaway aseguró que el Llano Estacada tenía la forma general de un jamón, que se inclinaba, más o menos, de Norte a Sur, por espacio de setecientos kilómetros, y que su anchura era casi igual. Era una meseta mucho más parecida a las estepas rusas que cualquiera de las otras tierras altas que se conocían en el Oeste. Su altura sobre . la pradera alcanzaba, tal vez, trescientos metros. Algunas de sus más pronunciadas características, que contribuyeron a darle la mala fama de que gozaba, fueron enumeradas y descritas por el tejano como tremendos obstáculos que tendrían que vencer en una expedición como la de Pilchuck,

-Existen fajas peladas, demasiado anchas para que desde un extremo se pueda ver el otro - añadió- y al gunas se hallan de tal modo cubiertas de mezquites, que se hace imposible atravesarlas a caballo. Tiene, además, algunas estrechas y profundas cañadas, que sólo pueden cruzarse en fugares muy alejados unos de otros. Yo mismo he visto cañadas muy anchas, pero tan llenas de vegetación y de rocas sueltas, que se hace imposible en absoluto ell paso por ellas.

A mayor altura, en el Llano Estacado, existían algunas fajas arenosas de doscientos kilómetros de largo, desprovistas de árboles, de hierba y de agua y donde reinaba un viento impetuoso. También había zonas en que se hallaban varios estanques, algunos de ellos permanentes; sulfurosos o salados, que resultaban impotables en las estaciones secas, para que dos hombres o los animales pudiesen beber sus aguas. Cerca del extremo meridional de aquella extraña estepa había una faja de brillantes dunas de blanca arena, de varios kilómetros de ancho, infranqueable para un caballo v en extremo peligrosa para un hombre. Pero no por falta de agua. Porque allí era donde se acentuaba más la singular naturaleza del Llano Estacado. Había estanques permanentes, rodeados de cañaverales y de juncos, en la misma región cubierta de dunas, a lo largo de toda la escarpadura oriental, y por espacio de quinientas kilómetros, la rocosa y empinada cresta estaba cortada y socavada por las corrientes que tenían su origen en aquella misteriosa meseta.

Al día siguiente el explorador mejicano regresó con la noticia de que había encontrado el campamento principal de los comanches. Él, solo había- ido a practicar un reconocimiento. Garras de Oso v Pilchuck, que intentaron seguir las huellas del carro de Hudnall, acabaron nor perderlas del todo. Durante kilómetros siguieron las señales dejadas en el suelo nor las ruedas con llanta de hierro, y luego sobre una extensión de arena muy anisonada, pero se desvanecieron nor completo en cuanto llegaron a otro lugar en que abundaba la hierba elástica y que, gracias a la lluvia reciente, no conservó ninguna señal del paso del carro.

-El indio asegura que puede encontrar las huellas del carro describiendo un gran círculo,, vara ir más allá de la faia de hierba -dijo Pilchuck a Starwell-. Pero esto requeriría muchos días. Además, los indios alejaron el carro de su camino principal. Sin duda recelaban ser perseguidos. De todos. modos, no nos aventuraremos a eso. Cuando Pilchuck anunció esta decisión, ignoraba aún que el mejicano había hallado el paradero de los comanches. Una vez hubo consultado con él, resultó que un grupo importante de indio había acampado en una cañada y que, con toda evidencia, sus centinelas le vieron a él. Aquello quedó comprobado al siguiente día, después de una penosa jornada. Un grupo de indios, bastante numerosos para poseer centenares de caballos, abandonaron apresuradamente su campamento en la cañada y subieron a la llanura para diseminarse en todas direcciones. En numerosos casos pudieron observar huellas clarísimas, pero Garras de Oso no les prestó ninguna atención. El mejicano compartía su opinión. En cambio, se dedicaron a observar otras huellas- mucho más; débiles y difíciles de seguir, porque estaban impresas sobre una tierra muy dura.

Al oscurecer, Pilchuck y sus hombres después de un día entero a caballo regresaron al campamento fatigados y humibrientos. A la mañana siguiente emprendieron el camino para

Librodot

acampar a veinte kilómetro al oeste, en, un oculto lugar, desde donde podían acercarse fácilmente al punto en que la noche antes Garras de Oso abandonó las huellas de los indios.

Aquel día el indio osage perdió de vista a los, comanches, porque sus¡ huellas, siempre débiles, acabaron por desvanecerse en absoluto. Tres días más de búsqueda por entre la espesura y a la mayor distancia a que podían llegar desde el campamento, no les sirvieron de nada. Precavidamente fueron a acampar más lejos y esta vez atendieron el' consejo del indio, para atravesar una faja de llanura en busca de un caos imponente de rocas y pedruscos, desde donde partían varias cañadas hondísimas de muchos kilómetros de largo.

-Me parece que será necesario apelar a los anteojos para poder descubrir al los indias sin que ellos sean capaces de divisarnos -dijo Pilchuck.

Cuando a la mañana siguiente, el sol estuvo lo bastante alto para acortar la sombras de los objetos, Pilchuck se dirigió con sus exploradores y algunos de sus hombres a la parte más elevada de aquella confusión de peñascos.

-No hay duda de que esto es un agujero -exclamó.

A lo lejos y en una gran extensión se amontonaban los enormes fragmentos, de roca por entre los cuales asomaba tímidamente su copa algún que otro cedro enano, pero en general no h'a'bía una sola mancha verde que cubriese la desnudez de las peñas. Los blancos, a simple vista, no pudieron observar nada más que la extraordinaria y gran diosa belleza de aquel lugar, comprendiendo también la engañadora naturaleza de la distancia, del tamaño y del color. Pilchuck examinó la lejanía con su anteojo.

-Parece que todas estas gargantas de curso sinuoso van a parar a una enorme cañada que hay por ahí -dijo entregando el instrumento a Starwell.

-Yo creo lo mismo, y apuesto cualquier cosa a que los comanches se resguardan en ella-replicó Starwell a su vez, pasando el anteojo al individuo que estaba a su lado.

Tomás contempló largo rato aquel informe montón de rocas y las numerosas fisuras que había entre ellas; el aspecto grandioso y salvaje de aquel lugar le impresionó enormemente.

En pie, al lado de Tomás, hallábase Garras de Oso, el indio osage, tan inmóvil mientras miraba con sus negros y escrutadores ojos, que el joven se maravilló al observarlo y comprendió, la inminencia de algún, hecho asombroso. Pilchuck lo observó también y, situándose a espaldas del indio, se dedicó a observarle atentamente.

Garras de Oso era un hombre- de un metro ochenta de altura, flaco, erguido; la expresión de su rostro recordaba al águila. Su bronceado e impasible semblante conservaba huellas de pintura bermellón. Llevaba un collar de garras de oso; origen, del apodo que le habían dado los cazadores. En el occipucio, y en una especie de moño, llevaba unas largas plumas. En sus muñecas brillaban unos brazaletes de acero y, por toda indumentaria, llevaba unos calzones adornados con abalorios y plumas.

-¡A mí! -gruñó extendiendo la mano, para tomar el anteojo de Pilchuck, pero sin apartar un momento la vista del objeto que atraía su atención. Luego, con ambas manos, llevó el instrumento a sus ojos-. ¡Ugh! -exclamó en el acto.

Hubo un momento de expectación y de ansiedad por parte de los demás. Pilchuck tuvo que contener la impaciencia de Starwell. Tomás sintió un escalofrío, pero cuando el indio exclamó: «¡Comanches! », aquella impresión se convirtió en algo ardiente, porque en el acto recordó a Milly Fayre.

Garras de Oso sostenía el anteojo con la mayor inmovilidad. Sus manos estaban envaradas, y luego se apartó del instrumento para que se acercase Pilchuck, a fin de que se colocase exactamente en el mismo lugar de observación.

Pilchuck cogió inmediatamente el instrumento, que osciló un poca, y, por fin, volvió a quedarse inmóvil. Para los testigos de aquella escena, los cortos instantes que empleó en mirar parecieron casi una eternidad. Mas por fin habló. diciendo

-¡Por Dios! Tiene razón. Veo a unos indios que descienden ahora hacia la cañada, a donde se dirigen todos esos surcos rocosos... ¡Mire usted, Starwell..! ¡Fíjese en esa punta de roca que se halla en línea recta con aquella peña alta y rojiza...! Luego, busque en su base.

Salieron entonces a relucir otros instrumentos ópticos, y más de uno de los cazadores pudo divisar a los comanches antes de que éstos desapareciesen.

Al instante se celebró consejo. La distancia era aproximadamente de quince kilómetros, pero, por increíble que pareciese, el indio osage había podido divisar algo que le indujo a tomar el anteojo para comprobar la maravillosa agudeza de sus ojos. El explorador mejicano conocía la topografía de aquella confusión de rocas y garantizó situar la fuerza de Pilchuck a poca distancia de los comanches al amanecer del siguiente día.

En vista de lo ocurrido, los cazadores desanduvieron lo andado y volvieron al campamento. Pilchuck encargó a los exploradores que buscasen un oculto recodo o el extremo de un cañón sin salida, en donde los carros y los caballos que no fuesen necesarios de momento, pudiesen quedar ocultos y convenientemente protegidos por un corto número de !hombres. Por fortuna se encontró lo que se buscaba en la dirección del campamento de los indios, a pocas millas de distancia de él; antes de oscurecer realizaron el traslado, con la mayor rapidez.

-Eso me parece muy bien -dijo Pilchuck, satisfecho-. Estamos lo bastante lejos para que no nos descubra ninguno de sus exploradores que describa un amplio círculo en torno de su campamento. Esa es una vieja astucia de los indios recorren una circunferencia en torno de cualquier escondrijo, gracias a lo cual encuentran las huellas de todos los que procuran acercarse furtivamente. Apenas parece posible sorprender a una cuadrilla de comanches del Llano Estacado, pero todas las probabilidades parecen indicar que lo conseguiremos.

Antes de amanecer, cuarenta hombres decididos salieron del campamento siguiendo al mejicano y a Pilchuck. Tomás Doan cabalgaba al lado de Garras de Oso, que ocupaba el quinto lugar, .y tras él iba Esnadas Harkaway. Nadie hablaba. Los cascos de los caballos producían un ruido apagado e inaudible a corta distancia. La luna, de tono anaranjado, apenas proyectaba luz, pues entonces se hallaba todavía muy baja sobre la desigual llanura. El lucero de la mañana, blanco y luminoso como un magnífico faro, resplandecía a gran altura en el cielo, que parecía de terciopelo gris hacia oriente.

Avanzaron toda la noche al paso o al trote, según el terreno. Por fin, la luna se puso y palidecieron las estrellas, exceptuando la mayor, que brillaba en el Este. Luego, también empezó a disminuir su luz. El alba estaba ya muy próxima. Desmontaron cerca de un peñasco en donde los espesos matorrales permitían atar los caballos. Pilchuck dejó a dos hombres de guardia y llevó a los otras a pie, en seguimiento del silencioso mejicano.

Después de recorrer menos de quinientos metros, este último murmuró algunas palabras y empezó a deslizarse a gatas. Pilchuck y sus compañeros, que avanzaban en filas de dos o tres en fondo, procuraban no perder el contacto con el, primero. El hecha de que el mejicano avanzase muy despacio sin producir el menor ruido, obligó a los demás a imitarle cuanto les fué posible, aunque irritaba en gran manera los nervios de aquellos hombres.

Tomás Doan no experimentó nunca igual ansiedad. Aquella era una comarca en absoluto desconocida para él v para sus compañeros, y contenía un peligro que sin duda hallarían muy en breve, aunque nadie podía predecir cuándo.

La aurora era cada vez más luminosa y resultaba ya posible distinguir las rocas a cierta distancia. El terreno se inclinaba ligeramente. Más allá de lo que parecía un espacio gris, probablemente una cañada, surgía un bulto vago, desigual. Pronto se vió que era la escarpadura de una cañada, en cuyo borde había alguna maleza. Tomás, al observar que hacía crujir con mucha frecuencia las ramitas o rozaba ruidosamente, el duro suelo, se esforzó en utilizar los ojos y los músculos para avanzar con, el' mayor sigilo. Por esta razón no levantó la vista hasta que un siseo de Pilchuck obligó a detenerse a todo el mundo.

Librodot

Entonces, Tomás Doan, sobresaltado, contempló un pronunciado declive que conducía a- una maravillosa garganta en la que, sobre una extensión cubierta de verde, que mediría varias hectáreas, había cierto número de cabañas indias. Por el centro de aquel espacio ovalado corría un arroyo y el murmullo producido por sus aguas era el único que alteraba el! silencio de la mañana. Centenares de ponies indios pacían en pie o tendidos sobre el prado. Ni un solo indio se hallaba a la vista, pero como la luz era todavía confusa, no había ninguna certeza de ello.

Pilchuck se incorporó para mirar por encima de! una roca y estudió entonces la disposición del campamento, las estrechas salidas de la cañada por arriba y por abajo y los aproches desde la vertiente en el lado en que se hallaba. Luego volvió a acurrucarse para hablar a los hombres que estaban tendidos a su alrededor.

-Si continuamos a esta altura, estamos aquí a tiromurmuró con voz tensa. Starwell, tome usted diez hombres, retroceda un poco, describa una curva y diríjase al lugar que esté a la misma altura que la de esa cañada al estrecharse más abajo. Usted, Harkaway, tome diez hombres, suba un poco y luego descienda, de igual modo, sin hacer ruido. Vayan despacio y no hagan ruido alguno. Absténgase de ponerse en pie. Así podremos vernos mutuamente y dominar todas las posiciones, a excepción del extremo más alejado de esa cañada. En un campamento muy grande, sin duda hay doscientos indios o más, si les acompañan sus familias, cosa que me parece muy probable. Ahora tengan ustedes en cuenta que los indios comhaten con, mayor fiereza cuando se hallan en esta situación. Va a ser una lucha encarnizada. También les recomiendo que, por lo menos intencionadamente, no tiren contra las mujeres y los niños. Eso es todo.

Sin hacer más ruido que el absolutamente inevitable e incluso conteniendo el aliento, los dog destacamentos mandados por Starwell y Harkaway retrocedieron por entre las rocas y desaparecieron. De nuevo volvió a reinar un silencio absoluto.

Los hombres de Pilchuck estaban tendidos y algunas, mejor situados, vigilaban al amparo de las peñas. Nadie hablaba. La expectación era general. Mientras tanto, el alba cedió paso al, día.

-¡Ugh! -gruñó Garras de Oso profiriendo una voz gutural, en tanto que su sarmentosa mano agarraba el hombro de Tomás.

Éste levantó la cabeza unos cinco centímetros y pudo divisar a un indio de elevada estatura, que estaba ante una tienda mirando hacia el, Este, donde algunas débiles líneas de color rojizo y rosado anunciaban la aparición del sol. Tomás sintió un violento sobresalto y la sangre circuló rápida por sus venas. Aquel' comanche podía ser uno de los asesinos de Hudnall o, por lo menos, uno de los que saquearon el campamento de Jett, del que Milly Fayre había desaparecido. Aquella pérdida terrible parecía ser ya muy antigua y Tomás sintió que el tiempo y el sufrimiento la habían transformado. Así, pues, el joven contempló con odio aquella magnífica figura de indio.

Pronto apareció otro y luego otro; después se presentaron varias squaws y, en un espacio de tiempo relativamente corto, reinó en el campamento la mayor actividad. En el tranquilo ambiente se elevaban varias columnas de humo. Los ponies empezaban a ir de un lado a otro.

A Tomás le pareció interminable el tiempo que Harkaway y Starwell emplearon en llegar a sus respectivas posiciones. El joven se preguntó si Pilchuck esperaría mucho más. Su sangre, latía con fuerza en las sienes, tenía la garganta seca y con gran frecuencia se turbaba su visión.

-¡Ugh! -exclamó, Garras de Oso, y aquella vez tocó a Pilchuck para llamarle la atención hacia determinado punto del campamento.

En aquel momento se percibió un aullido, penetrante que, por lo inesperado, sobresaltó a todos y hasta les alarmó, por su expresión feroz, terrible y persistente.

-Es el grito de guerra de los comanches -exclamó Pilchuck-. Alguno, de ellos habrá visto a nuestros hombres más abajo. ¡Esperad! Necesitamos que empiecen a tirar nuestros compañeros que están más abajo y encima

de nosotros. Entonces es posible que los indios echen a correr hacia acá.

Apenas el' explorador hubo pronunciada estas rápidas palabras en vez baja, cuando un Sharps despertó los dormidos ecos. Procedía del destacamento de Starwell, situado más abajo.

Instantáneamente hubo entre los indios una escena de violenta precipitación y sanaron agudos gritos, dominados por otros secos y más intensos que profería una voz autoritaria. Una descarga' cerrada de los hombres de Starwell, fué para Harkaway la señal de empezar el' ataque. Las nubecillas de blanco humo sobre las piedras traicionaban la situación de ambos destacamentos. Entonces, el disparo seco de algunos Winchester en el campamento indicó fa rapidez con que los indios se habían dispuesto a rechazar el ataque.

A mesar de las órdenes de Pilchuck, algunos de sus hombres empezaron a disparar.

-¡En fin, si no podéis aguardar... ! ¡Pero tirad alto! -gritó.

En aquella vertiente rocosa resonó una descarga cerrada de veinte Creedmoors. A Tomás le pareció que se había desatado el infierno. Por su narte, apuntó v tiró contra un indio que corría. ¡Cuán extraña era la ferocidad que le animaba! Temblaban sus manos, hasta el punto de inutilizar su puntería, y su rostro cubrióse de frío sudor. Sus compañeros cargaban y disparaban sin cesar, de modo aue el joven se hallaba rodeado de un tumulto esnantoso. Sin embargo, lo dominaba un aullido penetrante. el grito de guerra de los comanches. Tomás, estremeciéndose al oírlo. compendió por qué los cazadores le habían hablado del carácter horrible e infame de aquel grito, más espantoso que cualquiera de cuantos pudiesen proferir los indios.

Pocos momentos después disminuyó algo la intensidad de los disparos y, por consiguiente, los estampidos se hicieron mas soportables. En aquel' campamento reinaba un pandemónium. aunque, sin d'u'da, había allí numerosos indios astutos llenos de recursos. Las llamas envolvían la primera línea de tiendas. produciendo gran cantidad' de humo que apenas ocultaba a las mujeres y a los niños, quienes, corriendo a más no poder, se dirigían a la vertiente opuesta. Cierto número de mustangs, asustados, iban de un lado a otro, con las crines y las colas ondeantes, pero la mayoría parecían hallarse dominados por los indios, acorralados en el lugar más espacioso. Muy pronto, varios indios bravos, hombres y niños, arrastrando fardos y caballos, atravesaron o rodearon las columnas de humo para encaminarse al declive del otro lado.

Las comanches que se hallaban en la hondonada justificaron entonces su reputación de ser los más atrevidos y maravillosos jinetes de las llanuras. Con objeto de concentrar trar el fuego de los cazadores sobre ellos, numerosos demonios semidesnudos, aullando y empuñando sus rifles, montaban en pelo sus mustangs, con magnífica habilidad y valentía, dirigiéndose con extraordinaria velocidad en dirección a la salida de la cañada. Como era natural, sufrieron una verdadera granizada de balas.

Tomás, pudo ver cómo caían, muchos de ellos, desplomados al suelo. También algunos mustangs se arrodillaban de pronto y despedían a sus jinetes por las orejas. Igualmente observó que algunos indios pasaban rápidamente, con la velocidad del huracán, ante la granizada de balas que salía de la vertiente y que lograban escapar por la cañada.

En cuanto un grupo de valientes jinetes hubo realizado esta hazaña, otros indios condujeron, sin ningún orden, sus mustangs a las, salidas. Al parecer, dieron preferencia a la, inferior, que se hallaba abajo el destacamento de Starwell, y allí lograron alguna pequeña ventaja. Había un individuo flaco, valiente, muy bien montado, que precedía a tres de sus compañeros; sus ademanes eran tan retadores y tal su habilidad ecuestre, que prácticamente

atrajo todo el fuego de sus enemigos. Halló la muerte, pero sus. tres compañeros pudieron atravesar la salida sanos y salvos.

-¡Alto, muchachos, alto! -gritó Pilchuck al observarlo-. Cargad y aguardad. No tardaremos en ser atacados por esos demonios.

Tomás Doan lió un largo suspiro, cual si se ahogase. Sus manos sudorosas y sucias de pólvora abrieron la recámara de su Creedmoor. ¿Cuántas veces había disparado? Lo ignoraba, y tampoco habría podido decir si logró o no derribar algún indio.

Observando con aguda mirada el punto indicado por el explorador, vió, Tomás, a través del humo, las nubecillas blancas que surgían más allá de la primera línea de tiendas incendiadas. Allí había muchos indios bravos, tendidos al amparo de las piedras, de los árboles y de diversos objetos del campamento, aprovechando todo cuanto fuese capaz de ocultar a un hombre. Las balas silbaban en torno de la cabeza de Tomás y chocaban en las rocas que tenía a cada lado.

-¡Fijaos en ese grupo de, caballos! -gritó Pilchuck avisándoles-. Por lo mensos son cincuenta. Creo que nos hemos metido en un mal fregado.

Confusamente, a través del humo que se aclaraba, Tomás pudo divisar el grupo de jinetes indicado por Pilchuck. Sin duda proyectaban algún golpe atrevido, como los valientes que se sacrificaron para dar a sus familias la oportunidad de escapar. Pero aquello sería, sin duda, distinto, porque todas las, mujeres, los niños y los jovencitos habían desaparecido ya en la vertiente opuesta. Ahora se preparaba un verdadero combate.

-Creo, judo, que son demasiado listos para intentar siquiera atacarnos -dijo un viejo cazador de cano cabello-. Por mi parte juraría que ese grupo se dispone a salir y situarse sobre nosotros.

-Pues si lo consiguen, la situación será bastante desagradable -replicó el explorador-. Voy a preguntar a Garras de Oso qué opina él.

-No weyno -replicó el osage, lo cual interpretó Tomás como desagradable para los cazadores.

El mejicano recomendó a Pilchuck retroceder, para ocupar una altura mayor, pero el explorador movió la cabeza. De pronto y con notable rapidez, aquel compacto grupo de jinetes indios se desintegró para diseminarse a, derecha e izquierda.

-¡Demonio! -murmuró Pilohuck.

Una linea de jinetes comanches torció para ocupar un lugar más bajo que el campamento, otra empezó a subir, y todos iban en fila, aunque en direcciones opuestas. Starwell y Harkaway se abstuvieron de ordenar a sus hombres que disparasen, esperando acabar de comprender aquella estratagema. En cuanto cada uno de los grupos se encontró a medio camino de las salidas opuestas, sus jefes dieron media vuelta en ángulos rectos, en dirección a la vertiente.

-¡Caramba! Quieren cercarnos y filtrarse entre nosotros -exclamó Pilchuck-. ¡Muchachos, hemos de con servar nuestras posiciones y luchar con toda el alma para salvar la vida!

A doscientos metros de distancia era tan difícil tocar a aquellos jinetes incomparables, como a las aves en vuelo. El destacamento de Starwell empezó a tirar y el de Harkaway le imitó. El estampido de sus armas de fuego quedó casi apagado por el grito de guerra de los comanches. Parecía entonces más salvaje, más intenso y cercano, y, sonando a coro, llenaba los oídos de sus enemigos de un modo ¡horrible, aunque no resultaba discordante; su expresión era cruel y mortífera; sin embargo, resultaba una, magnífica fusión de numerosas voces humanas. Era el grito de una tribu salvaje que quería defender su vida.

A Tomás se le erizaron los cabellos. Miró con los ojos desorbitados. ¡Cómo saltaban aquellos mustangs! Cruzaron la llanura inferior, o sea la zona. peligrosa, donde caía una granizada de plomo, sin que se originase ninguna solución de continuidad en su rápida línea.

Y en cuanto llegaron a la base de la pendiente se levantaron sobre su cuarto trasero, y, un momento después, sus jinetes los abandonaron. Los comanchos hallábanse ya entre las rocas.

-¡Caramba! Me lo figuraba -gruñó Pilchuck-. ¡ Eso es magnífico! Ahora, muchachos, tendremos que luchar con verdaderas serpientes que se acercarán a nosotros arrastrándose. Es preciso abrir bien los ojos.

Aquella maniobra repentina ejerció el mismo efecto en los destacamentos de Starwell y Harkaway que en el de Pilchuck, y estuvo a punto de cambiar la situación en perjuicio de los blancos; pero quizá sólo pudieron comprender todo el alcance de la gravedad los experimentados en la vida de las llanuras. Todos concentraron su atención en aquel peligro oculto y nuevo; los comanches, que, en considerable número, se quedaron en el campameto, redoblaron entonces. su fuego.

¡Todavía no ha llegado el momento del «sálvese quien pueda»! -declaró Pilchuck -. Pero es evidente que también hemos de preparamos para esa acometida.

¡Diseminaos arrastrándoos y procurad amparares constantemente en las rocas!

Así empezó una retirada que envolvía un gran riesgo. Las balas de los Winchester iban a chocar contra los peñascos, proyectando un polvo blanquecino en el aire. Todas aquellas balas procedían del campamento indio, porque los comanches que había a cada lado de los blancos habíanse desvanecido como lagartos entre el laberinto de rocas. Pero todos los cazadores se daban cuenta de que aquellos indios subían arrastrándose, buscando puntos ventajosos, ocultándose al misma tiempo, con su peculiar astucia.

Tomás trató de no perder el contacto con Garras de Oso, pero aquello era imposible al avanzar a gatas. El osage se retorcía como una serpiente. También Pilchuck avanzaba con rapidez notable, dada su corpulencia. Otros iban de prisa o despacio-, según sus respectivas habilidades. Y así, el destacamento que antes estuvo unido, se diseminaba de un modo gradual. Recorrieron la corta distancia de doscientos metros, desde la posición abandonada hasta otra situada a mayor altura. El arrastrarse, retrocedíendo, parecíale a Tomás algo interminable e insostenible. Sin embargo, comprendió cuán necesario era llegar allí.

Alguien se hallaba muy cerca de Tomás, a su espalda, arrastrándose penosamente y jadeando con fuerza. Era Ory Tacks. Como estaba muy grueso, el. ejercicio era impropio de su resistencia y corría más peligro que sus compañeros. Tomas tenía que pensar en si mismo, pero no por eso dejó de preguntarse si podría ayudar a Ory. Roberts se arrastraba a poca distancia, a la izquierda del joven. También iba muy despacio. A la derecha de Tomás, ocupaba el sitio de Pilchuck un viejo y canoso cazador de búfalos, llamado Calkins. Los demás estaban a mayor altura, y, con alguna rapidez, desaparecían ya.

Una bala pasó silbando y fué a dar contra una piedra. Procedía de otra dirección distinta. Otro proyectil, que fué a dar ante él, levantó polvo y arena que chocó contra su rostro. Entonces las balas empezaron a silbar algo más abajo, pero ya por encima de las rocas. Los comanches no habían llegado aún a mayor altura que los cazadores. Calkins llamó en voz baja a los que estaban más abajo, recomendándoles que se dieran prisa, advirtiéndoles que la orden procedía de Pilchuck.

Tomás se deslizaba tan pegado al suelo como podía y arrastraba al mismo tiempo, su pesada arma de fuego. No podía ir más de prisa. Estaba todo él cubierto de un

sudor helado, y las secas detonaciones de los Winchester le, parecían cosa de pesadilla.

-¡Doan! -exclamó Roberts, de pronto-. El individuo que está a su espalda ha sido herido.

Tomás miró a su alrededor. Ory Tacks yacía de bruces en el suelo.

-¡Ory! ¡Ory! ¿Está usted herido? - preguntó.

-No, vale la pena -gimió levantando su pálido rostro; su viejo sombrero estaba encasquetado como de costumbre y por el agujero de la copa salía un mechón de cabellos de dos colores -. ¡No se preocupe... por mí!

Librodot

-¡Ayúdeme usted, Roberts! -exclamó Tomás, retrocediendo, en dirección a Ory.

Roberts hizo lo mismo y ambos llegaron simultáneamente al lado del joven.

-¡Muy agradecido! -dijo Ory con gratitud, mientras le cogían cada uno por un brazo.

Hasta entonces Tomás estuvo atontado por una emoción nueva en él. Sé parecía mucho al pánico, porque le fué dificilísimo contenerse y no echar a correr. Pero algo relacionado con la desgracia de Ory le produjo una nueva sensación. Y la comprensión del peligro que corría y la cólera le hicieron perder el miedo.

-¡Arrástrele usted!; yo apenas puedo conmigo mismo -jadeó Roberts.

Entonces Tomás se vió obligado a llevar a cabo el esfuerzo más espantoso que pudiera imaginar. Con Roberts, veíanse obligados a, arrastrarse y a subir por la pendiente al herido. Aquél pasó su brazo izquierdo bajo el de Ory y, empuñando su rifle con la mano derecha, se esforzó en seguir subiendo. Las balas empezaban a silbar, procedentes del lado opuesto, dando a entender con ello que los comanches, que se hallaban a la derecha, habían descubierto ya a los cazadores que se arrastraban por la pendiente. De pronto, y par encima de Tomás, se oyó un disparo de un Creedmoor... Luego oyó otros dos tiros sucesivos.

-¡Dios mío! ¡Ya era tiempo! - jadeó Roberts. Tomás sintió que desaparecía el frío que invadiera su cuerpo. Había llegado el momento de luchar. Pilchuck, Garras de Oso, el mejicano y alguno de los viejos cazadores de las llanuras llegaron a lo alto de la meseta y abrieron fuego contra los comanches. Esto le espoleó, si no a hacer un esfuerzo mayor, porque esto ya era imposible, por lo menos a recobrar el ánimo y la resistencia. Roberts silbaba al respirar. Su flaco rostro estaba cubierto de sudor. Ory Tacks luchaba valerosamente para ayudarse, aunque evidentemente sufría un dolor horrible.

La pendiente fué ya menos acentuada y más abundante en grandes rocas. Tomás ya no oyó silbar otras balas procedentes del campamento. A la sazón los indios disparaban desde ambos lados y los secos estampidos de los, Winchester dominaban a las Creedmoor, cubriendo un ancho semicírculo. Maá lejos, las armas de los grupos mandados por Starwell y Harkaway, se hacían oír sin interrupción. La acción se había convertido en una enconada batalla y ya los hombres no disparaban contra las nubecillas de blanco humo.

Con, la mayor oportunidad, Tomás y Roberts, arrastrando a Tacks, llegaron a lo alto de la pendiente, a una zona cubierta de grandes rocas, al amparo de las cuales luchaban Pilchuck y sus hombres. En el último instante Tomás oyó el impacto de una bala en la carne. Y observó que el brazo izquierdo de Roberts, sobre el cual se apoyaba para avanzar, se tendió inerte bajo su peso y él! mismo cayó cuan largo era.

-¡Me han herido! -declaró con voz ronca.

Y, abandonando a Tacks, fué a guarecerse tras una roca. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Tomás arrastró a Ory consiguiendo situarlo tras una roca de poca altura, al amparo de la cual disparaba un. cazador. Entonces, exhausto, Tomás casi perdió el sentido. Pero al tenderse, oyó exclamar al herido

-¡Muy agradecido, Tomás!

Éste permaneció ciego y sordo por unos momentos. De pronto sintió una conmoción extraordinaria en su pecho y el fatigado corazón empezó a palpitar aceleradamente en su esfuerzo por reponerse. Le pareció haber pasado mucho rato tendido allí, incapaz de levantar la cabeza o una mano. Pero gradualmente fué recobrándose. Pilchuck se deslizó por su lado, lleno de sudor, sucio de polvo y de pólvora.

-¿Estás herido, Tomás? -le preguntó sacudiéndole.

-No. Solamente derrengado - murmuró él con voz ronca y jadeante -. Hemos tenido... que arrastrar... a Ory... hasta -aquí... Está herido... Y Roberts también.

-Voy a verlos -dijo el explorador-. Aquí ocupamos una posición mucho mejor. Creo que lograremos contener a esos diablos rojos. Afortunadamente, Starwell y Harkaway están a

su espalda por ambos lados. Estamos realmente sitiados... Las balas proceden del Este y del Oeste. Asómate con mucho cuidado y procura descubrir a los indios. No tires contra el humo.

Tomás se arrastró un poco hacia la izquierda y con el mayor cuidado ocupó una posición desde la cual podría mirar al amparo de una larga y aplanada roca. Pero no consiguió ver nada que se moviese. Divisó un campo desigual de rocas, grandes y pequeñas, que se extendía a lo lejos, y entre las cuales aparecía a veces alguna mata de hierba o un poco de tierra. Había disminuido mucho el fuego. Sin duda en ambos bandos querían economizar las municiones. A veces, Tomás divisaba una nubecilla de blanco humo, procedente de un Creedmoor disparado a cuatrocientos metros de distancia o más, desde un punto más elevado, donde los hombres de Starwell defendieron la entrada de la cañada.

Mientras buscaba con la vista algún enemigo para tirar contra él, pudo.oír a Pilchuck que se ocupaba de los heridos, cerciorándose de que Roberts recibió un balazo en el brazo, pero sin fractura de huesos, y de que Ory Tacks tenía rota la cadera. Tomás comprendió la gravedad de aquella herida, dado el lugar en que se hallaban y la ausencia de todo cuidado médico.

-¡Agradecería mucho un trago de agua! - dijo el pobre Ory.

Pilchuck se alejó a gatas, pero no volvió. Ory Tacks y Roberts estaban tendidos en la base de la roca aplanada, momentáneamente al abrigo de las balas. Pero tenían que soporta? el sol, cuyos rayos eran. abrasadores. El explorador había escogido un pequeño espacio ovalado, rodeado de un modo regular por algunas rocas. Torciendo la cabeza, Tomás pudo divisar a ocho o diez hombres del grupo de Pilchuck que, respectivamente, daban la cara al Este o al Oeste. El joven pudo oír sus obscenas palabras y sus rudas bromas. El mejicano y el indio osage habían desaparecido.

Doan asomó la cabeza al amparo de las rocas. Aquella vez, su rápida mirada descubrió algo que se movía, como un conejo que cruzase un matorral. Sobre aquel lugar apareció un resplandor rojizo y una nubecilla de humo. La bala fué a dar en la esquina de la roca que le protegía y se alejó silbando. Tomás se apresuró, a retroceder, asombrado y encolerizado a un tiempo. La aguda mirada de un indio le había descubierto. Arrastrándose, rodeó la roca para acercarse a su extremo opuesto. Al amparo de la inmediata vió al cazador de blanco cabello, con la cabeza descubierta; su rostro estaba manchado de sudor y de tabaco.

-¡Despacio y bien! -aconsejó a Tomás-. Los comanches no saben resistir una larga lucha. Son jinetes y únicamente necesitamos tener paciencia. A campo abierto podemos darles una paliza.

La serenidad de aquel viejo era increíble. Desde luego resultó muy alentadora para Tomás. También contribuyó a contener su ardor y le obligó a esperar y pensar cuidadosamente todos sus actos antes de realizarlos. Encontró entonces una posición desde donde podía dominar cierta extensión. cubierta de rocas, sin riesgo alguno para él. Era como si pudiese mirar a través de un agujera demasiado pequeño, para que un enemigo lo divisara desde lejos. Desde aquel ventajoso lugar pudo descubrir algunos destellos grises y bronceados. Pero todo se desvaneció antes de que pudiese apuntar con su rifle.

-Si ve usted moverse algo, dispare con la rapidez del rayo -dijo el viejo-. Quizá sea una ardilla o un conejo, pero vale más pasarse de listo, porque lo más fácil es que sea un bicho de dos pies.

La concentración intensa. y la impresión que producía aquella hora permitió a Tomás hacer grandes progresos en el sistema de combatir a los indios que recomendaba el viejo. Disparó una y otra vez contra un pájaro que atravesaba por entre dos rocas y contra el centelleo de un arma de fuego o el brillo de una pluma. Pero, en cambio, nunca pudo cerciorarse de si había tocado o no a algún indio. Y resultaba rarísimo y digno de ser notado, que aquellos rápidos movimientos nunca se repetían en el mismo sitio. La concentración daba a Tomás la seguridad de que de vez en cuando podía divisar rápidamente el paso de alguno

Librodot

de aquellos fugitivos comanches. Y aquello unido a los disparos de los Winchester y a los zumbidos de las balas hicieron nacer en él algo parecido al espíritu que animaba al viejo habitante de las llanuras.

La vida era realmente una lucha y a él tocaba una parte de ella. Allí estaba la vida y a una pulgada de distancia la rápida muerte. Era algo terrible, espantoso, pero que le exaltaba vivamente un vago pasado. Tomás Doan comprendió la herencia que compartía con los demás hombres, ya fuesen blancos o rojos.

Para los que luchaban pasaron las horas con, la mayor rapidez. Otro herido fué a reunirse con Roberts y Ory Tacks, cuyos dolores debían ser espantosos. Sin embargo, Tomás los olvidó, y lo mismo hicieron los demás defensores de la posición. El ardiente sol caía sobre su cabeza. Las piedras y las armas de fuego quemaban. No soplaba la menor .brisa. Mientras tanto continuaba la lucha, favorable, en general, para los cazadores de búfalos, debido a sus fortificaciones, pero adversa, en cambio, por lo que se refería al, tiempo. Todos ellos estaban extenuados a causa de la sed. Las cantimploras habíanse quedado en las sillas de los caballos y el agua fué, por consiguiente, algo tan precioso como la misma pólvora. El anciano cazador maldecía el Llano Estacado. A Tomás le parecía tener la boca llena de algodón. Para combatir la sed, pasó largo rato con algunas piedrecitas -en, la boca, hasta que, por fin, le dieron asco.

Pasó el mediodía y llegó la tarde; el sol, más ardiente que nunca, empezó a inclinarse hacia el Oeste. Mientras, continuaba la batalla, disminuyendo las distancias entre los combatientes, en tanto que se intensificaba la lucha y aumentaba el peligro por ambos lados. Los Creedmoor de las fuerzas de Starwell y Harkaway eran los que sostenían el peso del tiroteo. Dirigían la mayor parte de su fuego al campamento, para impedir que los comanches que había en él fuesen a reunirse con sus camaradas de la pendiente. Los mustangs se hallaban en los puntos más alejados, huídos, espantados.

En aquel momento, apareció Pilchuck andando a gatas, sin rifle ni chaqueta. Su hombro chorreaba sangre.

-Me han herido levemente, Tomás -dijo-. La herida no-ofrece ningún peligro, pera sangra de un modo escandaloso. Haz el favor de rasgar la manga de la camisa y véndame fuertemente el brazo y el hombro.

En la parte superior de éste aparecía el agujero causado por un balazo que atravesó la carne.

-Fíjate en que me hirieron por la espalda -dijo Pilchuck-. Eso indica que había algún piel roja por ese lado. Consiguió herirnos, a dos de nosotros antes de que yo le matara. ¡Así... muy bien...! Y ahora dime cómo está el resto de nuestro hospital.

-No lo sé. Temo haberlo olvidado -replicó Tomás, confuso.

-Bueno. Voy a verlo.

Arrastrándose se acercó a los heridos y les habló. Tomás oyó que Roberts contestaba, pero Ory Tacks, en cambio, guardó silencio. Aquello le asustó. Entonces, el explorador volvió a su lado.

Roberts sufre bastante, aunque su herida no ofrece ningún cuidado. Pero ese pobre muchacho temo mucho que esté muriéndose. Le han dado un baLazo en la ingle. Tal vez...

-Pilchuck... Me parece que Ory no está tan mal herido...

-¡Ya lo creo que lo está! Y si no le damos agua no tardará en morir - declaró el explorador-. Lo cierto es que estamos sin gota de agua y con un calor espantoso. ¡Qué animal fuí al olvidar las caNtimploras!

-¡Yo iré a buscarlas! -exclamó rápidamente Tomás.

-No es mala idea -dijo PilChuck, después de reflexionar un momento-. Desde luego, no hay en eso más peligro que en permanecer aquí.

-Haga el favor de decirme qué debo hacer. ¿Dónde dejó usted los caballos?

El explorador se volvió hacia el Sur, en ángulo recto con el fuego cruzado de los comanches, y luego extendió su largo brazo.

-¿Ves aquella roca baja...? No está muy lejos... Es la última que hay en esa concavidad. Pues detrás. No es posible extraviarse. Por suerte, ahí abundan tanto las rocas como si fuesen coles.

-No tengo inconveniente alguno en ir - declaró Tomás-, pero lo que me preocupa es el regreso.

-Es preciso que vayas despacio, escogiendo los lugares que ofrezcan mayor protección. Al ir puedes señalar el camino por medio de piedrecillas. Supongo que los comanches se hallan a ambas lados de nosotros, pero podría darse le caso de que algunos de ellos intentaran rodearnos. -¿Algo más? - preguntó lacónicamente Tomás.

Al parecer, el explorador no imaginaba siquiera la temeridad de la empresa que se disponía a llevar a cabo el joven. Era como si hubiese esperado que éste se ofreciera a ello, en substitución de él mismo, pues él habría realizado aquella misma tentativa, de no estar incapacitado parcialmente. Tomás comprendió que en su vida había sido objeto de una distinción tan grande. Y aquello dilató su corazón. Sentíase ligero, duro, tenso, vibrando, con una extraña agitación.

-Bueno. No se puede pensar en todo -replicó el explorador-. Al regresar, procura hacerlo con la lentitud conque resbala la, melaza, alejándote de los lugares a donde lleguen las balas. Por ahora contenemos bien a esos pieles rojas. Pera reconozco que Starwell y Harkaway se han distinguido mucho más que nosotros. Si no me equi-voco, nuestros enemigos han tenido muchas bajas en la cañada. Los comanches son enemigos terribles a caballo, pero, en cambio,' incapaces de sostener una lucha como ésta. Si dan un ataque general, podremos considerarnos perdidos; de lo contrario, abandonarán el combate antes de la puesta del sol.

XIII

Milly Fayre salió del Puesto de Sprague en el pescante de un carro de carga, sentada entre Jett y su mujer. Los demás compañeros del primero seguían muy cerca, es decir, que Follonsbee y Pruitt ocupaban el segundo carro, y Catlee guiaba el último.

Mientras Milly pudo divisar a los Hudnall agitó su rojo pañuelo despidiéndose. Luego, en cuanto perdió de vista a sus amigos, se volvió lentamente para contemplar la interminable pradera desprovista de vida, repentinamente amenazadora y temible. Se dejó caer en el asiento con el corazón oprimido. Lo que tanto temiera habíase convertido en realidad. El valor que le inspiró el escribir la carta a Tomás Doan, que dejó en poder de la señora Hudnall, se basaba en el amor, -pero no en la esperanza. Y así lo comprendía ahora.

A pesar de tu traje masculino, tu conducta no es propia de un muchacho -observó Jett intentando bromear-. Vete si quieres a la trasera del carro y tiéndete un rato.

La bondad, en Jett, era algo asombroso, pero, Milly la recibió agradecida. Encontró un lugar cómodo entre las colchonetas, que no estaban arrolladas, y su cabeza quedó al amparo de la sombra del asiento del carro. Entonces se uió cuenta de que la aparente bondad de Jett fué sólo nn recurso para alejarla y poder conversar con su esposa en voz baja y apasionada. Milly pudo haber oído, por lo menos, una parte de aquella conversación, pero como no le interesaba, ni siquiera prestó oído.

Sintiéndose muy desgraciada, permaneció tendida mientras el continuo trote de los caballos la llevaba nuevamente a la distante comarca ocupada por los búfalos. Parecíale haber

recibido un golpe espantoso, al verse substraída a sus buenos y cariñosos amigos de Sprague para volver a llevar una vida penosa y dura, bajo las órdenes de su padrastro. 'Sus sufrimientos eran muy agudos; y como ahora estaba ya acostumbrada a esperar y a ser feliz, se hallaba en malas condiciones para soportar con paciencia la, desgracia. No pensaba en el porvenir, ni formaba planes para afrontarlo. Vivía el presente y sentíase de nuevo presa de un humor enfermizo y fatalista, que casi había llegado a olvidar.

Transcurrieron las horas y la voz profunda de Jett no dejaba de hablar. No interrumpió el' viaje al mediodía, como solían hacerlo los cazadores de búfalos; siguió avanzando hasta la puesta del sol.

-¡Hemos hecho setenta kilómetros! -exclamó satisfecho al soltar las riendas.

Y tanto si le gustaba a Milly como si no, vióse obligada a soportar de nuevo la vida del campamento con sus acostumbrados trabajos. ¡Cuán bien los recordaba! El humo de la hoguera le irritaba los ojos y al mismo tiempo traía a su memoria algunos recuerdos odiosos.

Los demás carros llegaron bastante más tarde, viéndose obligada de nuevo Milly a soportar la mirada de gavilán de Follonsbee y la semivelada del rostro maligno de Pruitt. Su traje masculino, que acentuaba su esbeltez y la armonía de sus formas, atraía la mirada de aquellos hombres. Parecían fascinados como si hubiesen descubierto algo maravilloso. Ninguno de ellos le dirigió la palabra. Sin embargo, Catlee le hizo una seña afable. Al parecer, estaba mucho _nás preocupado de cuanto ella pudo advertir anteriormente.

Una a una recordó las antiguas asociaciones de ideas, y la fugaz felicidad! que gozó con los Hudnall le parecía ya tan remota e irreal como un sueño. A la sazón volvía a ser la hijastra de Jett, que se sobresaltaba al oír la, voz dura y autoritaria de su odioso padrastro. ¿Pero tenía la misma dureza de siempre? Ella creyó notar alguna vaga diferencia, no solamente en él, sino en los hombres del equipo y en el ambiente que la rodeaba.

Instalaron el campamento junto a una de las pequeñas corrientes de agua en donde centenares de cazadores de búfalos habían acampado aquel año. Jett gruñó y se quejó de la. falta de leña y de hierba. El agua, en cambio, abundaba y era muy fresca, circunstancia en extremo agradable para los viajeros. Jett tenía una sed extraordinaria, debida al abuso que en Sprague hizo del ron.

-Ve a buscar un poco más de agua para beber -ordenó a Milly.

Ella cogió el cubo y se dirigió a la orilla, bajo los enormes, rumorosos y verdes álamos. Catlee hallábase en el riachuelo abrevando los caballos.

-Al verla venir pensé, ¿quién será ese muchacho? Me había olvidado de que iba vestida así.

-Yo tampoco me acordaba -replicó ella con cierta timidez-. No me gustan estos... pantalones. En cambio he descubierto una cosa, Catlee. Voy más cómoda con ellos por el campamento.

-No es extraño. Antes llevaba usted unas faldas que casi rozaban el suelo... Déme su cubo. Iré a llenarlo donde esté el agua más clara.

Vadeó más allá del lugar en que bebían los caballos y sumergió el cubo.

-No hay nada como el agua fresca después del calor de una jornada de viaje.

-Jett se ha bebido toda el agua que llevó antes y me ha hecho venir a buscar otro cubo.

-¡Claro! Está ardiendo por el alcohol que lleva dentro - replicó Catlee, sin ambages.

Milly no contestó, pero dió las gracias a Catlee, y, tomando el! cubo, derramó un poco de agua, para no mojarse al regresar al campamento.

-¡No sabe usted, Milly, cuánto siento que se haya visto obligada a volver al lado de Jett! -dijo Catlee. Ella hizo una pausa para mirarle sorprendida al observar el tono de su voz. Su bronceado rostro carecía de la expresión disoluta que se advertía en Jett y sus compañeros. Milly recordó que siempre le había parecido Catlee muy distinto de los restantes compañeros del equipo de, Jett.

-¿Que lo siente usted? ¿Por qué? -preguntó.

-Conozco a Sprague. Es de Missouri. Y me habló de usted y de su amigo Tomás Doan.

-¿Que Sprague... le habló... de Tomás? -balbuceó Milly sonrojándose-. ¿Y quién se lo contó a él?

-La señora Hudnall, según me dijo. Al parecer, Sprague se interesaba mucho por usted. Por otra parte, su esposa es, muy amiga da señora Hudnall, y por eso lamentó mucho que Jett se la llevase otra vez... como me ocurre a mí.

La confusión y el dolor de Milly al oír nombrar a Tomás no impidió, sin embargo, dejar de advertir la simpatía de aquel hombre.

Procuró contener la oleada de emoción que la invadía y su mente recordó la realidad de que estaba de nuevo en poder de Jett y que sólo podía confiar en su valor y en su astucia. Y aquel hombre de rostro duro, en apariencia huraño y sombrío, podría, quizá, ser su amigo. Entonces Milly concibió de repente al inspiración de conquistarlo para su causa.

-También yo lo siento, Catlee -digo con tristeza, derramando sinceras lágrimas, que habían empezado a asomar a su ajos en cuanto oyó nombrar a Tomás-. Soy su prometida... Y yo.. . era... tan feliz... ¡Oh, mucho! Jamas había sido dichosa hasta entonces. Ahora, en cambio, me veo alejada del lugar en que habría querido permanecer. Jett es mi padrastro y me veo obligada a seguirle porque soy menor de edad. Pero ese hombre me causa un miedo espantoso.

-Comprendo que tiene usted razones más que sobrarlas para ello - replicó Catlee con acento sombrío-. É1 y esa mujer se pelearon en abundancia y luego disputaron violentamente por el; dinero de la venta de pieles.

-¡Por Dios, le ruego que sea usted amigo mío! - replicó Milly.

El hombre, se quedó mirándola, como si no la comprendiese, aunque sin duda sentía una extraña emoción.

-Catlee -dijo ella observando la ventaja lograda y acercándose para posar en él suavemente la mano-, ¿no ha tenido usted nunca una hermana o una novia?

-No; en ese caso, yo sería otro hombre distinto -replicó con cierta emoción.

-Pero usted' no es malo-se apresuró a decir la joven.

-¿Que yo no soy malo? ¿Está usted loca, niña? Nunca he sido nada más que un hombre malo. Y ahora soy un ladrón de pieles.

-¡Oh! ¿De modo que es cierto? ¿Jett es un ladrón? ¡Ya me imaginaba que aquí ocurría algo espantosol

-Tenga usted cuidado, niña, y no demuestre a Jett que yo le he dicho tal cosa - replicó Catlee con cierta rudeza.

-No, no se lo diré. ¡Se lo prometo! Puede confiar en mí - replicó presurosa-. Yo confío en usted. No creo que sea malo. Jett le ha arrastrado a esto. Es un infame. ¡Le odio!

-Sí. Jett es un hombre malo y !tiene malas intenciones con respecto a usted. Yo me figuraba que usted lo sabía y que no le importaba.

-¿Que no me importaba? Si trata de hacerme el menor daño estoy dispuesta a matarle y a suicidarme luego - murmuró en tono apasionado.

El hombre parecía encontrarse ante un caso nuevo en su vida, que aventaba su indiferencia hacia los demás.

-¡Así es como habla una buena muchacha! - murmuró.

Sí. Y le ruego... le suplico que sea un... amigo...

-¡Ahí viene Pruitt! -exclamó Catlee interrumpiéndola, volviéndose a los caballos -. Procure usted que ni él ni nadie la vea hablando conmigo.

Milly se inclinó hacia el pesado cubo, y evitando el polvo que habían levantado los caballos que guiaba Pruitt, se apresuró a volver al campamento. Su presencia cortó sin duda las duras palabras que cruzaban Jett y su mujer. Milly reanudó sus interrumpidas tareas, pero

con la diferencia de que prestaba la mayor atención a la situación en que se hallaba ella entre aquellos ladrones de pieles. Habían quedado bien decididas las ocupaciones de Jett y no cabía duda de que aquella mujer era tan culpable como él. La categórica confirmación que Catlee dió a los temores de Milly, despertó el valor de ésta; y la posibilidad de conquistar a, aquel endurecido hombre para que la ayudase en su comprometida situación, le inspiró resolución y valor. Y en un abrir y cerrar de ojos, parecióle ser de nuevo la misma que escribió aquella valerosa carta a Tomás Doan.

En cuanto la cena estuvo lista, todos se dedicaron a comer. Loas hombres, a excepción de Catlee, no tenían la misma gana de costumbre. Sufrían los excesos de la bebida. Hablaban, poco, limitándose a pedir algo que estaba lejos de su alcance, sobre la tendida tela. Empezó a oscurecer, mientras Milly retiraba las sartenes y las tazas. Catlee llegó entonces con una enorme carga de leña que dejó caer ruidosamente al suelo, demasiado cerca de Pruitt; éste exteriorizó su irascible humor.

-Oye, ¿no has visto mis pies, animal? -preguntó.

-Si hubiese mirado, los hubiera visto, porque son bastante grandes -replicó Catlee -. No me extraña que cuides tanto de ellos.

-¿No te extraña? ¿Y por qué? -preguntó Pruitt. -Porque supongo que en ellos debes tener todo el seso de que dispones.

-¡Mald'ito yanqui! - exclamó el rebelde hombrecillo, tan asombrado como furioso- ¡He matado algunos tíos por mucho menos que eso!

-Es verdad -replicó Catlee hablando lentamente, con frío sarcasmo-. Pero por la espalda... Y vo te estoy mirando frente a. frente.

No cabía la más pequeña duda de que el carácter de Catlee, antes propio de un carrero estúpido v huraño, habíase transformado de un modo asombroso. Jett lanzó una ruidosa y ronca carcajada, porque le divertía la rebe?día del, estúpido granjero. Además advirtió el cambio que había experimentado. ¿Tendría, alguna razón para crear antagonismos entre sus hombres? Con toda certeza existía una fuerte enemistad contra él. Follonsbee miró asombradísimo a Catlee y luego movió lentamente su cabeza, semejante a la de un busardo, como si en su vida hubiese podido presenciar ya cosas muy extrañas en los hombres. En cuanto al rebelde y feroz hombrecillo, transformó en el acto su actitud con respecto a Catlee, pues si antes manifestó una grande irritación, ahora parecía inspirarle odio y duda a un tiempo. Y así como Follonsbee comprendió perfectamente al ex granjera de Missouri, Pruitt sólo pudo notar que se despertaban sus dudas acerca de él. Así se estableció entre ellos la mayor enemistad, que parecía ser la habitual actitud mental de Pruitt. Catlee la acogió con más gusto que una demostración amistosa.

Desde la sombra que reinaba lejos de la hoguera del campamento, Milly pudo ser testigo de aquella escena. Si Catlee respondía así a su ruego, era imposible negar que constituía un cambio repentino y maravilloso. La emoción que aquello le produjo parecíase casi a un estremecimiento. En aquel instante percibió una influencia lejana y efectiva, algo que se relacionaría con los acontecimientos futuros. Catlee volvió a la sombra de los álamos, en donde había instalado su yacija.

-Oiga, Rand. ¿Está usted seguro de que ese individuo es, como le dijo a usted, un granjero del Missouri, cansado de trabajar sin resultado? -preguntó Follonsbee.

-Mira, Hank; yo no estoy seguro de nada y no me importa un comino - replicó el jefe.

Eso es muy propio de usted - replicó el otro con sarcasmo-, porque no conoce el Oeste como yo. A mí, Catlee me ha parecido siempre un hombre raro. Y cuando habló con tanta frialdad a Pruitt., no pude menos de recordar algunos hombres de la cuadrilla Younger. Y si fuera así...

-¡Bah! ¡Nada! -exclamó Pruitt interviniendo en la conversación-. Pero en cambio, Jett, quisiera hablarle de nuestro connpañero yanqui. Me enfurece pensar que pueda corresponderle una parte del dinero que saquemos de las pieles.

Jett tosió de un modo extraño.

-¿Y quién ha dicho que Catlee tiene una parte? - preguntó en tono gruñón.

Follonsbee levantó la cabeza para contemplar a su jefe. Pruitt, que estaba sentado en un tocón, con sus descompuestas facciones iluminadas por la luz de la hoguera, se acercó lentamente para mirarle a su vez. Ambos guardaban silencio, interrogando al jefe con su actitud. Pero Jett no contestó. Tranquilamente encendió su pipa y arrojó el fósforo al fuego.

-Lo cierto es que no puedo recordar que nadie me dijese que Catlee percibía una parte - añadió Pruitt en

tono decidido-. Pero yo me figuraba que la tenía. Y me consta que Hank opinaba igual.

-Yo habría apostado cualquier cosa -contestó Follonsbee.

-Catlee tiene un jornal y nada más -afirmó el jefe.

-¡Demonio!, en tal caso, ¿quién se queda con su parte del dinero que sacamos de las pieles? - preguntó Pruitt.

-¡Yo! -dijo Jeff con seco acento.

-Pues debo decirle, Jett, que eso está de acuerdo con su conducta en Sprague, al retener nuestro dinero para pagar las provisiones -dijo Follansbee sin andarse con rodeos-. Se convino que usted proporcionaría el equipo, la comida y todo, que tendría la misma parte que nosotros, y que en el reparto estaría incluída su esposa. Pero ahora resulta que, además de su propia parte, se queda con la de su mujer y con la de Catlee.

-Estoy dispuesto a discutir con vosotros, pero no sobre la base de un reparto en proporciones iguales.

Siguió entonces un largo silencio. Los tres hombres fumaban y el fuego que empezaba a apagarse ya, dejaba sus rostros apenas alumbrados por los débiles destellos de las llamas. Milly fue en busca de su lecho, que había preparado en el carro. Jett había sacrificado los toldos, para substituir su peso por algunas pieles de búfalo. Él extendió las mantas debajo del carro, a donde después de oscurecer fué a tenderse su malhumorada mujer. Milly se quitó sus zapatos masculinos, arrolló la chaqueta para formar con ella una almohada y luego, cubriéndose con las mantas, estiró sus miembros, satisfecha de poder entregarse al descanso.

¡Cuán diferente le parecía el dormir a cielo abiertol A ella le gustaba. La inmensa techumbre azul estaba iluminada por multitud de lucecitas bellas y consoladoras. Milly recitó su corta e infantil oración, que más que nunca le daba ánimos aquella noche. Muchas veces, antes de conocer a los Hudnall y a Tomás Doan, dejó de pronunciarla, pero no volvió a olvidarse de ello en cuanto, gracias a sus amigos, hubo comprendido el significado de la amistad y del amor.

La noche era calurosa; las hojas de los álamos susurraban con suavidad a impulsos de la .brisa; zumbaban los insectos, y un pájaro nocturno lanzaba sus quejumbrosas notas.

Jett, Follonsbee y Pruitt continuaron en torno de la hoguera disputando en voz muy baja. Aquel murmullo fue el único que percibió Milly antes de que la rindiese el sueño.

Abrió los ojos al recibir la brillante luz del día y pudo ver el tono azulado del cielo sobre su cabeza. No, se, hallaba al abrigo de la lona en su tienda. ¿Dónde estaba? El olor de la leña de álamo quemada le descubrió repentinamente la verdad. Luego, la voz imperiosa y ruda de Jett, que siempre le infundía un miedo extraordinario, hizo circular por sus venas un verdadera torrente de fuego.

Quedóse un momento más, tendida, esforzándose en recobrar el ánimo de la noche anterior, y, al' fin, lo consiguió. De pronto le pareció que, habían pasado años. Estaba dispuesta a reflexionar, luchar, a soportarlo todo. Por consiguiente, cuando se presentó ante la

hoguera del' campamento, seguía siendo exteriormente una joven apacible y obediente, pero en su interior era, realmente, una mujer astuta y audaz.

En torno de la lona que hacía el oficio de mantel, apenas se pronunciaron aquel día media docena de palabras. Jett acuciaba a todo el mundo para que trabajara; gracias a lo cual el sol naciente iluminó los tres carros que, al trote rápida de sus caballos, seguían ya el camino del Sur.

Milly había rogado a Catlee que le preparase un lugar cómodo en la. trasera del carro de Jett. Él lo hizo así, y, por su propio impulso, añadió un improvisado toldo de lona. Ella le observaba desde el asiento del carro, esperando que le hablase o la mirara de manera que confirmase sus esperanzas. Pero el carrero continuaba silencioso, con la cabeza inclinada. Sin embargo, Milly no creyó desfavorable aquella taciturnidad. Cuando la noche anterior, Catlee murmuró «Así es como habla una buena muchacha», hubo en él algo que a Milly le pareció muy significativo. Desde luego no podía probar nada, pero presentía que aquel (hombre le demostraba su amistad. Su presencia, su ruego, su demanda de protección ejercían, sin darse cuenta él, una sutil influencia en Catlee.

Milly imaginó mil planes para escapar, para comunicarse con Doan, para descubrir a los cazadores de búfalos que en realidad era una prisionera y hasta hacer traición a Jett insinuando a todo el mundo que era un ladrón de pieles. Pero no se le ocurrió nada bastante satisfactorio. Sin embargo, comprendía la enorme importancia de estar enterada de las verdaderas actividades de Jett. Aquello suponía para ella un arma infalible en caso de presentarse la oportunidad. En cambio, una tentativa fracasada sería fatal para ella, porque Jett la mataría.

Mientras Milly componía en su mente un plan después de otro, creyó que mejor sería fingir la mayor sumisión a Jett hasta llegar al fin de aquel viaje al Sur. Allí trataría de persuadir a Catlee de que la llevase cuanto antes al campamento- de Hudnall, en donde ya podría traicionar a su padrastro. Si Catlee no quería ayudarla, huiría sola, o si aquello fracasaba, esperaría a que Tomás Doan pudiese encontrarla.

Antes de que hubiese avanzado mucho la mañana, Jett dejó ell camino franco a otro equipo. Milly no se dió cuenta de ello hasta que el traqueteo extraordinario del carro la obligó a ponerse de rodillas para mirar asomando el rostro; Jett había tomado una especie de atajo utilizado por otros equipos. Entonces pasaban precisamente, a alguna distancia, a la derecha, cuatro carros de carga llenos de pieles de búfalo. El tiro que llevaba la delantera era blanco y Milly se figuró reconocer el de Hudnall. Sintió un nudo en la garganta, pero recordó entonces haber visto muchos tiros de, caballos blancos y que todos ellos le produjeron la misma impresión. En caso de saltar y correr a su encuentro para darse cuenta de que se había equivocado, no hay duda de que perdería todas las oportunidades que le quedaban aún. Y así, dando un profundo suspiro, volvió a su asiento.

Pasaron rápidamente las horas. Milly se entregó a sus reflexiones hasta sentirse fatigada y por fin se durmió, no despertándose hasta que llegaron a otro campamento. Y las primeras palabras que oyó fueron las de Jett, que hablaba a Follonsbee mientras éste acercaba su carro al de aquél.

-¿No era el equipa de Hudnalf el que pasó por nuestro lado?

-Los dos primeros carros, sí -contestó Follonsbee-. El primero lo guiaba ese joven despellejador que tiene Hudnall, y el segundo tiro lo conducía aquel muchacho tan feo. No pude reconocer de quién eran los otros dos carros.

Milly tuvo que morderse los labios para contener un grito. Desde el pescante, Jett se disponía a descender. Su mujer, rezongando, malhumorada, sacó los sacos de lona que contenían los utensilios de cocina, que sonaron al chocar contra el suelo. Milly ocultó el rostro cuando la, señora Jett descendió del asiento. Luego se estremeció como una hoja, agitada por la violencia de sus emociones. ¡Tan cerca de Tomás y no haber podido verle

siquiera! Era terriblemente doloroso. Y permaneció tendida, con la mente llena de encontrados pensamientos. Entre ellos se destacaba uno que Tomás llegaría al Puesto de Sprague al día siguiente y recibiría su carta. Esta idea la animó. Seguramente el joven no se entretendría lo más mínimo y emprendería el viaje para seguirla y hasta quizás alcanzaría a Jett antes de llegar al río Pease, y si no lo lograba entonces, lo conseguiría poco después. Este pensamiento la sostuvo en aquel' momento, de prueba.

só su debilidad dejándola algo atontada, de manera que cuando descendió del carro estuvo a punto de caerse; más tarde, su torpeza, al llevar a cabo las tareas que le estaban encomendadas en el campamento, le valió una reprimenda de la señora Jett. Pronto volvieron los demás de atender los caballos; aquella tarde dieron pruebas de estar hambrientos. El encuentro de algunos carros cargados de pieles de búfalo había borrado momentáneamente las diferencias entre Jett y sus hombres.

-¿Cuántas pieles, habría en esos equipos? -preguntó Jett.

-No llevaban ninguna cantidad importante -replicó Follonsbee.

-Pero sí lo bastante para obligarnos a abandonar el camino -dijo Pruitt en tono significativo.

Jett le miró irritado y Catlee observó, arrastrando las palabras

-Es muy raro que no nos viesen. Bien es verdad que al tomar el atajo estábamos en un terreno más bajo. El primer carro lo guiaba un tal Tomás Doan, perteneciente al equipó de Hudnadl.

-Bueno, ¿y qué? -replicó Jett, molesto por aquella observación de Catlee, que habitualmente no se fijaba en nada.

-Pues, sencillamente, que lo reconocí - replicó Catlee con indiferencia, mientras fijaba la vista en el suelo. Al levantar los ojos un momento después, para mirar a Milly, que se hallaba en el extremo opuesto del mantel, pudo observar que los de la joven tenían una expresión que no conocía, brillaban como puñales. Él quiso darle a entender que había visto a Tomás, Doan. Milly bajó a su vez los ojos y echó un poco de café en su taza. No se atrevía a demostrar que había comprendido su mirada. Parecíale haber observado un rayo en donde antes no hubo más que cenizas apagadas. Él a partir de aquel momento, pareció no prestar ninguna atención a, la joven ni a los demás; y en cuanto hubo acabado de cenar y de cortar leña, se apresuró a desaparecer.

Jett y sus descontentos hombres volvieron a disputar, pasando una, larga, ruidosa y desagradable hora, en torno de la hoguera.

Pasó el siguiente día sin ningún suceso extraordinario para Milly, quien solamente pudo observar que Catlee- evitaba su encuentro y al parecer no parecía advertir siquiera su presencia; ella colgó en un punto visible su rojo pañuelo, esperanzada por su significado. Y, uno tras otro, luego, se alejaron los días bajo las ruedas de los carros.

Siete más tarde, encontrarían ya algunos grupos rezagados de de búfalos. El ambiente cálido y soñoliento del verano estaba corrompido; la pradera, que se alejaba en suaves ondulaciones, estaba llena de montones de huesos; los coyotes se apartaban del camino al aparecer los carros. Y Milly Fayre miró mil veces hacia atrás para contemplar el interminable camino que habían recorrido sin que apareciera' ningún carro a la vista.

Hacia las doce del noveno día, Jett llegó a ver el enorme rebaño de búfalos que llenaba la pradera. Detúvose para señalarlo a sus hoscos hombres, que fingían no verlo; luego reanudó el viaje, pero entonces prestando oído al fétido y cálida viento.

-¡Escuchad! - gritó a Follonsbee.

Milly oyó los disparos de rifles que sonaban cerca y lejos, incesantes y poderosos. Y por raro que fuese, aquella vez se alegró de oírlos.

Durante las cálidas horas del día, estuvo reclinada en el asiento improvisado de su carro, llevándose el pañuelo a la nariz y mirando, a veces, la fealdad de los campaanentos

abandonados. Los cazadores de búfalos habíanse tras ladado a otros lugares río arriba, y, la orilla de éste aparecía fianqueada por una, linea de verdes árboles.

Milly miró por última vez hacia el camino de la pradera, precisamente en el momento en que Jett se introducía en el bosque. A gran distancia, la joven vió un punto blanco en el horizonte... blanco y negro. ¿Serían los caballos y el carro de Tomás Doan? No debía de estar muy lejos. Acaso fuese .preferible que no hubiera alcanzada todavía a Jett. Hallábanse ya junto a los rebaños de búfalos y no tardaría mucho en cambiar su situación.

Jett se alejó de la pradera para internarse en el bosque siguiendo un camino sombreado, bien definido, junto al cual habíanse establecido muchos campamentos, pero él siguió adelante hasta hundirse en el bosque. Como era un hombre brutal que no conocía el miedo, hacía avanzar sus caballos a través de la espesura, cuyas ramitas se doblaban al ser aplastadas por el carro para enderezarse de nuevo en cuanto había pasado. Follonsbee seguía en segundo lugar. Jett se encaminó hacia una hondonada, cálida, llena de vegetación, casi impenetrable. Habría sido imposible que alguien se figurase que allí penetraron caballos o, en caso de ser descubierto el campamento, se debería simplemente a una suerte extraordinaria. Así atravesó Jett aquella espesura hasta llegar a un río profundo de brillantes aguas.

Milly no quiso dejarse impresionar por el hecho de que Jett se propusiera, ocultar su campamento, pues ya sabía que cualquiera que buscase huellas de carros y campamentos, no dejaría de encontrar el suyo. En cierto modo, Milly se alegraba de estar a la sombra de los árboles, de poder oír el murmullo del río, los acentos de los pájaros y de perder la hediondez del ambiente de la pradera. Un campamento situado en el borde de la pradera, rodeado de la podrida carroña de los búfalos, envuelto en polvo, en el calor, asaltado por las moscas y otros insectos, resultaría casi insoportable.

Jett detuvo su tiro en un sombreado claro de los álamos, casi al- lado del río. Entonces Milly descubrió que aquel lugar era el mismo campamento anterior de Jett. Y era evidente que las tiendas, el hogar, las cajas y las balas no habían sido tocadas por nadie durante su ausencia.

-¡Dejad libres a los caballos y descargad los carros! -dijo a los hombres-. Yo cuidaré de los caballos de silla.

-i ¡No hay cuidado de que se alejen de la hierba y del agua! -replicó Follonsbee -, pero podría haber por ahí ladrones de caballos.

Ja, ja, ja -rió Pruitt, de un modo desagradable-. Sabes perfectamente que todos los cazadores de búfalos son gente honrada.

Jett se metió por entre la verde maleza. Sus hombres descargaron los. carros y dejaron las cajas y provisiones al pie de un álamo. La señora Jett instaló una tienda cerca del hogar.

-Señorita -digo Catlee-. El toldo de lona del carro que tenía usted antes está destrozado. Por consiguiente, no tendrá usted ninguna tienda hasta que se haya arreglado ésta.

-¿No podría quedarme en el carro? - preguntó ella.

-No veo ningún inconveniente. Creo que tardaremos un poco en trasladarnos, o emprender el viaje.

Avanzada la tarde, los rayos del sol empezaron a perder su calor. Milly necesitaba extraordinariamente ejercitar los músculos, porque había pasado muohos días en la mayor inactividad. Por esta razón empezó a pasear de, un lado a otro bajo los árboles. Aquel campamento era el más retirado que Jett había tenido jamás. Estaba lejos de la pradera, oculto por la espesura, alborde del río y, además, por los árboles frondosos que había en la orilla opuesta. Si no, hubiese tenido ningún significado siniestro y no fuese en realidad' una prisión para Milly, es posible que ésta se hubiera hallado a gusto, por su silencio y belleza. Siguió paseando por la verde orilla del río hasta que la señora Jett la llamó secamente, ordenándole que la ayudase a preparar la cena.

En cuanto estuvo dispuesta, regresó Jett con las botas llenas de barro y el traje cubierta de ramitas! y de filamentos vegetales.

-He encontrado todos los caballos, a excepción de la yegua baya -anunció-. Mañana podremos volver a trabajar. ¡Me propongo hacerlo de un modo muy intenso, muchachos!

-¡Hombre! ¡Me gustaría saber cómo llamará usted a lo que hemos hecho! -replicó Follonsbee.

-Mire, Jett. Tenga la seguridad de que aquí no trabajará nadie más que usted.

El enorme cuerpo de Jett se agitó sobresaltado por la sorpresa y la cólera, que, sin duda, debía sentir.

¿Ésas tenemos? -preguntó airado-. ¿Y habéis esperado llegar aquí para decírmelo?

-¡Eso es, patrón! -replicó Pruitt.

Con hosco silencio, Jett empezó y terminó la cena. Era evidente que había recibido un inesperado y rudo golpe, para el cual no estaba preparado. No cruzó ninguna otra palabra con sus hombres, pero luego se llevó a un lado a su mujer, y seguían conversando aún con la mayor vehemencia, cuando Milly se quedó dormida.

El día siguiente trajo una situación que Milly no hubiera podido imaginar siquiera. Jett no cruzó una sola palabra con sus hombres y después de ensillar su caballo se alegó. Su mujer encerróse en el mayor mutismo. Follonsbee y Pruitt, sin duda muy satisfechos de su actitud, empeñaron una interminable partida de naipes a veces la interrumpían para hablar en voz muy baja de algo que debía ser interesantísimo para ellos. Catlee se preparó una caña de pescar y, yéndose a la orilla del río, se sentó a la sombra, a la vista del campamento.

Milly quedó abandonada a sí misma. Lo primero que hizo una vez terminadas las tareas de la mañana fué colgar un pañuelo rojo en un lugar muy visible. Luego ya no tuvo otra cosa que hacer sino matar el tiempo. Pero aquello no era fácil. Los hombres estaban todavía en el campamento. Al parecer gozaba de libertad. No le habían dado ninguna orden, debido, seguramente, a la tímida humildad que había fingido. Podía haberse alejado en la espesura o seguir las huellas del carro hasta llegar a la pradera. Pero no acababa de- decidir qué sería mejor. De momento sólo podía esperar.

El aire estival traía los estampidos .de los disparos, y aumentaban de tal modo en 1'a pradera del lado superior del' río, que parecían una sola detonación inextinguible. Cada una de ellas, quizá, significaba una herida mortal en el corazón o en los pulmones de un noble animal, con el único deseo de obtener su piel. Cuando Milly volvió a hallarse en la región en que se llevaba a cabo aquella matanza, aceptó, el hecho con melancólica resignación.

En el curso de su paseo en torno del campamento, Milly sentíase atraída hacia Catlee, quien estaba apaciblemente sentado, fumando su pipa, pescando. Ella le observó, tratando de, decidirse a acercarse para tratar del asunto que más interesaba a su corazón. Pero comprendió que los otros dos hombres y la, señora Jett podrían verla y que tal cosa despertaría sus recelos. Por lo tanto, desistió. Una vez, Catlee se volvió, al parecer por casualidad, y sus grises ojos miraron hacia el campamento y luego le hizo un guiño a ella.

Aquella leve señal renovó la fe de Milly acerca de la inteligencia que existía entre aquel hombre y ella. No tenía la seguridad de que él quisiera ayudarla, pero lo cierto era que había un secreto más entre ambos. La joven estaba convencida de más cosas de las que podía probar, y aquel pequeño incidente, le hizo soportable el largo día.

XIV

El equipo de Jett permaneció ocioso durante más días de los que Milly pudo recordar. Ella esmeraba que transcurriese el tiempo sin que nadie sospechara su ansiedad y sus deseos. Cuando Jett volvía al campamento, después de sus solitarias cabalgadas, Milly, al oír el ruido que el caballo producía al atravesar la maleza, nunca podía contener un estremecimiento de esperanza. ¡Quizá fuese Tomás! ¡Pero, siempre era Jett

Un día, éste regresó muy perturbado y, al parecer, exhausto. Su caballo jadeaba fatigadísimo. Follonsbee y Pruitt eran presa de una gran curiosidad, porque Jett no dió ninguna explicación. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, trajo un cambio en sus costumbres, porque, a partir de entonces, no se movió del campamento.

Habíase abandonado la caza de búfalos; al parecer, Jett se proponía continuar de aquel modo durante un período más o menos largo, hasta que sus hombres se ablandasen, pero ellos seguían en sus trece. Además, aquella forzada inacción acabó de decidirles. Nunca más volverían a dedicarse a los penosos trabajos de cazar y desollar .búfalos. Era evidente que estaba destruida por completo la unidad del equipo de Jett.

Milly oyó a su mujer decírselo a él, y la escena que siguió fué bastante violenta. Además, puso de manifiesto la secreta influencia que hasta entonces había eiercido la señora Jett. Era el resorte principal del mecanismo calculador de su marido, y cuando los otros hombres lo comprendieron a su vez, la situación se hizo bastante, sombría. Follonsbee y Pruitt habían adaptado una línea de conducta de la que esperaban la victoria. Jett ya no podía seguir cazando ni tampoco robar pieles, privado como estaba del auxilio de sus hombres. Todas sus excursiones solitarias habían tenido por objeto encontrar otros cómplices, pero Follonsbee y Pruitt sabían muy bien que no podría consieguirlos en aquella región.

Milly fue testigo de la enconada disputa que siguió entre Jett, su mujer y los dos hombres. Catlee estaba siempre escuchando y observando, pero no tomaba parte en sus conversaciones ni en sus disputas. Permanecía al margen de ellos. Los otros tampoco le tenían en cuenta para nada. 'Sin embargo, deberían haberle concedido una importancia extraordinaria, a juicio de Milly, porque, como ella, Catlee era un personaje de aquel intenso y silencioso drama.

Jett habíase ablandado hasta el punto de estar dispuesto a buscar un arreglo con sus hombres. Follonsbee y Pruitt no querían aceptar sus ofertas, y la mujer, más tenaz y calculadora que ninguno de ellos, no quiso consentir que su marido renunciara a la más mínima parte de sus ganancias.

No, había, pues, solución posible, y, en vista de ello, renunciaron, por entonces, a seguir discutiendo. Follonsbee y Pruitt se alejaron del campamento. Jett y su mujer se metieron en su tienda, en donde conversaron acaloradamente; Catlee y Milly hicieron la cena; la joven no pudo darse cuenta de cuando había regresado aquel silencioso hombre.

Al día siguiente, la atmósfera del equipo de Jett había sufrido otro cambio. El jefe estaba muy preocupado y atormentado, pues veíase acosado por una mujer que tenía una voluntad de acero y el' corazón lleno de odio, y frente a dos hombres del Oeste, cuya reacción parecía poco tranquilizadora. Y aquello despertó en él una terquedad inconmovible.

Milly observó la desintegración de aquel grupo, y lo que no pudo adivinar por sí misma, lo averiguó fijándose en Catlee. Realmente, aquel hombre era el más notable del

equipo, aunque los demás no le concediesen la menor importancia. En cuanto a Jett y sus hombres, estaban divididos a más no poder; no tardarían en separarse, influídos, quizá, por el aspecto salvaje de aquel lugar. El mal que había hecho cerníase entonces sobre sus propias cabezas, acaso para darles el debido castigo.

Milly empezó por temer el resultado de todo aquello, aunque la descomposición del equipo augurase un bien para ella. Cualquier día, Tomás Doan, con Hudnall y sus hombres, podrían presentarse en el campamento de Jett. Esto significaba su liberación de un modo u otro. Si Jett se negaba a permitirle la marcha, ella sólo tendría que denunciarle. Y Milly

procuraba sostener su valor durante toda aquella prueba, pero cada vez sentía más la influencia de una sombra funesta.

Al' terminar aquella tarde se relajó la tensión general. Follonsbee y Pruitt se alejaron conversando entre sí. Jett se quedó dormido al pie de un árbol y su huraña mujer se introdujo en su tienda. Catlee estaba sentado en el tronco de un árbol inmediato a la orilla del río, profundamente ensimismado.

Milly, obedeciendo a, un impulso largo tiempo contenido, se deslizo a su lado.

-Quiero decirle una cosa, Catlee - murmuró -. Todo lo que he sufrido ha alterado mi sistema nervioso. He aguardado, esperado y rogado la llegada de Tomás Doan... Pero no viene. No habrá encontrado el camino. Tal vez yo hubiese sido capaz de resistir mas tiempo, pero esta lucha entre Jett y sus, hombres, me quita el ánimo. Estoy asustada. Va a ocurrir algo espantoso. No me atrevo a imaginarlo siquiera... Sé que es usted un amigo. ¡Oh, lo se...! Y usted debe ayudarme. Dígame lo que opina. Dígame lo que debo hacer. Todo esto es tan salvaje y tan raro... Esa mujer me da .miedo. ¡Me mira de un modo Como si adivinara lo que los hombres no piensan todavía, aunque acabarán por pensarlo... Catlee, usted no es... ¡No...! Usted no es como esa gente. Pero aunque hubiera sido, o sea... otra cosa, acuérdese de su madre y sálveme antes..., antes de que...

A Milly le faltó la voz, agotada por la emoción.

-¿Me ha dicho usted ya todo lo que quería, niña? -preguntó Catlee en voz baja y profunda.

-Sí...Sí... -balbuceó Milly tendiendo hacia el hombre sus temblorosas manos.

El rostro de Catlee experimentó un cambio, como si su agitación interior se trasparentase.

-¡No se aleje usted de mi vista! -dijo con una dramática expresión que la dejó asombrada.

Y luego se alejó, imperturbable como siempre.

Pero Milly creyó haber visito u oído algo terrible. ¡No alejarse de su vista! ¿Qué querría. decir con ello? ¿Significaba acaso que la catástrofe era inminente y peor de lo que sus mismos temores le hicieron presagiar? Era evidente que aquel hombre previó siempre lo que ocurría, como estaba segura también de que durante todo aquel tiempo fue su amigo y protector, que por ella observaba y escuchaba silenciosamente.

Regresando al carro que constituía' su vivienda, la joven se encaramó al asiento y se dejó caer en él con los ojos muy abiertos y el corazón palpitante. Desde allí podía ver a, Catlee sentado e inmóvil como una estatua, contemplando el río. Salió la señora Jett de su tienda con lentos pasos malignos y tenía el rostro desencajado. Resplandecían sus negros ojos mientras se acentuaba el amargo rictus de su boca, que le daba tan dura expresión. Pesada y torpemente fué a despertar a Jett, a quien dió un puntapié, no menos cariñoso que su aspecto.

-¡Arriba, gandulón! -gritó- ¡Estoy decidida! Levantaremos el campamento mañana al amanecer... Y puesto que no tienes ánimo para matar a esos hombres podrás terminar el asunto con ellos esta misma noche. Pero yo me guardo el dinero y me marcho mañana.

-Bueno -exclamó Jett con ruda expresión, dando por terminada la conversación.

Tanto en aquella mujer como en sus compañeros existía el! inconsciente hábito de dedicarse a las faenas del campamento. Metódicamente empezó a trabajar en tomo de las cajas y de las provisiones. Catlee fué en busca de leña como si se lo hubiesen ordenado. Follonsbee y Pruitt regresaron para sentarse al pie de un álamo, con cara de siniestra expresión. Jett se metió en su tienda, y, al salir, recábase la amarilla barba. Tosía broncamente, como siempre, después de beber.

Milly no se movió siquiera para ayudar. Nadie la llamó. Era como si no estuviese allí. Cada uno de los miembros del equipo estaba entregado a sus propios pensamientos.

Dispuesta la cena, todos empezaron a comer en medio de un gran silencio, con una extraña calma que presagiaba la tempestad.

Catlee llevó a Milly algo que comer y se lo entregó sin decir palabra. La joven lo miró a los ojos y entonces le pareció haberse equivocado acerca del carácter bondadoso de aquel hombre. Cuando él se volvió de espalda, observó que llevaba un revólver en el cinto. E inmediatamente se dijo que los cazadores de búfalos no tenían costumbre de ir armados así.

Después de cenar, la señora Jett dejó a su marido entregado a sus ocupaciones y, con la cabeza inclinada, se dirigió a su tienda diciendo al mismo tiempo de un modo significativos

-Yo voy a empaquetarlo, todo, para terminar antes de que oscurezca.

Milly vio que Follonsbee hacía una seña a Pruitt y a Catlee para que se alejasen. En cuanto lo hubieron hecho, en direcciones distintas, el primero se acercó a Jett.

-Rand. Ésta es la última partida y las cartas son malas -dijo.

-Bueno -exclamó el gigante sin levantar los ojos.

-Su mujer nos ha declarado la guerra -continuó diciendo Follonsbee sin rencor-. Nosotros no le echamos a usted la culpa de, lo que ocurre.

-Mira, Hank, ya hemos hablado bastante de eso -replicó Jett con' acento de cansancio.

-Ha bebido usted demasiado - continuó diciendo el otro con tono conciliador-. Pero ahora está sereno y deseo hacer una nueva tentativa. ¿Quiere usted escucharme?

-No estoy sordo.

-Más le valiera estarlo. Ahora, Rand, voy a hablarle con la mayor sinceridad. Se ha portado usted muy mal can nosotros. Pero aún está a tiempo de arreglarlo todo y nosotros seremos, los mismos de antes. Se ha presentado la oportunidad de conquistar una buena cantidad' de pieles... Cuatro mil, por lo menos, y el golpe sería fácil. No se deje llevar por nadie y obre par sí mismo. La codicia de esa mujer le ha cambiado a usted. Métale un poco de sentido común en la cabeza o arrójela al río. Ahora estamos hablando de hombre a hombre y debo decirle que Pruitt es, en realidad, una serpiente de cascabel. Y morderá. Yo quiero advertírselo honradamente. Si esto continúa un día más, será ya demasiado tarde. Aquí corremos mucho peligro. Los cazadores no dejarán de observar que no matamos búfalos. Por consiguiente, mas valdría cargar de una vez y marcharnos.

-Mañana nos marchamos -replicó Jett con acento sombrío.

Quién?

-Yo traslado mi equipo, pero si tú y Pruitt queréis quedaros aquí, nos repartiremos las provisiones.

-Es usted muy amable- exclamo Follonsbee con sarcástico acento-. Pero debo avisarle que en caso de haber un reparto, deberán incluirse en él no solamente provisiones y los efectos, sino también el dinero.

-Ahí precisamente es donde no estamos de acuerdo -replicó Jett con acento burlón.

-Pero, está usted loco? - preguntó el otro, extrañado y aburrido ya ante tal testarudez -. ¡No tiene más remedio que hacer lo que, le digo!

-¡Ja, ja, ja! -rió Jett.

Follonsbee inclinó su flaco rostro de expresión de buitre y empezó a pasear de un lado a otro con las manos a la espalda. De pronto dio un grito para llamar a Pruitt; el rebelde hombrecillo regresó corriendo.

-Andy, acabo de hablar francamente a Jett, pero es inútil -dijo Follonsbee-. É1 y su mujer abandonarán el campamento mañana.

-Por la mañana, ¿verdad? -preguntó Pruitt.

-Sí. Y nos ofrece que continuemos aquí con la mitad de las provisiones. Pero yo le he contestado que, en caso de hacer un reparto, habrá que distribuir equitativamente el dinero y los demás efectos.

-Y ¿qué contesta él?

-Precisamente ahí está la dificultad. Yo le he dicho que no podría consentir otra cosa que un reparto justo, pero él se ha echado a reír por toda respuesta.

-¡Vaya! Me parece que no ha dado muestras de ser muy cortés. Mira, Hank, estoy ya cansado de hablar a buenas con Jett. Si he de dirigirle otra vez la palabra le diré algo desagradable. Dale tiempo hasta mañana para que reflexione.

Durante aquella corta conversación, Pruitt no demos-

tró su humor huraño. Milly no pudo verle el rostro, pero el tono de su voz y la actitud de su cabeza no eran los característicos en él.

-¿Queréis beber un trago conmigo?

-Muchachos -preguntó Jett con desdén y mal humor.

Ellos se alejaron sin contestar. Milly miró a su alrededor. Catlee estaba apoyado contra un árbol cercano, a una distancia que le permitía oírlo todo; la mirada que dirigió a Jett era extraordinariamente significativa. Jett desconocía la frontera, aunque hubiese sentido en seguida su perniciosa influencia. La bebida, la vida ruda en una salvaje región, le habían preparado el camino de la delincuencia para deslizarse por él rápidamente, impulsado por la codicia. Quizás el peor de los pasos que dio fué el llevar a su mujer allí. Y ahora su miserable naturaleza le hacía inferior todavía a aquellos ladrones, que, probablemente, ejercieron en él un pernicioso influjo. Pero Jett no conocía a los hombres del Oeste, y mucho menos a los criminales, como lo eran, sin duda, Follonsbee y Pruitt.

La oscuridad invadió el campamento y el río. Los; grillos y las ranas callaron. La hoguera del campamento acabó por apagarse y pronto murió también la débil luz que había en el interior de la tienda de Jett. La soledad de la noche parecía envolver a Milly llenando de terror su alma. ¿Cual sería -el' motivo de las agoreros aullidos de los lobos? Sin embargo, sentía la esperanza instintiva e irresistible de que al día siguiente estaría libre. A pocas millas de distancia, seguramente, Tomás Doan estaba dormido y quizá soñando con ella.

Milly oyó los; cautelosos pasos de Catlee. Éste había trasladado su cama cerca del carro de la joven; su presencia allí demostraba su deseo de guardarla sin producirle la menor molestia. Esto calmó algo los excitados nervios de la joven y poco después se cerraron pesada-mente sus párpados.

De pronto despertó sobresaltada. Las estrellas, que brillaban sobre su cabeza, empezaban a desvanecerse ante la débil claridad que invadía el cielo. La hoguera del. campamento crepitaba por la carga de leña que habían echado en ella. En el aire se difundía el olor de madera quemada. El carro en que ella estaba tendida se estremecía entonces. Luego oyó el! ruido de los cascos de los caballos al galopar el suelo, los leves roces de los arneses y una voz baja y ronca que reconoció. Jett estaba enganchando los animales.

Conteniendo la respiración y mientras la sangre circulaba agita,damente por sus; venas, Milly se incorporó en su lecho y asomó el rostro por uno de los lados del carro. Veíase a la corpulenta señora Jett al resplandor del fuego. Iba de un lado a otro con una celeridad que revelaba elocuentemente la naturaleza de aquella marcha. Al parecer, ninguno de los- tres hombres se movía siquiera. Milly se inclinó por el otro lado del carro para mirar la yacija de Catlee seguía al pie del álamo. En la confusa oscuridad pudo divisar una forma negra que se movía y acabó por convencerse de que Catlee, sentado en su cama, estaba calzándose las botas.

El' enorme Jett se irguió al pasar por el lado del carro. Milly dejóse caer sobre su cama para no ser vista. Aquel hombre habló con su mujer en voz baja. Ella no le contestó. Luego Milly oyó que los caballos se acercaban hasta detenerse a espaldas de su carro. Seguidamente percibió el chocar de algunos correajes. Jett ensillaba los más rápidos caballos que solía emplear en la caza.

De nuevo ;Milly asomó cautelosamente la cabeza. Jett se movía con rapidez, muy nervioso. Ató ambos caballos a. la trasera del carro y les puso unos morrales llenos de cebada. Los caballos inmediatamente empezaron a rumiar el pienso.

Después Jett se aproximó al carro y levantó algo sobre el estribo, precisamente cuando Milly volvió a tenderse en su cama. La respiración profunda y rápida del hombre daba a entender que realizaba un grande esfuerzo. La joven percibió olor de ron en su aliento. 21 desapareció para regresar en. breve para dejar otro fardo en la trasera del carro, acto que repitió varias veces. Luego Milly le oyó maniobrar con el alambre que sujetaba al vehículo el depósito de agua. Inclinó el depósito y el ruido del agua le indicó la cantidad que contenía.

-Está lleno hasta la mitad -murmuró para sí-. Para hoy bastará.

Se alejaron sus pesados pasos y luego la joven oyó su ronco murmullo al dirigirse a su mujer. Ésta –contestó.

-Creo que se, presentarán. Me parece que no podremos marcharnos con tanta facilidad. Más valdrá que no abandones el rifle.

-¡Bah! -exclamó Jett, disgustado con ella, consigo mismo y con la situación.

Ahora debemos almorzar a toda prisa. No nos detendremos a fregar ni nos llevaremos esos cacharros. Ya tengo guardados otros.

Oíase hervir el agua del café, luego se oyó un chiporrotea como si el líquido hubiese caído sobre las brasas. Alguién apartó el recipiente del fuego. Milly asomó de nuevo el rostro y vió que el alba, con sus grises y sombrías tonalidades, estaba apuntando. Entre los árboles reinaba todavía la oscuridad; pero a poca distancia había suficiente claridad para' distinguir las cosas. Jett y su mujer estaban almorzando. El rifle descansaba en la caja de los cacharros. El matrimonio comía silenciosa y apresuradamente. En aquel momento un rumor, semejante a un trueno lejano, interrumpió el silencio de la madrugada. Resonaba profundo, distante, amenazador. Milly creyó que era, efectivamente, un trueno. Sin embargo resultaba extrañísima su duración. Jett levantó su enorme cabeza para escuchar.

-¡Una estampida! Es la primera de este verano. Afortunadamente es al otro lado del río.

-¡Una estampida! -repitió lentamente su mujer-. ¡Hum! ¿Tantos búfalos hay por ahí?

-Constituyen un rebaño bastante grande cuando se reúnen. De todos modos, no me gusta. Son capaces de poner en movimiento al rebaño principal de este lado. Nosotros nos disponemos a cruzar la pradera en dirección al Río Rojo. Y aunque tuviésemos dos días de ventaja, nos alcanzaría un rebaño al galope.

-No estoy conforme contigo, Jett -observo su mujer-. Pero con búfalos o sin ellos, nos, marcharemos. Milly prestaba oído al lejano estruendo. ¡Qué ruido tan extraño! ¿No había aumentado ligeramente su volumen? Esforzó la atención. Por fin disminuyó y se perdió a lo lejos para volver a oírse, aunque esta vez muy débil, pero lo bastante intenso para ser preceptible.

Poco a poco el alba habíase convertido en día. Los Jett estaban acabando de almorzar. Lo que hubiese de ocurrir sucedería muy en breve. Milly trató de contener su curiosidad y su miedo. Su corazón palpitaba con fuerza. El resultado de aquella situación tenía para ella extraordinaria importancia. Vió a Catlee sentado en su cama observando a los Jett. Él, a su vez, miró a la joven. Bajo la sombra de, las alas de su sombrero, sus ojos parecían dos negros agujeros. Hizo una seña a Milly para que se ocultase. Ella obedeció instantáneamente, tendiéndose otra vez en su cama; entonces, obligada por un impulso irresistible, se acercó al otro lado y miró desde allí.

En aquel momento Pruitt y Follonsbee se acercaban hacia los esposos Jett. Milly habría retrocedido, pero sentíase como encadenada por la curiosidad. El rebelde hombrecillo le infundió un terror extraordinario. Follonsbee parecía, como siempre, un ave de presa, pero ahora a punto de atacar.

-Supongo, Jett, que no querrá usted desafiarnos -preguntó Pruitt-. Ya comprenderá usted que no le permitiremos que se marche sin hacer antes un reparto con nosotros.

-Deijo dos carros, seis caballos y la mayor parte del equipo-replicó, Jett en tono gruñón, mir ando al mismo tiempo a Pruitt.

En aquel momento, algo se esforzaba en penetrar en su mente.

-¡Podéis daros por contentos con esa! -exclamó la mujer.

-¡Escucha lo que dice, Hank! -exclamó Pruitt volviéndose a Follonsbee.

-Ya lo oigo, y no, quiero escuchar nada más. Ella es la que ha aconsejado esto -añadió el camarada de Pruitt con acento estridente. Sólo el timbre de su voz demostraba su cólera, porque, por lo demás, hablaba lenta y apaciblemente como Pruitt.

-¡Encaraos conmigo! -gritó Jett cediendo a la violencia de una situación que ya no estaba en sus manos remediar-. ¡Dejad en paz a mi mujer!

-¿Su mujer? ¡Vamos, hombre! -exclamó Pruitt con acento desdeñoso- Esa mujer se llama Harding y es tan esposa de usted como mía... Usted, Jett, es un cobarde y tenga en cuenta que habla con hombres que podrán ser lo que usted quiera, pero cobardes no.

Jett balsfemó en voz baja, muy rabioso, deseando hacerles frente y dominarlos. Pero no pudo, y, volviéndose ferozmente a la mujer, le preguntó

-¿Acaso les has dicho que no estamos casados... todavía?

-Sí. Se lo dije cuando hacías el tonto con tu hijastra -contestó ella;

Jett la habría golpeado de no haber estado tan cerca Pruitt y Follonsbee. Este último se echó a reír con la mayor ordinariez. Pruitt dio un paso hacia delante. Su aspecto era normal y sus movimientos indolentes, pero sus contraídos músculos y su mirada indicaban algo distinto.

-¡Vamos a ver, Jett! ¿Ha dicho ya a su mujer que quería librarse de ella... para quedarse con esa mozuela de negros ojos? -preguntó el rebelde hombrecillo con la mayor insolencia-. A nosotros nos lo dijo usted... Y entonces no estaba borracho.

Al oír aquello, la mujer miró a Jett sombríamente.

-¡No! ¡No dije tal cosal -gritó Jett.

Pero la mujer interrogó con la mirada a los dos acusadores.

Jett es un cobarde embustero -declaró Pruitt-. Estaba decidido a dar a esa muchacha el lugar que usted ocupa. Y por eso no quiso entregarnos la chica a nosotros, ni a Hank ni a mí.

-Es verdad -corroboró Follonsbee-. Quien miente es Jett, nosotros no. Por mi parte no quisiera mentir ni para salvarles su cochina vida.

Estas palabras convencieron a la mujer, que se volvió a Jett con furia. Él quiso interrumpir sus violentos apóstrofes, pero hasta que no la hubo sujetado con sus brutales manos, sacudiéndola luego como hace un perro con una rata, no pudo hacerla callar. Después, tras una pausa, durante la cual ella le miró con expresión de intenso odio, exclamó jadeando

-Te juro... que arrancaré los ojos a esa mozuela... Y tú, Rand Jett, puedes estar seguro de que no tendrás ni un sólo dólar del dinero de las pieles.

-¡Cállate o te rompo la crisma! -dijo él con voz ronca.

-¡Ja, ja, ja! -rió Follonsbee, aunque no con alegría. Jett, creo que podemos dejarle a usted entregado a los cariñosos cuidados de esta dama -dijo Pruitt-, porque lo merece usted. Pero estoy persuadido de que su testarudez nos obligará a. hacer algo desagradable... Por última vez, ¡maldito sea!, ¿quiere usted! repartir con nosotros el dinero de las pieles, el equipo y las provisiones, según convino?

-¡No quiero! - exclamó Jett con la mayor ferocidad.

Parecía una bestia acorralada, pero lo raro del caso era que dirigía sus miradas de odio a la mujer, y no al hombre que le amenazaba.

-¡Pues entonces nos quedaremos con todo! -replicó Pruitt con voz -aguda.

Estremeciéndose violentamente, Jett se volvió para mirar a Pruitt, comprendiendo al fin las intenciones de éste. Pero lo que vió le hizo palidecer. Sus grandes, duros y brillantes ojos azules se quedaron fijos mirando a Pruitt. Y empezó a temblar. De pronto extendió la mano para coger el rifle.

La mirada de Milly estaba clavada en Jett. Vagamente había visto a Pruitt, pero no con la suficiente atención para observar sus, miradas o sus actos. Sentíase aterrada ante lo que iba a ocurrir. Rápidamente se tendió en la cama y se cubrió la cabeza con la manta. La estrechó a su alrededor, sobre sus ojos y los oídos y luego acabó de envolverse en ella. Oyó unos choques violentos que parecían. resonar en su cerebro. El carro sufrió algunas sacudidas. La oscuridad que envolvía a la joven no se debía exclusivamente a las mantas. Le pareció que todo giraba a su alrededor. Estaba a punto de desmayarse. Luego el corazón, el pulso y el pensamiento se normalizaron, permitiéndole observar lo que ocurría.

Aguzó el oído, pero bajo los pliegues de las mantas no pudo distinguir ningún ruido. Se ahogaba, entonces se destapó y, llena de miedo, continuó tendida. Pero todo estaba tranquilo. No se oía ruido alguno. Al otro lado del río se percibía el lejano fragor de los búfalos fugitivos. Milly escuchaba esperando oír voces. El campamento parecía estar desierto. Habrían huído a la espesura? De pronto oyó algunos chapoteos en el río que la hicieron palidecer, aterrada. Algo había terminado ya. Y ella no poda hacer otra cosa que esperar, tendida y temblorosa.

De pronto oyó unos suaves pasos a poca distancia del carro. Luego aparecieron la cabeza y el sombrero de Catlee junto a uno de sus costados. El hombre la miró con ojos que ella no vió jamás en un rostro humano.

-Eso ha terminado a medias, niña, pero aún falta lo peor -murmuró.

Y después de dirigirle una brillante mirada con sus grises y casi risueños ojos, se alejó. No se había fijado en la desesperación de la joven, ni siquiera le recomendó que tuviera valor para soportar aquella tragedia. Su mirada y sus palabras habían convertido a la joven en un camarada lo bastante valeroso para poder esperar el desenlace. Del mismo modo le dio un aviso, que ella debía de interpretar, y le indicó que muy en breve representaria un papel importante en aquel terrible drama. Los nervios de Milly estaban tensos. ¿Cuál sería su papel? El Oeste había reservado a las mujeres fatalidades y catástroles tan grandes, que empequeñecían lo horrible de su propia situación. La vida era dulce y nunca lo fue tanto como en aquel momento en que a su mente se presentaba el recuerdo de Tomás Doan. Sintió la fatídica y sombría presencia de la muerte, así como la inminencia de otros sucesos siniestros que giraban¡ cada vez más cerca de ella. ¿Se rendiría ante sus propias emociones? Milly las contuvo. Necesitaba toda la fuerza, toda la voluntad y todo el valor posibles en una mujer. Y en el extremo en que se, hallaba, con el corazón palpitante y los ojos que no veían siquiera las ramas de los álamos que se extendían sobre su cabeza, vigorizó su ánimo con el recuerdo de Tomás Doan para ser capaz de soportarlo todo o de hacer cualquier cosa para salvarse.

Unas quedas voces distrajeron el curso de sus ideas. Algunas personas, dos por lo menos, volvían entonces de la orilla del río.

Follonsbee y Pruitt entraban en el claro del campamento. La joven no pudo ver en parte alguna a Jett o a la mujer, pero aquello no le llamó la atención porque no lo esperaba. Pruitt estaba mojado, cubierto de barro hasta la cintura.

-...Podríamos quedarnos aquí y cazar búfalos como los demás equipos-decía.

-Pues yo no quiero quedarme -replicó Follonsbee.

-Bueno. No disputemos por eso, porque, en realidad, poco me importa una cosa ni otra - replicó Pruitt. Llegaron junto a la hoguera y Pruitt dió un puntapié con su mojada bota a las ramitas carbonizadas. Follonsbee puso las manos sobre el fuego como para calentarlas, aun-

que no era posible que tuviese frío. La mañana era calurosa. Milly observó que sus manos temblaban un poco.

-Lo cierto es que hace tiempo debíamos de haber hecho esto -dijo Pruitt-. Mira, Hank. Voy a decirte lo que pienso. Marchémonos atravesando el río, algo más abajo, y nos dirigiremos al Brazo. Allí hay búfalos y además no tardará en llegar el rebaño principal.

-De acuerdo -contestó el otro en tono de satisfacción-. Ahora vamos a decidir todo eso. Nos hemos repartido ya el dinero de las pieles 'que tenía la mujer de Jett. ¿Que hacemos del resto del equipo?

Si te parece bien, nos lo repartiremos del mismo modo.

-¡Trato hecho! ¡Venga esa mano! - exclamó Follonsbee tendiendo la suya.

Pruitt se adelantó para estrechársela.

-Mira, Hank. Hace ya dos años que vamos juntos y creo que formamos una buena pareja.

-¿Pero qué hacemos de la, chica? -preguntó Follonsbee.

A la sazón volvían la espalda a Milly, que con gran expectación escuchó esta pregunta. Sentíase animada por su propia resolución y, además, por la oculta presencia de Catlee.

-Apenas me acordaba ya de esa mozuela -exclamó Pruitt golpeándose la pierna.

-¿'La jugamos a cara o cruz o al número más alto de la baraja?-preguntó Follonsbee con su flaca y descarnada cabeza inclinada al suelo.

-Nada de eso. Tienes demasiada suerte... Creo que será mejor que nos repartamos a la chica como todo lo demás del equipo.

-Muy bien. Será un equipo de dos hombres que gozan de partes iguales, incluso respecto a la muchacha. Así no disputaremos... Pero oye, nos hemos olvidada de Catlee. ¿Dónde demonio estará?

-Se habrá asustado. Debe de estar corriendo todavía.

-Te equivocas. Y te aseguro, Andy, que tu odio por los yanquis te ha hecho juzgar mal a ese hombre -pro-testó Follonsbee.

-¡Un granjero! - exclamó Pruitt con expresión de repugnancia.

-Nada de eso -replicó el otro-. Ignoro lo que es. Pero me 1o figuro. Haríamos mejor dándole un caballo y algunas provisiones para que se marchara a donde quisiera.

Pruitt reflexionó un momento acerca de la proposición, pero luego movió la cabeza sombríamente. Aquella idea no le gustaba, sobre todo porque introducía otro elemento inseguro en la situación.

Milly oyó unos rápidos pasos a su espalda. Catlee apareció al otro lado del carro empuñando un revólver, ya amartillado. Follonsbee fué el primero en verle y profirió una exclamación. Pruitt lió un salto y luego quedóse inmóvil.

-¿Qué tal, amigos? - dijo Catlee saludándoles con una voz que sus compañeros no le habían oído nunca. Follonsbee profirió una exclamación de asombro. -¡Ya te lo había dicho, Andy !

Pruitt apenas movió un músculo, ni siquiera parpadeó. No cambió de expresión, sino que con voz silbante preguntó

-¿Y quién demonio eres tú ahora?

Con estas palabras aceptaba rápidamente las reiteradas insinuaciones de Follonsbee.

Poco importa -replicó Catlee, mientras, sin dejar de apuntar, se situaba frente a Pruitt -. Pero si tienes empeño en saberlo, te diré que en mí podréis reconocer a Sam Davis.

-¡Hola! ¡Uno de los que formaban parte de la banda de Younger! -replicó Follonsbee palideciendo intensamente.

-Confieso estar acostumbrado a la compañía de hombros poco delicados -exclamó Catlee con atenta incisivo-, pero nunca vi que se propusieran repartirse a una inocente muchacha.

A Pruitt no le causó ninguna impresión el nombre pronunciado por Follonsbee ni palideció como éste. El revólver apuntándole a él y a su camarada era lo que más le importaba en aquel caso y el verdadero factor de su reacción. Ni siquiera por un instante apartó su furiosa mirada de Catlee. La inutilidad de pronunciar más palabras parecía expresarse en él por la casi imperceptible recuperación de su fuerza muscular. Todas sus facultades mentales y toda su visión estaban concentradas en los ojos de Catlee con objeto de leer en ellos la decisión que precede al acto. Y escogió el instante mismo en que Catlee es decidía, y, con la velocidad de un rayo, empuñó su propio revólver.

Mas apenas lo había separado de su cintura, cuando Catlee disparó el suyo. El impacto de la bala derribó a Pruitt al suelo.

-¡Corre, Hank! -gritó con feroz y terrible tono ante la realidad' del' peligro. Luego arrojó el arma descargada, que no cuidó de llenar con nuevos cartuchos, y como una pantera lisiada se arrastró por el suelo para apoderarse del rifle de Jett.

Milly sólo pudo ver al intrépido Pruitt, pero oyó el segundo disparo de Catlee y el ruido que hizo Follonsbee al caer desplomado contra el suelo. No profirió ningún grito. Los movimientos de Pruitt eran demasiado rápidos para seguirlos con la vista, tanto que Catlee no los vió mientras él, nervioso, se apoderaba y se llevaba el arma de Jett para -guarecerse tras la caja de los cacharros. Luego saltó de un modo grotesco y torpe, pero con maravillosa agilidad para descargar el pesado rifle en el mismo instante en que recibió en el pecho un balazo de Catlee. Tambaleándose y retrocediendo, soltó el arma, abrió los brazos y una horrible expresión de impasibilidad borró el aspecto feroz de su malvado rostro. Paso a paso, tambaleándose, fué retrocediendo en dirección a la orilla del río. Un fuerte chapoteo siguió a su desaparición.

La mirada de Milly osciló de un lado a otro. Reinaba entonces un profundo silencio. Sintió que se dilataban sus pulmones. Pero se sobresaltó mucho al ver a Catlee. Éste yacía en el suelo, junto al campamento. Su mano derecha se volvía espasmódicamente después de soltar el humeante revólver. Milly de un salto bajó del carro y corrió hacia él.

Al llegar a su lado se arrodilló. La cabeza de Catlee estaba descubierta y su rostro tenía una expresión vaga, cambiante. Sus grises ojos parecían mirar con incertidumbre.

-¡Oh, Catlee! -exclamó Milly, aterrada -¡Buena suerte! -murmuró él.

Cerró la boca, temblaron sus párpados y su cuerpo se estremeció antes de relajarse. Una bala le había atravesado el pecho.

-¡Dios mío! ¡Qué horrible...! ¡Ha muerto! ¡Todos han muertoá ¡Me he quedado sola! Ya ha terminado todo... ¡Oh, valiente Catlee! ¡Me ha salvado... ! Pero ¿qué haré? Acaso...

Las exclamaciones de Milly se interrumpieran al oír el agudo relincho de uno de los caballos enganchados al carro. De aquella manera quería expresar su alegría por haber descubierto otro caballo mediante la vista a el olfato. Y aquel relincho agudo fué contestado por otro semejante que procedía de la orilla opuesta del río.

Milly irguió el cuerpo para mirar por debajo de los flamas, estremeciéndose al mismo tiempo de alegría. Pero su gozo sufrió un choque tremendo y murió de repente al ver a unos indios montados a caballo que se disponían a atravesar el río. Por un momento la joven se quedó con los ojos muy abiertos, paralizada por el horror. Luego el valor que le habían dado aquellas horas de prueba recorrió su cuerpo cual' si fuese una ardiente llama, y encaramándose -de nuevo en el carro empuñó las riendas. Su instinto le ordenaba huir. No tenía tiempo de pensar nada mejor. Y los caballos, inquietos, no repuestos aún del susto, no necesitaron ningún estímulo. Salieron al trote arrastrando a los caballos de silla atados a la trasera del vehículo. Una vez en la espesura, siguieron corriendo; resultaba difícil contenerlos. Allí no había ningún camino, sino una faja bastante ancha de plantas aplastadas por donde Jett había hecho entrar su carro y luego pasó a caballo al salir y al regresar al campamento. La siguió el tiro del carro, sin hacer caso de las ramas de los arbustos que

interceptaban el paso y, a veces, chocaban también contra algún tronco caído. Algunas ramas bajas azotaban a Milly al pasar, cegándola momentáneamente. Pero cuando pudo darse cuenta de lo que ocurría, los caballos; ya no atravesaban aquella especie de senda abierta en la maleza. Habían vuelto hacia uno u otro lado, pero ella no tenía medio de saber cuál de las dos direcciones tomaron. Sin embargo, conservaba el, sentido de orientación. Hacia la derecha, era río abajo, y, a la izquierda, estaba la pradera, el rebaño principal de los búfalos y las campamentos de los cazadores.

Convenía llegar cuanto antes a un lugar despejado. Si los indios no la vieron al emprender la fuga, pasaría quizás algún tiempo antes que encontrasen su rastro en la espesura.

-¡Oh! ¡Me olvidaba! -exclamó-. ¡Sin duda oyeron el relincho del caballo!

Y desmayando su ánimo, soltó las riendas de los caballos. Éstos apresuraron el paso, pero no dieron muestra alguna de querer correr al galope. Era evidente que deseaban salir de aquella selva y se abrieron paso a través de ella, baio las entrelazadas plantas trepadoras. Milly tenía bastante que hacer procurando no verse arrojada desde lo alto del carro.

Atravesaron lo peor de la selva y Milly pudo mirar a cierta distancia a través de los árboles, pero le pareció que seguía una dirección equivocada. Convenía orientarse más hacia la, izquierda; no obstante, sus esfuerzos para guiar el tira en aquella dirección fueron inútiles nor completo. Los animales seguían un camino recto, en dirección a la luz. Aquel claro había engañado a Milly y probablemente también a los caballos. Era una desnuda faja de arena del lecho de un arroyo que en la estación lluviosa llevaba sus aguas al río Pease. Los caballos aminoraron el paso, pero muy pronto cruzaron la faja de arena para internarse de nuevo en la espesura.

Allí, en la sombra y a causa de la confusión de las ramas en torno de su cara, Milly perdió por completo el sentido -de la dirección. Comprendió el peligro que corría, pero no se desesperó. En los momentos críticos de su vida siempre había ocurrido algo providencial para salvarla y ahora también ocurriría lo propio.

De pronto su corazón se paralizó al oír algunos crujidos en la maleza ante ella. Tanto fué su sobresalto que se cayó dentro del carro. Un enorme y nardo búfalo macho cruzó por delante del tiro de caballos dirigiéndose hacia la izquierda. Milly se repuso al fin. Luego oyó otra vez crujidos ante ella, a un lado y a mayor distancia era evidente que en aquel bosque había numerosos búfalos.

Pero dominando los crujidos de las malezas, el traqueteo del carro, y el choque de los cascos de los caballos contra el suelo, empezó a oír un fragor lejano que sonaba al parecer hacia delante, a su derecha.

-¡Una estampida de búfalos! -exclamó aterrada. Los caballos lo oyeron también, o bien, por haber olfateado la proximidad de los búfalos rezagados, acortaron su marcha que entonces era ya menos regular. Milly trató de nuevo de obligarles a tomar el camino de la izquierda, pero fué en vano. En realidad aquella dirección era cada vez menos practicable y los obstáculos que se interponían obligaban a los caballos a tomar la opuesta. Pero de pronto, e inesperadamente, salieron de la espesura y se hallaron en plena pradera.

Milly estaba tan asombrada como asustada. En la llanura había tal cantidad de polvo que no se veía más allá de un kilómetro de distancia; numerosos búfalos desaparecieron tras una cortina amarillenta. La joven observó también que aquellos animales iban de un lado a otro, como de costumbre. El fragor era entonces más intenso, más, allá de la cortina, de polvo que oscurecía la pradera. Los caballos, profiriendo bufidos debido a la repugnancia que les inspiraba el polvo a los búfalos, siguieron corriendo por espacio de un kilómetro, luego tomaron el paso y por fin se detuvieron. Milly trató de orientarse. Todo el horizonte, a derecha y a izquierda, estaba cubierto de polvo y de búfalos que liban de un lugar a otro. A su espalda, la línea de árboles del río se extendía hacia la derecha, para hundirse al fin en la nube

Librodot

de polvo. Esto fijó su posición. Había cruzado la maleza contigua a una corriente tributaria que se dirigía hacia el Este. Los búfalos procedían del Sur y se disponían a cruzar el Pease. Milly comprendió que estaba bastante lejos del camino conveniente y que debería describir una amplia curva hacia la izquierda, cruzar el lecho seco del arroyo y luego seguir el camino río arriba para llegar a los campamentos de los cazadores.

De pronto echá algo de menos. Los dos caballo de silla. Durante aquel,, duro viaje habían conseguido liber-tarse. Milly miró hacia atrás a la oscura y desigual linea de árboles, de donde había salida. La atmósfera era mucho más clara en aquella dirección. Sus ojos se vieron atraídos por algunos animales que salían corriendo al lugar despejado. Eran ponies salvajes y flacos, con sus jinetes. Avanzaban con rápidos movimientos, graciosos e indómitos, formando contraste muy marcado con los caballos de los cazadores blancos.

¡Milly comprendió que los indios la perseguían!

XV

Con la voz y con el látigo fustigó a los caballos y les hizo tomar el galope. El carro, ligeramente cargado, saltaba por la pradera, de terreno desigual, obligando a la joven a salir disparada de, su asiento, en una dirección u otra. Y el tirón repentino que dieron las riendas pareció, momentáneamente, que iba a arrancarle las manos de las muñecas.

El ejercicio físico la distrajo del pánico de la huída. Los caballos abandonaron el galope por el trote y por fin alcanzaron algunos grupos diseminados de búfalos. Milly experimentaba entonces el terror más intenso de su vida, pero no por ello perdió, el ánimo. Hubo algunos momentos en que pareció que el corazón quería saltársele del pecho, o bien que la sangre se helaba en sus venas. Mas por otra parte, este temor quedaba compensado por la violencia de la carrera en la pradera siguiendo el rostro de las filas rezagadas del rebaña de búfalos. Los caballos continuaban corriendo, arrastrando el carro; el viento, impregnado ahora de polvo y - de las emanaciones de los búfalos, azotaba el rostro de Milly haciendo ondear su cabello; la tirantez exagerada de las riendas, al principio apenas perceptible a causa de la excitación, empezó a lastimar sus manos, sus muñecas, sus brazos y sus hombros, con tanta intensidad, que Milly tuvo por fuerza que fijar en ello su atención. Pero la, misma carrera, la huida, el rápido paso de, los caballos a través de la pradera, con una estampida de búfalos ante ella y los indios comanches a su espalda, todo ello era demasiado grande, magnífico y terrible para que la muchacha perdiese el ánimo. Y contra los temores lógicos de una joven de su edad, el mismo amor servía para darle ánimo y también el ejemplo que le dio un ladrón para salvarla.

Milly miró por encima del hombro. Los comanches iban ganando terreno. Apenas estaban a un kilómetro de distancia y cabalgaban en una línea muy ancha, desnudos, adornados, flacos, llenos de plumas y rápidos como el huracán que hace inclinar los tallos de la alta hierba de la pradera.

-¡Prefiero morir entre los árboles! -exclamó Milly. Al mismo tiempo se volvió para enrollar las riendas en su muñeca izquierda en tanto que, con la mano derecha, daba latigazos a los caballos, gritándoles ¡Aprisa, aprisa!

Los búfalos galopaban ante ella a sus lados y a su espalda, formando grupos y líneas desiguales, todos siguiendo la misma dirección hacia los grupos más densos que vagamente se divisaban a la derecha. Allí la cortina de polvo aparecía transformada en una serie de nubes, disgregadas que, alternativamente, se oscurecían o aclaraban.

La joven observó el ruido inmenso que llenaba sus oídos. El rumor de trueno habíase convertido en un repiqueteo enorme cuya intensidad aumentaba por momentos. Creció

todavía, se acercó, adquirió mayor amplitud hasta convertirse en un terrible estruendo que, de pronto, ella oyó a su espalda.

Se volvió, y, con sobresaltada mirada, vio una larga, inquieta, negra y desigual masa que se extendía coma un mar de lana por la pradera. ¡Un mar de búfalos! Avanzaban al galope de un modo regular, impresionante; la festoneada cabeza de aquel inmenso rebaño cruzaba la línea entre Milly y los comanches. Siguió pasando interceptando el canino por todas partes. Y entonces Milly vio la roja pintura que cubría los cuerpos y los rostros de aquellos salvajes que hacían evolucionar a sus flacos caballos para seguir la misma dirección que los búfalos.

Unos remolinos de polvo los ocultaron por completo a los ojos de Milly. Por lo menos se interponía entre ellos un kilómetro de movibles jorobas. La joven profirió un grito, que, a la vez, era de alegría, de pasmo, de agradecimiento por aquella providencial salvación. Cada vez era más espesa la cortina de polvo y más ancho también el rebaño, así como más intenso el volumen del sonido. A la sazón los comanches podían hacerle tan poco daño, como si se hallasen a un millar de kilómetros de distancia. Y del mismo modo que se desvanecieron entre el polvo, borráronse de la mente de Milly.

Ésta seguía guiando su enloquecido tiro de caballos en medio de los búfalos que cubrían toda la extensión visible. La inteligencia le advirtió que, en aquel momento, corría un peligro de muerte mucho mayor que antes y aunque tenía erizados los cabellos y la lengua pegada al paladar, no sentía tanto miedo como en el momento en que Pruitt y Follonsbee se la adjudicaron, o cuando aquellos flacos jinetes comanches se arrojaron contra ella. Y aunque se hallaba realmente en un momento crítico y comprometido, no parecía tener miedo alguno de los búfalos.

El espeso rebaño se hallaba a su izquierda y parecía dejar muy pocos claros. Hacia delante, al otro lado, se divisaban algunos espacios de pradera por entre los grupos de búfalos que avanzaban al galope. Los caballos de la joven corrían a la par que los búfalos, y así podía ganarles alguna ventaja. Aquellos animales siempre se apartaban para dejarle paso; algunos de los machos asestaban algunas coces con maravillosa rapidez. Pero la mayor parte se apartaban para dejar paso a los rápidos caballos y al carro que avanzaba ruidosamente.

El polvo se elevaba entonces en espesas capas que lo oscurecían todo más allá de medio kilómetro. Milly, envuelta en él, sentíase transportada por un medio ambiente poderoso y movedizo. El ruido de las pezuñas al chocar contra el suelo era ensordecedor; pero ahora no parecía ya un trueno; estaba demasiado próximo; no crecía, atronaba o rodaba a lo lejos, sino que, sencillamente, lo llenaba todo.

De aquella espesa masa surgía un millar de rabos peludos y otras tantas jorobas cubiertas de lana que se agitaban sin cesar. ¡Qué extraña sensación produjo aquello en Milly dominando sus demás impresiones! Le parecía algo ridículo.

La masa más densa y numerosa de la izquierda avanzaba con paso más rápido que los demás grupos que Milly había encontrado primeramente. Por algún tiempo siguió hacia delante, y, gradualmente, absorbió todos los búfalos hasta que el movimiento llegó a ser unísono. Lentamente se reunieron borrando los espacios libres entre ellos y se estrecharen, también, contra los caballos. ¡Esto era lo que Milly había temido más!

Los caballos, tascando el bocado, siguieron corriendo en línea recta. Milly tenía que soltar las riendas para no verse arrancada del asiento. El tiro siguió la retaguardia de los búfalos que corrían, pero no lograron más que dividir la falange en un corto espacio, porque muy en breve se vieron rechazados por todos lados. Entonces los caballos empezaron a retroceder emitiendo agudos gritos de terror. Milly nunca había oído hasta entonces el grito de un caballo No pudo hacer otra cosa que agarrarse a las riendas y al asiento del carro, y mirar con desorbitados ojos. Uno de los blancos caballos; que fue el favorito de Jett, se dejó caer de rodillas; por un momento, Milly temió verse irremediablemente paralizada. Pero

Librodot

entonces el otro caballo, blanco también, volvió a tirar animoso del carro, arrastrando a su compañero, que se vio así obligado a ponerse en pie y continuar la marcha.

Entonces el espacio en torno de los caballos y del carro se estrechó todavía más, tomando una forma ovalada que dejaba solo unos cuantos metros libres, al frente y a los lados. Por detrás, las enormes, bajas y peludas cabezas de los búfalos, estaban casi en contacto con el carro.

Era llegado el momento crítico para Milly. Había oído decir que los búfalos al correr eran capaces de derribar y aplastar cuantos obstáculos hallaran en su camino. Al parecer estaba destinada a ser sacrificada ciegamente. Sus caballos viéronse obligados a acortar el paso para seguir entre los búfalos. No podían avanzar, pararse ni inclinarse a ningún lado. Estaban envueltos, cercados y se veían empujados. El terror de los dos caballos era extraordinario. Tiraban a la vez y en otras ocasiones lo hacía uno solo; chillaban y mordían a los búfalos que les coceaban, y fue un verdadero milagro que no se rompiesen alguna pata los nobles brutos, ni ocurriese la rotura de los correajes o de alguno de los arneses o de las ruedas.

Una conmoción violenta' estuvo a punto de derribar a Milly. El carro había sufrido una acometida por detrás. La joven miró temerosa a su espalda y vio a un viejo búfalo de expresión estúpida, cuya peluda cabeza, tan grande como un barril, se disponía a levantar por segunda vez la caja del carro. Ya le había dado un topetazo. En aquel momento el espacio que le quedaba- a la izquierda desapareció porque los búfalos corrían ya al' lado del carro. Milly se retorció las manos. El fin estaba próximo. Romperían la rueda, se volcaría el carro y ella... Un enorme búfalo negro rozó un anca contra la rueda trasera. El cerco de hierro que giraba de prisa le dio un arañazo y, rápido como un rayo, el animal bajó la cabeza y elevó el cuarto trasero asestando algunas coces. Una de sus patas se metió por entre los radios de la rueda y resonó un siniestro crujido dominando el ruido de aquellos animales. El búfalo cayó al suelo y el carro se levantó, pero no volcó. Milly no tuvo fuerzas ni siquiera para gritar. Con toda su fuerza se agarró al' asiento del vehículo y entonces empezó una conmoción terrible. Los caballos tiraban desesperadamente para vencer la resistencia que ofrecía el carro, impidiéndoles avanzar. Los búfalos empezaron a atropellarse mutuamente sobro el caído, deseando salvar el obstáculo.

Aquella acometida fue a chocar contra las ruedas traseras y se dividió en torno de ellas; la presión fue tan grande que parecían capaces de levantar el carro empujándolo hacia delante, con lo cual obligaban a los caballos a seguir andando.

Milly no pudo cerrar los ojos, fascinada por aquella movediza masa. El continuo estruendo, el movimiento interminable hacia la catástrofe cierta, la habían hecho casi enloquecer. ¡Aquellos choques, roces y empujones, la, espantosa proximidad de los numerosos búfalos, la confusión que reinaba tras ella, era ya demasiado! La abandonó la fuerza de sus, manos y la voluntad. El carro empezó a ir de un lado a otro, a girar en una u otra dirección y, por fin, se detuvo al chocar. El movimiento parecía haber sido sustituído por un ruido espantoso. Los búfalos que venían tras el carro empezaron a levantar sus enormes cabezas para encaramarse sobre los que les precedían, formando una poderosa y terrible oleada de seres negros, espantados e irresistibles como la pleamar. Las cabezas, los cuernos, el pelo y los; rabos, formaban un conjunto denso, movedizo y violento y constituían un inquieto mar de búfalos que se arrojaban contra el carro. El ruido habíase convertido en un fragor atronador. El polvo era más espeso que nunca y la atmósfera resultaba asfixiante. Milly tuvo la impresión de que sus pulmones no podían seguir funcionando. Y cayó desmayada sobre el asiento, del vehículo.

Al abrir los ojos le pareció despertar de una pesadilla. Estaba tendida de espaldas. Miró hacia arriba y pudo ver el cielo, que aparecía cubierto por una leve nube de polvo. ¿Habíase quedado dormida?

De pronto comprendió el significado del movimiento y el ruido que llenaba sus oídos. El carro avanzaba rápidamente, aunque ignoraba a qué velocidad; a su alrededor percibía un repiqueteo de numerosas pezuñas.

-¡Oh!, seguramente... algo ha ocurrido... Los caballos se habrán escapado. .. Pero el carro no volcó -exclamó con voz desmayada.

Temía levantarse y mirar. Escuchó prestando atención. Existía una enorme diferencia. El carro se movía de un modo regular y suave, sin traqueteos ni saltos. El ruido de las pezuñas llenaba el aire, aunque no con tanta intensidad ni de un modo tan amenazador. Pensó que el paso de aquellos animales habíase acortado bastante. ¿Dónde estaba ella? ¿Cuánto tiempo permaneció sin sentido? ¿Cuál sería el fin de aquella horrorosa carrera?

Pero no sucedió nada espantable. La joven respiraba con mayor facilidad y su nariz no estaba tan obturada por el polvo o por el olor de los búfalos. La sed le dejó la boca reseca. El pulso latía lentamente y su piel estaba húmeda y ardorosa. Entonces vio el sol, muy alto, de un extraño tono magenta, a través de las transparentas nubes de polvo. Cuando huyó del campamento de Jett acababa de amanecer. ¡Ah! ¡Ahora recordaba a Catlee, Sam Davis, uno de la cuadrilla Young. Habían pasado muchas horas y seguía aún envuelta por los búfalos. No había llegado, pues, el fin; pero éste era inevitable. La situación pasada había sido horrible. La vida era cruel y su destino muy desdichado. De pronto recordó a Tomás Doan y la magia del amor le devolvió la vida, el valor y la esperanza.

Milly se sentó. Vio la grisácea pradera, y, a cosa de cincuenta metros de distancia los pardos y peludos cuerpos de los búfalos que galopaban perezosamente. El carro conservaba la misma velocidad, no muy grande. Milly se apoyó en el- respaldo del asiento y miro hacia delante. Entonces notó, muy extrañada, que el tiro de caballos blancos de Jett, que la conducía, trotaba apaciblemente a poca distancia de las últimas filas de búfalos. Apenas podía creer lo que veía. Los caballos, al parecer no estaban asustados.

Al otro lado había mayor espacio libre entre el carro y los búfalos. La joven podía observar a gran distancia, por espacio de muchas millas, tantas líneas negras, constituídas por los búfalos, como fajas grises de hierba. Hacia delante vio el mismo espectáculo. Los búfalos se hallaban hasta más, allá de donde alcanzaba su vista, pero ya no estaban amontonados ni corrían frenéticamente.

-Esto no es una estampida -se dijo Milly después de examinar su situación-. No lo fue nunca. Sencillamente, es que se trasladaban de un lugar a otro. Ni siquiera hacen caso del carro ni de los caballos... ¡Oh! ¡Pero es preciso salir de aquí!

Las riendas estaban atadas en la parte delantera del vehículo, donde las había dejado. Milly ocupó el asiento del conductor y las empuñó de nuevo.

Los caballos respondieron inmediatamente, no con un trote acelerado, sino irguiendo las orejas y engallando las cabezas. Se alegraban de sentirse guiados de nuevo. Siguieron trotando como si los búfalos no estuviesen cerca. A Milly le asombró mucho aquel cambio. Pero, a juzgar por el sudor, la espuma y las costras de barro y de polvo que los cubrían, comprendió que habían hecho una jornada muy larga antes de adoptar aquella indiferencia.

Milly no guiaba los caballos aunque sostuviera las riendas lo bastante tirantes para demostrarles que ella estaba allí; rígida, les dirigía la palabra, observándoles emocionadísima, aunque seguia recelosa y temía el círculo de búfalos que la llevaba consigo cual si estuviese presa. El tiempo pasaba rápidamente, y, mientras, el sol ardía sobre ella. Por fin llego un momento en que los búfalos avanzaron al paso.

Milly se dilo que en aquel momento no se diferenciaban en nada del ganado. Luego, las nubes de polvo se alejaron, llevadas por el viento, y ella pudo ver búfalos por todos lados en aquella interminable pradera. El cielo parecía darle la bienvenida. Los caballos acortaron el paso. Gradualmente fue ensanchándose el espacio que rodeaba el carro, cambiando de forma

Librodot

a medida que los grupos de búfalos se alejaban del rebaño. Algunos pardos ternerillos empezaron a correr de un lado a otro, jugando. Al parecer no estaban fatigados.

La joven los observó, sintiendo cierto afecto por ellos y, al mismo tiempo, gratitud hacia toda la manada por el servicio que le habían prestado. No dudaba haberse salvado ya. Casi un día entero había transcurrido desde que los indios la vieron desaparecer, y mientras tanto había recorrido muchas leguas. A la sazón veíase obligada a ir hacia el Norte, lo cual la favorecía. Antes, o después, aquellos animales le dejarían paso libre, o bien ella quedaríase rezagada; mas para entonces debía de tener en cuenta otro problema.

Le pareció interminable el avance de los búfalos. Sin duda, el anual instinto de emigrar hacia el Norte fue la causa de aquel movimiento. Y si, por una causa fortuita, se disparó el rebaño a través del Pease, cosa que a ella no le parecía probable, con toda seguridad se tranquilizaron para adoptar el paso regular y corriente de sus viajes, como sabían los cazadores. No hay duda de que, en ciertos momentos, fue muy grande el peligro que corrió la joven, pero también era innegable que si aquel' rebaño la hubiese cogido en una estampida, su muerte habría sido segura.

Los rezagados se acercaban a veces al carro, pero no hacían caso de él ni de los caballos. Eran tan mansos como vacas. Pasaban resoplando, meneando sus enormes cabezas, como si estuviesen dormidos. Cambiaban de forma constantemente los espacios libres entre aquellos animales; cerrábanse y volvían a abrirse, pero en conjunto se advertía un ensanchamiento gradual. El rebaño se diseminaba. Milly pudo ver que los de la retaguardia se hallaban dos kilómetros más, atrás, en donde su oscura línea se destacaba sobre la llanura gris. Hacia el Oeste, la masa era densa y numerosa, al contrario del Este, en donde los búfalos eran más escasos. Hacia el Norte, la enorme marea de jorobas cubría todo el horizonte.

Milly siguió avanzando, escoltada por un millón de hijos de la llanura, que entonces significaban para ella mucho más de lo que podía' comprender. Estaban vivos, vigorosos, se bastaban a sí mismos, y sin embargo habían sido condenados a muerte por los cazadores. No podía pensar en nada más que en aquellos enormes, peludos, estólidos y viejos búfalos, en las hembras, menos corpulentas y de más liso pelaje, y en los juguetones terneros. Tan maravillosa aventura, el número tan grande de rumiantes, que la rodeaban de un modo tan raro, y el hecho de que los caballos se hubiesen acostumbrado a ellos, le causaba profunda extrañeza.

Por fin se hundió el sol par el Oeste y el cielo quedó cubierto de dorados resplandores. Llegó un momento en que Milly vio, con asombro, que el inmenso rebaño de búfalos había desaparecido por el horizonte, aunque poco antes estuviera muy cerca. Sin duda, habrían encontrado una pendiente o la línea de la orilla de un río. ¿Qué resultados tendría aquello para ella?

Cuando el carro llegó a la línea por donde desaparecieron los búfalos, Milly vio una pendiente cubierta por ellos, que terminaba en una serpenteante faja de verdes árboles. En algunos puntos veíase brillar el agua. Más allá, y en una inmensa y lisa llanura, había kilómetros de búfalos que se movían como miríadas de hormigas. Extendíanse por todos lados; los de las primeras filas se habían detenido para pacer. Tan vasto escenario, su belleza, aquella, vida y aquella tragedia, vivirían eternamente en la memoria de Milly. El espectáculo le causó profunda impresión. Mientras, los caballos continuaban andando a la par que los, búfalos, que descendían la pendiente. La llanura que tenía ante sus ojos era interminable, y comprendió la razón de que la amasen los búfalos como hogar salvaje y solitario donde hallaban, al mismo tiempo, su alimento. Divisaba a lo lejos débiles líneas de otros ríos que cruzaban el tono gris predominante, y aquel verdoso color formaba un agradable contraste con la monotonía general. El sol, al ponerse, proyectaba crecientes resplandores rojizos sobre la llanura y los, búfalos. A lo lejos, el tono violáceo invadía ya el horizonte, y en dirección noroeste se divisaba una débil faja de tierra o de nubes que se destacaba sobre el luminoso

cielo de la puesta del sol. ¿Sería aquello alguna tierra? En caso afirmativo, debía de ser e1' Llano Estacado.

Los caballos de Milly llegaron a la faja de arbolado y entraron en una alameda por la que circulaban los búfalos. Entonces ella advirtió que ya no existía el cinturón de búfalos que la había retenido prisionera. Aquello alteró sus pensamientos. Podía dejar pasar el resto de la manada. Dirigió, pues, los caballos hacia un grupo de álamos, y, guareciéndose en un verdeante rincón, se detuvo. Los caballos jadeaban, muy fatigados, sin dejarse tentar por la hierba. A cada lado de Milly pasaban las filas de búfalos, que iban hacia el río, en el que sonaban numerosos chapoteos. Ella esperó, observando tan pronto un punto como otro. Las sólidas masas habían desaparecido ya, y las filas subsiguientes se aclaraban por momentos; al fin llegó la retaguardia, en la que abundaban los terneros. Éstos pasaron rápidamente, haciendo crujir las matas, para arrojarse en el vado contiguo. La violencia de su entrada alteró las aguas, mas por fin éstas quedaron tranquilas y dejó de oírse el ruido de las innumerables pezuñas.

Silencio. No parecía real. Durante un día entero Milly oyó, continuamente, el incesante patear que llenaba todavía sus oídos, primero como un trueno y luego como un repiqueteo, pero siempre continuo, inextinguible. No podía acostumbrarse a aquel silencio. Numerosas sensaciones la acometieron. En el fondo del río reinaba una tranquilidad soñolienta; el ambiente era cálido denso. Y aquel extraño silencio hizo más evidente la soledad y la selvatiquez del lugar. ¡Sola! ¡Estaba sola y extraviada en la llanura!

-¡Oh! ¿Qué haré? -exclamó.

Tenía mucho en qué ocuparse; por ejemplo, cuidar de los caballos y. de sí misma para conservar las fuerzas; escoger una dirección y reanudar la marcha hasta encontrar el camino que la llevarse a un puesto o a un campamento. De pronto, se dejó caer sentada, anonadada por el enorme problema que debía resolver. Sufría entonces las angustias de la reacción.

-¡Es preciso pensar algo! -murmuró con energía -. ¡Debo hacer alguna cosa!

Se apresuró a echar pie a tierra. La alameda se inclinaba hacia el lugar por donde atravesaron los búfalos. Abundaba la hierba y los caballos no se alejarían. Fue a desengancharlos; había empezado ya la operación, cuando se le ocurrió la idea de que no sabría uncirlos de nuevo. Para evitar tal complicación, estudió con la mayor atención todas las correas y hebillas. Como muchas veces había ayudado a cuidar de los caballos en la granja, no desconocía por completo el manejo de los correajes. Sin embargo, hizo un estudio acabado del problema. Hecho esto, desprendió los tirantes y quitó los arneses a los caballos. Éstos se dirigieron al polvoriento lugar por donde atravesaron los, búfalos y se revolcaron en el suelo para levantarse llenos de polvo que luego sacudieron. Después, dando algunos resoplidos, se dirigieron al agua.

Entonces Milly recordó su ardiente sed y, a su vez, se dirigió al río, donde, sin fijarse siquiera en sus turbias aguas llenas de barro, se dispuso a beber, tendida en el suelo, hasta que ya no pudo más.

-¡¡Nunca imaginé... que el agua... fuese tan buena! -jadeó.

Y volviendo al carro, se subió a él para examinar su contenido. Halló un saco de cebada para los caballos, una caja con algunos útiles de cocina, otra con provisiones, un fardo de mantas y, por fin, una pala y un hacha.

-No tenía más Robinsón Crusoe -se dijo, asombrándose inmediatamente de su buen humor. ¿Acaso no estaba extraviada en la pradera? ¿No sería posible que los, indios la persiguieran otra vez? Reflexionó acerca de ello, pero luego murmuró- ¡Dios ha accedido a mi súplica!

Y por el momento desechó todo temor.

En la caja de utensilios encontró fósforos, que tenían una importancia muy poco menor que la comida, y alentada así, empezó, a preparar lo necesario. Entre las provisiones había un

Librodot

pedazo de pan y un saco de bizcochos. De pronto se le hizo la boca agua y tuvo que morder un bizcocho. También encontró carne cocida de venado y de búfalo, sal, pimienta, azúcar, café y manzanas, aunque no exploró la caja por completo.

-¡No me moriré de hambre! -murmuró.

Entonces reunió algunos pedazos de corteza de árbol y ramitas secas, que abundaban por allí, y trató de encender el fuego. Lo consiguió sin dificultad, aunque se quemó los dedos. Luego, cogiendo el' cubo, se dirigió al río y lo llenó de agua, que estaba ya más clara. Vertió una parte en el pote del café y lo puso a un lado de fa lumbre. Luego, mientras esperaba que hirviese el agua, cortó algunas tiras de carne de búfalo cocida y las calentó en una sartén. No estaba segura del resultado de sus operaciones culinarias. Sin embargo, se sentó muy esperanzada y comió como nunca en su vida.

Al terminar la envolvía la incierta luz del crepúsculo. Hacia occidente se descubría aún cierto resplandor que no tardaría en desaparecer. Y entonces, cuando ya no tuvo nada que hacer, la joven se vio frente de la realidad.

-¡Oh! Estoy perdida... ¡Sola...! ¡Incapaz para todo! -exclamó-. ¡Y está oscureciendo, yo que, siempre tuve miedo de la oscuridad!

Se echó a temblar, pero comprendió que era preciso imponerse, reflexionar. Por otra parte, no podía obligar al sueño a cerrar sus, párpados. ¡Cuán imposible le parecía entregarse al descanso! En la selva próxima al río debía de haber jaguares, osos, gatos salvajes y lobos. Buscó en su chaqueta una pequeña arma de fuego, pero había desaparecido. No tenía más medios de defensa que el hacha, pero seguramente no sabría manejarla.

Tardó en buscar la aparente seguridad que le ofrecía su cama dentro del carro. Se acercó a él y luego contempló las sombras, que aumentaban por momentos. El silencio sólo lo turbaban los grillos y las ranas. Lentamente fue cerrando la noche y las estrellas empezaron a parpadear en la inmensa bóveda celeste, azul oscuro.

La compañía de los caballos, que pacían cerca de ella, le ofrecía algún consuelo. Recordó a un perro al que había querido mucho. ¡Ojalá lo hubiese tenido consigo! Luego se subió al carro y, sin descalzarse siquiera, se abrigó coro las mantas. Su terrible viaje las había desarreglado, pero, a la sazón las necesitaba más para ocultarse que por tener frío. La noche, suave, parecía dormitar.

El cuerpo empezó a dolerle mientras palpitaba desordenadamente su corazón y le dolía el cerebro. No podía recobrar inmediatamente la tranquilidad. Mas poco a poco empezó a sentir que se hundía cada vez más, y no tardó en quedarse inmóvil por completo. Hacía demasiado calor bajo la manta, pero al apartarla, vio las blancas, extrañas y vigilantes estrellas, y, como le dieran miedo, volvió a taparse. Por fin, su cuerpo se relajó hasta que ya - no pudieron dominarlo sus sensaciones musculares. Entonces recordó la terrible tragedia del equipo de Jett. Catlee... siempre la había protegido. Mató por ella... y por ella también murió. Y aquel hombre confesó que toda su vida había sido malo. ¿Era posible que Jett hubiese tenido también algo bueno? Luego rogó por las almas de todos, conmovida.

La habían dejado sola y no tenía más remedio que encontrar el camino. ¿Hacia dónde? Y en aquel hondo abismo mental resplandeció el recuerdo y la visión de Tomás Doan. Milly se echó a llorar. Era demasiado terrible para ella recordarle, evocando su amor, sus besos, su deseo de casarse con ella y los planes que había formado acerca de su futuro hogar. Perdida en la pradera, resultaba horrible el recuerdo de todo aquello. Era muy posible que no volviese a verle. Pero debía esforzarse, cuanto pudiera, para salir de aquella comprometida situación.

-¡Lo intentaré... por él! -exclamó sollozando y empezó a rezar.

Luego, el dolor y la preocupación desaparecieron ante el cansancio, y se quedó dormida.

La despertó el canto de los pájaros. Había salido el sol, oíase el susurro de las verdes hojas de los árboles al ser agitadas por la brisa. La joven tardó un momento en recordar y darse cuenta de su situación. Sin embargo, la oscuridad mental había desaparecido.

Se arrodilló y luego desperezó sus fatigados músculos; hecho esto, asomó la cabeza por el borde del carro y pudo ver que los blancos caballos estaban paciendo al pie de los álamos. Unos gamos de un brillante pelaje gris comían a su lado, tan mansos como si fuesen animales domésticos. Un conejo cruzó aquel, túnel de follaje. La mañana ofrecía una extraña brillantez y belleza, además de una extraordinaria tranquilidad.

Milly peinó su rizado cabello. Tenía el cutis quemado por el viento y el sol del día anterior. Luego, descendió del carro dispuesta a ocuparse en las tareas del día. No tuvo necesidad de vestirse y pensó que si se mojaba el rostro, tal vez le escocería más la quemada piel.

Puso cebada en cada uno de los morrales, y fue a dárselo. No tuvo que andar mucho. Ambos animales, al verla, se apresuraron a ir a su encuentro. En cuanto les hubo colgado los morrales, los condujo al carro y los trabó. No fue muy larga la preparación de la comida ni del desayuno. Luego limpió los cacharros, los guardó en la caja, sacudió las mantas y las enrolló. Y entonces no le quedó más que la tarea que tanto la preocupaba, o sea, la de enganchar los caballos.

Pero lo consiguió, aunque requirió toda su fuerza la operación de levantar la- lanza del carro y sostenerla mientras pasaba los ganchos.

-¡Ya está! -dijo con orgullo y satisfacción-. ¿Qué más?

¿Estaría el carro en buenas condiciones? Dio la vuelta en torno de él, como tantas veces viera hacer a Jett. En la rueda trasera, izquierda, habíase roto un radio, pero no pudo descubrir ninguna otra avería. El día antes de su proyectada marcha, Jett engrasó los cubos de las ruedas. No tenía nada más que hacer sino reanudar la marcha. Milly quedóse anonadada ante aquella idea, pues le parecía imposible atreverse a viajar sola por la llanura.

-No puedo continuar aquí, pero tampoco sé adónde ir -exclamó desesperada-. Y es preciso emprender la marcha, pero ¿hacia dónde?

Se retorció las manos desesperada, si bien luego contuvo sus temores. Hallábase ante un problema terrible, tan peligroso como cuando estaba en poder de Jett. De nuevo recordó que Dios había escuchado sus súplicas. ¿No sería capaz, a pesar de ser tan joven, de hacer lo mismo que un muchacho cualquiera? Sintióse animada de valor y de fe y resolvió confiar en Dios a pesar de todo lo que pudiera ocurrirle.

Se arrodilló ante un lugar cubierto de fina arena y se quedó contemplándolo mientras reflexionaba. No en vano había escuchado muchas veces las conversaciones de los hombres del campamento cuando trataban de caminos, pistas y lugares. Jett no tenía mucha habilidad en orientarse, pero Follonsbee conocía palmo a palmo aquella región. Más de una vez Milly le vio dibujar mapas en el polvo, y con este mismo objeto, ella tomó una ramita.

-El Oeste está allí -murmuró pensativa-. Vi como se ponía el sol. Por consiguiente, el Norte está en esa otra dirección. Yo debo seguir la del noroeste. Hay diez días de viaje desde el río Pease al puesto de Sprague... Aquí está el Pease...

Y dibujó una línea en la arena.

-Ayer debí recorrer treinta millas..., quizá cuarenta, casi siempre en dirección Norte, hasta llegar a este río. Yo estoy aquí-hizo un punto en la arena y trazó otra línea representando la corriente-. No me atrevo a intentar el viaje hacia los campamentos de los cazadores de búfalos. Podría tropezar con los indios. Tampoco puedo seguir esta corriente hacia el Oeste, sino que he de cruzarla y dirigirme al Norte. También cruzaré todas las demás corrientes que encuentre. Y cuando llegue a una demasiado profunda para poder vadearla, seguiré su orilla hasta encontrar un lugar apropiado.

El razonamiento de Milly era hijo de la experiencia adquirida en el equipo de Jett. No requería ninguna inteligencia privilegiada el calcular su situación en la pradera y el modo de salir de ella. Lo difícil era llevar a cabo lo que le dictara su buen juicio. Había viajado bastante por la inmensa pradera para tener alguna idea de la enormidad de la empresa. Sin embargo, la posibilidad de encontrar cazadores de búfalos alimentaba sus esperanzas. Sentíase alentada, aunque no podía confiar demasiado. Aquella pradera de Texas cubría un enorme espacio en donde estaba extraviada.

-Esto es todo -dijo al fin.

Había llegado el momento de decidirse. Dio un profundo suspiro y abrió los brazos con las manos cerradas. ¡Cuánto lamentaba tener que abandonar la aparente protección de aquellos acogedores álamos! Luego, danzando un sollozo, se volvió para subir al carro.

Los caballos no se mostraron reacios. Habían comido y bebido hasta saciarse y estaban convencidos de que se trataba de volver a casa, de alejarse del campo de búfalos. Milly hizo cuanto pudo para contenerlos. Salió de la alameda y torció a la derecha, donde los búfalos habían abierto un sendero río abajo. Los últimos cincuenta metros formaban una pendiente muy acentuada. Milly tomó las mayores precauciones con objeto de vencer el primer obstáculo de aquel día.

Millares de búfalos habían atravesado la corriente por allí. Las orillas de ambos lados estaban cubiertas de huellas. En aquel punto la corriente tendría una anchura de doce metros y una profundidad de uno, lo cual no representaba nada para un animal tan fuerte y ágil como el búfalo. Pero éstos no arrastraban ningún carro por tal sitio. Sin embargo, no era demasiado peligroso cruzar la corriente. Jett no habría vacilado un instante en meter el carro en ella. Con toda seguridad, el suelo arenoso sería bastante duro. Milly, por consiguiente, debía atreverse, procurando que los caballos no se asustaran.

Hizo tomar a los caballos la dirección debida y los animó, exclamando

-¡Adelante! ¡Ánimo, Manchado; vivo, Blanco! ¡Ahora!

Los caballos descendieron por la corriente al trote, apresurando cada vez más el paso. Milly se echó hacia atrás tirando de las riendas. Palideció y apretó los dientes. Aquello era espantoso, pero no le daba miedo. Sentíase capaz de guiar los caballos, los cuales no daban señales de estar asustados. El mismo carro los empujaba. De pronto se hundieron en el agua, que saltó a gran altura en todas direcciones. El vehículo cayó tras ellos sobre las ruedas anteriores. Milly se mojó de pies a cabeza. Por un momento no pudo ver nada a causa del agua que llenaba sus ojos, pero llamó a los animales por su nombre. Éstos cruzaban el río al trote; el agua les llegaba a las rodillas y chapoteaban en ella al mover las patas, removiendo barro. La orilla opuesta era de fácil ascensión, de modo que antes de que Milly se diera cuenta, se vio en la dilatada pradera.

-Hemos cruzado el río fácilmente y, además, he tomado un baño-exclamó entusiasmada-. ¡Oh, cuánto os quiero! -añadió, acariciando a los caballos.

Buscó su pañuelo para secarse el rostro y el cabello, pero, como su pequeño revólver, había desaparecido también. Sin duda, lo perdió. Pero no, lo había dejado atado en lo alto del toldo de un carro en el campamento de Jett. El recuerdo le emocionó. ¿Y si por fin Tomás Doan hubiera podido hallar el campamento de Jett y hubiese visto su pañuelo? Pero Dios, sin duda, habría ahorrado tal dolor al pobre muchacho. Lo más probable era que los indios hubiesen reducido a cenizas todo lo que quedara en el campamento.

Milly se orientó por medio del sol y continuó atravesando la pradera, que era una llanura gris, hermosa, llena de hierba, que descendía suavemente hacia el Norte. Al Este descubrió una negra línea en el horizonte. Sin duda eran los búfalos. Debieron ir a pacer corriente abajo. La luz del sol, que iluminaba todo el panorama, era espléndida y alentó a Milly.

Los caballos emprendieron el trote, y, una vez estuvieron sobre la espesa hierba, anduvieron al paso. El carro era ligero y la tierra bastante lisa. El poderoso tiro tenía fuerzas más que suficientes para llegar al fin, siempre que fuese bien conducido. Milly estaba excitada. La, aventura era tremenda, pero su ánimo no decaía.

Varias millas de recorrido la llevaran a una altiplanicie sobre el valle y desde allí pudo examinar la enorme extensión circundante, aunque ella sólo miraba al noroeste. A través de leguas y leguas de la ondulada pradera gris, monótona y solitaria, había una escarpa purpúrea, remota y atractiva. Era el Llano Estacado. Milly lo reconoció y por un momento olvidó su situación. Pero aquel lugar estaba muy lejano y el extremo septentrional desaparecía en una neblina violácea. Al lado opuesto había un punto visible sólo desde los lugares elevados, punta de referencia que podía distinguirse desde muchas partes, y era evidente que entre éste y donde se hallaba la joven extendíase el camino de los cazadores de búfalos.

A su izquierda serpenteaba una verde línea de árboles semejante a una cinta que atravesara el suave gris de la pradera; conducía hacia el Llano Estacado, en donde, según ella sabía ya, nacían todas aquellas corrientes.

-Si me dirijo siempre hacia el Oeste, podría llegar al camino general hoy o mañana - monologó Milly.

Era una fuerte tentación, pero su buen sentido la contuvo, inclinándola a aventurarse a aquel riesgo adicional

Los comanches se hallaban entre ella y los campamentos de los cazadores de búfalos. Debía dirigirse en sentido diagonal a través de la pradera en dirección a la punta noroeste de la escarpa y así, quizás, en cuatro o cinco días, llegaría al camino. De este modo encontraría, con toda seguridad, a los cazadores que llegaban o a los carreros que transportaban las pieles. La principal dificultad consistía en encontrar agua y en cruzar las corrientes que pudiese hallar.

Mientras tanto, continuando su increíble viaje, no podía menos que interesarse muchísimo por los habitantes de la pradera.

Los antílopes, de un gris brillante, de blanco rabo, apenas se molestaban en dejarle el paso libre, e irguiendo las orejas se quedaban mirándola. Aquellos hermosos hijos de las praderas no eran huraños ni esquivos. Milly creyó que de haber dispuesto de algún tiempo habría logrado que fuesen a comer en su mano, como las ardillas y los pájaros, que llegó casi amaestrar en él campamento del río Pease. ¡Los hombres tenían la culpa de que los animales se volviesen desconfiados!

Oteó la llanura en busca de los búfalos. Habíanse marchado. Vio una manada de coyotes que se disponían a cercar a un antílope. Más lejos divisó a un flaco lobo, casi blanco, que la observaba desde una pequeña loma. Los conejos saltaban y huían ante los caballos, y las aves de la pradera revoloteaban por encima de la hierba. En una ocasión, Milly vio en el aire un gavilán rojo, que, agitando las alas con asombrosa rapidez, se arrojó de pronto al suelo con la celeridad del rayo para levantarse poco después con un animalito entre las garras. Siempre, entre la belleza y la vida, se podía observar la crueldad y la muerte.

Milly viajó desde las primeras horas de la mañana hasta una hora antes de ponerse el sol, al legar a la única corriente que pudo hallar en todo el día. Era un estanque formado por un arroyo que corría por entre la arena. A lo largo de su cauce vio numerosas matas y algunos arbustos que producían bayas, pero en cambio no halló ningún árbol a cuyo pie pudiera cobijarse. Hacia el Oeste, a seis u ocho millas de distancia, creyó distinguir algunos árboles, pero estaban demasiado lejos y apartados dé su ruta. Por lo tanto, tuvo que conformarse con aquel otro. Desenganchó, pues, los caballos, los dejó libres e hizo los necesarios preparativos para acampar allí.

Blanco y Manchado, una vez hubieron bebido en el estanque, se acercaron al carro. Manifestaban el mayor interés por Milly, y muchas veces se interponían en su camino.

Librodot

-¿Qué queréis, tunantes? -les preguntó risueña-. ¿Un poco de cebada? Pues sabed que no os voy a dar toda la que me queda.

Sin embargo, no había que atribuir al ansia de comer la actitud de los caballos. Éstos, sin duda, pudieron apreciar mejor la bondad con que los trataba ella, después de la brutalidad de Jett. La conocían muy bien, y como entonces la consideraban su ama, empezaron a demostrarle el afecto de que eran capaces. Milly les dio un poco de cebada, los acarició y les habló varias veces para distraer la terrible sensación de soledad.

Estaba muy fatigada después del largo día de viaje, pero en cuanto hubo comido y bebido, recobró el ánimo. La oscuridad le ocultó rápidamente, después de puesto el' sol, el espacio inmenso que la rodeaba; sin embargo, ella sintióse más sola que nunca. Únicamente percibía el zumbido de algunos insectos. Habría oído con gusto el aullido del lobo y hasta el' de un jaguar. Una débil brisa avivaba las brasas de su pequeña hoguera. Por fin se acostó, sintiendo miedo del silencio de la noche y hasta del mismo sueño, pero no pudo continuar con los ojos abiertos ni alejar el sopor que lentamente se apoderaba de ella.

A la mañana siguiente, Milly se levantó temprano y reanudó el camino antes de la salida del sol. Empezó muy bien aquella jornada. Pero al terminar la primera hora se halló sobre un quebrado terreno que la obligaba a avanzar con la mayor lentitud. La tierra no estaba ya cubierta de hierba y los caballos, al andar, levantaban una nube de polvo en la cual quedaba envuelta. El sol se hizo más cálido y deslumbrante; no tardó en encontrar una extensa área de depresiones, zanjas y surcos profundos. Después de recorrer varias millas en aquella zona vióse obligada a continuar, pues no podía retroceder. Entonces se dedicó a guiar con mucho cuidado en la misma dirección, con los ojos fijos en el distante punto de orientación.

Los vigorosos caballos, acostumbrados a una mano férrea, no se dejaban dominar por Milly, de modo que se aventuraron por muchos lugares sin el consentimiento de la joven. Ésta tenía mucho que hacer tirando de, las riendas lo mejor posible y frenando con frecuencia para evitar una posible avería. El cuidado constante que habla de poner en la marcha no le dejó ocasión de examinar la pradera ni de entregarse a sus temores. El trabajo la ocupaba por entero.

A hora avanzada de la tarde salió por fin de aquella difícil zona y volvió a encontrarse en la herbosa pradera. Al oscurecer llegó a una faja de árboles que bordeaban una corriente de agua. Los sedientos caballos empezaron a manotear, impacientes por beber. Milly se apresuro a desengancharlos, y en cuanto lo consiguió, se dejó caer al suelo para descansar, pero vióse precisada a ir en busca de leña, aprovechando la poca luz que quedaba. Estaba demasiado rendida para comer, pero comprendió que debía hacerlo a fin de conservar las fuerzas. Lo que más le fatigaba era tener que tirar constantemente de las riendas. Le dolían las manos, los brazos y los hombros. El trabajo de guiar aquel tiro de vigorosos caballos era más propio de un hombre. Milly no era débil, pero su peso y su fuerza muscular no estaban a la altura de las exigencias de aquella marcha.

Cenó, acostóse, y se durmió... Todo esto ocurrió rápidamente y el sol se levantó de nuevo en el horizonte. Milly no pudo encontrar ningún sitio apropiado para atravesar la corriente, y no porque el agua fuese profunda, sino a causa de la excesiva altura de las orillas. Recorrió muchos kilómetros a lo largo del río, gozando de la umbría del follaje, del canto de los pájaros y de la presencia de los animales selváticos, pero, sobre todo, porque aquella corriente de agua se dirigía esencialmente al noroeste. Mas cuando descubrió una curva que llevaba las aguas hacia el Este, comprendió que debía cruzar. Buscó el mejor vado posible y lo atravesó sin tropiezo, pero se asustó mucho; se mojó de pies a cabeza y quedó derrengada; de modo que, una vez en la orilla opuesta, descansó a la sombra de los árboles y regó la comida con sus lágrimas.

Al disponerse a continuar el viaje, recordó que los hombres no atravesaban nunca una corriente o un estanque sin abrevar los caballos. Por esta razón, tomó el cubo y fue a llenarlo. Tuvo que hacer cuatro viajes para apagar la sed de los animales. Entonces se felicitó de ello. «Acampamos dos veces donde no había agua, entre Sprague y el Pease», murmuró, comprendiendo que no debía olvidarlo.

Empezó favorablemente la jornada de aquella- tarde. El sol estaba ligeramente cubierto de nubes, y el calor no era tan intenso. La lisa pradera le permitía avanzar cómodamente, los caballos corrían sin cesar, sin disminuir el paso. De este modo atravesaron lentamente varias millas.

Milly no había perdido el ánimo, pero sentía ciertas molestias físicas y, además, los temores, los recelos y las ideas, que no siempre tenía fuerzas para desechar. Empezó a sentir odio por aquella ilimitada pradera tan desprovista de vida, en la que no imperaba más color que el gris y en donde nada podía evitar el engaño de las distancias. Allí no había nada más que una llanura inmensa, gris, y, en la lejanía, una neblina violácea. Y aquello ejercía una gran influencia en ella agobiándola, con la inmensidad de la llanura, la ausencia de sonidos y movimientos, la soledad absoluta. Era una tierra solitaria. A veces se sentía más extraviada que nunca. Allí no había camino, río, campamento, ni montaña, sino tan sólo el lejanísimo y falso Llano Estacado, tan inaccesible como siempre.

Mas, aun cuando Milly sucumbía a la triste influencia de sus ideas y de sus penalidades, los caballos seguían avanzando. Conocían perfectamente su misión y la cumplían sin desmayar. Tras ellos dejaron las horas y las millas y condujeron a su ama a otra corriente de agua, que en aquel punto se ensanchaba considerablemente formando una especie de estanque en donde las grullas, los natos y los martín-pescadores, animaban el melancólico paisaje.

Mientras la joven se entregaba a sus tareas, se transformó el aspecto del estanque, que de azul' se convirtió en dorado, al reflejarse en él' el' sal poniente. Luego, la oscuridad invadió tristemente el' lugar y llegó 1'a noche oscura y solitaria, animada sólo por el' penetrante croar de las ranas y la triste voz de un ave acuática. Todo esto mantuvo despierta a Milly, que no pudo alejar de sí sus funestas ideas. ¿Dónde se hallaba? ¿Qué sería de ella? La enorme y triste pradera la rodeaba por todas partes manteniéndola prisionera y amenazándola con la locura. Hasta entonces temió a los indios, los ríos, los accidentes, pero ahora le inspiraba más miedo todavía la soledad. ¿Acaso estaría destinada a morir y a que los busardos devorasen sus restos?' Las mismas estrellas, que antes le parecieron tan hermosas, vigilantes y alentadoras, ahora se le antojaban despiadadas, remotas e indiferentes, mientras fijaban sus cálidos ojos en ella, pobre muchacha extraviada en la pradera infinita. ¿Qué habría más allá de las estrellas? ¿Ningún espíritu bondadoso que la guiase para salir de aquella soledad? Y Milly oró una vez más.

Al día siguiente abandonó su yacija mucho después de amanecer y tuvo aún ánimos para continuar su penoso viaje, a pesar de que iba debilitándose su cuerpo a medida que transcurrían los días.

Los caballos esperaban recibir su ración de cebada. Milly se reconvino por sospechar que aquellos fieles animales pudiesen abandonarla. Les dio de comer y los acarició, dirigiéndoles' la palabra cual si fuesen seres humanos.

-Vosotros me pertenecéis -le dijo-. Soy la hijastra de Jett. Él ha muerto, y ahora sois míos... Si lográis sacarme de esta' situación...

Pero no confiaba en ello, a no ser que la Providencia volviese a acordarse de ella. No tenía ningún apetito. La consumía la fiebre y bebía agua en abundancia. El enganchar los caballos fue una tarea muy penosa. Apenas pudo levantar la lanza del carro para lograrlo. Por fin se encaramó en su asiento. Los caballos echaron a andar a su capricho, atravesaron chapoteando la laguna, poco profunda, y de nuevo continuaron su camino por la inmensa

Librodot

llanura gris. Milly estaba derrengada, o enferma; no sabía cuál de las dos cosas era lo cierto. Pero aún tenía fuerzas para continuar sentada y sostener las riendas a fin de guiar a los caballos hacia aquel fugitivo hito que siempre estaba a la misma distancia en el horizonte; en cambio, ya no tenía fuerzas parca contener sus ideas.

La monótona pradera parecía burlarse de ella con su distancia infinita y engañosa y las neblinas que ocultaban el horizonte. Salió el sol, lanzó sus ardientes rayos sobre la tierra, se inclinó hacia el Oeste y por fin se puso. Los caballos no habían bebido, y, al oscurecer, Milly mezcló la cebada con el agua del depósito del carro. El hambre que sentía ella misma dominaba todas sus sensaciones, incluso el dolor; sin embargo, decidió tenazmente continuar esforzándose para alcanzar el fin que se había propuesto al empezar el viaje. Comió y luego fue a tenderse en el lecho que preparó en el carro, sin temer ya la soledad ni la noche. Estaba tan fatigada, tan agotada, que deseaba la muerte.

El sol la despertó y de nuevo sintió deseos de vivir. Los fieles caballos relincharon al notar su proximidad. La joven se entregó maquinalmente a sus faenas, sintiendo algunos dolores y cierta torpeza en sus movimientos. Comprendió que aquel día era preciso encontrar agua. La pradera ardía al recibir los rayos del sol. La joven cerró los ojos y se durmió con las riendas en las manos. Por fin se despertó al notar un salto que había dado el carro al tropezar sus ruedas con una piedra. Rugía el trueno en el firmamento y las nubes oscurecían el sol. La joven se dirigía hacia la tormenta, negra, huracanada, que proyectaba violentas ráfagas de fría lluvia, mientras cruzaban el cielo brillantes relámpagos y retumbaban los truenos en la lejanía. Milly sintióse mojada por la lluvia y extrañamente aliviada. Aquel círculo ardiente que parecía envolverle la cabeza habíase desvanecido ya. Los caballos chapoteaban en el barro y bebían el agua fresca de la lluvia.

Con la tormenta desaparecieron las negras nubes, el tono gris del cielo y los cegadores relámpagos. Por el Norte el firmamento volvió a mostrarse azul y poco después brilló el sol. Los cuerpos de los caballos despedían vapor. Por toda la pradera flotaba la neblina causada por la evaporación del agua. Secóse el traje de Milly; pasaban las millas y quedaban atrás de aquel incansable tiro de caballos.

La jornada terminó junto al río, y como si todavía no tuviese bastantes dificultades con que luchar, resultó que por aquel punto no podía vadearlo. Milly acampó, y la mañana siguiente la encontró más débil, más desprovista de fuerzas, pero animada por el propósito de continuar el viaje. Aquel río también seguía la dirección general del noroeste. ¿Sería el Lousiana Red? Lo siguió durante todo el día, con frecuencia bajo la sombra de los árboles. Allí no había pistas, caminos ni señales de antiguos campamentos, de modo que la región era un verdadero desierto, aunque en extremo fértil.

A la mañana siguiente encontró un vado, sin duda utilizado por los búfalos en otro tiempo. Las huellas eran muy antiguas. Este hecho reanimó el curso de su sangre y sus esperanzas casi muertas. Si pudiera, por lo menos, abandonar las riendas y descansar las manos y los brazos... Pero era preciso continuar conduciendo. ¿Llegarían alguna vez a un camino? ¿Habrían desaparecido del mundo los seres humanos? Y aunque había recorrido muchos kilómetros, todos eran tan grises y monótonos como un mar muerto.

Llegó a una zona en que abundaban carroñas de búfalo, y esto le causó extrañeza y esperanza, excitando sus pensamientos. ¿Dónde estaría? A cincuenta o quizá a cien kilómetros del Llano Estacada y todavía extraviada. Aquellos restos no olían, no eran más que montones de huesos y de pieles. Recorrió veinte kilómetros, pero ninguna señal de caballos o de carros vino a alegrar sus cansados ojos.

Por último, Milly perdió la cuenta de las horas, de los días y del tiempo. La puesta del sol, un campamento al lado del agua, la negrura de la noche con las odiosas estrellas, los primeros resplandores de la aurora, el día con sus leguas y leguas de sol deslumbrador, los

Librodot

blancos caballos que se movían incesantemente, siempre avanzando; la noche, la oscuridad, otra vez la luz, sufriendo, mientras tanto, los horribles dolores del cansancio.

-¿Qué es esto? - exclamó Milly abriendo mucho los ojos.

Estaba tendida en el fondo del carro, donde había caído desmayada. Ahora lo recordaba. Ocurrió a primeras horas de' la mañana. En aquellos momentos el sol estaba ya muy alto. El carro crujía, se balanceaba y avanzaba con un extraño... clip-clop, clip-clop, clip-clop. Lose caballos trotaban por un camino duro. ¿Estaba soñando? Cerró los ojos para escuchar mejor..., clip-clop, clip-clop, clip-clop. Con toda evidencia, aquellos ruidos no eran una ilusión de sus oídos, fatigados por el silencio.

-¡Oh, gracias a Dios! -exclamó jadeante -. ¡Es un camino...! ¡Un camino!

E hizo un esfuerzo para incorporarse. La grisácea pradera mostrábase interminable como siempre, pero hasta el horizonte quedaba dividida por un blanco y duro camino. La joven se estremeció. Entonces ya no tenía necesidad de guiar los caballos. Arrolló las riendas al freno. Los nobles animales ya no necesitaban ser guiados ni estimulados. Seguían el camino que había de conducirles a. una región habitada, trotando, dejando atrás los kilómetros. Blanco cojeaba un poco y Manchado tenía una herradura a punto de caer, pero esta casi carecía de importancia.

Milly estaba anonadada de alegría. De nuevo se hallaba en el camino del Fuerte Elliot. El Llano Estacada ya no se aparecía en la lejanía, remoto y engañador. A la sazón era gris y hosco, mostrando sus quiebras, sus rocas y sus cañadas. Milly hizo un esfuerzo para comer y beber, aunque la carne y el pan secos eran difíciles de tragar. Debía recobrar el ánimo. Aquel camino era muy transitado por los cazadores de búfalos. Con toda certeza antes de una hora divisaría algún carro de blanco toldo en el horizonte. Milly levantó la cabeza para mirar atrás, hacia el Sur, y luego adelante, en dirección Norte. La pradera seguía siendo una región solitaria. Pero, ¡cuán distinta ya!

Se entregó al descanso y a sus reflexiones. Y apaciblemente dejó transcurrir las horas; pero recordó algo. Murió la tarde y llegó la puesta del sol, y a la dorada luz de aquella hora los caballos manifestaron con resoplidos haber olfateado el agua. Milly sentíase más animosa; la esperanza la había hecho revivir. Y levantó la voz para llamar a los caballos.

Llegaban al punto que le sirvió de guía en el horizonte. Era la cima de una pendiente de la pradera. Tardaron mucho en alcanzarla, y mientras se dirigían a ella parecía retroceder, sin dejar de atraerles. Más abajo había un riachuelo bordeado de verde. El corazón de Milly, dolorido y exhausto, palpitó al reconocerlo. ¡Había acampado allí! Al ver de nuevo aquellos álamos, el vino fuerte y dulce de la renaciente vida pareció excitar su sangre.

También se acordaron los caballos. ¡Aquélla era el agua dulce y fría de las sierras altas, tan amada por los búfalos! Lanzaron algunos relinchos, levantando sus fatigados y polvorientos cascos para chapotear en el agua, donde se detuvieron. Y Milly contempló la verde orilla donde Catlee le expresó su simpatía por primera vez.

Otra puesta de sol que tiñó de rojo y de oro el cielo, por el que flotaban algunas violáceas nubes, proyectando sus resplandores sobre la pradera. Las sombras se alargaban, se arrastraban por el suelo hacia los distantes valles, y la herbosa extensión resplandecía como envuelta en ígneo polvo. Un serpenteante río, que parecía una cinta de plata, iba a perderse en la lejanía.

Milly Fayre guió sus caballos a través de los pastos, por los que estaban diseminadas algunas reses, hasta llegar a las orillas del río que corría cerca del Puesto de Sprague.

Los caballos se confundían con el ganado. Entre el camino y los, álamos, los campamentos despedían algunas columnas de azulado humo que se enroscaban en el aire. Las tiendas tenían un color rosado a la luz del sol poniente. Los perros corrían de un lado a otro para anunciar la llegada de otros viajeros. Algunos cazadores curiosos que se dirigían al Sur salieron a interrogar a Milly. Los naturales del Puesto salieron del almacén con el mismo

propósito, para pedir noticias a aquel viajero que procedía de la región en que se, cazaba el búfalo.

-¡Hola, muchacho! -exclamó un canoso individuo del Oeste, cuyos agudos y azulen ojos se fijaron en los fatigados caballos y en el carro ocupado por un solo individuo-. ¿Vas solo?

-Sí -contestó Milly, asombrada al oír su ronca voz. Mientras tanto, algunos individuos se acercaron con expresión bondadosa y llenos de asombro.

-¿De dónde vienes? -preguntó el viejo.

-Del río Pease -contestó ella.

-Pero oye, muchacho. Estás'...

Y se interrumpió, acercándose para posar la mano en el caballo más cercano, cuyo cuerpo desprendía abundante vapor. Aquellos rudos rostros, algunos de los cuales estaban, bronceados y otros tenían una palidez que no duraba mucho en la pradera, se volvieron hacia Milly. A ésta le parecieron bellos, bondadosos, llenos de vida. Pero las lágrimas acabaron por borrárselos.

-Sí, del río Pease -replicó en voz baja y presurosa-. Los hombres de mi equipo... lucharon... y se mataron unos a otros. Los comanches atravesaron el río..., yo guié los caballos a través de la espesura... Luego, el rebaño de los búfalos en estampida nos arrastró a lo lejos... mucho tiempo... ¡Y nos vimos rodeados de una nube espesa de polvo y de un ruido espantoso...! ¡Oh, fue terrible...! Pero luego acortaron el paso... Y nos llevaron durante todo el día..., haciéndonos recorrer setenta kilómetros. Desde entonces no he hecho más que viajar y acampar, acampar y viajar, durante muchos dilas, ¡muchos! ¡Oh, no sé cuántos!

Siguió un largo silencio después del entrecortado y emocionante relato de Milly. Luego, el anciano, lleno de incertidumbre, se rascó la cabeza.

-Oye, muchacho, ¿te burlas de nosotros o estás loco? La verdad es que no tienes muy buena caza.

-Es tan cierto como el Evangelio -exclamó Milly jadeando.

-Hijo mío... -empezó a decir el bondadoso preguntón con voz más grave, fijando de nuevo la mirada en los fatigados caballos y en el carro, que mostraba evidentes señales de un largo viaje.

-No soy ningún muchacho -exclamó Milly en voz tan alta como le permitió su ronquera-. Soy una mujer... Milly Fayre.

XVI

Tomás levantó la cabeza y estudió lo que podía ver del del campo en dirección a la roca. Un hombre podía aventurarse atrevidamente por entre aquella confusión de pe fiascos. Se arrastró a gatas hasta el extremo de aquel lugar cercado por las rocas, y una vez allí extendió la mana hacia la izquierda y llevando la escopeta con la derecha, avanzó con toda la rapidez y sigilo posibles. Sólo miraba ante él. Resultaba inútil vigilar por entre los espacios libres que dejaban las rocas a derecha e izquierda, porque no tenía más remedio que cruzar por delante y el mirar no le habría servido de nada. Confiando en la suerte v en la audacia, siguió adelante, dándose cuenta de que la aventura no resuliaba del todo desagradable. Habíale abandonado el miedo. Al salir pensó que podía morir, pero en tal caso, que fuese, por lo menos, en beneficio de sus camaradas. Los negros y amorosos ojos de Milly Fayre cruzaron por su memoria produciéndole un agudo dolor, y comprendió que por ella habríase

arriesgado a cualquier cosa. En cierto modo, las comanches fueron los culpables de la fuga de Milly, aun en el caso de que no la hubiesen cogido. Ellos, pues, eran la causa de su pérdida. Quería matar algunos. Mas, de momento, sólo deseaba tener la fuerza y la suerte necesarias para regresar con el agua.

Después de estos rápidos pensamientos, todos sus sen tidos se concentraron en la empresa que debía realizar. Era preciso avanzar rápida y silenciosamente, sin descansar un momento. Sus esfuerzos tendrían la mayor importancia. Al volver seguiría absolutamente los consejos de Pilehuck, pero a la ida no podía atenerse a ellos, excepción hecha de que dejaría una línea de piedrecillas para señalar el camino de regreso.

En cuanto hubo recorrido alguna distancia sintió que se aliviaban sus temores. Sus compañeros hacían entonces varias descargas cerradas, y esto le dió a entender que Pilchuck se proponía evitar que los indios descubriesen su salida del campamento. Éstos disparaban también con mayor frecuencia; él llegó a un punto que estaba bas-tante lejos del fuego cruzado. Ya no oía silbar las balas por encima de su cabeza. Y como era imposible seguir arrastrándose en línea recta porque las rocas se lo impedían, se desvió algo de la dirección señalada por Pilchuck. De vez en cuando se incorporaba para mirar por encima de las rocas, a fin de no apartarse de la peña que constituía su objetivo. Aquello le exponía a un grave peligro, pero no tenía mas remedio que obrar de aquel modo.

Por fin creció su audacia. Sin duda alguna lograría el éxito en aquella aventura. El continuo esfuerzo amenazaba con hacerle perder las fuerzas; sin embargo, aún sentíase con bastante vigor para continuar. Unos cuantos metros más y estaría ya en seguridad. El ardiente sol lanzaba sobre él sus despiadados rayos. El joven llevaba la lengua fuera, cubierta de espuma. Su corazón se dilataba cual si quisiera romper unos cercos de acero que lo oprimiesen. Y a pesar de que trataba de dominarse con toda su fuerza de voluntad, no pudo evitar el ritmo acelerado de su respiración. Un indio atento, oculto a cincuenta metros de distancia, habría podido oírle. Pero él siguió adelante. La escopeta resbalaba a causa del sudor de las manos. Las rocas que obstruían su progreso, los estrechos pasos que se veía obligado a rodear, los afilados cantos de la roca que le destrozaban la camisa, el aroma de la tierra cálida, el sol deslumbrador... Todo ello constituían

obstáculos tan formidables, que incluso la amenaza de los indios quedaba ya en segundo término.

Tomás perdió nuevamente la dirección. Llegaba entonces a una zona más abierta y seguramente poco distante de la roca que constituía su punto de referencia. Generalmente, escogía una peña voluminosa para mirar desde ella. Pero en aquel momento no encontró ninguna apropiada para el caso. Por fin, v tendido a lo largo de una piedra aplanada, miró hacia delante, y todo lo que pudo vez fué un ancho espacio en el que no abundaban demasiado los peñascos. Pero desde aquel ángulo resultaba invisible la peña hacia la cual se dirigía.

Derrengada por aquella fatigosa marcha a gatas, en que a la vez ejercitaba los músculos y la voluntad, se incorporó para fijar la posición de aquel peñasco. Desde luego, no estaba hacia la derecha. Se dejó caer de nuevo, avanzó por espacio de dos pies hacia la izquierda, hasta el final de aquella roca y, arrodillándose, volvió a levantar la cabeza para observar.

Inmediatamente, sintió junto a su rostro como una leve racha de aire. Casi simultáneamente oyó un silbido y luego un impacto, seguido por un dolor lancinante en su espalda. En el mismo instante llegó a sus oídos el estampido de una arma de fuego. Rápido coma el rayo, Tomás examinó el espacio que tenía ante sus ojos. Un indio semidesnudo, de roja piel, semejante a una serpiente, estaba en pie empuñando un rifle humeante; su rostro expresaba la salvaje expectación de que estaba animado.

Tomás dejóse caer detrás de la roca, en tanto que todas sus fuerzas mentales experimentaban la mayor confusión a causa de aquella extraordinaria sorpresa. Aquello le

Librodot

galvanizó. Durante un segundo asió con fuerza el rifle, levantó el gatillo y se preparó para tirar, en tanto que sus músculos reconcentraban todo su vigor y se disponían a realizar un supremo esfuerzo.

Dió un salto y al mismo tiempo disparó. No podía ver claramente al indio hasta después de haber descargado su arma. El rifle de su enemigo estaba encañonándole, pero de pronto cayó a un lado de un modo muy raro, cual si alguien lo hubiese empujado. En el mismo instante resonó un choque metálico. La bala de Tomás fué a golpear la recámara y luego se desvió ligeramente.

El indio, exhalando un hondo suspiro, se tambaleó. Al parecer, alejó de sí el arma de fuego, que cavó al suelo. Empezó a salir sangre de su boca. Había sido mortalmente herido y su oscuro rostro tenía un aspecto terrible. Tambaleándose, empuñó un cuchillo y se arrojó contra Tomás. En sus ojos resplandecía un siniestro centelleo de odio.

Por un segundo, Tomás se quedó inmóvil. El` indio se acercó andando torpemente cuchillo en mano. Por fin, el joven dió un salto oportunísimo para evitar la acometida. El horror cedió ante la ira. No tuvo tiempo de volver a cargar el arma, pero empuñándola por el cañón la utilizó a modo de maza. Mas na dió al indio, y tanta fué la fuerza que puso en aquel golpe, que al no dar en el blanco, estuvo a punto de caerse. Pero cuando recobró el equilibrio, volvió a ver frente a frente al indio que seguía empuñando su cuchillo y se preparaba para clavárselo.

Con la rapidez de un relámpago, la mano izquierda de Tomás agarró la muñeca de su enemigo, que descendía ya, y la sujetó violentamente. Luego trató de manejar su propio rifle con la mano derecha para asestar un golpe a su adversario, pero éste lo naró v sujetó el arma.

Así permanecieron un momento, incapaces ambos de precipitar el' final. Se contenían mutuamente, mirándose con furor.

-No... weryno -exclamó el indio con lengua estropajosa.

-Comanche. Tampoco tú... eres bueno-jadeó Tomás. Los dedos se habían asido con gran fuerza. Tomás intentó con toda su fuerza alejar de su cuerno aquella amenazadora arma blanca. Comorendió que las ventajas estaban de su lado. En el cuello del indio había una herida de la que manaba sangre. La proximidad de aquella herida, lo terrible de la situación, el valor indomable v la ferocidad de su rojo adversario eran va demasiado para Tomás. Y estuvo a punto de dejarse vencer por sus desalentadoras impresiones.

Entonces el indio sufrió una especie de convulsión que le hizo temblar de pies a cabeza, pero quiso todavía intentar el esfuerzo ;supremo. Fué tan grande v vigoroso, que pudo sustraerse a la sujeción de Tomás. Pero, precisamente, cuando el indio se disponía a dominar a su adversario, le fallaron las fuerzas. Repentinamente se aflojaron los contraídos músculos, que parecían cuerdas. Su maligno rostro, movible, de feroz expresión, se relajó de un modo repentino. Luego abrió la mano y soltó el cuchillo. Se tambaleó ligeramente, y, al fin, cayó.

Tomás se inclinó hacia él. El indio miró a lo alto de un modo consciente. El odio que se pintaba en sus negros ojos desapareció por fin. Estaba muerto. Tomás se quedó mirándole sin acabar de comprenderlo.

Un momento después se dió cuenta de la situación. En aquella lucha había resultado vencedor, pero aún no estaba libre de peligro. Si alguno de los indios había pre-, senciado el encuentro, sin duda acudirían decididos a matarle.

Acurrucándose, Tomás miró a su alrededor, hasta identificar de nuevo su punto de referencia. Luego echó a correr con tanta celeridad como le permitían sus fuerzas y no tardó en llegar a la peña roja. Pero no pudo encontrar el escondrijo de los caballos hasta que Jake Devine le vió y lo llamó. Tomás dió, con inseguros pasos, vueltá a la peña y penetró en el biseco sin salida, donde estaban ocultas las monturas.

Devine se acercó ruidosamente, descendiendo por una pendiente, desde cuya cima había estado observando. Entonces, Al Thorndyke, que era era el otro guardia, apareció desde el lado opuesto y, corriendo, se acercó a Tomás.

--¡Está usted cubierto de sangre! -exclamó Jake, asustado.

-Yo he presenciado la lucha, Tomás -añadió Thorndyke con cierto entusiasmo en la voz -. Pero no me atreví a disparar contra el ind°o por miedo de herirle a usted al mismo tiempo.

-Estoy herido... Yo lo maté -exclamó Tomás, jadeante-. Pero... lo mío no puede ser gran cosa... ¡Aprisa, amigos! He venido en busca de agua. ¡Vendadme! He de volver otra vez a la línea de fuego.

-Le acompañaremos - exclamó Devine.

Al mismo tiempo los dos hombres rasgaron la camisa de Tomás que estaba húmeda, y tan roja como una bandera.

-Veo que ha sudado usted mucho-dijo Thorndyke, animándole.

Tomás dió un respinga al pasarle uno de aquellos individuos la mano por la herida que tenía en la espalda.

-¡Nada grave! Es una sencilla cortadura algo profunda. Ve a buscar agua, Al.

Los dos hombres lavaron la herida de Tomás v la vendaron fuertemente con un pañuelo.

-He de llevarme algunas cantimploras llenas de agua -declaró entonces el joven.

-Ya iré yo. Usted quédese con Al -replicó Devine.

-Pues yo tampoco me quedo. Quiero tomar parte en la lucha -afirmó Thorndyke.

-¡Oiga usted el tiroteo! -exclamó Devine.

Tomás percibió una descarga cerrada de los Creedmoor y al mismo tiempo algunos estampidos más ligeros de los Winchester. El ruido del combate resultaba excitante en alto grado.

-Nadie me ha dicho que viniese a pedir auxilio - contestó Tomás.

-Eso no importa. Qué utilidad tiene permanecer ocultos en este lugar? Si los comanches nos sorprendiesen, no podríamos defender los caballos. Sucumbiríamos ante el enemigo. Eu cambio, podemos tomar parte en la lucha v ser útiles.

La lógica de Devine era irrebatible. Los tres hombres cogieron dos cantimploras cada uno, además de sus rifles, y emprendieron el camino.

Tomás los guiaba. Mientras nudieron andar, la ascensión no resultó difícil, pero en cuanto llegaron a un lugar en que se hacía preciso agacharse, empezaron las penalidades de los tres. Las pesadas cantimploras oscilaban de un lado a otro suspendidas del cuello del joven.

Llegó al sitio donde se desarrolló su lucha con el comanche y allí se acurrucó. Devine y Thorndyke fueron a situarse a su lado. El indio vacía inmóvil, con los ojos y las manos abiertas.

-¡Esperad, amigos, voy a apoderarse del rifle v de las municiones de ese indio! - dijo Devine pensando en lo práctico.

Tomás se extrañó de que éste fuese capaz de cargar con el arma v las municiones del piel raja, además del peso que llevaba ya. Pero aquel- hombrecillo vigoroso y ágil se mostró a la altura de las circunstancias. En breve, Tomás empezó a arrastrarse como una serpiente. Entonces se felicitó de haber señalado el camino.-Iba precediendo a sus compañeros, a diez metros de distancia de Thorndvke, quien, a su vez, iba delante de Devine. Tomás tenía que detenerse de vez en cuando rara descansar. Sus pulmones soportaban muy bien el esfuerzo, pero, en cambio, sus músculos empezaban a dar señales de agotamiento. Sin embargo, comprendió que sería capaz de hacer el recorrido. El agua que acababa de beber le había devuelto la vida.,

Cuando se detenía para descansar, prestaba oído al tiroteo. Sus compañeros le alcanzaban entonces y hacían algún, comentario. Parecían muy deseosos de tomar parte en la lucha.

-Comprendo, Tomás, que está usted derrengado -dijo Thorndyke en una de tales ocasiones -. Pero haga usted cuanto pueda, porque arriba nos necesitan.

Estas palabras obligaron a Tomás a prescindir de otro descanso, pero en cambio ascendía con menor ímpetu, esforzándose en conservar la fuerza que le quedaba. El regreso no fue tan, excitante, por lo cual el trabajo resultaba más penoso. Era distinto, y nada le habría detenido a excepción de las balas.

A gatas se dirigieron al' lugar en que Pilchuck v sus hombres disparaban sus armas; por consiguiente, dentro de la zona de fuego de los indios. De pronto, una bala levantó el polvo a poquísima distancia de Tomás. Éste se quedó indeciso. Luego, otro proyectil dió en la copa de su sombrero, v aquello le espoleó de tal manera, que con la mayor rapidez siguió arrastrándose para buscar refugio detrás de una roca. Una vez allí, Tomás dió media vuelta para mirar hacia atrás. Jake Devine estaba arrodillado y apuntaba con su rifle; en el veto éste proyectó un fogonazo y una nubecilla de humo. Jake le soltó y siguió arrastrándose hacia arriba. Tenía el rostro ennegrecido y los ojos muy brillantes.

-Ese piel roja ya sólo es bueno para los lagartosdijo con siniestra ironía-. ¡Adelante, Tomás!

Éste recordó el hecho de que Devine era un hombre acostumbrado a vivir en la frontera y a combatir contra los indios. Siguió adelante, alentado nor la idea de estar bien acompañado. En aquellos momentos las balas empezaron a cantar v a silbar nor encima de sus cabezas y, de vez en cuando, golpeaban las rocas inmediatas. Jake empujó 'los pies de Tomás.

-¡Va usted muy despacio, amigo! -dijo Jake-. Comprendo que no lo hace intencionadamente. Pero, ¡caramba! ¡Estoy asustado! Y Al, nor su parte, está tocan-do ya mis botas.

Algunas veces, Jake empujaba un poco a Tomás, sosteniéndose él' mismo gracias a apoyar la cabeza contra el suelo.

-¡Vamos, adelante! Estamos convertidos en gusanos -decía alegremente.

Y luego, llamando a Thorndyke, exclamaba

-¡Adelante, Al! ¿Quieres que te agujereen la piel? Por fin, Tomás y sus camaradas llegaron al espacio lleno

de humo que señalaba la posición de Pilchuck,

-¡Lo cierto -es que esto no me gusta! -dijo Devine-. Supongamos que nos confundan con los nieles rojas.

Pero Pslchuck era demasiado buen jefe nara cometer errores de esta naturaleza. Él mismo estaba vigilando, y su severo semblante, sudoroso y preocupado, se relajó al ver a Tomás.

-¡Cómo has trabajado, amigo! -dijo-. Aquí estamos casi en el' mismo infierno. Ve cuanto antes a dar de beber a Ory y a Roberts.

Tomás se acercó presuroso al lugar en que yacía el joven, bajo un toldo que Roberts había improvisado con su camisa y una rama. Este último saludó muy contento a Tomás, aunque con voz en extremo ronca, tanto, que apenas podía oírse. El rostro de Ory estaba pálido y pegajoso; cuando Tomás le levantó la cabeza, abrió los ojos v trató de hablar, pero no pudo.

-Te traigo agua, Ory - dijo Tomás acercando una cantimplora a los exangües labios del muchacho. Hasta entonces no se dió cuenta Tomás del enorme valor del agua. Contempló a Ory mientras bebía, v recibió su recompensa en una débil sonrisa de gratitud.

-¡Muy agradecido, Tomás! -murmuró Ory, que continuó tendido, mirando de un modo muy raro.

Luego cerró los ojos y, al parecer, se entregó al descanso. A Tomás no le gustó la impresión que le producía el pobre herido, pero debido a la excitación que sentía, no pensó mucho más acerca de ello.

Roberts entregó la cantimplora a otro herido y lo contempló mientras bebía. Luego se apresuró a apagar su propia sed.

-¡Caramba! -exclamó dando un profundo suspiro-. ¡Esto es s todo lo que necesitaba!

El canoso habitante de las llanuras se arrastró para recibir su parte.

-Mira hijo, estas cantimploras de agua serán las que derroten a. Caballo Negro -dijo.

-¿Como? ¿Luchamos contra ese jefe? - preguntó Tomás, asombradísimo.

-Si hemos de creer a Pilchuck, así es -replicó aleinente el anciano- Luchamos contra el viejo Caballo Negro y un millar de sus pieles rojas, aproximadamente.

Entonces Tomás se dirigió a rastras al' lugar que le ofrecía un ventajoso cobijo, que utilizara anteriormente. Una vez allí, se entregó por completo al ardor de la lucha. Poco tardó en comprender las palabras de Pilchuck. Apenas transcurría un segundo sin que resonase un disparo de Ios Winchester o de los Greedmoors. Tras de cada una de las rocas que podía divisar flotaba constantemente una nubecilla de blanco humo. Tomás se dedicó a vigilar con el mayor cuidado para no exponerse al fuego de los indios. Estaba derrengado y la herida le producía un vivo dolor. ¡Qué infernal era el calor del sol í Al tocar el rifle y las piedras sentía verdaderas quemaduras en las manos. Pero atento a la lucha olvidó sus molestias y sus dolores y todo lo que hasta entonces le pareciera insoportable.

Se absorbió intensamente en su pequeña parte de la hatalla. Oliendo a pólvora, con la nariz llena de humo, escuchando a su espalda los disparos de los Creedmoors y las detonaciones de los Winchesters ante él, no hacia caso de aquello ni de los ardientes rayos del sol. Se dedicó a vigilar con la mayor atención para apuntar y disparar rápidamente contra cualquier cosa que se moviera. Resultó de ello un empeñado duelo entre él v los indios, a quienes no lograba ver. Éstos, a su vez, habían de exponerse para disparar. Pero como tenían precisión de apuntar rápidamente, solían errar el blanco. Sin embargo, las balas hacían saltar el polvo que cubría la roca de Tomás, y algunas veces iban a dar a pocas pulgadas de su cabeza entonces se encolerizaba espantosamente. Aquellos disparos que le hacían igualaban la lucha. Los acogía con gusto, porque tales ataques justificaban el suyo. A veces podía divisar rápidamente el brillo de los cañones de las armas de fuego, una cabeza de brillante cabello, o parte de un rojizo rostro. Y siempre que podía, apuntaba v disparaba contra ellos. Ignoraba por completo si había hecho o no alguna víctima. Pero estaba convencido de que sus balas inspiraban bastante miedo a algunos comanches.

Lentamente aumentó la intensidad de la lucha, hasta que adquirió un carácter furioso por parte de los indios y una desesnerada resistencia en las líneas de los sitiados. Antes o después, Tomás- se vio obligado a comprender, por sus propias reacciones, que el combate v el peligro habían aumentado de un modo alarmante. Una bala fié a dar en su hombro, advirtiéndole que debía ser más prudente, porque sin darse cuenta había imitado la creciente temeridad de los indios. Habíase expuesto cada vez más, al aumentar el número de sus disparos. Erró el blanco contra algunos indios oue se deslizaban rápidamente de una a otra roca, y perdió acuellas oportunidades a causa de su intensa excitación. Luego, al acurrucarse de nuevo, obligado a parapetarse en vista de la segunda berida recibida, se dio perfecta cuenta del ataque.

Los comanches se acercaban cada vez más y estaban ahora menos visibles, gracias a la nube de humo suspendida en aquel lugar.

-¡Alto el fuego! ¡Preparados para resistir un ataque! -gritó Pilchuck con voz estentórea.

Cesó el estampido de los Creedmoors y esto les permitió darse más idea del fuego de los indios. Sus Winchesters disparaban continuamente. Una verdadera granizada de plomo pasaba silbando por enema da Tomás v sus compañeros o iba a aplastarse contra las rocas. Era evidente que los indios se habían agrupado en el lado occidental, entre la posición de Starwell y la de Pilchuck, lo que obligó al jefe a situar sus hombres en la misma línea del lugar que ocupaba Tomás. El l fumo de los indios era por momentos más intenso v cercano. Y a través de la neblina azul v del calor, el joven pudo ver vagas sombras que se movían cual si fuesen fantasmas. Eran los comanches que iban de una a otra parte, aproximándose cada vez más. El joven sintió un nardo en la garganta. Si los indios disponían de fuerzas suficientes, realzarían una verdadera matanza entre los hombres de Pilchuck. De pronto y mientras Tomás reflexionaba asustado acerca de aquella posible contingencia, cesó de repente el fuego del enemigo. Siguió un silencio preñado de ansiedad, después de un abundante tiroteo.

-¡Vigilad! -avisó Pilchuck a sus hombres.

-Yo creo que Caballo Negro acabará con nosotros o morirá para impedir la exterminación de los búfalos.

-Yo opino también que esos jinetes pieles rojas están dispuestos a matar o morir -exclamó otro.

-¡Pues procuremos que no sea nuestra última hora! -replicó Pilchuck.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando los indios reanudaron el fuego desde una proximidad alarmante. Pilchuck gritó una orden que no se entendió a causa de las detonaciones. Pero se comprendió perfectamente su significado. Loas enormes rifles para cazar búfalos contestaron con un verdadero trueno. Un momento después, el fuego, por ambas partes era tan rápido y furioso que ;se convirtió en un continuo rugido en los oídos de Tomás. Vió correr a los indios con rapidez increíble a través del humo, v disparó tan repetidamente, que el cañón del arma se puso ardiente. Pero dominando las detonaciones oyó cl agudísimo grito de guerra de los comanches. En aquel momento el humo ocultó enteramente la escena, dando más ventaja a los blancos que ,r los rojos. Tronaban los Creedmoors con tanta frecuencia como antes, y el volumen de su sonido debía de ser espantoso para el valor desesperado de los comanches. Con toda seguridad, no contaron con tanta resistencia v tanto vigor por parte de los blancos. Su grito guerrero se elevaba a veces, taladrando los oídos, y cesaba de pronto. Luego disminuía también la intensidad de loas disparos. En aquel momento, Pilchuck ordenó a sus hombres interrumpir el fuego.

Tomás vió al canoso habitante de las llanuras en el momento en que se ponía en pie para observar la vertiente cubierta de humo. Luego se tendió nuevamente.

-¡Muchachos! Están llevándose a sus muertos Y heridos -dijo-. Han sido derrotados y ahora deberíamos perseguirlos hasta el lugar donde tienen sus caballos.

-Muy bien -replicó Pilchuck con grave acento-. Pero asegurémonos bien.

Tomás no pudo ver cosa alguna de la retirada, en. caso de que existiese en realidad. La cortina de humo empezaba a elevarse por entre las rocas. Ante el alivio repentino de la situación, todos reaccionaban de acuerdo con su individualidad particular. Los inexpertos en aquella clase de lucha guardaban silencio, como Tomás, y continuaban tendidos. Jake Devine mostrábase muy locuaz, quejándose por no haber logrado derribar a ningún comanche. El viejo llanero recomendaba a Pilchuck la persecución de los indios. Y más tarde, cuando el fuego del enemigo, cada vez menos intenso, cesó por completo, Tomás oyó algunos gritos a muy poca distancia.

Es Harkaway -dijo el explorador con el mayor interés, y luego contestó a gritos.

Muy pronta Harkaway y sus hombres aparecieron en-corvados y arrastrándose, a fin de reunirse con Pilchuck. Jadeaban por los esfuerzos realizados.

-¡Han emprendido la retirada..., jefe! -dijo el primero sin poder respirar apenas.

-Quizás es una añagaza -replicó el prudente explorador-. Iré yo para cerciorarme de ello.

Tomás abandonó la posición que ocupaba- y estiró sus doloridos miembros. Tenía la camisa húmeda de sangre. Un rápido examen le permitió observar que el segundo balazo no, tenía importancia alguna, pero en cambio, era muy molesto. Rogó a Devine que le vendara con un pañuelo, que pasó por debajo del brazo y por encima del hombro.

-Bueno. En cuanto haya usted recibido un par de arañazos más, será todo un veterano - dijo muy serio.

El joven se disponía a contestar cuando Pilchuck regresó apresuradamente.

-¡Muchachos! La jornada es nuestra -dijo, mientras centelleaban intensamente sus escrutadores ojos grises-. Si derrotamos al viejo Caballo Negro será ésta la primera victoria que los blancos hayan conseguido en los combates dados por culpa de los búfalos. Nosotros, cazadores, habremos hecho lo que no pudieron lograr nunca los soldados... Usted, Harkaway, se quedará aquí con dos de sus hombres para guardar a los heridos. Los demás, bien provistos de cartuchos, deben seguirme.

Tomás no fué el único en introducir sus manos en el saco de los cartuchos ni en alinearse para seguir al explorador. Una vez hubieron salido de la zona invadida por el humo, se excitó en extremo al ver desaparecer a los indios tras la cumbre de la montaña. Abajo, el tiroteo era bastante vivo y los inconfundibles disparos indicaban el fuego de los Creedmoors. A juzgar por el sonido, Tomás advirtió que Starwell había cambiado de posición. Pero eso no podría averiguarlo con certeza hasta que hubiese llegado a lo alto de la pendiente. Pilchuck avanzaba cauteloso, mostrando por momentos mayor audacia, a medida que era menos probable una emboscada, y por fin se atrevió a avanzar a la carrera.

-¡Formaos en fila y seguidme de prisa! -gritó, volviéndose hacia atrás.

Tomás se situó a espaldas de Jake Devine, y, procurando seguir a algunos pasos de distancia, cuidó de la difícil empresa de continuar corriendo sobre aquel animadísimo terreno accidentado. No miró hacia arriba hasta llegar a la arma de la altiplanicie. Encontró a Pilchuck y a alguno de sus hombres formando grupo; miraban a lo lejos, mientras hablaban y gesticulaban. Tomás jadeaba a consecuencia de la rápida ascensión. Estaba sofocado y cubierto de sudor. Pero, no era menos cierto que sentíase reanimado y emocionado. Los comanches habían emprendido la retirada. No cabía duda de ello. Todavía su repliegue era ordenado y una línea de guerreros protegía a sus compañeros desde la retaguardia. Tomás vió como se llevaban a sus heridos y muertos; otros se ocupaban en reunir los caballos; y la mayoría estaban concentrados en medio del campamento, donde reinaba la mayor actividad.

Uno a uno, los hombres de Pilchuck fueron a engrosar el grupo que había en la altiplanicie.

-Starwell ha tenido una buena idea -declaró Pilchuck-. Mirad, ha bajado por ahí, y de este modo podrá cubrir esta salida v al mismo tiempo llegar al campamento.

-No hay duda, Jude, de que ha llegado la ocasión favorable para nosotros -dijo el anciano lianero.

-Así lo creo -replicó el explorador-. Ahora, escuchad, muchachos; cuando yo lo ordene, bajaremos a la carrera por esa pendiente, gritando con todas nuestras fuerzas, y en cuanto hayamos dado doce pasos más o menos,nos detendremos y arrodillándonos, dispararemos. Cargaremos de nuevo, nos pondremos en pie y repetiremos la operación. Debemos dirigirnos a ese montón de rocas que está a un lado de la posición de Starwell.

Estas lacónicas palabras del explorador fueron segur das de un profundo silencio. Luego, todo el mundo se dedicó a ceñirse los cinturones y se oyeron numerosos roces de cartuchos y los mecanismos de los Creedmoors. Tomás estaba ya dispuesto y esperaba ansioso la orden, aunque se alegraba de poder descansar unos instantes. Pilchuck v el anciano cazador estaban juntos, fijas sus agudas miradas en el carnparnento indio. El sol había

descendido ya hacia el Oeste v empezaba a disminuir el calor. La cafiada estaba teñida por dorados resplandores, v envuelta en una neblina azul, a través de la cual resplandecían objetos movibles, caballos, indios, tiendas de campaña que se desarmaban, y todo aquello constituía una interesante escena llena de color. La retaguardia de los indios retrocedía con lentitud hacia el centro del campamento. Todos se dedicaban a preparar los caballos. Tomás comprendió que el jefe que mandó aquellas maniobras era hombre inteligente y astuto. Sin embargo, aún se advertían señales de un posible pánico. Los comanches habían experimentado graves pérdidas en aquella lucha, como lo demostraba el número de heridos que habían de ser transportados a roanos de los caballos. Y la vertiente más lejana de la cañada estaba ya cubierta de ponles que arrastraban unas narrias.

La desintegración instantánea de la retaguardia, en el momento en que los indios montaban a caballo, era la señal que esperaba Pilchuck.

-¡Al ataque! - gritó con voz ronca, echando a correr por la pendiente.

-¡Adelante, amigos! -exclamó Jake Devine-. ¡Voy a comerme a ese Caballo Negro!

Un instante después, los hombres de Pilchuck se habían diseminado por la vertiente, gritando como demonios v blandiendo sus armas. Tomás figuraba entre los primeros, pues iba inmediatamente detrás de Devine y de Pilchuck. Las gruesas botas de los blancos hacían rodar las piedras sueltas por la pendiente, que producían un intenso ruido. Algunas nubecillas de humo aparecían de repente en el campamento y casi en seguida se percibía el estallido de los Winchesters. De pronto, Pilchuck interrumpió la mar-cha y, arrodillándose, apuntó su Creedmoor. Sus hombres le imitaron instantáneamente. Resonó su tiro y casi en seguida se ovó el de Devine y el del anciano cazador, que estaban detrás, y luego los demás resonaron al mismo tiempo. La distancia era bastante grande. Tomás se limitó a apuntar al grupo que había en el campamento. Alli reinó entonces una confusión espantosa. El orden había terminado y cada cual actuó por su cuenta. Pilchuck saltó, profiriendo una ronca voz de mando, que sus hombres contestaron con alaridos de alegría. Volvieron a arrodillarse para seguir disparando y avanzaron luego, más aprisa cada vez y con gran temeridad, al observar el éxito de su audaz maniobra.

Tomás formaba parte de la línea de ataque de los furiosos cazadores de búfalos, y se dejaba llevar por el valor colectivo. Como las demás, había calculado que los indios realizarían un contraataque y que, por consiguiente, tendrían que dar una batalla. Pero no ocurrió así. Los pieles rojas empezaron a contestar al fuego desde todos los puntos, y los que había en la cañada también contestaban al fuego desde varias direcciones. Pero esta resistencia apresurada no adquirió un carácter terrible. Estaban ya decididos a huir, y esto dió un impulso irresistible al ataque de los hombres de Pilchuck. Starwell y los suyos, al ver derrotados a los indios, abandonaron la posición que ocupaban y de igual modo, descendieron por la pendiente, atacando al mismo tiempo que gritaban, como habían hecho sus compañeros.

Siguiendo Tomás el ejemplo de los que le precedían, corría, se arrodillaba y disparaba rápidamente cuatro veces hacia la parte inferior de la cariada. En aquel momento, todos los indios habían montado ya a caballo y fijé evidente que no se proponían ya emprender el ascenso de la vertiente opuerta. Por el contrario, se dirigieron hacia la salida de la cañada. Aquello indicaba que se acortaría la distancia entre ellos y los blancos, pero tal contingencia aro les amedrentó. Sus flacos y rápidos mustangs echaron a correr mientras cada jinete apuntaba su rifle contra el enemigo.

-¡Alto, muchachos! -gritó Pilchuck con voz estridente-. ¡Si nos atacan, guareceos tras las rocas!

Tomás no pudo oír en adelante el disparo de, una sola arma de fuego, ni siquiera, la propia. Cargaba y disparaba con la mayor rapidez posible. Sus oídos percibían un trueno constante y el grupo de los enemigos parecía estremecerse con la furiosa carrera de los

Librodot

mustangs. Los caballos, a galope tendido, formaban una delgada y larga línea; sus jinetes montaban de un modo maravilloso. Como caballistas, aquellos comanches eran incomparables.

Y a pesar de la emoción de la empeñada lucha, Tomás se estremeció al contemplar el magnífico valor de aquellos salvajes que se exponían a la muerte en aquella carrera, con obieto de salvar a sus cargados camaradas, que ascendían por la pendiente. Algunos de ellos encontraron allí la muerte. Tomás vicí que algunos jinetes dejaban caer las armas al suelo v a su vez chocaban contra él de cabeza. Los mustangs daban grandes saltos al ser heridos y luego rodaban por el suelo.

Tomás notó que las filas de Pilchuck iban clareándose. Y cuando llegó la orden de arrojarse corriendo a la calcada para prevenir la posible matanza de Starwell v de sus hombres, que habían avanzado demasiado, algunos se quedaron atrás. A partir de aquel instante, Tomás perdió la clara percepción del desarrollo de la lucha. La rabia dije dominaba a los hombres de la frontera le había invadido por entero. Echó a correr con los demás. Sentía su proximidad; oía sus roncos gritos y el estampido de sus armas, pero, por otra parte, tenía la impresión de que luchaba sólo por el gusto de hacerlo. El último de aquellos jinetes indios se dirigió hacia los hombres de Star-well, empujándolos hacia las rocas. Entonces, los hombres de Pilchuck, atacando en terreno llano, le presentaron ante ellos y allí se dió una terrible, breve y decisiva batalla.

Si los comanches no se hubiesen detenido ante los Creedmoors, allí habrían perecido los hombres de Pilchuck, arrollados por sus enemigos. Pero los indios no fueron capaces de conquistar la victoria a tal precio. Dispararon sus armas, del mismo, modo que montaban a caballo, es decr, furiosamente y sin la debida atención. En cuanto a los hombres e; blancos, el furor les hacía aún más temibles v peligrosos. Avanzaban gritando, maldiciendo, disparando y cargando. Tomás se vió envuelto en humo v ruido. Su rifle le quemaba las manos y la pólvora el rostro. Cuando volvió a cargar sintió una extraña vacilación al manejar el cerrojo del arma. La compacta masa ole los indios se desintegró en varias filas y aquellas salvajes figuras presentaban un blanco mucho' más difícil. De pronto, algo fue a golpear a Tomás, quien se vió envuelto en completa oscuridad, los árboles, por entre los que corría un arroyo de agua clara, le ofreció un alivio y un descanso extraordinario. Uno a uno, los heridos fueron cuidados v atendidos, rodeándolos de todas las comodidades posibles. Entonces Tomás averiguó que en el combate habían muerto siete de los cazadores que estaban a las órdenes de Pilchuck. Ory Tacks fué el primero en sucumbir. Así se cumplieron los temores de Tomás. ¡Pobre, valiente y alegre- Ory! Aquellos héroes hallarían la tumba en el mismo lugar en que contribuyeron a destruir para siempre la principal resistencia de los comanches.

Aquel día, Pilchuck visitó a los heridos. Había desapa-recido ya su severidad.

-Muchachos- dijo-. Estaba seguro de que ninguno de nosotros saldría vivo de allí. Cuando aquellos diablos aulladores nos atacaron, me pareció que estábamos perdidos. Nos hemos portado muy bien, pero es preciso confesar que tuvimos mucha suerte. Por desgracia, hemos perdido a algunos camaradas. Pero eso era inevitable y todos estábamos dispuestos a morir. Ahora, lo cierto y lo más importante, es que esta victoria levantará el ánimo de los cazadores de búfalos. Iré a reclutar más hombres. Con toda seguridad, podremos expulsar a los comanches y a los kiowas del Llano Estacado, y ello nos dará la libertad para poder cazar búfalos. Pero lo más importante es que Texas no será ya peligroso para los que vengan a establecerse en él. Por consiguiente, podéis estar tan orgullosos como yo mismo. Los cazadores de búfalos figurarán en la historia de un modo honorable y digno, por haber hecho habitable el Estado de Texas.

Librodot

XVII

En 1876 fueron expedidas más de doscientas mil pieles de búfalos hacia el Este, por el ferrocarril, de Santa Fe, y otros centenares de millares tomaron el camino del Norte desde el Fuerte Worth, Texas.

Pero al lado de ese enorme número de pieles que llegaron a las regiones orientales y a los mercados extranjeros, había, por lo menos, el doble de búfalos sacrificados inútilmente. Los viejos cazadores convenían en ella, por regla general, al discutir las causas de aquel hecho lamentable. Las pieles conseguidas por los cazadores novatos, como no conocían el procedimiento para conservarlas, llegaban destruídas por los insectos. Además, los búfalos heridos o lisiados eran tan numerosos como los muertos; los primeros en la espesura contigua a los ríos. Por fin, un gran tanta por ciento de búfalos fueron acorralados por los cazadores en los matorrales y en las arenas movedizas que había a lo largo de numerosas corrientes, y allí perecieron miserablemente.

El año 1877 vió -el último de los raids de los comanches y kiowas, debido a la larga campaña de los grupos de cazadores que persiguieron y combatieron a los indios, ex-pulsándolos del Llano Estacado. Pero esta campaña fué realmente parte de la destrucción de los búfalos, que trajo aparejada la anulación de la fuerza de aquellos magníficos jinetes.

En el invierno y la primavera de ;aquel año, se duplicó, triplicó y cuadruplicó el número de equipos de cazadores; y desde el río Rojo al Brazos, en la inmensa extensión de la pradera de Texas, en todos los ríos, corrientes, estanques, pozos y fuentes, es decir, a cuantas partes iban a beher los búfalos, estaban emboscados los cazadores provistos de armas de gran calibre. Los pobres animales que no morían de un balazo veíanse obligados a correr sin cesar hasta que los enloquecía la sed. Entonces al olfatear el agua, salían en estampida, y en su loco deseo de calmar aquella sed insoportable, se arrojaban en grandes oleadas, unos sobre otros, aplastando a los que quedaban debajo.

Durante el año y medio en que los indios realizaron algunos raids, Tomás Doan tomó parte en tres campañas contra los comanches, kiowas y apaches del Llana Estacado.

La organización de Pilchuck, al congregar en una unidad a los cazadores de búfalos con objeto de combatir a los comanches, formó la cuña que dividió -a los indios. Del mismo modo excitó y dió ánimos a los cazadores que se hallaban en la línea comprendida entre el territorio indio yel río Grande. Así hubo una guerra contra varias tribus, y mientras tanto continuaba la matanza de los búfalos.

En la primavera de 1877, cuando, de acuerdo con los exploradores, habíase quebrantado ya el ánima de las tribus del sudoeste, Tomás Doan se despidió de Burn Hudnall, su amigo y camarada durante tanto tiempo. Algunos meses antes, Dave Stronghurl había regresado al puesto de Sprague para reunirse con su mujer; Burn, una vez hubo terminada lacampaña, deseaba, ver -de nuevo a su esposa y a su familia.

-Creo que estoy en paz con los comanches -dijo, cama única referencia a la muerte de su padre.

-No puede negarse, Burn, que hemos llevado una vida bastante agitada-observó Tomás con triste acento-. Me alegre ;mucho de haber contribuído a derrotar a los indios. No puedo censurarles mucho, porque, en realidad, han sida desposeídos de lo que les pertenecía. Pero, en cambio, can sus crímenes dieron motivo más que sobrado para que todo el mundo sintiera deseo de destruirlos.

-¿Y tú qué harás, Tomás? -preguntó Burn.

-Me seria muy doloroso volver ahora al puesto de Sprague -dijo Doan inclinando la cabeza -. Ya sabes, Burn, que no

he podido olvidar a Milly. Sin duda alguna murió hace mucho tiempo. Pero a veces, en mis sueños, me parece verla cual si estuviese viva. Daría cualquier cosa por

averiguar lo que fué de ella. Algún día lo sabré. Pilchuck y ya nos disponemos a ir al Sur del Brazos. Allí es donde se realiza ahora la gran cacería de búfalos.

-Pues yo voy a establecer un rancho en el puesto de Sprague -digo Burn-. Mi padre aseguró siempre que aquel sitio sería, en el porvenir, un magnífico centro de explotación de la ganadería y de la agricultura.

Ya lo recuerdo. También yo soñaba con eso. Pera he cambiada mucho. Quizá sea debido a la vida ruda que llevamos. Todavía quiero cazar algún tiempo en esta comarca. Algún día iré.

-Creo, Tomás, que tienes bastante dinero ahorrado -replicó Burn, muy pensativo-. Podrías comprar un rancho y llenarlo de ganado. ¿No te parece muy peligroso llevar siempre encima el dinero? Recuerda que en la región de la caza hay ahora individuos peores que las mismos comanches.

-Ya he pensado en ello -contestó Tomás-. Parece, en efecto, algo peligroso. Por eso quiero rogarte que te lleves una buena parte de él para ingresarlo en un Banco. -Es una buena idea. Pero dime, amigo, ¿y si no

vuelves? Ya sabes que varias veces hemos sido testigos del terrible fin que han tenida hambres muy valientes y capaces. Nosotros hemos sido muy afortunados.

he ,pensado en eso -replicó Tomás con grave acento-. Si no comparezco dentro de cinco años, puedes emplear ese dinero en favor de tus hijos; ahora, me importa ya muy poco... Pera algún día iré a Sprague.

Esta conversación tuvo lugar en el campamento de Wheaton, en el mes de abril, en las fuentes del río Rojo. Aquel día se observaba un importante desfile de acarreadores. A Tomás le interesaba mucho notar el desarrollo, que tomaba el transporte de las pieles. Los carros eran grandes y tenían adrales y pescantes, de modo que, cuando estaban cargadas, habría podido tomárselos por carros de heno, si las pieles hubiesen tenido otro calor. Colgaban doscientas pieles de búfalo por carro y- cada uno de éstas era arrastrado por seis parejas de búfalos; se formaban expediciones de veinticinco tiros.

Los búfalos desaparecían rápidamente de las llanuras. Burra Hudnall se dirigió al Norte con uno de aquellos inmensos convoyes de transporte.

Tomás y Pilchuck hicieron sus preparativas para una larga cacería en la región del ría Brazos, donde circulaban rumores semejantes a los del año 49, cuando se hablaba de que se había encontrado oro.

Mientras escogían y disponían un equipo, les visitó un hombrecillo musculoso que tenía un rostro notabilísimo, pues a la vez tenía rasgos sublimes y ridículos.

-Quisiera formar parte de su equipo -dijo a Pilchuck.

El explorador, acostumbrado a juzgar a los hombres de una ojeada, vio que se trataba de un individuo útil y valeroso.

-Bueno. Da la casualidad de que necesitamos un hombre-dijo-. Pera debe ser experimentado.

-Ya no soy ningún bisoño-dijo sonriendo-. He matado y desollado más de cuatro mil búfalos. Además, soy herrero y cocinero.

Bueno, que usted solo constituye un equipo -replicó Pilchuck con una de sus raras sonrisas-. ¿En qué condiciones quiere entrar?

-Participando en las gastos del equipo, en el trabajo y en los beneficios.

-También.

-No puede ser ,más justo. Me parece que podremos darnos por satisfechos admitiéndole a usted. ¿Cómo se ama?

Wrong-Wheel Jones3-replicó el solicitante, como si esperase que tal nombre fuese famoso.

-¡Demonio! He conocido a Búfalo Jones; a Dirty-Face Janes, y a Spike Jones, pero nunca oí hablar de usted. ¿Cómo demonio, adquirió tal nombre?

-Me pusieran este apodo cuando yo era todavía bisoño.

-Bueno. Cuéntenoslo a mi compañero Tomás Doan y a mí -exclamó sonriendo el explorador -. Tomás, te presento a Wrong-Wheel Janes.

Después de saludar al joven, Jones añadió

-Durante mi primer viaje, rompí la rueda trasera derecha de mi carro. Me alcanzaron media docena de equipos, pera ninguno tenía una rueda de repuesto. Blake, el jefe, me dijo que acababa de dejar atrás un carro como el mía y que estaba casi destrozado junto al cimarrón. Al parecer, algunas de sus ruedas se hallaban en excelente, estado. Ensillé mis caballos, y montando en uno, llevé al afro de la brida. Encontré el cano, pera la única rueda aprovechable era la de la trasera izquierda. Por consiguiente, volví al campamento, y Blake me preguntó por qué no me había traído ninguna rueda. a ¿Para qué necesitamos dos de la' izquierda? Allí había una, pero precisamente la de la derechas está rota. La izquierda nos convendría mucho, pera es del lado que no nos interesa.» Al oír estas palabras, Blake y sus hombres se echaron a reír como latos, y cuando el primero pudo hablar, me diga «Imbécil, si tomas. esa rueda de la izquierda y le das media vuelta, podrás ponerla a la derecha de tu cana». Par fin yo, comprendí que tenía razón, y desde aquel momento me llamaron Wrong-Wheel Jones, y me ha quedado el nombre.

-Hay que confesar que lo merecía, usted -replicó Pilchuck riendo,

En compañía de otra equipo, que pertenecía a un nuevo cazad

cazador llamada Hazelton, a quien acompañaban su hijo, de quince años, y otros dos muchachas no mucho mayores, Pilchuck tomó la, dirección del río Brazos.

Después de un viaje en el que no ocurrió nada notable, y que fueron algo alejados del camino general, llegaron a uno de los muchos tributarios del Brazos, donde encontraron algunos pequeños rebaños dispersados.

-Haremos paradas! de dos días hasta que lleguemos al rebaño principal-dijo Pilchuck-. Prefiero, cazar solo, si me es posible. No hay duda de que los cazadores son tan numerosos como abejas, a lo -largo del río Brazos. Vale más que mientras nos sea posible nos alejemos del hedor de la carroña y de los, disparos. Los dos equipos acamparon a corta distancia uno de otro- de modo que podían verse y casi hablarse. Era, quizás, el lugar más hermoso, para acampar de cuantos Tomás viera en sus viajes por el occidente de Texas. Pilchuck dijo que el rebaño principal, con, su horda de cazadores, había pasado a muchas millas del Este de el lugar. Y por consiguiente, el aire era puro, el agua limpia, y abundante la hierba, y la leña. La vegetación que había en las orillas de aquella corriente de agua consistía, principalmente, en álamos y nogales. Abundaban allí las fuentes de agua fresca y los remansos profundos, llenos¡ de peces. Y como la primavera reinaba ya en aquella. latitud, las flores eran numerosas, el aire estaba perfumado v una miríada de pájaros, había interrumpido allí su viaje -hacia el Norte. Aquella comarca cruzada por el Brazos, se parecía a lo que fueron los bosques inmediatos al río Rojo y a la frontera del río Pease. Los gamos, los antílopes, y los pavos, con sus, carnívoros enemigos, jaguares, gatos salvajes y lobos, aún no habían sido molestados, por los cazadores blancos. Posiblemente, las campañas contra los indios habían endurecido a Tomás, porque de nuevo se dedicó a matar búfalos. Había estado alejado tanto tiempo de aquella ocupación, que ya no recordaba muchos de sus- detalles e incluso olvidó el sentimiento que en otro tiempo le obligara a abstenerse de matar a aquellos animales. La dura vida al aire libre habíase con-vertido en un hábito; se adueñaba de los hombres. Por otra

[3] Literalmente: Dones Rueda Equivocada.

parte, Tomás sentía un dolor continuo que sólo se aliviaba con, la actividad. Sintió gran amistad por Cherry Hazelton. El muchacho era rollizo, pecoso y tenía rojo el cabello. Como todos los jóvenes sanos del Medio Oeste, del año setenta y tantos, adoraba la vida de la frontera; dos hermanos llamados

Dan y Joe Newman empleaban todo el tiempo libre en acompañar a Pilchuck y a Tomás, deseosos de oír sus relatos, latos, como los perros de coger algún sabroso hueso.

Los días pasados en aquel campamento no bastaron a Pilchuck. Las)búfalos eran poco numerosos y, además, iban iban diseminados bajo el mando de los machos viejos, por cuya razón, ofrecían las mejores condiciones a los eamentados.

El tercero día, Tomás se llevó a Cherry Hazelton a cazar con él, encargándole del transporte de la cantimplora y de los cartuchos de repuesto, al mismo tiempo que le proporcionaba el medio de adquirir experiencia muy valiosa.

Par todas partes veíanse búfalos en corto número. Pero como como aquella comarca era muy accidentada y a veces quebrada, al revés de la pradera del Pease, no era posible divisa, divisar todos los rebaños que pudieran hallarse a una distancia asequible.

En su excursión de varias !horas a caballo y de permanecer al acecho. Tomás no pudo hallar un puesto favorable para lograr algún éxito, a pesar de que había derribado algunos búfalos, y de que el joven Hazelton, después de errar el tiro varias veces, consiguió al fin matar un hermoso macho. El muchacho estaba loco de ¡alegría, y aquello recordó a Tomás sus primeras hazañas de cazador, que ahora le parecían tan remotas.

Hallabanse entonces junto a un arroyo que atravesaba una ancha llanura en su camino hacia el tributario, a tres kilómetros apenas de distancia del campamento. Desde el Oeste Oeste se acercó un gran rebaño de- búfalos que iba muy aprisa, baja una nube de polvo. Se encaminaron hacia el arroyo y literalmente interrumpieron su curso a causa de su mucha sed. Tomás fué entonces testigo de la locura de la sed que en aquella época padecían los desgraciados animales. Aquel rebaño, compuesto por varios centenares de cabezas, apagó la sed y luego se encaminó a una ancha llanura que había más abajo, al lado del arroyo, a la que daban sombra algunos árboles. Habían bebido demasiado o estaban derrengados, porque muchos de ellos se echaron al suelo para descansar.

-Cruzaremos el arroyo para acercarnos a ellos-dijo Tomás-. Trae todos los cartuchos. Quizá tendremos la suerte de poder matar muchos búfalos antes de que el rebaño piense en alejarse. Nunca he tenido esta oportunidad; espero que esta vez podré aprovecharme.

Por entre matas y arbustos se aproximaron a los animales y al fin consiguieron situarse a menos de cien metros. A juzgar por la jadeante respiración de Cherry, Tomás comprendió que el muchacho tenía miedo.

-Comprendo que estés alarmado -murmuró- Pero si echan a correr hacia nosotros, podremos subirnos a un árbol. No... No tengo miedo. Es... magnífico-replicó el muchacha ene un tono de voz que desmentía sus palabras.

-Ahora arrástrate despacio y sin ruido -dijo Tomás-. Un poco más allá empezaremos el tiroteo.

Por fin Doan obligó al joven a acercarse algo más ¡hasta situarse en una posición estupenda al amparo de un álamo de grueso y recto tronco, que los ocultaba perfectamente. El mismo Tomás, que muchas veces se había apostado de igual modo al acecho, de los comanches, no dejaba de sentir alguna emoción. La mayor parte de los búfalos estaban echados y los que continuaban en pie parecían soñolientos. El calor, la sed horrible que habían sufrido durante mucho tiempo y el estómago lleno, les daba una gran somnolencia.

Tomás volvió la cabeza para dar, en voz baja, algunas instrucciones a su joven compañero. El rostro de Cherry estaba muy pálido, destacándose sus pecas extraordinariamente. Temblaba de entusiasmo, de miedo y de alegría. A Tomás le pareció muy natural. Nuevamente percibió el pronunciado olor de los búfalos. Ofrecían un espectáculo magnífico;

Librodot

en aquel rebaño había individuos de toda clase y edad, desde los. viejos machos, limpios y brillantes, que acababan de mudar el pelo, hasta los rojizos terneros.

-Apunta al búfalo que tienes a la derecha... A ése que está más lejos -murmuró Tomás -. Yo me encargo de ese macho viejo de mi izquierda.

Los dos rifles de gran calibre dispararon casi a la vez. El de Tomás cayó de rodillas y, dando un gruñido, rodó sobre sí mismo. El de Cheerry movió la cabeza cual si le hubiese picado una abeja. Algunos de los búfalos que estaban tendidos se pusieron en pie, y el más viejo, sin duda jefe de la manada, empezó a andar.

-¡Derríbale! -murmuró rápidamente Tomás-, porque, de lo contrario, le seguirán todos,

Nuevamente los das rifles dispararon a lavez y la bestia recibió una bala mortal. El búfala que se disponía ya a seguir al jefe lió media vuelta y fué a reunirse con sus compañeros, cosa que pareció contener a- éstos. Muchos de los que estaban en pie se estrecharon y otros empezaron a ir sin objeto de une lado a otro.

-¡Tira contra los que se alejan! -dijo Tomás apresuradamente.

Par su parte, en tres segundos mató o hirió otros tantos búfalos. También Cherry disparó, aunque, al parecer, sin resultado.

En aquel momento se acercó Pilchuck a ellos.

-¡Carambal ¡Habéis sorprendido un rebaño parado! En mi vida vi otro caso más favorable que éste. ¡A ver, muchacha!, dejadme tirar. Si obramos con acierto podremos hacer aquí una gran matanza.

Pilchuck clavó en el suelo su horquilla y se arrodilló ante ella a la derecha de Tomás y de Cherry. Aquello le obligaba a permanecer a mayor altura sobre el tronco y desde luego no estaba oculto de los búfalos.

-En casos como éste es preciso tirar bien-dijo el explorador-. Un. búfalo lisiarlo origina la huída de todos los demás.

Escogiendo al animal que estaba más alejado del rebaño, Pilchuck apuntó con el mayor cuidado, y disparó. El búfalo 'se desplomó. Obró con el siguiente de la misma manera. El explorador no se apresuraba, lo que tal vez podría explicar su mortífera precisión.

-Conviene procurar que no se caliente demasiado el rifle. En cuanto se dilata el cañón los tiros pierden precisión.

Elegía los búfalos más alejados de sus compañeros y los derribaba. El rebaño se mantenía agrupado, inquieto en algunos pent os, pero la mayoría no se alarmaba al oír los tiros. Y cuando el explorador había derribado tal vez dos docenas, tendió su rifle a Tomás.

-Déjalo enfriar y límpialo -le dijo.

Y tomando el arma del joven, reanudó su fructífera faena.

Tomás abrió el cerrojo y echó agua por el interior del cañón una y otra vez. Y, tomando, la baqueta de Pilchuck, metió en el cañón en trapo grasiento. Así se enfriaba rápidamente el arma, que podría usarse en seguida.

Mientras tanto el imperturbable explorador derribaba búfalos cual! si fuesen muñecos de feria. A un lado, y cerca de, él, vióse pronto una multitud de búfalos muertos, Jamás erraba el blanco, y muy pacas veces tenía que disparar dos tiros a un misma animal. Y después de tirar diez o doce veces con el rifle, devolvió el arma a Tomás y tomó la propia.

-Es la mejor ocasión que he visto en mi vida -dijo-. ¡Qué extraña es, a veces, la conducta de lose búfalos! No son tontos, se dan cuenta de que ocurre alga desagradable. Por mi parte me limito a derribar al que intenta tomar la jefatura del rebaño.

Los búfalos se acercaban, a sus compañeros muertos, los olfateaban y a veces les daban un topetazo que se oía perfectamente. Un viejo búfalo pareció ser presa de la cólera. ¿Por qué no se levantaba su compañero? Algunos parecían estar ansiosos e iban de un lugar a otro evidentemente alarmadas. Otros se aventuraban a alejarse de sus compañeros y aquella les resultaba fa-tal. Se oía un disparo y la bala de gran, calibre producía el impacto; el animal

daba un salto, se ladeaba y luego se desplomaba, con el corazón atravesada por un proyectil. Pilchuck era una verdadera máquina de obtener pieles de búfalos. Y había centenares cama é1 a lo larga de la línea de cazadores. Las rifles del cincuenta disparaban sin cesar.

Por fin, después de más de una hora, durante la cual las búfalos dieron pruebas de verdadera estupidez al no hacer caso de las detonaciones ni de la caída de sus com- pañeros, los demás emprendieron la fuga, aunque con cierta indecisión. De pronto, Pilchuck erró el tira contra el búfalo que dirigía el rebaño. La bala puso frenética al animal, que, dando un, mugido de furor, emprendió la fuga. Sus compañeros, en masa, le siguieron y una verdadera nada de lanosos animales pardas se extendió por el llana y subió la pendiente. Un salo instante había bastado para poner en movimiento a todos las búfalas. El activo Pilchuck derribó cuatro animales más, mientras se congregaban y se disponían a emprender la marcha. Llenó el aire el estruendo de sus pezuñas; se elevó una nube de polvo, se agitaron las empenachadas colas, las lanosas jorobas cubrieron toda la pendiente, y, en pocas momentos, desaparecieron. Reinó de nuevo el silencio y el azulado humo fué arrastrado por la brisa. En, aquellos momentos se oía el angustiosa jadea de un búfalo moribundo.

-No hay duda de que nunca me vi en una ocasión coma ésta-dijo el explorador secándose las majadas y ennegrecidas manos -. ¡Si no hubiese herida a ése... ¡

-¡Dios mío! ¡Esto es horrible! ¡Es mucho peor que sacrificar vacas en el matadero! - exclamó el joven Cherry.

Su pálido rastro estaba cubierto de sudor y sus pecas eran más visibles que nunca. Al parecer, estaba indispuesto. Antes de llegar a, aquel momento había desaparecido por completo, todo su entusiasmo aventurero.

-¿No .es verdad que ha sido muy fácil, muchachos? -preguntó Pilchuck-. Pero no vayáis a crer que esta caza está exenta de peligro. Vamos a contar el número de las muertos.

Cierto veintiséis búfalos yacían sin vida en un espacio de terrena que no mediría más de una hectárea. La mayor parte eran machos.

-¡Éste es record! -declaró el explorador, muy satisfecho-.Bien es verdad que llegué a tiempo y que esta ocasión era excepcional. Ahora, muchachos, para desollarlos tenemos aquí trabajo para tríos días.

Los dos equipos recorrieron gradualmente el río tributario hasta su confluencia con el Brazos. A medida que aumentaba el número de los búfalos, crecía también el de los cazadores; y al llegar el mes de mayo hallábanse ante el límite del rebano principal, entre una multitud.

Entre los equipos existían algunos ladrones de pieles, lo cual hacía necesaria la, defensa y la guardia de los campamentos. Debido a lo cual, Tomás y Cherry pasaban a veces un día entero en el campamento, lo que -les parecía un cambia agradable, aunque sus faenas eran entonces interminables. Se habían situado en un lugar en que el antiguo camino español del Llano Estacado se cruzaba can el Brazas y, por consiguiente, por allí pasaban continuamente los viajeras, novatos y veteranas, soldados e indias y pocas veces transcurría un día entero sin que pasara nadie.

A Cherry le gustaban más aquellos días que los que pasaba en los puestos de caza. Ya empezaba a cansarse del sistema de Pilchuck. Aquella ocupación no le resultaba agradable.

En cierta ocasión se quedaron solos Cherry y Dan New- mann. Tomás se alejó para desollar algunos búfalos, pues no tardó en recobrar su antigua habilidad, pero antes de alejarse no descuidó el recomendar a los dos muchachos que se abstuviesen de toda travesura. Wrong-Wheel Jones, que acababa de restablecerse de una de sus formidables borracheras, también se quedó en el campamento. Pero al regreso, Tomás encontró a Janes encolerizado a mas no ,

poder, profiriendo numerosas amenazas contra aquellos infernales muchachos. Era evidente que Jones acababa de salir del río, cuya orilla se hallaba muy cerca del campamento. Tomás creyó que el viejo se habría caído, pero como no pudo hallar a los dos muchachos, empezó a sospechar de su conducta. Por fin pudo convencer a Jones de le refiriese lo sucedido.

Pues -empezó diciendo Wrong-Wheel Jones con acento de persona gravemente ofendida- desde que perdí las doscientas pieles (y no tengo duda de que me las robaron), confieso que me di bastante a la bebida. últimamente me contuve algo y ya no veía tantas cosas extrañas como antes... Pues bien, hoy me fuí a dormir allí, a la sombra que hay junto a la orilla. De pronto me despertó algo y, al abrir los ojos, pude contemplar algo horrible. Me asusté tanto que, retrocediendo sin mirar donde ponía los pies, fui a parar al agua. A punto estuve de ahogarme. Puedo asegurarle que al salir estaba más despejado que nunca... Y ¿qué le parece que habían hecho los muchachos?

Wrong-Wheel miró de soslayo a Tomás y escupió un chorro de saliva y tabaco a la hoguera.

-No tengo idea -replicó Tomás, que sólo a costa de grandes esfuerzos podía conservar la serenidad.

-Pues bien -continuó diciendo Janes -. ¿Se acuerda usted del jaguar que Pilchuck mató ayer? Pues esos diablos lo despellejaron, -rellenaron la piel de hierba y en las patas de pusieron cuatro palos y unas piedras en los ojos. Luego pusieron cerca de mí al animal de manera que al despertar tuve un susto terrible.

Otro día un antiguo conocido de Tomás llegó al campamento y se detuvo en su camino hacia el Fuerte Worth. que

¿Te

-¡Roberts! -exclamó Tomas con alegre sorpresa.

-Vengo ahora de Fuerte Sill -dijo Roberts, manifestando igual placer-. Y tengo que darte algunas noticias. acuerdas de Caballo Negro, el jefe de aquella partida de comanches con quienes luchamos... cuando me rompieron este brazo?

-¡No es fácil que lo olvide! -contestó Tomás. -Pues bien, los comanches que quedan de aquella partida acuden ahora uno tras otro al Fuerte Sill para ser destinados a los campos de reserva. Gracias a algunos ce ellas nos sentamos de algunas cosas de las que nunca habríamos podido estar seguros. Los soldados sostuvieron últimamente una lucha con el viejo Caballo Negro. Un sargento mató a este último y a su squaw, lo cual es, ciertamente, muy agradable.

-Ese Caballo Negro era un india de malos sentimientos -observó Tomás-. ¿Y no ha oído usted hablar dei rifle de Hudnall?

-¡Ya la creo! Traté de ese asunto con alguno de los indios que tomaron parte en la lucha en que me rompieron el brazo y también en otras posteriores... Ya sabe usted que Hudnall poseía un rifle excelente que había de excitar la codicia de los pieles rojas. Pero no hay duda de que la posesión de aquella arma fue funesta para los que sucesivamente fueron sus dueños. El hijo de Caballo Negro se la atribuyó en primer lugar. Era aquel guerrero valeroso que capitaneó la salida por la cañada a fin de atraer nuestros disparos. Y allí murió. Quedó con el cuerpo lleno de plomo. Luego un indio llamado Cinco Plumas se quepo con él y también 1e mataron. Después de eso, cuantos indios se quedaron con el arma de Hudnall, daban muestras de una temeridad extraordinaria a causa de ello, ex poniéndose a nuestros disparos. Pero por último, se convencieran de que el arma estaba endiablada.

XVIII

A mediadas de julio, Tomás Doan y Pilchuck se hallaban junto al Brazos, en lo mejor de la matanza. Las cazadores, que ocupaban una extensión de treinta millas, contribuían día tras día al exterminio de aquel inmenso rebaño.

Si el tiempo había sido desagradable a mediados de verano en la región del río Pease, allí era bastante peor que caluroso. Además, en los primeros días fué allí la caza comparativamente fácil; en cambio, junto al Brazos era muy penosa y era preciso perseguir a los búfalos.

La dilatada pradera estaba llena de polvo y reinaba en ella un calor tórrido. Los búfalos siempre marchaban contra el viento. Bebían, pacían y continuaban su viaje can el hocico orientado hacia la brisa. Si el viento cambiaba por la noche, por la mañana ellos alteraban también su rumbo para ir siempre a su encuentro. Confiaban en, su alfato más que en la vista o en el oído, y en aquella inmensa llanura el viento les anunciaba la presencia de sus enemigos, de manera que, de no haber existido un número tan grande de cazadores, habría sido posible que los búfalos evitasen una matanza considerable.

Las equipos ocupaban una gran extensión a lo largo del Brazos, durante muchos kilómetros, y como los búfalos tenían que beber, no se alejaban mucho del agua. Y así cierto número de cazadores los sorprendían todos los di as, mataban un buen número y los empujaban hacia la próxima concentración de tiradores.

Ta más Doan llevó una dura y penosa vida por espacio de más de dos meses. Él, Pilchuck y Jones mataron tres mil novecientas veinte búfalos, perdiendo un pequeñísimo tanta por ciento de pieles. Se proponían pasar todo el verano y el otoño, en casa de que resistieran sus fuerzas. Ya no tenían que ocuparse de la expedición de las pieles, pues la venta se realizaba en balas, en el mismo cazadero.

Los días parecían ya pesadillas. Los búfalos, mientras tanto, eran empujados río arriba, luego, en dirección contraria, y de nueva les obligaban a retroceder, de modo que la matanza se realizó durante varias semanas en un área relativamente pequeña. Llegó un momento en que Tomás no pudo recorrer siquiera cien metros sin encontrar un montón de huesas, algún cadáver devorado y putrefac-to, otros en pleno estado de descomposición o bien despellejados el día anterior y semidevorados por las millares de coyotes que seguían al rebaño. Algunos días, centenares de búfalos recién desollados brillaban con tonos rojizos por espacio de muchos kilómetros. Los búfalos abundaban tanto como las abejas en una colmena. El hedor era insoportable, de modo que la pradera se convirtió en un horrible y repugnante pudridero; resultaba casi insostenible la permanencia en las campamentos, a causa de los insectos, alados o no, en número verdaderamente aterrador. Los cazadores, sin embargo, continuaban dedicados a sus tareas, de tal manera, que si hubiesen aplicada sus esfuerzos a otra causa habríanse convertido en héroes. Pera en aquella situación descendieron a la categoría de carniceros. Durante todo el día resonaban sus disparos y ningún campamento se hallaba a bastante distancia para dejar de percibirlos. A lo largo de lo polvorientos caminos avanzaban, traqueteando, las carros cargados, y todos los equipas trabajaban día y noche para aumentar su adquisición de pieles, de modo que sus hombres no. hacían otra cosa que montar a caballo, perseguir, disparar, desollar, transportar las pieles y extenderlas cama si sus vidas dependiesen tan sólo del trabajo ininterrumpido. ¡Aquello era una carnicería espantosa!

Tomás Doan sintió durante mucho tiempo la molestia de un estado de ánimo contra el cual luchó ya en otras ocasiones. Al juzgarse a sí mismo Bábase cuenta de que aquella matanza lo degradaría por completo si no se apresuraba a abandonarla. En otros tiempos tuvo una razón excelente para dejar tal ocupación Milly Fayre. Algunas veces sentía la obsesión de sus negros ojos. De no haber estado perdida por completo, no hay duda de que él abandonara aquella sangrienta ocupación. La herida de su corazón no acababa de curarse. Sentíase

Librodot

dominado por el amor de Milly, y eso solo le salvó de degradarse del todo en aquella vida dura, durante una época que no lo era menos.

Una mañana, cuando se disponía a salir a la pestilente pradera llena de polvo, encontró a un ternerillo de búfalo que estaba en pie junto a su madre, que él' mató y despellejó el día antes. Tal espectáculo no era nuevo para él, pero aquel caso era distinto. Los terneros que se quedaban huérfanos a causa de la matanza, solían ir de un lado a otro extraviados por la pradera sin comprender lo que les sucedía. Pero aquél había reconocida a su madre y no quería abandonarla.

-¡Vete! ¡Vete con el rebaño! -gritó en extremo conmovido, a pesar de lo avezado que estaba ya.

El ternera apenas hizo caso de él. Olfateó a su desollada madre y era evidente que estaba hambriento. De pronto abandonó sus intentos de despertar a aquel cuerpo extrañamente rojo e inerte y permaneció con la cabeza colgante, triste y resignado, como pobre bestia miserable y condenada. Tomás no pudo lograr que se alejara; y después de cargar la piel en el carro, volvió dos veces allá para intentar obligarle a que se fuese, hasta que, por fin, se vió precisaría a matarlo.

Aquel incidente ejerció una profunda influencia en Tomás. Su mente empezó a fijarse en la ocupación a que se había entregado y no le dejaba en ,paz. Millares y millares de lindos ternerillos de búfalos se quedaban sin madre a causa de los cazadores. Esto, a los ojos de Tomás, era una brutalidad imperdonable. Los terneros recién nacidos, que apenas sabían, mamar y aun los que ya habían cumplido el año, estaban condenados a morir de hambre y de sed y a ir errantes de un lado a otro hasta caer derrengados o destrozados por los lobos. No era, pues, de extrañar que aquel ternero demostrara, con su triste resignación, el hecho de que su especie estaba condenada a desaparecer.

Llegó agosto y el enorme rebaño estrechó sus filas. Corría entonces la estación del celo y tanto los machos tamo las hembras, esclavos del instinto maravilloso que se había desarrollada en ellos, marchaban con mayor lentitud y menos prudencia, sin hacer ya casa del olor del hombre que les llevaba el viento.

Al empezar aquella estación fué necesario hallarse a una milla, o menos, para oír el extraño roo roo roo... ooo. Este sonido era el mugido del búfalo. Gradualmente, día tras día, aquellos mugidos aumentaron en volumen y en alcance. Podían percibirse ya a varias millas de distancia y aumentaban gradualmente en intensidad a medida que mugían varios al unísono roa roo roo... ooo; empezó a ser incesante aquel grito, y tan intenso, que llegaba a do- el estampido de las armas de fuego. Llegó un momento en que aumentó de un modo tremendo, sin cesar de día ni de noche. El campamento de TomasDoan se hallaba entonces a diez millas del rebaño. A aquella distancia, el mugido era tan intenso como un lejano roa roo rooo. Aquello impedía dormir al joven y aturdía por completo su cabeza. Si alguna vez lograba conciliar el sueño, le producía una pesadilla y al despertar volvía a escuchar aquel triste mugido. Por fin tanto influyó en él, que en la oscuridad y en la soledad de la noche se forjaba la ilusión de oír la voz de una especie de animales que con sus mugidos pedían la vida..., ¡la vida!

Aquel salvaje y profundo roo... ooo era el toque funeral de los búfalos. ¡Qué extraña sonido, tan distinto de todo lo humano, y sin embargo, conmovedor, trágico y terrible! La Naturaleza había llamada al gran rebaño. Y aquel último millón de búfalas mugía aceptando el decreto. Pero la turbada mente de Tomás daba el mayor significado a aquel extraño trueno que ya no era el producido por las pezuñas de los animales. En lo más profundo de Id noche, y cuando callaban los rifles, no podía dejar de sentir aquella impresión. Entonces se decía que los cazadores cometían una horrible crueldad dominados por el afán del lucro. Dios y la Naturaleza habían situado en la tierra a aquellos animales maravillosos para un objeto determinado, quizá para proporcionar carne y pieles a los hombres en una medida razonable.

Pero allí se dejaba pudrir la carne y da mitad de' las pieles, y sólo el resto servía para satisfacer una falsa demanda y para enriquecer a un número de cazadores a quienes degradaba aquella ocupación.

«Roa.., roo ooo.» «Y Tomás creía oír en aquello el significada de una demanda fútil de la Naturaleza. Tomás Doan y Pilchuck guiaran sus caballos hacia la cresta de una extensa pendiente mientras observaban la línea de cazadores.

Con gran sorpresa por su parte, la interminable línea negra de las .búfalos no estaba- a la vista. Durante la noche había marchado hacia el Norte. En aquella hora temprana, las cazadores salían a caballo para empezar el traajo del día. Aún no se oían los disparos de los rifles, y no a sino que Tomás y el explorador gozasen exclusivamente de aquella parte de la línea.

-Bueno, ayer nos pasamos el día extendiendo pieles en el campamento y no pensamos en preguntar a Jones si los búfalos se habían movido -observó Pilchuck en tono reflexivo .

-El viento ha cambiado; ahora sopla del Norte -dijo Tomás.

-Eso es. Y los búfalos volverán pronta a pasar aquí, siempre en el supuesta de que coman.

-¿Y qué razón hay para dudarlo? -preguntó Doan. -La época del celo está casi al terminar. Y eso, juntamente con el aspecto tempestuoso de la mañana, podría originar un viaje. Durante los años que he dedicada a la caza, nunca he vista un rebaño tan inquieto como ése. -Tiene motivos sobrados, - exclamó Tomás.

Es verdad. Eso es innegable. ¿No se ven caballos par ahí a la lejos?

Tomás examinó la pradera con su anteojo.

-Sí. Los cazadores empiezan a salir. Más allá hay otros. Todos van río abajo.

-Y ahora que recuerdo, no oí muchos tiros ayer. ¿Y tú?

-Tampoco.

-Los búfalos y los cazadores se, han ido hacia el Norte. Vamos a ver. El río describe una curva a unas diez millas de aquí y se dirige al Este. Apostaría cualquier casa que el rebaño no ha seguido esa curva.

-¿Por qué?

-Porque nunca más volverán al Norte. Durante dos meses enteros, día por día, se han dirigido casi siempre hacia el Sur. Algunos días, como ayer, el viento las desvía un poco, pero en general van al Sur. Y eso no es natural en pleno verano. Ahora deberían seguir la dirección Norte. Esos malditos cazadores tienen la culpa de que hayan emprendido tal camino.

-Y hoy, ¿qué pasa? -preguntó el joven.

- -Estoy tratando de comprenderlo. Par ahora no puedo explicármelo todavía, pero me parece que todas los equipas que van hacia el Norte perderán el tiempo.

-¿Y qué haremos nosotras?

-¡Oh! No me preocupa mucho eso. Ya estoy cansado de este trabajo, como pueda observar cuando me quedo un día en el campamento.

Tomás! había notado ya esta tendencia en el explorador, que, por lo demás, era corriente en todos cuantos habían pasado mucho tiempo entregados a la caza, pero no exteriorizó sus propios sentimientos.

-He querido dirigirme hacia el Oeste para ver cómo es el próximo vado -dijo entonces el explorador- Lo mejor será que cuanto antes abandonemos el campamento y tomemos el camino del Sur. Necesitamos situarnos en el lado opuesto del río.

Por vez primera, Tomás experimentó cierta repugnancia en continuar el viaje al Sur del mismo modo que antes. ¿Par qué no volver una vez más al Norte? Aquella idea le sorprendió. No había razón alguna para ir al Norte si no, se tomaba en cuenta el cansancio de dedicarse a la caza. Aquélla sería la última vez que se entregaría a tal ocupación. Pera no le parecía

correcto abandonar a sus socias si éstas querían continuar. Y entonces pensó que el cansancio de Pilchuck se debía tanta a la disminución de su codicia como a la de su resistencia.

Continuaron hacia el Oeste can objeto de llegar al río, ocho o diez kilómetros más allá.

Era una anubarrada y triste mañana de verano que amenazaba tempestad. La pradera carecía ya de su belleza. Tomás parecía fijarse más en, este detalle que en aquél. Hacia el Oeste y a lo lejos, algunos rayos solares lograban atravesar las plomizas amenazadoras nubes, teñidas a veces de .tonos rojizas. El Norte se presentaba amenazador, pues estaba negro a la largo del' horizonte. Reina-ha una calma opresiva y tormentosa.

De vez en cuando, Pilchuck se volvía en la silla para mitrar hacia atrás, a lo largo de la desierta línea de tiro, y luego levantaba las ojos hacia el nublado cielo. A Tomás le pareció que el explorador prestaba atención a alga desconocido.

-¿Qué teme usted? -preguntó por fin, cediendo a la curiosidad-. ¿Una tempestad de truenos?

-¡Que me maten si lo sé! -exclamó Pilchuck-. En estos momentos no pensaba en la tempestad. Y quizá ni siquiera pensaba en casa alguna. Es posible que abrase impulsado por la costumbre... Pero ahora que me lo recuerdas, no, puedo negar que estoy intranquilo can respecto a ese rebaño.

Pilchuck se alejó hacia el Oeste mucho más de lo que había calculada y llegó a un lugar maravilloso del río en donde la pradera se hundía durante muchas millas dirigiéndose en acentuada pendiente hacia la corriente de agua. Allí estaba el vado de los húfalos que utilizaban los rebaños en sus emigraciones anuales. No había ningún árbol y la maleza y la hierba carecían de la lozanía habitual

de las orillas de las ríos. Desde el borde de la pradera al margen del río, había una larga pendiente, suave y lisa; y en cierta punta, filas cercanías del vado quedaban didas y dominadas por una eminencia rocosa, única punto elevada que se divisaba a la larga de la corriente.

Aquel lugar pareció a Tomás triste y solitario; quedóse a caballo, mientras Pilchuck vadeaba el río. Al revés de 1o que ocurría generalmente en las inmediaciones de una corriente de agua, aquélla parecía carecer de vida. No se divisaba un sola pájaro, ningún pez, tortuga u otro animal cualquiera. La soledad parecía ser dueña y señora de aquel frecuente camino de los búfalas.

Por fin el explorador volvió riendas, retrocedió y se acerco a Tomás.

-No me gustaría mucha ver un tira de caballos en este arenal –observó-. Préstame el anteojo.

El explorador examinó el semicírculo del horizonte y por fin dirigió el instrumento hacia el Oeste, en dirección a un punta de la pradera alga distante del río.

-Vea algunas pequeñas rebaños de búfalos -dijo-. Vamos contra ellos para matar algunos, despellejar a los que derribemos y, mañana, al dirigirnos hacia el Sur, recogeremos las pieles para cargarlas en el carro.

-Usted es el jefe -replicó Tomás.

-Pues a mí me gustaría que alguien me diese órdenes -contestó Pilchuck, can acento enigmático.

Por espacia de unas kilómetros avanzaron al trote por la pradera gris y al fin pudieron ver claramente los búfalos. Mientras tanto empezó a soplar una ligera brisa del Norte.

-¡Maldita sea! -,exclamó. Pilchuck, malhumoradoYa ha vuelta a cambiar el viento. Si sopla con un poco más de fuerza no podremos sorprender a ese rebaño.

En cuanta hubieron recorrido otra milla, aumentó la intensidad del viento y los prudentes búfalos, olfateando a los cazadores, echaron a correr por la pradera. Pilchuck exclamó, muy enojada

-¡Corred, imbéciles! Atravesad el río Grande... Mira, Tomás, crea que nos hemos echada a perder por haber cazado con demasiada facilidad. En adelante sera mucho más difícil. De todos modas me alegra. Volvámonos.

Dieran media vuelta para ponerse cara al viento, que ya era bastante fuerte y fresco, pera estaba cargado del hedor de los cadáveres de los búfalos.

-¡Caramba! -exclamó el explorador-. ¡Preferiría tener la nariz y las ajos llenas de humo de leña!

El fino oída de Tomás percibió entonces un leve y lejana trueno. Volvió la cabeza, pera el sonido había cesado ya. Lo trajo una racha de viento alga más fuerte.

-¿Qué has oída? - preguntó el explorador, a quien no le pasaba nada por alto.

-Un trueno.

-El ambiente es tormentoso, pero yo no me fío nunca de los truenos en esta región - contestó el explorador con acento significativo.

Detuvo su caballa y Tomás le imitó. Miraran hacia el Norte y vieron que algunas nubes plomizas, tempestuosas y amenazadoras, se dirigían hacia ellos, si no rápidamente, por lo menos de un moda continuo cambiando, continua de forma. Por última fueron a agruparse en una masa negra y violácea, de la cual surgían numerosos y cegadores relámpagos.

-¡Ya está aquí la tempestad! ¡Escucha!

Después de un instante en que no se oyó nada a excepción del jadea de los caballos, el roce de las bridas y los crujidos del cuero, el explorador echó pie a tierra.

-Ahora, Tomás, desmonta y llévate los caballos a cierta distancia. .. ¡Escucha

Entonces Doan volvió a oír el leve y lejano trueno.

-Por ahí - dijo.

-No hay duda. Se trata de un verdadero trueno y eso significa lluvia en esta pestilente comarca... Escucha un poco más.

Los dos hambres estaban alga separados. Pilchuck prestaba atención con su oído derecho, en tanto que su compañera la hacía en dirección opuesta. Ambas estaban inmóviles. Varias veces percibieron el lejana trueno, y aunque Tomás lo oía con claridad, el explorador movió la cabeza.

-No es eso lo que espero -dijo con mal humorpoco Y tampoco tenemos tiempo para permanecer aquí todo el día. Atiende, Tomás, tú eres más joven que yo.

Se apresuró el cursa de la sangre en las venas del joven. Hacía ya dos años que vivía al' lado de aquel vuelo habitante de las llanuras y durante aquel tiempo presenció numerosos ejemplar de su sagacidad, visión extraordinaria y así camo de su experiencia. Pilchuck estaba entonces preocupada par el rebaño de búfalos. Par consiguiente, Tomás inclinó el cuepo, contuvo el alienta y esforzó el oído cuanta le fué posible. De nuevo oyó el lejano trueno y luego el latido de su propia corazón y el leve roce de su cabello sobre las sienes a causa del viento que soplaba. Otra vez el trueno. Nada más. Al fin abandonó su forzada actitud.

-No es más que un trueno -dio a Pilchuck.

-Reconozca que voy envejeciendo y que no sólo mi oído ha perdido su finura, sino que, además, me imagino cosas raras-replicó el' explorador-. Pero hace un momento... ¡Escucha otra vez! ¡Quiera estar seguro!

Así excitado, Tomás procuró aguzar el oído cuanto pudo. Aquella vez creyó oír el misma trueno anterior, pero alga más intenso; luego otro sonda más débil que no se interrumpía, sino que continuaba sin cesar, aunque apagada a veces por los truenos. Y cuando ésos cesaban, percibía de nuevo aquel incesante rumor.

Se enderezó entonces, y comunicó a Pilchuck lo que, acababa de oír. ¡Cómo centellearon los inteligentes y grises ojos del explorador!

No replicó casa alguna. Limitóse a levantar una de, sus poderosas manas. La mantuvo extendida y se inmovilizó en la actitud' de un indio a la escucha. Tomás volvió a inclinar la

cabeza para situarla de lado contra la brisa que aumentaba en intensidad. Oyó un trueno, y luego un rugido leve y amenazador... Otro truena... Y de nuevo el rugido. Hizo sus propias deducciones y, levantando la cabeza, esperó a que hablase el explorador. Pilchuck sostuvo larga rata aquella posición 'tensa e incómoda. En algunas ocasiones era hombre lento y calmoso. Y en cambio en otras obraba con rapidez casi increíble. Seguramente estaba estudiando entonces el volumen, la dirección, la distancia de aquel ruido raro, y no su causa. De pronto su enorme y morena mana golpeó ruidosamente la palma de la otra, y dio media vuelta hacia Tomás, mientras sus grises ojos centelleaban.

- ¡Una estampida ! -gritó-. Todo el rebaño. Hace ya días que lo esperaba.

Luego miró el horizonte Norte de- la pradera y, sin dejar de observar, se detuvo mirando al Este.

-Fíjate en que nuestra vista no alcanza más que nueve a diez kilómetros -dijo-. La pradera asciende lentamente a esa distancia y luego se hunde. Esa es capaz de apagar el sonido y acuitar todo movimiento. No podemos tener la seguridad de que el rebaña esté Lejos... Es curioso ver cómo ocurren estas cosas. Me parece que haríamos bien alejándonos a toda prisa de aquí.

Montaron y salieron al galope de sus caballos, aunque luego éstos acortaron algo el' paso. Tomás había perdido a su rápido y fiel Di, y ahora montaba un caballa fuerte, cálida y bastante ligero, pero que no era digno compañero del que Pilchuck empleaba en la caza. Por esta razón, Tomás se iba rezagando y no excitó a su caballo aunque comprendió perfectamente la insinuación de Pilchuck acerca del peligro.

El explorador se dirigía al Este en busca del ría y fué aparar a cosa de dos millas de distancia del' lugar en que él' y Tomás se detuvieron junto al vado. El joven fué quedándose atrás hasta que se halló a quinientos metros de distancia de su compañero. Mientras siguió viendo a éste no le preocupó gran casa la separación. El caballo era capaz de correr y él se mantenía perfectamente en la silla. Creyó que su montura se portaría bien, inclusa viéndose obligada a correr ante los búfalos.

De todos modos, le parecía rara huir de un peligro que no podía ver. Mientras' corría no nudo oír nada aparte del silbido del viento Y ,del ruido que producían los cascos de su caballa al golpear el suelo. Observó que la dirección elegirla por Pilchuck se hallaba algo al Este del centra de lo gran nube tempestuosa. A su derecha y a lo lejos aparecía confusamente la faja de árboles que había junto al río; la pradera se hundía allí en suave pendiente, y el joven sentía el intensa deseo de averiguar qué se vería más allá de aquella extensa cresta.

A1 mirar de nueva a Pilchuck, se asombró al ver que éste detenía su caballo. Tomás siguió adelante sin dejar de observarle. El explorador echó pie a tierra. Se alejó unos pasos y se tendió en el suelo. Tomás comprendió que quería escuchar pegando el oído al suelo y aquello le asombró. Camada seguridad, la situación se iba poniendo seria. Pilchuck permaneció un momento tendido y al levantarse, guardó la inmovilidad de una estatua. Luego, de pronto, abandonó la rigidez y montó a caballo. Pera en vez de echar a correr, esperó allí, cara al Norte. Tomas le alcanzó rápidamente y contuvo su cabalgadura.

-¿Qué ocurre, Jude? -exclamó alarmado.

-No estoy seguro, pera tenga bastante miedo -replicó el explorador.

-Por qué? No veo ni oigo nada.

-Fíjate en esa nube de, polvo amarillento que hay a la derecha de la nube negra. -¡Mira! Se mueve... Temo que si nos alejamos más en esta dirección los búfalos' alcanzarán ventaja sobre nosotros y nos arrojarán al río. Podríamos cruzarlo, aunque exigiría bastante tiempo, pero en cuanto lo hubiésemos hecho deberíamos correr hacia el Sur y esa no, conviene. Debemos inclinarnos al Este o al Oeste.

-¡Ahora oiga un rugido, Jude! -dijo Tomás.

-También ya. Pero lo que me llamó la atención fué la columna de humo. No te muevas ahora y déjame reflexionar. Y si no me engaña mi experiencia, creo que estamos en una situación muy desagradable. Conviene decidirse por lo mejor, y en; seguida.

Tomás se dedicó a observar aquella nube de polvo, baja, redondeada y amarillenta. Movíase despacio al parecer y se extendía hacia la derecha. Contra el fondo del violáceo cielo, tenía un aspecto amenazador. Tomás observó. cómo se levantaba gradualmente hacia la izquierda, aunque en aquella dirección no se extendía can tanta rapidez par la pradera. El terreno- descendía por aquel lado y la cresta de la pendiente era más alta que el nivel del Este, por donde entonces rodaba visiblemente aquella nube de polvo. El' rugido era lejano, apagado, incesante, y llenaba sus oídos, aunque no era muy fuerte. Era un ruido engañador que podía estar más lejos o más cerca de lo que parecía.

De pronto se hizo fuerte, sobresaltando a Tomás. Se volvió para averiguar las impresiones de Pilchuck y vio que éste continuaba a la escucha, inmóvil, a caballo. Súbitamente se volvió como si hubiese recibido un golpe.

-¡Mira, Doan! -gritó en un tono que no conocía Tomás. Su voz parecía confundirse con el retumbante trueno.

El joven dio media vuelta. A lo larga de, todo el horizonte aparecía una movediza línea de búfalos. Sobre ellos se elevaba el amarillento, polvo y más allá se extendía la negra nube tempestuosa. La línea delantera y desigual del rebaño se encaramaba por la ladera, hacia la altiplanicie, como una marea que invadiese todo el horizonte, baja, aplanada, negra. Hacia el Oeste, el horizonte borrábase con increíble rapidez a medida que aparecía el rebaño. Éste se extendió como una oleada de negro humo que estuviese pegada a la tierra. Hacia el Este, toda el espacio que antes observara Tomás había sido invadido por la línea negra de búfalos y la amarillenta nube. La vanguardia de, aquel rebaño no parecía formar una línea recta, sino que describía una curva desde la derecha.

Par un momento, el joven contempló aquel espectáculo, extasiado y emocionado, luego su sangre empezó a acelerarse. El enorme rebaña en estampida se acercaba cuesta abajo desde una distancia de diez kilómetros.

-¡Por Dios! ¡Nos hallamos en un callejón sin salida! -gritó Pilchuck can voz ronca- No nos queda más que un recurso. ¡Sígueme al galope!?

Espoleó a su caballo tirando al misma tiempo de las riendas y le obligó a tomar la dirección del vado. Tomás le imitó, observando que su cabalgadura, asustada por el rugido de los búfalos, era ya capaz de seguir la marcha de la de Pilchuck. Alejáronse en línea recta desde el frente oriental del rebaño que se encorvaba para quedar algo más atrás' que el frente accidental. Tomás había corrido muchas veces a caballo, pera Pilchuck le obligó a dar la carrera más veloz de toda su vida. Dábase cuenta de que a su espalda parecía alejarse aquel rugido; sin embargo, aumentaba hacia la derecha. El joven miró a su alrededor, y sus ojos, algo confusas por el ímpetu del viento, y de la marcha, le mostraron una faja, de una legua de ancho, ocupada por los negros búfalos, que descendían la pendiente de una pradera y se ensanchaban y extendían al mismo tiempo. Ya no, quiso mirar más hacia atrás.

El rápido caballo, de Pilchuck corría en línea recta. El viejo explorador cabalgaba entonces con mayor velocidad que la -que le sirvió nunca para huir de las comanches. Tomás recordó el miedo que los viejos habitantes de las llanuras sentían por la estampida de los búfalos. Era el terror de las llanuras, mucha más terrible que el incendio de la pradera. Podíase luchar contra los comanches. Era posible dejar atrás' el incendio o impedir su avance, prendiendo fuego a una faja de vegetación. pero la estampida de los búfalos era un verdadero mar de animales rápidos y alocados. Empleando las espuelas, el látigo y los gritos.

Tomás excitó a su caballo a que hiciera todos los esfuerzos posibles y así consiguió que no, aumentase la distancia que le separaba de Pilchuck.

Librodot

Ambas animales corrían entonces cuanta les era posible. El viento silbaba en los oídas de Tomás v su cuerpo se tambaleaba y se inclinaba hacia atrás. A ambos lados, la pradera pasaba confusamente y a él le parecía atravesar un mar gris. No podía ver la depresión del' río, pera no, tardó en descubrir la eminencia rocosa que señalaba el vado. La intención de Pilchuck era evidente. Al' principio Tomás se imaginó que trataría de cruzar la corriente, precediendo al rebaño, pero ahora comprendió que se dirigía hacia aquella roca. Ello tranquilizó bastante al joven. Si los caballos no se caían, podrían llegar, sin duda alguna, a aquel punto, que les daría la seguridad. Pilchuck se hallaba a quince metros dio distancia y no sólo hacía correr a su caballo cuanto le era posible, sino que lo guiaba también par el terreno que le parecía más liso. Tomás observó las ligeras oscilaciones de su carrera en la que a veces se ladeaba hacia una u otra dirección, y no tuvo que hacer más que seguirle.

Así huyeron. El montón gris de rocas parecía estar cerca, y aunque al correr la pradera pasaba rápidamente por ambas lados, la distancia di's'minuía con gran lentitud. Tomás, vió que Pilchuck se volvía y su moreno rostro pareció resplandecer. Agitó la mano para darle aliento. Aún no había pasada el peligro, pera ya tenían a la vista la salvación. Entonces el explorador se inclinó hacia atrás haciendo encabritar su caballa y se detuvo. Más allá de la cabeza de Pilchuck, Tomás vió el pálido brillo del agua. El río. A espaldas del joven rugía el trueno y resultaba extraño oírla dominando el silbido del viento. Pero no se atrevió a mirar hacia atrás.

El pobre caballo interrumpió el paso, echó a correr de nueva y continuó por la rocosa pendiente. Tomás la sostenía con toda su fuerza por medio de la brida. Contuvo al enloquecido animal, pero no consiguió detenerlo. El explorador hallábase a tres metros sobre la orilla. Había desmontado ya. Sus das manos estaban levantadas con expresión de pasmo. Tomás echó pie a tierra cuando el caballo acortaba el paso ante .el primer escalón rocoso. Arrastrando al animal, empezó a subir hacia donde estaba Pilchuck, que parecía gritarle algo, aunque él no oyó su voz.

La eminencia rocosa tenía una extensión de medio acre y se elevaba bastante sobre la orilla para obligar al rebaño a dividirse. El joven entonces saltó la brida del caballo y, asustada y asombrado, dio media vuelta.

Su primera idea al ver la confusa y rápida marea de búfalos, que se hallaba a quinientos metros de distancia, fue que aún le quedaba tiempo disponible. El rebaño no estuvo tan cerca de él como llegó a temer.

Pilchuck se acercó a Tomás y le obligó a subir a lo alto de la roca. Luego, acercando su boca al oído del joven, le gritó algo, pera Tomás no percibió su voz, sino solamente el aliento cálido de su compañero. Sus oídas parecían estar a punta de reventar a causa del terrible estruendo, y sus ojos, mientras tanto, se desorbitaban ante aquel grandiosa y terrible espectáculo.

Vio con la mayor claridad aquella avenida de búfalas, con una repentina emoción que intensificaba la agudeza de los sonidos. A través de la extensión que podía contemplar, vio una masa peluda y negra en la que se movían las cabezas, las jorobas, las pezuñas, con la rapidez propia de un búfala disparado a galope tendido El mar de jorobas que se movían sin cesar desaparecía en una cortina amarillenta de polvo que se elevaba a poca altura y participaba de la velocidad de la línea delantera. Sobre aquel polvoriento manto, mucho más atrás, mostrábase el tono plomiza de las nubes tempestuosas. Las rayos cruzaban -el cielo rasgando las nubes con sus blancos centelleos. Pera no se oía ningún trueno en. el cielo, sino solamente el que rodaba por la tierra.

Tomás miró pasmada; estaba como pegado a la roca y, de no hallarse en tal situación, habríase apresurado a huir ante aquella enorme masa que se precipitaba sobre él. Pero no pudo, hacer otra casa que mirar, dándose perfecta cuenta de que allí ocurría algo grande y aterrador. Quizá los. búfalos no se dividirían a causa del encuentro de la roca; los que tenía

ante él, serían capaces de encaramarse por ella para descender por el otro lado. ¡Qué final para unos cazadores de búfalos! Muertos, aplastados, pisoteados hasta quedar reducidos. a jalea y luego a polvo bajo las pezuñas del inmenso rebaño. Sería un castigo merecido.

a Tomás comprendió esta horrible verdad. Los cazadores asesinos, los que sólo pensaban en el dinero, no merecían compasión ni piedad. Él no la sentía par sí mismo. Qué furiosa y colérica era la expresión de aquellas lanosas cabezas, de aquellas cuernas brillantes y aquellas rápidas pezuñas. Y se acercaban por momentos. ¡El rebaño en estampida! ¡Qué magnífico y horrible a un tiempo!

De pronto su oído dejó de funcionar. El ruido era ya superior a lo que podía percibir. Era cama si no existiese sonido alguno. Sin embargo, pudo observar la poderosa avenida, la majestad irresistible de aquel ejército de bestias enloquecidas que corrían disparadas haciendo estremecer la tierra. Empezó a temblar la roca que las sustentaba. Ya no parecía estable. Y sintió las extrañas vibraciones del terrible galope, lo cual vino a aumentar su terror.

Con 1'a mirada fija, llena de gran ansiedad, Tomás esperó el insoportable momento en que las primeras filas llegasen a la roca, ya para rebasarla cual pudiera hacerlo la ala de una manera viva, o para envolverla. Aquel momento fue interminable. Pilchuck agarraba a su compañero y éste sujetaba al explorador. La sólida tierra parecía estar a punto de hundirse baja sus pies. Las negras y peludas cabezas se agitaban rápidas, haciendo resplandecer los cuernos mientras centelleaban las salvajes ojos y se agitaban sin cesar las rápidas pezuñas. ¡Adelante, adelante!

El momento horrible era ya inmediato.

Aquella lanosa marea se abrió al llegar junta a la roca y las dos corrientes de lomos cubiertos de pelo, oprimiéndose y estrechándose cual si fuesen de agua, y rápidas como ésta misma, cubrieron la orilla, dirigiéndose hacia el río.

Pilchuck arrastró a Tomás hasta e lugar que ocupaba, que le permitía ver a los búfalos de frente, y le obligó a volverse para situarse en la parte delantera de la roca. Allí, como par arte de magia, había cambiado la escena. A sus, pies y a cada lado de la prominencia, la masa de búfalas cubría la orilla y se arrojaba luego al río. En el agua había infinitos e incesantes chapoteos; saltó la segunda fila de búfalos para confundirse casi con la primera, y los que, antes constituyeron filas en la pendiente del no, formaron entonces una masa sólida y negra. Atravesaban el río, chapoteaban, constantemente, despidiendo grandes cantidades de agua fangosa, -en tanta que la inquieta masa de búfalos avanzaba de un modo irregular. Luego la marea viva se extendió por el río y de nueva formó una multitud de cabezas y de jorobas tan incontenible cama un alud. Cruzaran el río corriendo; la estampida hablase retardada sólo momentáneamente. Ría abajo, más allá del vado y a tanta distancia como alcanzaba la vista, divisaron anchas líneas de búfalos que nadaban rápidamente tamo bandada interminable de enormes ánades. Río arriba ocurría lo misma y también en toda la distancia que se podía alcanzar con la mirada. La pendiente, desde la pradera al agua, estaba cubierta por una masa sólida de búfalos que se movían tamo un solo animal, impulsados por un motivo, y, además, par el mismo empuje de todos. A gran apura flotaba el polvo, empujada por el viento, enroscándose coma una cortina de amarillento humo; seguía -a los búfalos a través del río, subía por la orilla apuesta y luego cerniese sobre la pradera.

Tomás y Pilchuck hallábanse a un nivel intermedia entre la nube de polvo y la marea de búfalos. Pronto quedó barrada la escena hacia la pradera, de la que procedía el rebaño. Del mismo modo, tos filas delanteras, de la enorme masa viva desaparecían por el lado apuesto baja la nube de polvo que las acompañaba. Pero durante un buen rata pudieron contemplar el no a varias kilómetros de distancia en una y otra dirección; toda el espacio visible de agua y de tierra estaba cubierto por aquellos animales, más numerosos que un ejército de hormigas en marcha.

Librodot

Tomás se dejó caer sentado, anonadado par el espectáculo, por el continua temblor de la tierra baja sus pies, por la agobiadora impresión de aquella amenaza y la violencia del estruendo que soportaban sus tímpanos.

De pronta pareció hacerse de noche. Una racha de viento se llevó el polvo a, través del río, y en lugar de aquella cortina amarillenta apareció otra gris, formada por la lluvia. Disminuyó extraordinariamente la luz del día y en aquella penumbra cruzaban los cegadores relámpagos; pero sien el cielo resonaba el trueno, resultaba inaudible a causa del estruendo producido por los disparados animales.

Pilchuck llevó a Tomás al amparo de un saliente que formaba la roca sobre sus cabezas y allí, protegidas a medias de la lluvia, se acurrucaran en una semioscuridad. Transcurrieron varias horas, pero aún no se veía el fin de aquel enorme rebaño. Por última cesó la lluvia, se, aclaró paulatinamente el cielo y fuá más visible el negra manto que cubría la pradera y el río. Y a excepción del cielo, no se veía otra casa que búfalos.

Los embotadas sentidas de Tamás se aclararan lo suficiente para apreciar la grandeza que adquirió la escena gracias al resplandor del sol que atravesaba las nubes. Había desaparecida el polvo, y los millares de brillantes lomas seguían moviéndose rápida y poderosamente, como tragadas por las nubes de la tormenta que se alejaba. Y todavía llegaban búfalas por la pradera, oscureciendo la tierra.

Mas por fin llegó el momento en que aparecieron ciertos claros en la masa y a retaguardia las animales iban más separados que en la vanguardia. Gradualmente, Tomás notó que recobraba el oído; debíase a la disminución del enorme ruido, que ya no era ensordecedor. Aún tenía la intensidad de truena espantoso, pera fué disminuyendo poco a paco y cesó al cabo, en cuanto el final de la manada dejó atrás la orilla y se metió en el río.

El rebaña en estampida se alejó y desapareció. El fragor se convirtió en rugido, éste en un truena lejano, y, por fin, en un rumor, para desaparecer del todo.

Pilchuck irguióse y miró el río a través de la niebla gris y violácea que se había tragado las búfalos. Parecía un hombre que acababa de vivir algo terrible.

-¡El último rebaña! -dijo con acento dolorido-. ¡Han cruzada el Brazas y no volverán jamás! La tormenta de lluvia es igual a, la de plomo que les sigue.

Tomás se puso torpemente en pie y miró hacia el Sur. Habríale sido imposible decir lo que sentía acerca de aquel último rebaño. Había evitada una muerte que, ciertamente, merecía y también presenció un magnífico y extraordinario espectáculo de efectos morales incalculables. Aquella estampida fué inútil por comploto. Los pobres animales tendrían necesidad de beber y de pacer... y tras ellos irían siempre las crueles buscadores de pieles. Pero Tomás había visto y sentida su asombrosa vitalidad, su tremenda resistencia y su espíritu. Nunca más volvería a matar otra búfalo. Y sintió que una gran tristeza le invadía. Mientras estaba allí, en pie, tratando de buscar palabras para hablar can Pilchuck, un enorme búfala macho, una de los muchos que fueron víctimas de las arenas movedizas, pudo libertar sus patas y recobrarla libertad, vadeando hacia la orilla opuesta. Estúpidamente, miró a su alrededor, y se vió

sala, olvidado, extraviada, tamo símbolo del rebaña que había partido sin él. Luego dio la vuelta y se dirigió al Sur, a la melancólica pradera gris.

-¡Jude! ¡Me voy hacia el Norte! -exclamó Tamás con entrecartada voz, sintiendo bullir en su mente palabras que no podía articulara

-¡Venga esa mana! -replicó el vieja explorador rápidamente, mientras extendía la suya.

XIX

Desde la altiplanicie, que empezaba a colorearse de pardo y dorado, a causa del sol setembrino, Tomás Doan miró hacia el lugar en, que estuvo el Puesto Sprague. Habíase desarrollado de tal manera que apenas resultaba posible reconocerlo. Los ranchos estaban diseminados por aquella llanura de fértil tierra. Muy cerca, el río describía una curva, oculto entre el follaje y a lo lejos, ya en la llanura, brillaba al recibir la luz del sol.

A pesar de la impresión dolorosa que Tomás sintió en el corazón, y del enfermizo deseo de volver que hasta entonces experimentara, observó con extrañeza que estaba contento. La selvatiquez de la región en que se cazaba el búfalo, la soledad y el silencio, así como la pérdida que consideraba irreparable, todo ello había dismnuído sus antiguos deseos y esperanzas, así como también su ambición de gozar de la posesión de un rancho. ¿No existiría alguna compensación?

El largo tren de carros, cargados de pieles, y los equipos de cazadores, avanzaban por la llanura para llegar a las inmediaciones del Puesto y subir al verde y cuadrado espacio que había entre la población y el' río. Las cabañas y las chozas habían reemplazado las tiendas. Sin embargo, aún se veían nuevos carros y equipos pertenecientes a los cazadores que se dirigían a las regiones habitadas por los búfalos. Tomás habría querido expresar a gritos los dolores y las fatigas que había sufrido y a cuyo encuentro iban aquellos hombres, alegres e ignorantes.

Siempre se hallaban en el Puesto enormes trenes de carros como aquél. Las noticias llegaban precediendo a tales caravanas y ahora, en el prado del pueblo, había una verdadera multitud. Había por lo menos seis carros delante del que guiaba Tomás, y el', último de éstos era de Pilchuck. El flaco explorador vióse inmediatamente rodeado de cazadores, deseosos de adquirir noticias del eazadero de los búfalos.

Tomás vió a Burn Hudnall y a Dave Stronghurl antes de que ellos lo divisaran a él. ¡Qué buen aspecto tenían, con el rostro más lleno y no tan bronceados como cuando vivieron en el cazadero de los búfalos! Tomás también creyó notar que estaban excitados y ansiosos. Se alegrarían de verle. ¡Si pudiese, por lo menos, evitar el encuentro con las mujeres! Entonces Burra le descubrió y echó a correr hacia él. Tomás soltó las riendas sobre el freno con un movimiento decidido, apresurándose a bajar del carro.

-¿Qué tal, muchachos? ¡Cuánto me alegro de veros! -exclamó cordialmente.

Le cogieron casi con rudeza, tanta era la violencia de su alegría; le saludaron conteniendo su emoción, pronunciando palabras incoherentes, ruidosas y, precisamente por esta razón, más significativas. Y ambos se colgaron al' cuello de Tomás, uno a cada lado.

-¡Caramba! ¿Estáis bebidos? -exclamó Tomás para ocultar la impresión que le causaba aquella cordial acogida-. Cualquiera que os viese podría figurarse que acabo de resucitar.

-Tomás..., nosotros..., todos temíamos no volver a verte - exclamó Burn -. Estás hecho un hombre estupendo. Quizás un poco más flaco y endurecida... ¡Dios mío, qué contento estoy!

-Tomás..., tengo un hijo..., jura niño! -exclamó sonriendo Dave, con su inexpresivo rostro resplandeciente de alegría.

-¿De veras? ¡Venga esa mano, Dave...! ¡No sabes lo que me alegro! ¡Cómo pasa el tiempo! Parece ayer, cuando. ..

Tenemos que darte otras noticias, pero mejor será guardarlas hasta que lleguemos al' rancho - interrumpió Burn -. Mira, Tomás, he comprado aquellos quinientos acres que tanto le gustaban a mi padre. ¿Te acuerdas? Tú podrás comprar tierras al lado de las mías, a lo largo del río. Dave se ha asociado con Sprague. La población goza de una prosperidad extraordinaria. Tenemos un Banco, una iglesia y una escuela. ¡Y esperá a conocer a la maestra! Es...

Y arrastrado por su vehemencia, hablaba con la indiscreción propia de un niño, pero una mirada de Dave le obligó a callar. Entonces empezó a hablar este último, y como era mucho más práctico que Burn, fué en busca del rifle y la impedimenta de Tomás.

-Ahora mismo vas a venir con nosotros -diga cuando Tomás se disponía a excusarse -. Burn, coge algún fardo de su equipaje. ¿De manera que este tiro y el carro pertenecen a Pilchuck?

-Precisamente -contestó Tomás.

-Pues ven, cazador de búfalos, enemigo de los comanches y viajero del Llano Estacado- continuó diciendo Dave-. Tenemos órdenes de llevarte a casa antes de que te vean las muchachas del pueblo.

Y sacaron a Tomás y sus efectos de entre la multitud, le hicieron subir a un carro de muelles, y mientras Burn se ocupaba en poner su equipaje en la trasera, Dave subió a su lado e hizo emprender la marcha a los vigorosos caballos por el camino paralelo al río.

Si la acogida que le reservaron Burn y Dave conmovió a Tomás, la que le tributaron las mujeres penetró profundamente en su corazón. Estaban todos ante la puerta de la hermosa casa del rancho de Burn. La esposa de éste lloraba de alegría y Sally Hudnall dió a Tomás un sonoro beso con gran consternación de éste. La señora Hudnall, cuyo rostro maternal mostraba los estragos del dolor, le recibió de tal modo que Tomás se avergonzó de haber sido capaz de olvidar a aquella buena gente. Se apoderó de él y lo llevó al interior de la casa, precediendo a los demás. Todos parecían hacer esfuerzos por contenerse y guardar silencio. No eran tal como los recordaba el recién llegado. ¿No tendría él mismo la culpa de haberse alejado de la verdadera sencillez de maneras y de sentimientos? Mas era evidente que querían recibirlo en su casa.

La señora Hudnall cerró la puerta. Tomás vió que la habitación era espaciosa y que estaba alumbrada por unas ventanas que había en cada extremo. Carraspeando para limpiarse la garganta, se volvió para hablar. Pero el agitado rostro de la señora Hudnall y sus ojos, llenos de lágrimas, le obligaron a guardar silencio. Allí ocurría algo extraño.

Estás muy cambiado, Tomás -empezó diciendo apresuradamente la buena mujer-. Ya no eres ningún muchacho. Pero veo que te duele haber vuelto a nuestro lado.

-Sí, por... Milly -contestó sinceramente-. Pero no deben ustedes creer que no me alegro de verles. Estoy contentísimo. Son ustedes mis únicos amigos. Y me avergüenzo de no haberles apreciado y querido por la mucho que valen. Pero la dura y fatigosa vida que se lleva por allá...

-No me hables de eso -interrumpió la anciana, emocionada-. Ya sabes cuánto me apena... Pero ahora, Tomás, no te acuerdes ya del pasado. Piensa en el presente.

-Mi corazón está enterrado en ese pasado. Parece que han transcurrido siglos enteros. ¡ Y tan poco tiempo de recuerdos felices! Yo...

-¿Y no has pensado en la posibilidad de que Milly no estuviera perdida para ti? - preguntó la señora Hudnall.

-Sí, lo pensé... hasta -que murió mi esperanza - contestó el joven hablando lentamente.

-Pues sabe, higo mío... que, según nos han dicho..., no murió... ni fué capturada por los comanches..., ni casa que se le parezca-dijo entonces la buena mujer.

-¿Que se han enterado ustedes de que Milly no...? ¡Dios mío! Eso servirá para torturarme más todavía - replicó Tomás con triste acento, temblando de pies a cabeza.

¿Qué querrían decirle? Le parecía como si de pronto se encontrase ante un muro que le impidiera el paso.

-Sabemos que no le ocurrió nada de eso, Tomáis - exclamó la señora Hudnall con acento y expresión de alegría inconfundibles.

Al oírlo el joven retrocedió tambaleándose, asombrado en extremo por tales palabras. Aquél era el secreto de la excitación y del comportamiento singular de sus amigos.

Inmediatamente se ció cuenta de la verdad. Milly Fayre no había muerto. Por un momento cerró los ojos y su ser físico y el espiritual parecieron unirse para ofrecer una resistencia enorme contra el sobresalto del júbilo que le causó aquella noticia. Era preciso no perder el sentido. Convenía no dejar de fijarse en una sola mirada o en una palabra siquiera de aquella buena mujer que acababa de devolverle el amor y la vida. Pero quedóse mudo, en tanto que temblaba todo su cuerpo. Luego el corazón y el pulso palpitaron violentamente de un modo delicioso y doloroso a la vez, dominado por una enloquecedora emoción.

-¡Milly está aquí! - añadió la señora Hudnall -. Varias veces tratamos de avisarte, pero nunca pudimos dar con tu paradero. Milly ha vivido aquí... desde que escapó de Jett... y de los indios. Se ha desarrollado mucho y ahora es profesora de la escuela. Está bien..., es feliz. Te ha estado esperando..., te ama con todo su corazón. Tomás por fin pudo hablar, diciendo

-Veo por su rostro que me dice usted la verdad. -Su voz era ronca. Y añadió:

-Pero no puedo creerlo... ¡Permítame verla!

La señora Hudnall abrió la puerta y salió. Y apareció una joven, una mujer de rostro palidísimo, con los labios entreabiertos y radiantes ojos. ¿Era posible que fuese Milly Fayre?

-¡Oh, Tomás! -exclamó con quebrantada voz, profunda y ronca. Dió un paso hacia delante, con las manos tendidas y luego se tambaleó junto a la puerta-. ¿No me conoces?

-Había perdido toda esperanza -dijo Tomás cual si hablara consigo mismo-. Esto es demasiado repentino. No puedo creerlo... ¿No eres un fantasma? ¿No eres la pálida imagen de mi amada con los ojos negros que adoraba ya?

Soy tu Milly..., ¡viva!, ¡viva! -exclamó.

Y echando a correr fue a refugiarse en sus brazos.

Más tarde se hallaban los dos en pie, junto a la ventana abierta, contemplando la puesta del sol sobre la negra y confusa línea del Llano Estacado. Ella le había referido ya su historia y Tomás se maravilló al oírla. No podía resolverse a creer en la real'id'ad de su amada, tan cambiada y espléndida, pero cariñosa y sencilla como antes.

-Nunca más volverás a cazar búfalos-dijo ella con voz que a la vez era súplica y orden.

-No, Milly -replicó él.

Entonces le refirió su historia y le dió cuenta de la estampida de los búfalos que a punto estuviera de acabar con su vida.

-¡Qué maravilloso y qué terrible también! -exclamó ella-. Por mi parte siempre he sentido cariño por los pobres búfalos.

La señora Hudnall los llamó alegremente desde la puerta.

-¡Millyl ¡Tommál No es posible vivir únicamente de amor. La cena está dispuesta.

-No tenemos apetito - contestó Milly con voz ensoñadora.

-Sí -dijo Tomás con acento autoritario-. Ya vamos. Milly, tengo un hambre terrible. Ya sabes cómo es la comida de los campamentos. He pasado año y medio comiendo bistecs de joroba de búfalo.

-Espera. Quería bromear-murmuró ella inclinando la mirada al suelo en tanto que se apoyaba en él-. ¿Te acuerdas de mi cumpleaños?

Nunca he subido qué día es -contestó sonriendo.

-Mañana.

-¿De veras? Pues he llegado con mucha oportunidad. Vamos a ver; creo que tienes dieciocho años.

-Te engañas. Tengo ya diecinueve. Hemos pasada un año separados.

-Pero debes tener en cuenta, Milly, que yo nunca olvidé lo que habría de suceder el día en que cumplieses dieciocho años, aunque ignoraba la fecha de tu nacimiento.

-¿Qué habría de suceder? -preguntó ella con timidez en tanto que sus mejillas se cubrían de rubor.

-Pues que debíamos casarnos.

Librodot

-¿Eso prometí? - preguntó ella con fingida extrañeza.

-Sí.

-Bueno, fué para cuando cumpliese dieciocho años. Pero tú no viniste a buscarme, porque sólo pensabas en los búfalos. Podrías haberte casado conmigo entonces... Ahora, en cambio, tendrán que esperar a que cumpla los veinte.

-Milly, te busqué durante todo el verano, el otoño y el invierno. Y al fin quedé con el corazón destrozado.

-Pero ten en cuenta que solamente puedo casarme contigo el día de mi cumpleaños - contestó Milly, con movida por las palabras de Tomás y mirándole con sus elocuentes ojos velados por las lágrimas.

-Soy tan feliz por haberte encontrado viva... y convertida en una hermosa mujer... que me ama... que soy capaz de esperar diez cumpleaños-dijo él con acento sincero-. Pero ¿qué razón hay para hacerme esperar? He pasado una vida muy penosa y solitaria mientras cazaba búfalos. En ella he perdido algo que tú sola podrás compensar. Debo volver a pensar en mi sueña dorado de poseer un rancho, un hogar, ganado, caballos..., arar la tierra. ¿Has olvidado ya nuestros proyectos y los planes que hacíamos cuando nos veíamos secretamente bajo los árboles? ¿No te acuerdas de aquellas noches de luna?

-Nunca he olvidado nada - murmuró apoyando la cabeza en el hombro del joven.

Pues bien..., puesto que mañana cumples diecinueve años y yo he pasado lejos de ti un año horrible y espantoso..., casémonos mañana mismo. ¿Quieres?

-Sí.